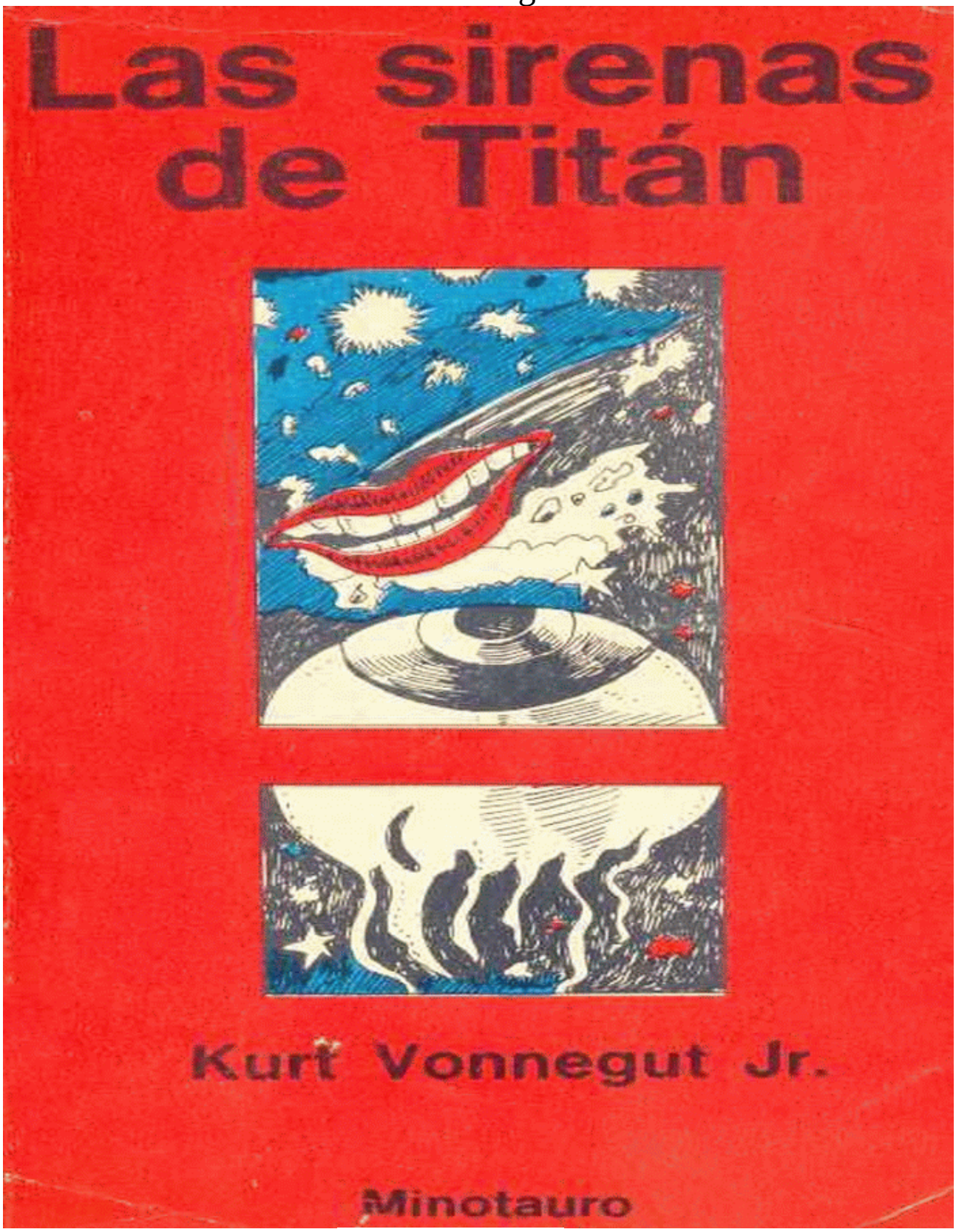
LAS SIRENAS DE TITÁN
Kurt Vonnegut Jr.



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

«Cada hora que pasa el Sistema Solar se acercaochenta mil kilómetros al Cúmulo Globular M13 de Hércules... y todavía algunos extraviados insisten en que el llamado progreso no existe».
RANSOM K. FERM

DEDICATORIA:
A Alex Vonnegut, agente especial, con afecto.

Todas las personas, lugares y acontecimientos de este libro son reales. Ciertas palabras e ideas son forzosamente construcciones del autor. No se han cambiado los nombres para proteger al inocente, pues como mera cuestión de rutina celestial, Dios Todopoderoso protege al inocente.

1 - Entre Tímido y Tombuctu

«Supongo que hay alguien, allá arriba a quien le gusto».
MALACHI CONSTANT

Ahora todos saben cómo encontrar el sentido de la vida dentro de uno mismo.

Pero la humanidad no siempre fue tan afortunada. Hace menos de un siglo los hombres y las mujeres no tenían fácil acceso a las cajas de rompecabezas que llevan dentro.

No podían nombrar siquiera uno de los cincuenta y tres portales del alma.

Las religiones de pacotilla eran el gran negocio.

La humanidad, ignorante de las verdades que yacen dentro de cada ser humano, miraba hacia afuera, pujaba siempre hacia afuera. En su impulso hacia afuera la humanidad confiaba en llegar a saber quién era el responsable de toda la creación y en qué consistía toda la creación.

La humanidad lanzaba sus agentes de avanzada hacia afuera, hacia afuera. En el momento preciso los lanzó al espacio, al incoloro, insípido, ingrávido mar de la exterioridad sin fin. Los lanzó como piedras.

Esos desdichados agentes encontraron lo que ya habían encontrado abundantemente en la Tierra: una pesadilla sin fin, falta de sentido. Los dones del espacio, de la infinita exterioridad, eran tres: heroísmo vacío, comedia barata y muerte fútil.

La exterioridad perdió, por fin, sus imaginarios atractivos.

Sólo quedaba por explorar la interioridad.

Sólo el alma humana seguía siendo *terra incógnita.*

Este fue el comienzo de la virtud y la sabiduría.

¿Cómo eran las gentes en los viejos tiempos, con sus almas todavía inexploradas?

La siguiente es una verdadera historia de la Época de la Pesadilla, comprendida, año más, año menos, entre la Segunda Guerra Mundial y la Tercera Gran Depresión.

Había una multitud.

La multitud se había reunido porque iba a producirse una materialización. Un hombre y un perro se materializarían, saldrían del aire sutil, vapores al principio, tan sustanciales al final como cualquier hombre y perro vivientes.

La multitud no conseguiría ver la materialización. La materialización era estrictamente asunto privado, en propiedad privada, y la multitud no estaba, decididamente, invitada a recrearse los ojos.

La materialización, como una ejecución moderna, civilizada, iba a producirse entre

paredes altas, desnudas, custodiadas. Y del otro lado de las paredes la multitud era como la multitud que está del otro lado de las paredes en una ejecución.

La multitud sabía que no iba a ver nada, pero sus integrantes se complacían en estar cerca, en contemplar las desnudas paredes e imaginar lo que estaba sucediendo adentro. Los misterios de la materialización, como los misterios de una ejecución, eran encarecidos por la pared; diapositivas de la linterna mágica de una imaginación enfermiza, diapositivas proyectadas por la multitud en las desnudas paredes de piedra, los volvían pornográficos.

La ciudad era Newport, Rhode Island, U.S.A., la Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea. Las paredes eran las de la propiedad de Rumfoord.

Diez minutos antes de que la materialización hubiera de producirse, unos agentes de policía difundieron el rumor de que la materialización había ocurrido prematuramente, fuera de las paredes, y que el hombre y su perro podían verse tan claros como el día a dos cuadras de distancia. La multitud se precipitó para ver el milagro en el cruce.

La multitud se volvía loca por los milagros. En el extremo más alejado de la multitud había una mujer que pesaba ciento cincuenta kilos. Tenía bocio, una manzana acaramelada y una niña gris de seis años. Llevaba a la niña de la mano y se abría paso a empujones, como una pelota en la punta de un elástico.

—Wanda June —dijo—, si no empiezas a portarte bien, no te traeré nunca más a una materialización.

Las materializaciones se habían producido durante nueve años, una cada cincuenta y nueve días. Los hombres más doctos y valiosos del mundo habían suplicado conmovedoramente por el privilegio de ver una materialización. Cualquiera que fuese la forma de sus peticiones, la respuesta era tajante. La negativa era siempre la misma, de puño y letra de la secretaria social de Mrs. Rumfoord.

A pedido de Mrs. Winston Niles Rumfoord, le comunico que no puede extenderle la invitación que usted solicita. La señora está segura de que usted comprenderá su sentir en esta cuestión: que el fenómeno que usted desea observar es un trágico asunto de familia, que no se presta en absoluto a ser visto por extraños, por muy noble que sea el motivo de su curiosidad.

Ni Mrs. Rumfoord ni su personal respondieron a ninguna de las decenas de miles de preguntas que se les hicieron sobre las materializaciones. Mrs. Rumfoord consideraba que debía muy poco al mundo en materia de información. Cumplía esa obligación incalculablemente pequeña comunicando un informe veinticuatro horas después de cada materialización. Nunca pasaba de unas cien palabras. El mayordomo lo depositaba en una caja de vidrio encadenada a la pared próxima a la única entrada de la propiedad.

La única entrada de la propiedad era una puerta como para Alicia en el País de las Maravillas, situada en la pared oeste. Tenía apenas un metro y medio de alto. Era de hierro y estaba cerrada con una gran cerradura Yale.

Los anchos portones de la propiedad habían sido tapiados.

Los informes que aparecían en la caja de vidrio junto a la puerta de hierro eran uniformemente glaciales y displicentes. Lo que decían sólo servía para entristecer a quien tuviera una pizca de curiosidad. Comunicaban la hora exacta en que Winston, el marido de Mrs. Rumfoord, y su perro Kazak, se habían materializado, y la hora exacta en que se habían desmaterializado. El estado de salud del hombre y su perro era invariablemente calificado de *bueno.* Los informes daban a entender que el marido de Mrs. Rumfoord podía ver el pasado y el futuro con claridad, pero no se molestaban en dar ejemplos de visiones en ninguno de los dos sentidos.

La multitud había sido engañada para apartarla de la propiedad a fin de que pudiera llegar sin inconvenientes hasta la puertecita de hierro de la pared occidental una *limousine*

alquilada. De la *limousine* salió un hombre delgado, vestido como un dandy eduardiano, que mostró un papel al policía guardián de la entrada. Estaba disfrazado con una barba postiza y anteojos oscuros.

El policía asintió con un gesto y el hombre abrió la puerta con una llave que sacó del bolsillo. Se precipitó adentro y cerró tras de sí con un portazo. La *limousine* se fue.

¡Cuidado con el perro!, decía un cartel sobre la puertecita de hierro. Los resplandores del atardecer de verano temblaron entre los filos y las puntas de vidrio roto incrustadas en el cemento, en lo alto de la pared. El hombre que había entrado era la primera persona invitada por Mrs. Rumfoord a una materialización. No era un gran hombre de ciencia. Ni siquiera era un hombre educado. Había sido expulsado de la Universidad de Virginia al promediar su primer año de estudios. Era Malachi Constant, de Hollywood, California, el más rico de los norteamericanos y famoso libertino.

¡Cuidado con el perro!, decía el cartel por fuera de la puertecita de hierro. Pero del lado de adentro sólo había el esqueleto de un perro. Llevaba un collar erizado de púas y encadenado a la pared. Era el esqueleto de un perro muy grande, un mastín. Los largos dientes encajaban como en un engranaje. El cráneo y las mandíbulas formaban una máquina, astutamente articulada e inocua, de desgarrar carne. Las mandíbulas se cerraban con un chasquido. Aquí habían estado los ojos brillantes, allí las agudas orejas, allá el suspicaz hocico, aquí el cerebro del carnívoro. Cuerdas de músculos, enganchados aquí y allá, juntaban los dientes a través de la carne con un chasquido.

El esqueleto era simbólico, como un pretexto, un tema de conversación propuesto por una mujer que no hablaba con casi nadie. Allí, junto a la pared, no había muerto ningún perro en su puesto. Mrs. Rumfoord había comprado los huesos a un veterinario, los había mandado blanquear y barnizar y los había hecho armar con alambres. El esqueleto era uno de los muchos comentarios amargos y oscuros de Mrs. Rumfoord sobre las bromas pesadas que el tiempo y su marido le habían jugado.

Mrs. Winston Niles Rumfoord tenía diecisiete millones de dólares. Mrs. Winston Niles Rumfoord ocupaba la posición social más alta que se pudiera tener en los Estados Unidos de Norteamérica. Mrs. Winston Niles Rumfoord era sana y bella, y además talentosa. Tenía talento de poeta. Había publicado anónimamente un delgado volumen de poemas titulado *Entre Tímido y Tombuctu.* El libro había recibido una discreta acogida.

El título derivaba del hecho de que, en inglés, todas las palabras entre *timid* (tímido) y *Timbuktu* (Tombuctu) en los diccionarios abreviados, se relacionan con el tiempo *(time).*

Pero a pesar de estar tan bien dotada, Mrs. Rumfoord hacía cosas turbias como encadenar el esqueleto de un perro a la pared, tapiar los portones de la propiedad, permitir que los famosos y convencionales jardines se convirtieran en una selva de New England. Moraleja: El dinero, la posición, la salud, la belleza y el talento no son nada.

Malachi Constant, el más rico de los norteamericanos, cerró tras de sí la puerta de Alicia en el País de las Maravillas. Colgó los anteojos oscuros y la barba postiza en la hiedra de la pared. Dejó atrás vivamente el esqueleto del perro, mirando al mismo tiempo su reloj que funcionaba con energía solar. Dentro de siete minutos, un mastín viviente llamado Kazak se materializaría y andaría vagando por allí.

«Kazak muerde», había dicho Mrs. Rumfoord en su invitación, «le ruego que sea puntual».

Constant sonrió al recordar la advertencia de que fuera puntual. Ser puntual significaba existir como un punto, significaba tanto eso como llegar a un lugar a tiempo. Constant existía como un punto, no podía imaginar cómo sería existir de otro modo.

Esa era una de las cosas que iba a descubrir: cómo era existir de alguna otra manera. El marido de Mrs. Rumfoord existía de otra manera.

Winston Niles Rumfoord había conducido su nave espacial privada hasta el corazón de un infundibulum crono-sinclástico inexplorado, situado dos días más allá de Marte. Sólo un

perro lo había acompañado. Ahora Rumfoord y el perro Kazak existían como fenómeno ondulatorio, al parecer vibrando en una espiral torcida que empezaba en el Sol y concluía en Betelgeuse.

La tierra estaba a punto de interceptar esa espiral.

Cualquier explicación breve sobre los infundibula crono-sinclásticos ofenderá seguramente a los especialistas en la materia. Como quiera que sea, la mejor explicación breve es probablemente la del Dr. Cyril Hall, que aparece en la decimocuarta edición de la *Enciclopedia infantil de maravillas e inventos.* Reproducimos aquí el artículo completo, amablemente autorizados por los editores:

Infundibula crono-sinclásticos. *Imagina que tu papá es el hombre más inteligente de la tierra, y que conoce todo lo que existe, tiene razón en todo y puede probarlo. Imagina ahora a otro chico en otro lindo mundo, a millones de años luz de distancia, y que el papá de ese chico es el hombre más inteligente de ese lindo mundo tan alejado. Y que es tan inteligente y tiene tanta razón como tu papá. Los dos papas son inteligentes, los dos papas tienen razón.*

Sólo que si llegaran a encontrarse, se pelearían muchísimo, porque no estarían de acuerdo en nada. Tú puedes decir que tu papá tiene razón y que el papá del otro chico está equivocado, pero el Universo es un lugar enormemente grande. Hay espacio bastante para una inmensa cantidad de gente que tiene razón y sin embargo no se pone de acuerdo.

La razón de que los dos papas tengan razón y sin embargo se peleen tanto es la de que hay muchísimas maneras de tener razón. Pero hay lugares en el Universo donde cada papá puede al fin pescar lo que el otro papá está diciendo. En esos lugares todas las clases diferentes de verdades se ajustan tan bien como las piezas del reloj solar de tu papá. A esos lugares se les llama infundibula crono-sinclásticos.

Según parece, el Sistema Solar está lleno de infundibula crono-sinclásticos. Estamos seguros de que hay uno enorme situado entre la Tierra y Marte. Lo sabemos porque allí estuvieron un hombre terrestre y su perro terrestre.

Quizá pienses que seria lindo ir a un infundibulum crono-sinclástico para ver las maneras diferentes que hay de tener toda la razón, pero es algo muy peligroso. El pobre hombre y su no menos pobre perro se desperdigaron en todas direcciones, no sólo del espacio, sino también del tiempo.

Crono significa tiempo. Sinclástico significa curvado hacia el mismo lado en todas direcciones, como la cascara de una naranja. Infundibulum es lo que los antiguos romanos como Julio César y Nerón llamaban un embudo. Si no sabes lo que es un embudo, pídele a tu mamá que te muestre uno.

La llave de la puerta de Alicia en el País de las Maravillas había llegado junto con la invitación. Malachi Constant la deslizó en el bolsillo forrado de piel de su pantalón y siguió el único sendero que se abría delante de él. Caminó en una sombra profunda, pero los rayos descendentes del ocaso ponían en las cimas de los árboles una luz como la de Maxfield Parrish.

Constant jugueteaba con la invitación a medida que iba avanzando, a la espera de que se la pidiesen en cada vuelta. La tinta de la invitación era violeta. Mrs. Rumfoord tenía sólo treinta y cuatro años, pero escribía como una anciana, con una mano nudosa como un garfio. Detestaba francamente a Constant, a quien nunca había visto. El tono de la invitación era reticente, es lo menos que se podía decir, y como escrita en un pañuelo sucio.

«Durante su última materialización», decía la tarjeta, «mi marido insistió en que usted estuviese presente en la próxima. No pude disuadirlo de ello, a pesar de los muchos y manifiestos inconvenientes de la cosa. Insiste en que lo conoce bien a usted, pues lo ha encontrado en Titán que, por lo que he podido entender, es una luna del planeta Saturno».

Apenas había una frase en la invitación donde no figurara el verbo *insistir.* El marido de

Mrs. Rumfoord había insistido en que ella hiciera algo con lo cual estaba en absoluto desacuerdo, y ella a su vez insistía en que Malachi Constant se comportara lo mejor que pudiese, como el caballero que no era.

Malachi Constant nunca había estado en Titán. Que él supiera, jamás había salido de la envoltura gaseosa de su planeta natal, la Tierra. Al parecer iba a enterarse de que no era así.

Las vueltas del sendero eran muchas y la visibilidad escasa, Constant avanzaba por un caminito verde y húmedo del ancho de una cortadora de césped, que era en realidad la huella dejada por la cortadora. A los dos lados se levantaban las verdes paredes de la selva en que se habían convertido los jardines.

La huella de la cortadora orilló una fuente seca. El hombre que manejaba la cortadora había mostrado su imaginación en ese punto, bifurcando el sendero. Constant podía elegir el lado de la fuente por el que prefiriera pasar. Se detuvo en la bifurcación, miró hacia arriba. La fuente misma era de una imaginación maravillosa: un cono formado por varios tazones de piedra de diámetros decrecientes. Los tazones formaban argollas alrededor de un tubo cilíndrico de unos doce metros de alto.

En un arranque, Constant no eligió ni una ni la otra rama de la bifurcación, sino que se trepó a la fuente. Subió de un tazón a otro con intención de ver desde lo alto adonde había llegado y hacia dónde iba. Desde la cúspide, en el tazón más pequeño de la fuente barroca, los pies entre ruinas de nidos de pájaros, Malachi Constant echó una mirada a la propiedad y a una gran parte de Newport y de Narragansett Bay. Tendió el reloj hacia la luz del sol, a fin de que bebiera el elemento que era para los relojes solares lo que el dinero para los hombres de la Tierra.

La fresca brisa marina desordenaba el pelo renegrido de Constant. Era un hombre bien plantado, quizá un poco pesado, moreno, de labios de poeta, suaves ojos castaños sombreados por un entrecejo como el del hombre de Cromagnón. Tenía treinta y un años, y tres mil millones de dólares, en gran parte heredados. Su nombre significaba *mensajero fiel.* Especulaba sobre todo con acciones de sociedades comerciales.

En las depresiones que siempre sufría después del alcohol, las drogas y las mujeres, Constant deseaba una sola cosa, un solo mensaje que tuviera suficiente dignidad e importancia como para transmitirlo humildemente.

El lema del escudo de armas que Constant se había dibujado decía simplemente: *El mensajero espera.*

Probablemente Constant pensaba en un mensaje divino, de primera clase, a alguien igualmente distinguido.

Constant miró una vez más su reloj solar. Tenía dos minutos para bajar y llegar a la casa, dos minutos antes que Kazak se materializara y buscase a forasteros para morderlos. Constant se rió para sí pensando en lo encantada que estaría Mrs. Rumfoord si ese ordinario, ese advenedizo de Mr. Constant, de Hollywood, se pasaba toda la visita encaramado en la fuente, acosado por un perro de raza. Mrs. Rumfoord podría incluso hacer funcionar la fuente.

Era posible que estuviese observando a Constant. La mansión estaba a un minuto de marcha de la fuente, instalada fuera de la selva, junto a una picada tres veces más ancha que el sendero.

La mansión de Rumfoord era de mármol, una reproducción ampliada de la sala de fiestas del Whitehall Palace, de Londres. Como casi todas las mansiones verdaderamente importantes de Newport, era una parienta colateral de las oficinas de correos y de los tribunales federales del estado.

La mansión de Rumfoord era una muestra tremendamente cómica del concepto de «Gente de Pro». Era seguramente uno de los ensayos más importantes sobre densidad efectuados desde la Gran Pirámide de Khufu. En cierto modo era un ensayo más afortunado de permanencia que la Gran Pirámide, que se afilaba hasta anularse a medida que subía al cielo. En la mansión de Rumfoord nada disminuía a medida que subía al cielo. Invertida,

hubiera tenido exactamente el mismo aspecto.

La densidad y permanencia de la casa era una variante irónica del hecho de que quien fuera amo de la casa, no tenía más sustancia que un rayo de luna, salvo durante una hora cada cincuenta y nueve días.

Constant bajó de la fuente, haciendo pie en el borde de los tazones cada vez más grandes. Cuando llegó abajo, deseó con intensidad que funcionara la fuente. Pensó en la multitud reunida afuera, que también disfrutaría viéndola funcionar. Le encantaría ver cómo el tazón más chiquito de la punta misma se desbordaba en el tazoncito siguiente... y cómo el tazoncito siguiente se desbordaba en el tazoncito siguiente... y el siguiente tazoncito se desbordaba en el siguiente, y así sucesivamente, en una rapsodia en que cada tazón se desbordaba cantando su propia y alegre canción acuática. Y bostezando debajo de aquellos tazones estaba la boca abierta del más grande de todos... una especie de Belcebú, reseco e insaciable... esperando, esperando, esperando esa primera, dulce gota.

Constant se extasiaba imaginando la fuente en funcionamiento. La fuente era como una alucinación y las alucinaciones, por lo general provocadas por la droga, eran casi lo único capaz de sorprender y entretener a Constant.

El tiempo pasaba rápidamente. Constant no se movía.

En algún lugar de la propiedad ladró un mastín. El ladrido sonó como los golpes de un mazo en un gran gong de bronce.

Constant despertó de su contemplación de la fuente. El mastín no podía ser sino Kazak, el sabueso del espacio. Kazak se había materializado. Kazak olía la sangre de un advenedizo.

Corrió la distancia que había hasta la casa. Un viejo mayordomo de calzón corto abrió la puerta a Malachi Constant, de Hollywood. Lloraba de alegría. Señalaba una habitación que Constant no podía ver. Trataba de describir lo que lo hacía feliz y le provocaba lágrimas. No podía hablar. Tenía la mandíbula paralizada y lo único que pudo decir a Constant fue:

—«Golpe, golpe... golpe, golpe, golpe».

En el piso del vestíbulo el mosaico dibujaba un zodíaco alrededor de un sol de oro.

Winston Niles Rumfoord, que se había materializado sólo un minuto antes, apareció en el vestíbulo y se paró sobre el sol. Era mucho más alto y pesado que Malachi Constant, y la primera persona ante la cual éste pensó que podía haber alguien superior a él. Winston Niles Rumfoord extendió su pesada mano, saludó a Constant con familiaridad, cantando casi sus palabras con timbre de tenor escocés.

—Encantado, encantado, encantado, Mr. Constant —dijo Rumfoord—. Muy amable de su parte haber venido.

—El gusto es mío —dijo Constant.

—Me han dicho que usted es posiblemente el hombre más afortunado del mundo.

—Quizá hayan exagerado un poco —dijo Constant.

—Usted no va a negar que ha tenido una suerte fantástica en los negocios —dijo Rumfoord.

Constant sacudió la cabeza.

—No, sería difícil negarlo.

—¿Y a qué atribuye su maravillosa suerte? —dijo Rumfoord.

Constant se encogió de hombros.

—¿Quién puede saberlo? —dijo—. Supongo que hay alguien allá arriba a quien le gusto.

Rumfoord miró al cielo raso.

—Una idea encantadora, la de que hay alguien allá arriba a quien usted le gusta.

Constant que cambiaba un apretón de manos con Rumfoord mientras hablaban, pensó que la suya era de pronto pequeña y como una garra.

La palma de Rumfoord era callosa pero no córnea como la de un hombre condenado a un solo oficio durante toda su vida. Los callos eran todos uniformes, provocados por las mil labores felices de una clase activamente ociosa.

Por un momento Constant olvidó que el hombre cuya mano estrechaba era simplemente un aspecto, un nudo de un fenómeno ondulatorio que se extendía desde el Sol a Betelgeuse. El apretón de manos recordó a Constant lo que estaba tocando, pues sintió en la suya el hormigueo ligero pero inconfundible de una corriente eléctrica.

Constant no se había dejado intimidar por el tono con que Mrs. Rumfoord lo había invitado a la materialización. Constant era un hombre y Mrs. Rumfoord una mujer, y Constant imaginaba que ya tendría manera de demostrar su indiscutible superioridad.

Winston Niles Rumfoord era otra cosa, moralmente, espacialmente, socialmente, sexualmente y eléctricamente hablando. La sonrisa y el apretón de manos de Winston Niles Rumfoord desmontaban la alta opinión que Constant tenía de sí mismo, como los peones de un parque de diversiones desmontan la rueda de la «Vuelta al Mundo».

Constant, que había ofrecido sus servicios a Dios como mensajero, estaba aterrado ahora por la discretísima grandeza de Rumfoord. Constant hurgaba en su memoria buscando pruebas pasadas de su propia grandeza. Hurgaba en su memoria como un ladrón en la billetera de otro hombre. Constant encontró su memoria atiborrada de instantáneas ajadas, sobreexpuestas, de todas las mujeres que había poseído, de ridículas credenciales probatorias de que era dueño de empresas aún más ridículas, de certificados que le atribuían virtudes y poderes que sólo pueden tener tres mil millones de dólares. Había incluso una medalla de plata con cinta roja, otorgada a Constant por haberse clasificado segundo en el torneo interno de salto en alto y en largo, de la Universidad de Virginia.

Rumfoord seguía sonriendo.

Para seguir con la analogía del ladrón que pasa a otra billetera, Constant desgarró las costuras de su memoria, en la esperanza de encontrar un compartimiento secreto donde hubiera algo de valor. No había compartimiento secreto, no había nada de valor. Todo lo que le quedaba era la cascara de su memoria, pedazos descosidos, lacios.

El viejo mayordomo miraba con adoración a Rumfoord, y siguió haciendo contorsiones de adulación como una vieja horrible que posara para un cuadro de la Madonna.

—El amo... —balaba—, el joven amo.

—Puedo leer su pensamiento, ¿sabe? —dijo Rumfoord.

—¿Ah, sí? —dijo Constant humildemente.

—Es lo más fácil del mundo —dijo Rumfoord. Le centelleaban los ojos—. Usted no es un mal tipo, sabe —dijo—, sobre todo cuando se olvida de quién es. —Le tocó ligeramente el brazo. Era un gesto de político, el vulgar gesto público de un hombre que en privado, entre los suyos, haría lo indecible por no tocar a nadie.

—Si para usted es tan importante, en esta etapa de nuestra relación, sentirse de algún modo superior a mí —dijo en tono amable—, piense en esto: Usted puede reproducirse, yo no.

Volvió su ancha espalda a Constant y echó a andar a través de una serie de vastos aposentos.

Se detuvo en uno, insistió en que Constant admirara un enorme óleo, la figura una niña que tenía las riendas de un pony inmaculadamente blanco. La niña llevaba un sombrero blanco, un vestido blanco y almidonado, guantes blancos, calcetines blancos y zapatos blancos.

Era la niña más limpia, más helada que Malachi Constant hubiera visto jamás. Su expresión era extraña, y Constant decidió que estaba preocupada por la idea de mancharse aunque sólo fuera un poquito.

—Lindo cuadro —dijo Constant.

—No estaría mal que se cayera en un charco de barro, ¿verdad? —dijo Rumfoord. Constant sonrió inseguro.

—Mi mujer cuando niña —dijo Rumfoord bruscamente, y salió de la habitación.

Avanzó por un corredor trasero hasta un cuartito minúsculo, apenas más grande que un

gran armario para escobas. Tenía aproximadamente tres metros de largo, un metro ochenta de ancho y un techo, como el resto de las habitaciones de la casa, de seis metros de alto. El cuarto era como una chimenea. Había allí dos sillas de brazos altos.

—Un accidente arquitectónico —dijo Rumfoord cerrando la puerta y mirando el cielo raso.

—¿Cómo dijo? —preguntó Constant.

—Este cuarto —dijo Rumfoord, y blandamente trazó con la mano derecha el signo mágico de una escalera de caracol—, es una de las pocas cosas que he deseado con toda mi alma cuando era chico: este cuartito.

Con la cabeza señaló las estanterías instaladas a menos de dos metros de alto en la pared de la ventana. Estaban magníficamente hechas. Sobre los estantes había una plancha de madera flotante donde escrito con pintura azul se leía: *Museo Skip.*

El Museo Skip era un museo de vestigios —endoesqueletos y exoesqueletos— de caracolas, corales, huesos, cartílagos y quitones, de restos y residuos diversos de seres desaparecidos hacía mucho tiempo. La mayoría de los especímenes eran de los que un niño —probablemente Skip— podía encontrar fácilmente en las playas y bosques de Newport. Algunos eran evidentemente regalos costosos hechos a un niño sumamente interesado en las ciencias biológicas.

El principal de esos regalos era el esqueleto completo de un ser humano adulto, del sexo masculino.

Había también un caparazón completo y vacío de armadillo, un pájaro embalsamado y el largo colmillo en espiral de un narval al que Skip había puesto en broma el rótulo: *Cuerno de unicornio.*

—¿Quién es Skip? —dijo Constant.

—Soy yo —dijo Rumfoord—. Era.

—No sabía —dijo Constant.

—Sólo para los de la familia, naturalmente.

—Aja —dijo Constant.

Rumfoord se sentó en una de las sillas, indicó a Constant la otra.

—Los ángeles tampoco pueden, sabe —dijo Rumfoord.

—¿No pueden qué? —preguntó Constant.

—Reproducirse —contestó Rumfoord. Ofreció a Constant un cigarrillo, tomó también uno y lo metió en una larga boquilla de hueso—. Lamento que mi mujer no pueda bajar para recibirlo, pero está indispuesta —dijo—. No es que quiera evitarlo a usted, sino a mí.

—¿A usted? —dijo Constant.

—Exactamente. No me ve desde mi primera materialización. —Lanzó una risita lastimosa—. Una vez le bastó.

—Lo siento —dijo Constant—. No comprendo.

—No le gustan mis predicciones —dijo Rumfoord—. Lo poco que le dije de su futuro le resultó muy perturbador. No le interesa oír nada más. —Se recostó en la silla, aspiró profundamente—. Le diré, Mr. Constant —añadió afablemente—, es una tarea ingrata la de decir a la gente que está en un Universo duro, duro.

—Mrs. Rumfoord me dijo que usted le había pedido que me invitara —dijo Constant.

—Recibió el mensaje por medio del mayordomo —dijo Rumfoord—. La desafié a que lo invitara, si no ella no lo habría hecho. Tenga esto bien presente: la única manera de conseguir que haga algo es decirle que no tendrá el coraje de hacerlo. No es una técnica infalible, claro. Podría mandarle un mensaje ahora, diciéndole que no tiene el coraje de enfrentar el futuro, y ella me enviaría de vuelta un mensaje diciendo que tengo razón.

—Pero usted... ¿puede ver realmente el futuro? —dijo Constant. La piel de la cara se le puso seca, como si fuera a resquebrajarse. Le sudaban las palmas de las manos.

—Hablando en rigor, sí —dijo Rumfoord—. Cuando llegué con mi nave espacial al infundibulum crono-sinclástico, tuve como en un relámpago la visión de que todo lo que

había sido sería siempre, y que todo lo que fuera siempre había sido. —Se rió de nuevo—. El saber esto quita todo prestigio a las predicciones, las convierte en la cosa más sencilla, más evidente que pueda imaginarse.

—¿Usted le dijo a su mujer todo lo que iba a sucederle? —preguntó Constant. Era una pregunta indirecta. A Constant no le interesaba lo que pudiera sucederle a la mujer de Rumfoord. Estaba ansioso de tener noticias sobre su propia persona. Por timidez había preguntado acerca de Mrs. Rumfoord.

—No todo —dijo Rumfoord—. No me dejó que se lo dijera todo. Lo poco que le dije le quitó las ganas de saber más.

—Ah... ya veo —dijo Constant, que no veía absolutamente nada.

—Sí —dijo Rumfoord afablemente—. Le dije que usted y ella se casarían en Marte. —Se encogió de hombros—. No exactamente que se casarían —añadió— sino que serían cruzados por los marcianos, como ganado.

Winston Niles Rumfoord era miembro de la única clase norteamericana verdadera. La clase lo era de verdad porque sus límites habían quedado claramente definidos por lo menos durante dos siglos, claramente definidos para quien tuviera el sentido de las definiciones. De la reducida clase de Rumfoord habían salido una decena de presidentes de los Estados Unidos, un cuarto de los exploradores, un tercio de los gobernadores del litoral occidental, la mitad de los ornitólogos *full-time,* tres cuartos de los grandes *yachtmen,* y virtualmente todos los que pagaban los déficit de la gran ópera. Era una clase singularmente exenta de charlatanes, con la notable excepción de los charlatanes políticos. La charlatanería política era una manera de conseguir cargos y nunca se aplicaba a la vida privada. Una vez en el cargo, casi todos sin excepción se mostraban magníficamente responsables.

Si Rumfoord acusaba a los marcianos de cruzar a las personas como si no fueran más que ganado, acusaba a los marcianos de hacer ni más ni menos lo que había hecho su propia clase. La fuerza de esa clase dependía hasta cierto punto de la buena administración financiera, pero dependía en mayor medida de los casamientos basados cínicamente en los tipos de hijos que podían producirse.

El desiderátum era niños sanos, bonitos, juiciosos.

El análisis más competente, aunque sin sentido del humor, que se haya hecho de la clase de Rumfoord, es sin lugar a dudas el de Waltham Kittredge en *The American Philosopher Kings.* Kittredge probó que la clase era en realidad una familia cuyos cabos sueltos volvían a anudarse en un apretado núcleo de consanguinidad por vía de casamientos entre primos. Rumfoord y su mujer, por ejemplo, eran primos terceros, y se detestaban mutuamente.

Y en el diagrama que Kittredge trazara de la clase de Rumfoord, se vio que a nada se parecía tanto como al apretado y redondo nudo conocido con el nombre de *puño de mono.*

Waltham Kittredge fracasaba muchas veces en su intento de expresar con palabras la atmósfera de la clase de Rumfoord. Como profesor que era, buscaba a tientas las grandes palabras, y al no encontrar ninguna adecuada, había acuñado una cantidad de vocablos nuevos e intraducibles.

De toda la jerga de Kittredge, sólo una expresión ha ingresado en el lenguaje de la conversación: *coraje no-neurótico.*

Esa clase de coraje había sido, desde luego, la que llevó a Winston Niles Rumfoord a salir al espacio. Era coraje puro, no sólo puro de la codicia de fama y dinero, sino puro de todo incentivo con resabios de inadaptación o no-convencionalismo.

Hay, dicho sea de paso, dos palabras vulgares y enérgicas que hubieran servido muy bien, la una o la otra, para sustituir la jerga de Kittredge: *estilo* y *gallardía.* Cuando Rumfoord fue la primera persona propietaria de una nave espacial privada, pagando cincuenta y ocho millones de dólares contantes y sonantes, eso era estilo.

Cuando los gobiernos de la tierra suspendieron toda exploración del espacio a causa de los infundibula cróno-sinclásticos y Rumfoord anunció que él iría a Marte, eso era estilo.

Cuando Rumfoord anunció que llevaría consigo un perro enorme, pues una nave espacial no era más que un coche de *sport* sofisticado, como si un viaje a Marte fuera poco más que una vuelta hasta la carretera de Connecticut, eso era estilo.

Cuando no se sabía lo que podía ocurrir si una nave espacial llegaba a un infundibulum crono-sinclástico, y Rumfoord se encaminó directamente al centro de uno de ellos, eso era sin duda gallardía.

Contraponiendo a Malachi Constant, de Hollywood, con Winston Niles Rumfoord, de Newport y de la Eternidad:

Todo lo que Rumfoord hacía lo hacía *con estilo,* dejando bien parada a la humanidad.

Todo lo que Constant hacía lo hacía *con exhibición de estilo,* en forma agresiva, estentórea, infantil, inútil, dejando mal parados a sí mismo y a la humanidad.

Constant se erizaba de coraje, pero era todo menos un no-neurótico. Todas las cosas corajudas que había hecho tenían por incentivo el despecho y el temor que le venía de la infancia, de pasar por blandengue.

Al oír de boca de Rumfoord que en Marte lo casarían con Mrs. Rumfoord, Constant apartó la mirada y la dirigió al museo de vestigios. Tenía las manos muy apretadas.

Carraspeó varias veces. Después silbó despacito entre la lengua y el paladar. En general se comportaba como un nombre a la espera de que se le pase un dolor terrible. Cerró los ojos y aspiró aire entre los dientes.

—Vaya, Mr. Rumfoord —dijo suavemente—. ¿Marte?

—Marte —dijo Rumfoord—. Desde luego, no es su último destino, ni tampoco Mercurio.

—¿Mercurio? —dijo Constant. Convirtió ese nombre encantador en un graznido sin gracia.

—Su destino es Titán —dijo Rumfoord—, pero visitará Marte, Mercurio y otra vez la Tierra antes de llegar allá.

Es esencial saber en qué punto se hallaba la exploración exacta del espacio cuando Malachi Constant recibió la noticia de sus futuras visitas a Marte, Mercurio, la Tierra y Titán. La actitud de la Tierra con respecto a la exploración espacial era muy parecida a la actitud de Europa respecto a la exploración del Atlántico antes de los viajes de Cristóbal Colón.

Pero con estas importantes diferencias: los monstruos existentes entre los exploradores del espacio y sus metas no eran imaginarios, sino numerosos, horribles, variados y uniformemente cataclísmicos; el costo de una expedición, por pequeña que fuese, bastaba para arruinar a la mayoría de las naciones, y era virtualmente cierto que ninguna expedición podía aumentar la riqueza de sus patrocinadores.

En una palabra, el más pedestre sentido común y las mejores informaciones científicas indicaban que no había nada bueno que decir de la exploración del espacio.

Hacía mucho que había pasado la época en que cada país podía alcanzar más gloria que los otros lanzando a la nada algún objeto pesado. La Galactic Spacecraft, sociedad dirigida por Malachi Constant, había recibido el último pedido de uno de esos artefactos espectaculares, un cohete de 90 metros de largo por 10 de diámetro. Había sido construido, pero la orden de lanzamiento nunca había llegado.

La nave tenía el sencillo nombre *de La Ballena,* y contaba con instalaciones para cinco pasajeros.

La interrupción tan brusca de las actividades había sido determinada por el descubrimiento de los infundibula crono-sinclásticos. El descubrimiento se había hecho por vía matemática, a partir de los extraños esquemas de vuelo, de las naves sin hombres, enviadas, al parecer, anticipadamente.

El descubrimiento de los infundibula crono-sinclásticos, en efecto, planteó a la humanidad la siguiente pregunta: *«¿Qué nos hace pensar que vamos a alguna parte?»*

Era una situación hecha de medida para los predicadores fundamentalistas norteamericanos. Fueron más rápidos que los filósofos, los historiadores o quienquiera que fuese, en decir cosas sensatas sobre la truncada *Era Espacial.* Dos horas antes de que se cancelara indefinidamente el lanzamiento de *La Ballena,* el Reverendo Bobby Dentón clamaba en la Cruzada de Amor emprendida en Wheeling West, Virginia:

«Y descendió el Señor para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres. Y dijo el Señor: He aquí, el pueblo es uno y todos estos tienen un lenguaje: y han comenzado a obrar, y *nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer.* Ahora, pues, descendamos y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así los esparció el Señor desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por esto fue llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió el Señor el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra».

Bobby Dentón echó a su audiencia una brillante mirada de amor, y procedió a asarla en los carbones de su propia iniquidad.

—¿Y no son éstos tiempos bíblicos? —dijo—. ¿No hemos edificado con acero y orgullo una abominación más alta que la Torre de Babel de los antiguos? ¿Y no pretendemos, como aquellos constructores de la antigüedad, llegar así al cielo? ¿Y no hemos oído decir muchas veces que el lenguaje de los científicos es internacional? Usan todos las mismas palabras griegas y latinas para aludir a las cosas y hablan todos el lenguaje de los números. —A Dentón le parecía ésta una prueba suficientemente condenatoria, y los Cruzados del Amor asintieron fríamente, sin entender del todo por qué.

—Entonces, ¿por qué hemos de gritar de sorpresa y dolor cuando Dios nos dice lo que dijo al pueblo que edificaba la Torre de Babel: «¡No! ¡Fuera de aquí! ¡No iréis al Cielo ni a parte alguna con ese artefacto! Dispersaos, ¿me oís? ¡Basta de hablar el lenguaje de la ciencia los unos con los otros! ¡Nada os apartará ahora de lo que habíais pensado hacer, si seguís hablando el lenguaje de la ciencia los unos con los otros, y Yo no lo quiero! Yo, vuestro Señor en las Alturas, *quiero* que os abstengáis de algunas cosas, de modo que os dejaréis de pensar en torres descabelladas y cohetes al Cielo, y empezaréis a pensar en cómo ser mejores vecinos, esposos y esposas, hijos e hijas. ¡No busquéis cohetes para salvaros, buscad vuestros hogares e iglesias!»

La voz de Bobby Dentón enronqueció y disminuyó.

—¿Queréis volar a través del espacio? ¡Dios os ha dado ya la nave espacial más maravillosa de toda la creación! ¡Sí! ¿Velocidad? ¿Queréis velocidad? La nave espacial que Dios os ha dado va a sesenta y seis mil millas por hora, y seguirá corriendo a esa velocidad por toda la eternidad, si Dios así lo quiere. ¿Queréis una nave espacial que transporte confortablemente a los hombres? ¡La tenéis! No transportará solamente un hombre rico y su perro, o cinco o diez hombres, ¡No, Dios no es un pobre diablo! ¡Os está dando una nave espacial que transportará a miles de millones de hombres, mujeres y niños! ¡Sí! Y no necesitan amarrarse a los asientos o usar escafandras. ¡No! ¡En la nave espacial de Dios, no! En la nave espacial de Dios la gente puede nadar, y caminar al sol, y jugar al béisbol, y patinar sobre hielo, y dar una vuelta en coche con los parientes los domingos después del servicio religioso y comer un pollo en familia!

Bobby Dentón hizo un gesto de afirmación.

—Sí —dijo—, y si alguien piensa que Dios es ruin pues ha puesto cosas afuera en el espacio para impedirnos volar allí, recordémosle la nave espacial que Dios nos ha dado. Y no necesitamos comprar el combustible, ni preocuparnos en gastar en cualquier clase de combustible que hayamos de usar. ¡No! Dios se ocupa de todo esto.

«Dios nos ha dicho lo que debemos hacer en esta maravillosa nave espacial. Escribió las reglas de manera que cualquiera pudiese entenderlas. No hace falta ser un físico o un gran químico o un Alberto Einstein para entenderlas. ¡No! Ni tampoco formuló muchas reglas. Me han contado que si se lanza *La Ballena,* habrá que hacer once mil verificaciones distintas antes de tener la seguridad de que está en condiciones de partir: ¿Está abierta esta válvula,

está cerrada aquélla, está tenso ese cable, está lleno ese tanque? y así sucesivamente hasta verificar las once mil cosas. ¡Aquí, en la nave espacial de Dios, Dios sólo nos da diez cosas que verificar, y no para cualquier viajecito a algunas de las grandes y muertas piedras venenosas que hay en el espacio, sino para un viaje al Reino de los Cielos! ¡Pensadlo! ¿Dónde os gustaría más estar mañana?: ¿en Marte o en el Reino de los Cielos?

«¿Sabéis cuál es la lista de control en la redonda y verde nave espacial de Dios? ¿Tendré que decíroslo? ¿Queréis oír la cuenta de Dios?

Los Cruzados del Amor vociferaron que sí.

—¡Diez! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has codiciado la casa de tu vecino, o su criado, o su criada, o su zorro, o su asno, o cualquier cosa que sea de tu vecino?

—¡No! —gritaron los Cruzados del Amor.

—¡Nueve! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has levantado falso testimonio contra tu prójimo?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Ocho! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has robado?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Siete! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has cometido adulterio?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Seis! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has matado?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Cinco! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has honrado a tu padre y a tu madre?

—¡Sí! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Cuatro! —dijo Bobby Dentón—. ¿Te has acordado del día del Señor y lo has santificado?

—¡Sí! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Tres! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has tomado el nombre de Dios nuestro Señor en vano?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Dos! —dijo Bobby Dentón—. ¿Has adorado imágenes?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Uno! —gritó Bobby Dentón—. ¿Antepones alguna cosa al Dios único Nuestro Señor?

—¡No! —exclamaron los Cruzados del Amor.

—¡Larguen! —vociferó Bobby Dentón alegremente—.

¡Paraíso, ahí vamos! ¡Larguemos, hijos, amén!

—Bueno —murmuró Malachi Constant, en el cuarto de la chimenea, debajo de la escalera, en Newport—, parecería que por fin se empleará al mensajero.

—¿Qué es eso? —dijo Rumfoord.

—Mi nombre; quiere decir *mensajero fiel* —respondió Constant—. ¿Cuál es el mensaje?

—Lo siento —dijo Rumfoord—, no sé nada de ningún mensaje. —Alzó la cabeza burlón—. ¿Alguien le dijo algo acerca de un mensaje?

Constant mostró las palmas de las manos.

—Quiero decir, ¿para qué me voy a tomar toda esa molestia de ir a Tritón?

—Titán —lo corrigió Rumfoord.

—Titán, Tritón. ¿Para qué diablos me voy a largar allá? —Largarse era una palabra débil, delicada, casi de *boyscout* para que la usara Constant, y le llevó un momento comprender por qué la había usado. Era la que se decía por televisión cuando un meteorito se llevaba una superficie de control o cuando el astronauta se convertía en un pirata del espacio procedente del planeta Zircón. Se contuvo—. ¿Para qué diablos tengo que ir allá?

—Lo hará... se lo aseguro —dijo Rumfoord.

Constant se acercó a la ventana; le volvía algo de su fuerza arrogante. —Se lo digo

francamente —aclaró—, no voy a ir.

—Lamento que lo diga —dijo Rumfoord.

—¿Se supone que haré algo por usted al llegar allí? —preguntó Constant.

—No —respondió Rumfoord.

—Entonces, ¿por qué lo lamenta? —dijo Constant—. ¿A usted qué le hace?

—Nada —dijo Rumfoord— Lo siento por usted, nada más. Realmente se lo pierde.

—¿Me pierdo qué? —preguntó Constant.

—El clima más agradable que pueda imaginarse, por ejemplo —dijo Rumfoord.

—¡Clima! —dijo Constant con desprecio—. Teniendo casa en Hollywood, el Valle de Cachemira, Acapulco, Manitoba, Tahití, París, Bermudas, Roma, Nueva York y Capetown, ¿voy a ir en busca de mejor clima?

—Titán tiene algo más que buen clima —dijo Rumfoord—. Las mujeres, por ejemplo, son las criaturas más hermosas que existen entre el Sol y Betelgeuse.

Constant soltó una risotada amarga.

—¡Mujeres! —dijo—. ¿Usted cree que me voy a tomar semejante molestia por conseguir mujeres hermosas? ¿Usted cree que estoy hambriento de amor y que la única manera que tengo de acercarme a una mujer hermosa es subirme a una nave espacial para llegar a una de las lunas de Saturno? ¿Está bromeando? He tenido mujeres tan hermosas que cualquiera entre el Sol y Betelgeuse se sentaría a llorar con sólo que una de ellas le dijera simplemente ¿qué tal?

Sacó la billetera y de ella la fotografía de su conquista más reciente. No había nada que hacerle: la muchacha de la fotografía era de una belleza pasmosa. Era Miss Zona del Canal, candidata al título de Miss Universo y en realidad mucho más hermosa que la ganadora del concurso. Su belleza había asustado a los jueces.

Constant le tendió a Rumfoord la fotografía.

—¿Tienen algo así en Titán? —preguntó.

Rumfoord estudió la foto respetuosamente y se la tendió de vuelta.

—No —dijo—, no hay nada así en Titán.

—Okey —dijo Constant, sintiéndose de nuevo mucho más dueño de su destino—, clima, hermosas mujeres, ¿qué más?

—Nada más —dijo Rumfoord mansamente. Se encogió de hombros—. Ah, obras de arte, si el arte le interesa.

—He reunido la colección privada más grande del mundo —dijo Constant.

Constant había heredado su famosa colección de obras de arte. La había formado su padre, o más bien los agentes de su padre. Estaba dispersa en museos de todo el mundo, donde en cada pieza aparecía la indicación de que era parte de la Colección Constant. La colección se había formado y después exhibido de esta manera por recomendación del Director de Relaciones Públicas de Magnum Opus, Incorporated, la sociedad cuyo único objeto era administrar los negocios de Constant.

El propósito de la colección había sido demostrar cuan generosos, útiles y sensibles podían ser los multimillonarios. Por lo demás, había resultado una inversión absolutamente magnífica.

—Con eso el asunto arte queda liquidado —dijo Rumfoord.

Constant estaba por guardar la foto de Miss Zona del Canal en su billetera, cuando se dio cuenta de que no era una fotografía sino dos. Había otra detrás de la de Miss Zona del Canal. Supuso que era la foto de la predecesora, y pensó que también la podía mostrar a Mr. Rumfoord, mostrarle el celestial pimpollo que le había sido dado alcanzar.

—Aquí... aquí hay otra —dijo Constant tendiendo la segunda foto a Rumfoord.

Rumfoord no hizo un movimiento para tomarla. Ni siquiera se molestó en mirarla. En cambio miró a Constant a los ojos y le sonrió burlón. Constant miró la fotografía que había sido ignorada.

Descubrió que no era la de la predecesora de Miss Zona del Canal. Era una fotografía

que Rumfoord le había deslizado. No era una foto ordinaria, aunque la superficie fuera brillante y los bordes blancos.

En el interior de los bordes se extendían trémulas profundidades. El efecto era semejante al de un vidrio rectangular en la superficie de una clara, honda bahía de coral. En el fondo de esa aparente bahía de coral había tres mujeres, una blanca, una dorada y una morena. Miraban a Constant suplicándole que acudiera, que se uniese a ellas en el amor.

Comparadas con Miss Zona del Canal, su belleza era como el esplendor del Sol comparado con el de una luciérnaga.

Constant se hundió de nuevo en una silla. Tenía que apartar la mirada de toda esa belleza si no quería deshacerse en lágrimas.

—Puede guardar la foto, si quiere —dijo Rumfoord—. Es de tamaño de bolsillo.

A Constant no se le ocurrió nada que decir.

—Mi mujer todavía estará con usted cuando llegue a Titán —dijo Rumfoord—, pero no se entrometerá si usted quiere retozar con esas tres señoras. Su hijo también estará con usted pero será tan liberal como Beatrice.

—¿Mi hijo? —dijo Constant. No tenía ningún hijo.

—Sí, un lindo muchacho llamado Crono —dijo Rumfoord.

—¿Crono? —dijo Constant.

—Un nombre marciano —explicó Rumfoord—. Ha nacido en Marte, de usted y Beatrice.

—¿Beatrice? —dijo Constant.

—Mi mujer —dijo Rumfoord. Se había vuelto completamente transparente. Su voz también se había debilitado, como si saliera de una radio barata—. Las cosas son así, amigo —dijo—, con o sin mensaje. Es caos y no error, pues el Universo apenas está empezando a nacer. El gran advenimiento es lo que hace la luz, y el calor y el movimiento, lo que lo hace saltar a usted de aquí para allá.

«Predicciones, predicciones, predicciones —dijo Rumfoord pensativo—. ¿Hay algo más que deba decirle? Ohhhh, sí, sí, sí. Ese hijo suyo, el muchacho llamado Crono... Crono recogerá un pedacito de metal de Marte y lo llamará su amuleto. No pierda de vista ese amuleto, Mr. Constant. Es increíblemente importante.

Winston Niles Rumfoord se desvaneció lentamente, empezando por las puntas de los dedos y terminando por la sonrisa burlona, que perduró cierto tiempo después que el resto de su persona hubo desaparecido.

—Lo veré en Titán —dijo la sonrisa. Y después desapareció.

—¿Se ha terminado, Moncrief? —Mrs. Winston Niles Rumfoord llamó al mayordomo desde lo alto de la escalera de caracol.

—Sí, señora. Se ha ido —dijo el mayordomo—, y el perro también.

—¿Y el tal Mr. Constant? —dijo Mrs. Rumfoord, Beatrice. Se conducía como una inválida: se tambaleaba, pestañeaba constantemente, tenía la voz del viento en la cima de los árboles. Llevaba una larga bata blanca cuyos suaves pliegues formaban una espiral en sentido inverso a las agujas de un reloj, armonizando con la blanca escalera de caracol. La cola del peinador se derramaba por encima del último peldaño, estableciendo una continuidad entre Beatrice y la arquitectura de la casa.

Lo más importante del espectáculo era su figura alta, erguida. Los detalles de la cara eran insignificantes. Una bala de cañón en lugar de su cabeza hubiera convenido igualmente a la gran composición.

Pero Beatrice tenía una cara, e interesante. Se podía decir que parecía un guerrero indio de grandes dientes, pero habría que añadir rápidamente que era una maravilla. Su cara, como la de Malachi Constant, pertenecía a cierto tipo, era una variante sorprendente de un tipo familiar, una variante que hacía pensar al que miraba: sí, esta podría ser otra forma de belleza. Lo que Beatrice había hecho con su cara era en realidad lo que cualquier muchacha común

Librodot

puede hacer. La había cubierto de dignidad, sufrimiento, inteligencia y un toque picante de puterío.

—Sí —dijo Constant desde abajo—, el tal Mr. Constant todavía está aquí.

—Se le podía ver, apoyado en una columna del arco que se abría al vestíbulo. Pero quedaba tan abajo en la composición, tan perdido entre detalles arquitectónicos que resultaba casi invisible.

—¡Oh! —exclamó Beatrice—. Mucho gusto. —Era un saludo muy hueco.

—El gusto es mío —dijo Constant.

—No puedo sino apelar a su caballerosidad —dijo Beatrice— para pedirle que no difunda la historia de su encuentro con mi esposo. Comprendo lo tremenda que será para usted la tentación.

—Sí —dijo Constant—. Podría vender la historia por un montón de dinero, pagar la hipoteca de la casa solariega y convertirme en una figura de fama internacional. Podría codearme con los grandes y los menos grandes, alternar con las testas coronadas de Europa.

—Discúlpeme —dijo Beatrice— si no consigo apreciar el sarcasmo y todos los otros brillantes matices de su ingenio indudablemente célebre, Mr. Constant. Estas visitas de mi esposo me ponen enferma.

—Nunca ha vuelto a verlo, ¿verdad? —dijo Constant.

—Lo vi la primera vez que se materializó —respondió Beatrice—, y bastó para enfermarme por el resto de mis días.

—A mí me gustó mucho —dijo Constant.

—A veces los dementes tienen su encanto —dijo Beatrice.

—¿Demente?

—Como hombre de experiencia, Mr. Constant —dijo Beatrice—, ¿no diría usted que una persona que hace profecías complicadas y sumamente improbables está loco?

—Bueno —dijo Constant—, ¿es tan disparatado decirle a un hombre con acceso a la mayor nave espacial jamás construida, que hará un viaje al espacio? Esta noticia acerca de que Constant tuviera acceso a una nave espacial, sobresaltó a Beatrice. Tanto que retrocedió un paso en lo alto de la escalera de caracol, apartándose de la espiral ascendente. El pequeño paso atrás la transformó en lo que era: una mujer asustada, solitaria, en una tremenda casa.

—¿Es usted dueño de una nave espacial? —preguntó.

—Una compañía que dirijo tiene una en custodia —respondió Constant—. ¿Ha oído hablar de *La Ballena?*

—Sí —dijo Beatrice.

—Mi compañía se la vendió al Gobierno —dijo Constant—. Creo que estarían encantados de que alguien la comprara de vuelta a cinco centavos el dólar.

—Que tenga mucha suerte en su expedición —dijo Beatrice.

Constant se inclinó.

—Que tenga mucha suerte *usted* en la *suya* —dijo.

Se fue sin decir una palabra más. En el vestíbulo, al cruzar el brillante zodíaco del suelo, sintió que la escalera de caracol bajaba rápidamente en lugar de subir. Constant se convirtió en el fondo mismo de un remolino del destino. Cuando atravesó la puerta, tuvo la deliciosa conciencia de llevarse consigo el aplomo de la mansión de Rumfoord.

Puesto que estaba escrito que él y Beatrice volverían a encontrarse y producir un hijo llamado Crono, Constant no sentía remordimientos por no cortejarla o mandarle por lo menos una tarjeta amable. Podía ocuparse de sus asuntos, pensó, y la altanera Beatrice tendría que molestarse en buscarlo, como cualquier otra chica.

Se reía al ponerse los anteojos negros y la barba postiza, y salió por la puertecita de hierro abierta en la pared.

Allí estaba la *limousine* y también la multitud. La policía abrió un estrecho sendero hasta la puerta de la *limousine.* Constant se precipitó hacia el coche. El sendero se cerró como el Mar Rojo detrás de los Hijos de Israel. Los gritos de la multitud, todos juntos, formaban un

grito colectivo de indignación y dolor. La multitud, a la que no se le había prometido nada, se sentía defraudada, porque no había recibido nada.

Los hombres y los niños comenzaron a empujar la *limousine.* El chofer la puso en marcha, la hizo deslizarse a través del mar de carne iracunda.

Un hombre calvo amenazó a Constant con un bocadillo de salchicha, golpeó el vidrio de la ventanilla, el pan se deshizo, la salchicha se partió dejando una asquerosa aureola de mostaza y condimento.

—¡Sí, sí, sí! —chilló una linda muchacha, y mostró a Constant lo que probablemente nunca habla mostrado a ningún hombre. Le mostró que sus dos dientes de adelante eran postizos. Los dos dientes se apoyaron mal. Chilló como una bruja.

Un muchacho se trepó al coche, obstruyendo la vista del chofer. Arrancó los limpiaparabrisas y los arrojó a la multitud. El coche tardó tres cuartos de hora en llegar al borde de la multitud. Y en el borde no estaban los locos sino los casi cuerdos.

Sólo allí los gritos se volvieron coherentes.

—¡Cuéntenos! —gritó un hombre, que estaba simplemente harto, no furioso.

—¡Tenernos derecho! —gritó una mujer. Mostró sus dos hijos a Constant.

Otra mujer le dijo a Constant a qué creía tener derecho la multitud. —¡Tenemos derecho a saber lo que está pasando!

El tumulto, pues, era un ejercicio científico y teológico: la búsqueda de indicios, por parte de los seres vivientes, relativos a lo que era la vida.

El chofer, viendo por fin el camino libre, apretó el acelerador a fondo. La *limousine* arrancó zumbando.

Al costado se encendió un enorme cartel: ¡llevemos A UN AMIGO A NUESTRA IGLESIA EL DOMINGO!, decía.

2 - El tren fantasma

«A veces pienso que es un gran error tener materia
que pueda pensar y sentir. Se queja tanto. Pero por
lo demás supongo que se puede acusar a pedruscos,
montañas y lunas de ser quizá demasiado flemáticos».
WINSTON NILES RUMFOORD

La «limousine» arrancó zumbando hacia el norte de Newport, dobló por un camino de pedregullo, llegó a la cita con un helicóptero que estaba esperando en un prado.

El objeto de Malachi Constant al pasar de la *limousine* al helicóptero era impedir que alguien lo siguiera, que alguien descubriese quién era el visitante de barba y anteojos que había estado en la propiedad de Rumfoord.

Nadie sabía dónde estaba Constant.

Ni el chofer ni el piloto conocían la verdadera identidad del pasajero. Constant era Mr. Jonah K. Rowley para los dos.

—¿Mr. Rowley? —dijo el chofer cuando Constant salía del coche.

—¿Sí? —dijo Constant.

—¿No tuvo miedo, señor? —preguntó el chofer.

—¿Miedo? —dijo Constant, sinceramente desconcertado por la pregunta—. ¿De qué?

—¿De qué? —repitió el chofer incrédulo—. Bueno, de toda esa gente enloquecida que quería lincharnos.

Constant se sonrió y sacudió la cabeza. Ni una vez en medio de la violencia había pensado que lo hirieran.

—De nada sirve asustarse, ¿no le parece? —dijo.

En sus propias palabras reconoció el estilo de Rumfoord, incluso algo de sus trinos

aristocráticos.

—Diablos, usted debe de tener algún ángel guardián para mantenerse frío como un témpano en cualquier circunstancia —dijo el chofer admirativo.

Este comentario interesó a Constant porque pintaba bien su actitud en medio del tumulto. Al principio tomó el comentario por una analogía, una descripción poética de su estado de ánimo. Un hombre con un ángel guardián seguramente se hubiera sentido como Constant...

—¡Sí señor! —dijo el chofer—. ¡Seguramente que alguien lo estaba protegiendo a *usted!*

A Constant le sorprendió: *Era exactamente lo que pasaba.*

Hasta ese momento de la verdad, Constant había considerado su aventura en Newport como una alucinación más provocada por la droga, un resultado más del peyote, vivido, novedoso, entretenido, y sin consecuencia alguna.

La puertecita había sido una experiencia soñada... la fuente seca otra... y el gran cuadro con la niña toda blanca mírame y no me toques... y el cuarto con la escalera de caracol... y la fotografía de las tres sirenas de Titán... y las profecías de Rumfoord... y el desconcierto de Beatrice Rumfoord en lo alto de la escalera...

Malachi Constant empezó a sudar frío. Las rodillas querían doblársele y los ojos se le salían de las órbitas. ¡Por fin empezaba a comprender que cada cosa había sido real! Había conservado la calma en medio del tumulto porque sabía que no iba a morir en la Tierra.

Algo estaba preocupándose de él, muy bien.

Y fuera lo que fuese, estaba protegiendo su pellejo para...

Constant se estremecía mientras contaba con los dedos los puntos de interés del itinerario que Rumfoord le había prometido.

Marte.

Después Mercurio.

Después la Tierra de nuevo.

Después Titán.

Como el itinerario terminaba en Titán, era de suponer que allí moriría Constant. ¡Moriría allí!

¿Por qué a Rumfoord eso lo ponía tan contento?

Constant arrastró los pies hasta el helicóptero, hizo tambalear el gran pájaro destartalado cuando se trepó a su interior.

—¿Es usted Rowley? —dijo el piloto.

—Así es —respondió Constant.

—Nombre raro el suyo, Mr. Rowley —dijo el piloto.

—¿Cómo dice? —preguntó Constant nauseoso. Estaba mirando a través del techo de plástico de la cabina del piloto, hacia el cielo de la tarde. Se preguntaba si habría ojos allá arriba, ojos que vieran todo lo que él hacía. Y si había ojos allá arriba, y querían que hiciera ciertas cosas, que fuera a ciertos lugares, ¿cómo lo conseguían?

¡Dios, pero allá arriba todo parecía transparente y frío!

—Dije que usted tiene un nombre raro —repitió el piloto.

—¿Qué nombre? —dijo Constant, olvidado del nombre disparatado que había elegido para disfrazarse.

—Jonah —dijo el piloto.

Cincuenta y nueve días más tarde, Winston Niles Rumfoord y su leal perro Kazak se materializaron de nuevo. Habían ocurrido muchas cosas desde la última visita.

En primer lugar, Malachi Constant había vendido todas sus acciones en la Galactic Spacecraft, la compañía que tenía en custodia la gran nave espacial llamada *La Ballena.* Lo había hecho para destruir toda conexión entre su persona y el único medio conocido de llegar a Marte. Había colocado el producto de la venta en la Moon Mist Tobacco.

En segundo lugar, Beatrice Rumfoord había liquidado sus diversos títulos, invirtiendo el producto en acciones de la Galactic Spacecraft, con intención de llevar la voz cantante cuando se tratara de hacer algo con *La Ballena.*

En tercer lugar, Malachi Constant se había propuesto escribir a Beatrice Rumfoord cartas ofensivas, para tenerla alejada, para llegar a serle absoluta y permanentemente intolerable. Leer una de esas cartas equivalía a leerlas todas. La más reciente, escrita en papel de la Magnum Opus, Inc., sociedad cuyo único objeto era administrar los asuntos financieros de Malachi Constant, decía:

¡Te saludo desde la soleada California, Nena del Espacio! Hurra, me relamo anticipadamente pensando en la juerga que me voy a correr con una dama de primera como tú bajo las lunas gemelas de Marte. Eres la única dama que conozco y estoy seguro de que eres imbatible. Amor y besos para una iniciadora. Mal.

En cuarto lugar, Beatrice había comprado una cápsula de cianuro, más eficaz, seguramente, que el áspid de Cleopatra. Era su intención tragarla en caso de que tuviera que compartir siquiera la misma zona temporal que Malachi Constant.

En quinto lugar, la bolsa de acciones había sufrido un colapso, barriendo con Beatrice Rumfoord, entre otros. Beatrice había comprado acciones de la Galactic Spacecraft a precios que variaban entre 1511/g y 169. La cotización había bajado a 6 en diez días, y ahora estaban así, moviéndose unas fracciones de punto. Beatrice lo había perdido todo en la operación, incluso su casa de Newport. No le quedaba más que lo puesto, el buen nombre y su perfecta educación escolar.

En sexto lugar, Malachi Constant había dado una fiestita íntima dos días después de volver a Hollywood, que sólo ahora, cincuenta y seis días después, estaba terminando.

En séptimo lugar, un joven de barba auténtica llamado Martin Koradubian se había dado a conocer como el extranjero barbudo que había sido invitado a la propiedad de Rumfoord para ver una materialización. Hacía reparaciones de relojes solares en Boston, y era un mentiroso encantador.

Una revista le había comprado la historia por tres mil dólares.

Sentado en el Museo Skip, bajo la escalera de caracol, Winston Niles Rumfoord leía la historia de Koradubian con deleite y admiración. Koradubian afirmaba que Rumfoord le había hablado del año Diez Millones d. C.

Según Koradubian, en el año Diez Millones habría una tremenda barrida. Todas las crónicas relativas al período comprendido entre la muerte de Cristo y el año Un Millón serían echadas a la basura y quemadas. Así se haría, decía Koradubian, porque los museos y archivos atiborrados amenazaban con expulsar a los seres vivientes de la Tierra.

El período de un millón de años relacionado con la quema de trastos viejos, se resumiría en los libros de historia, según Koradubian, en una frase: *Después de la muerte de Cristo hubo un período de reajuste que duró aproximadamente un millón de años.*

Winston Niles Rumfoord lanzó una carcajada y dejó de lado el artículo de Koradubian. Nada le gustaba más que una enorme y buena superchería.

—Diez millones d. C. —dijo en voz alta—, un gran año para hogueras y desfiles y ferias mundiales. Un buen momento para hender piedras angulares y desenterrar cápsulas temporales.

Rumfoord no hablaba consigo mismo. Había alguien más en el Museo Skip. La otra persona era su mujer, Beatrice. Beatrice se había sentado en la otra silla. Había bajado a pedirle ayuda en un momento de gran necesidad.

Rumfoord cambió suavemente de tema. Beatrice, absolutamente fantasmal en su peinador blanco, se puso plomiza.

—¡Qué animal optimista es el hombre! —dijo Rumfoord alegremente—. ¡Imaginar que la especie puede durar diez millones de años más, como si los hombres hubieran sido tan bien

concebidos como las tortugas! —Se encogió de hombros—. Bueno, ¿quién sabe?, quizá los seres humanos duren eso, a fuerza de pura malicia. ¿Cuál es tu idea?

—¿Qué? —preguntó Beatrice.

—Tu idea de lo que durará la raza humana —dijo Rumfoord.

De entre los dientes apretados de Beatrice salió una nota temblona, aguda, tan alta que estaba casi más allá de las posibilidades del oído humano. El sonido tenía la misma carga siniestra que el silbido de una bomba que cae.

Después se produjo la explosión. Beatrice volcó la silla, atacó el esqueleto, lo arrojó estrellándolo en un rincón. Limpió los estantes del Museo Skip, proyectando los especímenes contra las paredes, pisoteándolos.

Rumfoord estaba pasmado.

—Santo Dios —dijo—. ¿Por qué haces eso?

—¿No lo sabes todo? —dijo Beatrice histérica—. ¿Alguien puede decirte algo? ¡Te basta con leer mi pensamiento!

Rumfoord apoyó las palmas de sus manos en las sienes, los ojos muy abiertos. —Estática, todo lo que oigo es estática —dijo.

—¡Qué otra cosa habría sino estática! —dijo Beatrice—. ¡Voy a quedar directamente en la calle, sin un centavo siquiera para comer, y mi marido se ríe y quiere que juguemos a las adivinanzas!

—No era un juego *corriente* de adivinanzas —dijo Rumfoord—. Se trataba de saber cuánto durará la raza humana. Pensé que eso podía darte una mayor perspectiva para considerar tus problemas.

—¡Al diablo con la raza humana! —dijo Beatrice.

—No olvides que eres un miembro de ella —dijo Rumfoord.

—¡Entonces me gustaría pedir el pase a la de los chimpancés! —dijo Beatrice—. ¡Ningún marido chimpancé se quedaría tan tranquilo mientras su mujer pierde todos los cocos! ¡Ningún marido chimpancé trataría de que su mujer se convirtiera en la prostituta espacial de Malachi Constant, de Hollywood, California!

Después de decir estas cosas horribles, Beatrice se calmó un poco. Meneó la cabeza con cansancio.

—¿Cuánto durará la raza humana, Maestro?

—No lo sé —respondió Rumfoord.

—Creí que lo sabías todo —dijo Beatrice—. No tienes más que echar una mirada al futuro.

—Estoy mirando el futuro —dijo Rumfoord— y veo que no estaré en el Sistema Solar cuando la raza humana desaparezca. De modo que el fin es tan misterioso para mí como para ti.

En Hollywood, California, la campanilla del teléfono azul de *strass* instalado en una casilla junto a la piscina de Malachi Constant, estaba sonando.

Siempre es lamentable que un ser humano llegue a una condición apenas más respetable que la de un animal. Mucho más lamentable es cuando esa persona ha tenido todas las ventajas.

Malachi Constant, yacía en la canaleta de desagüe junto a su piscina en forma de riñón, durmiendo el sueño de un borracho. En la canaleta había medio centímetro de agua caliente. Constant estaba vestido con pantalones azul verdoso y una chaqueta de brocato dorado. La ropa se había empapado.

Estaba completamente solo.

La piscina había quedado en algún momento cubierta uniformemente por una lisa sábana de gardenias. Pero una persistente brisa matinal había llevado los pimpollos hacia un extremo, como quien dobla una manta al pie de la cama. Al doblar la manta, la brisa revelaba que el fondo de la piscina estaba cubierto de vasos rotos, cerezas, pedazos de cascara de limón, botones de peyote, tajadas de naranja, aceitunas rellenas, cebollitas en vinagre, un

televisor, una jeringa hipodérmica y las ruinas de un gran piano blanco. Colillas de cigarros y cigarrillos, algunos de marihuana, flotaban en la superficie.

La piscina parecía menos una instalación deportiva que una ponchera infernal.

Uno de los brazos de Constant colgaba dentro de la piscina misma. De la muñeca, debajo del agua, llegaba el fulgor de su reloj solar. El reloj se había detenido.

La campanilla del teléfono insistía.

Constant masculló algo pero no se movió.

La campanilla se detuvo. Después de unos veinte segundos, empezó de nuevo.

Constant rezongó, se sentó, rezongó.

Desde el interior de la casa llegaba un sonido vivo, eficiente, de tacones altos en un piso de baldosa. Una encantadora mujer de un rubio cobrizo cruzó de la casa a la casilla del teléfono, echando a Constant una mirada de altanero desdén.

Masticaba chicle.

—¿Sí? —dijo al teléfono—. Oh, usted de nuevo. Sí, está despierto. ¡Eh! —chilló a Constant. Tenía una voz de grajo—. ¡Eh, cadete del espacio! —chilló.

—¿Hmmrn? —dijo Constant.

—El tipo ése que es presidente de la compañía tuya quiere hablar contigo.

—¿Qué compañía? —preguntó Constant.

—¿De qué compañía es presidente usted? —dijo la mujer al teléfono. Le contestaron—. Magnum Opus —dijo—, Ransom K. Fern, de Magnum Opus.

—Díle... díle que lo llamaré —dijo Constant.

La mujer se lo dijo a Fern y recibió otro mensaje para transmitir a Constant.

—Dice que se va.

Constant se puso de pie tambaleándose, se frotó la cara con las manos.

—¿Que se va? —dijo estúpidamente—. ¿El viejo Ransom K. Fern se va?

—Sí —dijo la mujer. Sonrió con odio—. Dice que no puedes seguir pagándole el sueldo. Dice que es mejor que vayas y hables con él antes de que se vuelva a su casa. —Se rió—. Dice que estás fundido.

En Newport, el estruendo del estallido de Beatrice Rumfoord atrajo a Moncrief, el mayordomo, al Museo Skip.

—¿Ha llamado, señora? —dijo.

—Era más bien un chillido, Moncrief —dijo Beatrice.

—La señora no necesita nada, gracias —dijo Rumfoord—. Simplemente, estábamos discutiendo animadamente.

—¿Cómo te atreves a decir si necesito algo o no? —dijo con vehemencia Beatrice a Rumfoord—. Empiezo a darme cuenta de que no eres ni mucho menos tan omnisciente como pretendes. Ocurre que necesito mucho algunas cosas. Necesito mucho cierto número de cosas.

—¿Señora? —dijo el mayordomo.

—Me gustaría que dejara entrar al perro, por favor —dijo Beatrice—. Me gustaría acariciarlo antes de que se fuera. Me gustaría saber si un infundibulum crono-sinclástico mata el amor en un perro como lo mata en un hombre.

El mayordomo se inclinó y salió.

—Linda escena para hacer delante de un criado —dijo Rumfoord.

—Dicho sea en general —dijo Beatrice—, mi contribución a la dignidad de la familia ha sido un poco mayor que la tuya.

Rumfoord dejó caer la cabeza.

—¿Te he defraudado en algún sentido? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—¿En *algún* sentido? —dijo Beatrice—. ¡En todo sentido!

—¿Qué hubieras querido que hiciera? —dijo Rumfoord.

—¡Podías haberme dicho que se venía esa quiebra del mercado de valores! —dijo Beatrice— Podías haberme ahorrado las que estoy pasando ahora.

Las manos de Rumfoord se movieron en el aire, tratando sin éxito de encontrar

argumentos.

—¿Y bien? —dijo Beatrice.

—Desearía que hubiésemos salido juntos del infundibulum crono-sinclástico —dijo Rumfoord—, así verías por una vez de qué estaba yo hablando. Todo lo que puedo decir es que mi imposibilidad de prevenirte sobre la quiebra del mercado de valores forma parte del orden natural como el Cometa Halley, y es insensato enfurecerse.

—Estás diciendo que no tienes ningún carácter ni sentido de la responsabilidad con respecto a mí —dijo Beatrice—. Lamento decírtelo, pero es cierto.

Rumfoord balanceó la silla para atrás y para adelante.

—Es cierto, pero, Dios mío, es formalmente cierto —dijo.

Rumfoord se refugió de nuevo en su revista. La revista se abrió naturalmente en el pliego central, que era un anuncio en colores de Cigarrillos MoonMist. MoonMist Tobacco, Ltd., había sido comprada recientemente por Malachi Constant.

¡Placer en profundidad! decía el epígrafe del aviso. La foto era la de las tres sirenas de Titán. Allí estaban: la muchacha blanca, la muchacha dorada y la muchacha morena.

Los dedos de la muchacha dorada se abrían sobre su pecho izquierdo, de modo que el artista había podido pintar un cigarrillo MoonMist entre dos de ellos. El humo del cigarrillo pasaba por debajo de la nariz de las muchachas morena y blanca, y su concupiscencia anuladora del espacio parecía centrada únicamente en el humo mentolado.

Rumfoord sabía que Constant trataría de degradar la foto utilizándola en el comercio. El padre de Constant había hecho algo parecido cuando descubrió que no podía comprar la Mona Lisa de Leonardo a ningún precio. El viejo había castigado a Mona Lisa utilizándola en una campaña de publicidad de ciertos supositorios. Era la manera que tenía la libre empresa de manejar la belleza que amenazaba con salir triunfante.

Rumfoord produjo un zumbido con los labios, como hacía cuando se acercaba a la compasión. La compasión era por Malachi Constant, que estaba pasándolo mucho peor que Beatrice.

—¿He oído ya toda tu defensa completa? —dijo Beatrice acercándose por detrás de la silla de Rumfoord. Tenía los brazos doblados y Rumfoord, leyéndole el pensamiento, supo que ella pensaba en sus codos agudos y salientes como si fueran espadas de torero. —¿Cómo dices? —preguntó Rumfoord. —Ese silencio, ese esconderte en la revista, ¿es la suma y el total de tu refutación? —dijo Beatrice.

—Refutación, una palabra exacta, si las hay —dijo Rumfoord—. Yo digo esto, y entonces tú me refutas, y yo te refuto, y alguien más viene y nos refuta a los dos. —Se encogió de hombros—. Qué pesadilla en la que cada uno se dispone a refutar al otro.

—¿No podrías, en este mismo momento —dijo Beatrice—, pasarme datos que me permitieran recuperar todo lo que he perdido y aún más? Si tienes una pizca de preocupación por mí, ¿no podrías decirme exactamente cómo tratará de embaucarme Malachi Constant, de Hollywood, para que vaya a Marte, de modo que yo pueda ganarle de mano?

—Mira —dijo Rumfoord—, la vida para una persona minuciosa como tú es como uno de esos trenes fantasmas de los parques de diversiones. —Se volvió y agitó las manos delante de la cara de Beatrice—. ¡Te van a suceder toda clase de cosas! —dijo—, veo el tren fantasma en que estás metida. Y claro que podría indicarte en un pedacito de papel todas las idas y vueltas y saltos del tren y prevenirte todos los espantajos que se te van a aparecer en los túneles. Pero no te serviría de nada.

—No veo por qué no —dijo Beatrice. —Porque de todas maneras tendrás que tomar el tren fantasma —dijo Rumfoord—. La idea del tren fantasma no es mía, no me pertenece y no sé quién lo toma y quién no lo toma. Lo único que sé es qué forma tiene.

—¿Y Malachi Constant es parte del tren fantasma? —preguntó Beatrice.

—Sí —respondió Rumfoord.

—¿Y no hay manera de evitarlo? —dijo Beatrice.

—No —dijo Rumfoord.

—Bueno, pongamos que me dices entonces de qué manera nos juntaremos —dijo Beatrice—, para que yo pueda hacer lo poco que pueda.

Rumfoord se encogió de hombros.

—Muy bien, si quieres —dijo—. Si te hace sentirte mejor... En este mismo momento —dijo Rumfoord—, el presidente de los Estados Unidos anuncia una Nueva Era Espacial para remediar el desempleo. Se gastarán miles de millones de dólares en naves espaciales sin tripulantes, sólo para crear trabajo. El episodio inicial de esta Nueva Era Espacial será el lanzamiento de *La Ballena* el próximo martes. *La Ballena* será rebautizada *La Rumfoord* en mi honor, irá cargada de monos de organillero y será lanzada hacia Marte. Tú y Constant participarán en las ceremonias. Tú subirás a bordo para una inspección ceremonial y un desperfecto en un interruptor te enviará al espacio junto con los monos. Merece la pena interrumpir en este momento el relato para decir que esta patraña contada a Beatrice es, que se sepa, uno de los pocos casos en que Winston Niles Rumfoord dijo una mentira.

Había algo de cierto en la historia de Rumfoord: que *La Ballena* cambiaría de nombre y sería lanzada el martes, y que el presidente de los Estados Unidos estaba anunciando una Nueva Era Espacial.

—Algunos andan diciendo que la economía norteamericana está envejecida y enferma —dijo el presidente— y francamente no entiendo cómo pueden decir eso, pues hay ahora mayores oportunidades de progreso en todos los frentes que en cualquier época de la historia del hombre.

«Y hay una frontera en que la podemos progresar especialmente y es la gran frontera del espacio. El espació ya nos ha rechazado una vez, pero no es propio de los norteamericanos tomar el no por respuesta cuando se trata de progreso.

«Gentes de poco ánimo vienen a verme todos los días a la Casa Blanca —decía el presidente—, y lloran y se lamentan y dicen: Oh, señor presidente, los depósitos están llenos de automóviles y aviones y enseres de cocina y otros diversos productos. Y dicen: Oh, señor presidente, las fábricas no tienen nada más que hacer para nadie, porque todo el mundo tiene dos, tres o cuatro ejemplares de cualquier cosa.

«Recuerdo a un hombre en particular, un fabricante de sillas, tenía superproducción y no podía sino pensar en todas las sillas que había en su depósito. Yo le dije: En los próximos veinte años se duplicará la población del mundo, y esos miles de millones de gentes necesitarán dónde sentarse, de modo que adelante con las sillas. Entre tanto, ¿por qué no se olvida de las sillas que hay en el depósito y piensa en el progreso espacial?

«Se lo dije a él, se lo digo a ustedes, lo digo a todo él mundo. El espacio puede absorber la productividad de un trillón de planetas del tamaño de la tierra. Podemos construir y lanzar cohetes indefinidamente, y nunca llenaremos el espacio ni aprenderemos todo lo que de él se puede saber.

«Y esa misma gente a la que tanto le gusta llorar y quejarse me dijo: Oh, señor presidente, ¿pero qué hacemos con los infundibula crono-sinclásticos y con esto y con lo de más allá? Y yo les dije: Si los hombres escucharan a los que hablan como ustedes no habría nunca ningún progreso. No habría teléfono ni nada. Y además, les dije y se lo digo a ustedes y lo digo a todo el mundo, no tenemos por qué meter gente en las naves espaciales. Usaremos sólo a los animales inferiores.

Había más que eso.

Malachi Constant, de Hollywood, California, salió de la casilla del teléfono de *strass* absolutamente sobrio. Sentía como si tuviera ceniza en los ojos. Su lengua era como de trapo.

Estaba seguro: nunca había visto a la mujer rubia.

Le hizo una de las preguntas habituales en momentos de cambio violento:

—¿Dónde está la gente?

—Los echaste a todos —dijo la mujer.

—¿Ah, sí? —dijo Constant.

—Sí —dijo la mujer—. ¿Quiere decir que tienes una laguna?

Constant asintió débilmente. Durante la fiesta de cincuenta y seis días había llegado a un punto y no podía avanzar más. Su objetivo había sido hacerse indigno de cualquier destino, incapaz de cualquier misión, enfermarse demasiado para viajar. Lo había conseguido hasta un punto espantoso.

—Oh, fue todo un espectáculo —dijo la mujer—. Lo estabas pasando tan bien como todos, ayudando a empujar el piano hasta la piscina. Y cuando por fin cayó, te dio el vino triste.

—El vino triste —repitió como un eco Constant.

Era algo nuevo.

—Sí —dijo la mujer—. Dijiste que habías tenido una infancia muy desdichada, y le hiciste oír a todo el mundo lo desdichada que había sido. Cómo tu padre nunca te había dado una pelota, nunca, ninguna clase de pelota. La mitad del tiempo nadie te entendió, pero eso sí, hubo algo que todos entendieron, y es que nunca te habían dado ninguna clase de pelota.

—Después hablaste de tu madre —dijo la mujer—, y dijiste que si era una puta entonces estabas orgulloso de ser un hijo de puta, y sí que era una puta. Entonces dijiste que le regalarías un pozo petrolífero a la mujer que se te acercara, te estrechara la mano y dijera en voz bien alta, para que todos pudieran oír: «Soy una puta, igual que tu madre».

—¿Y entonces qué pasó? —dijo Constant.

—Le diste un pozo petrolífero a cada mujer de la fiesta —dijo la mujer—. Y después empezaste a llorar más que antes y me elegiste a mí y le dijiste a todo el mundo que yo era la única persona de todo el Sistema Solar en quien podías confiar. Dijiste que todos los demás estaban esperando que te quedaras dormido para poder embarcarte en una nave espacial y despacharte a Marte. Entonces echaste a todo el mundo salvo a mí. A los criados y a todo el mundo.

«Después volamos a México y nos casamos, y luego volvimos aquí —dijo—. Ahora descubro que no tienes dónde caerte muerto. Es mejor que vayas a la oficina y averigües qué mierda está pasando, porque mi amigo es un *gángster* y te matará si no me tratas como es debido.

«Carajo —añadió—, he tenido una infancia más desdichada que la tuya. Mi madre era una puta y mi padre nunca pisó la casa, tampoco, pero además éramos *pobres.* Tú por lo menos tenías miles de millones de dólares.

En Newport, Beatrice Rumfoord se volvió hacia su marido. Estaba en el umbral del Museo Skip, de frente al corredor. Desde la otra punta venía el sonido de la voz del mayordomo. El mayordomo estaba en la puerta principal, llamando a Kazak, el sabueso del espacio.

—Yo también sé algo de trenes fantasmas —dijo Beatrice.

—Qué bien —dijo Rumfoord con voz inexpresiva.

—Cuando tenía diez años —dijo Beatrice—, a mi padre se le metió en la cabeza que sería divertido hacerme subir a uno. Estábamos veraneando en Cape Cod y fuimos a un parque de diversiones en las afueras de Fall River.

«Compró dos entradas para el tren fantasma. Iba a tomarlo conmigo.

«Le eché una mirada al tren fantasma, me pareció tonto, sucio y peligroso, y me negué sencillamente a subir. Mi padre no lo consiguió —dijo Beatrice—, aunque era presidente de la Junta del Ferrocarril Central de Nueva York.

«Dimos media vuelta y regresamos a casa —dijo Beatrice, orgullosa. Le brillaban los ojos y asintió bruscamente con la cabeza—. Esa es la manera de tratar a los trenes fantasmas —dijo.

Salió majestuosa del Museo Skip y fue al vestíbulo a esperar la llegada de Kazak.

En un instante sintió la presencia eléctrica de su marido detrás de ella.

—Bea —dijo—, si te parezco indiferente a tus desgracias, es sólo porque sé que al final

todo terminará bien. Si parece grosero de mi parte que no me indigne ante la idea de que formes pareja con Constant, es sólo porque admito que será para ti un marido mucho mejor de lo que yo nunca he sido ni seré.

«Prepárate a estar realmente enamorada por primera vez —dijo Rumfoord—. Prepárate a comportarte aristocráticamente sin ninguna prueba exterior de tu aristocracia. Prepárate a no tener más que la dignidad, la inteligencia, la ternura que Dios te ha dado, prepárate a tomar esos elementos y nada más, y a hacer con ellos algo exquisito.

Rumfoord suspiró levemente. Se estaba poniendo trivial.

—Dios mío —dijo—, tú hablabas de trenes fantasmas... Detente a pensar un poco en qué tren fantasma estoy metido. Algún día en Titán te darás cuenta de qué manera despiadada me han utilizado, y quiénes, y con qué fines repugnantes y despreciables.

Kazak se precipitó dentro de la casa, sacudiendo los belfos. Aterrizó patinando en el piso pulido.

Trató de doblar en ángulo recto, hacia Beatrice. Cuanto más rápido corría, menos podría avanzar.

Se puso translúcido.

Empezó a encogerse, a chisporrotear insensatamente en el piso del vestíbulo como una pelota de pinpong en una sartén.

Después desapareció.

No había más perro.

Sin mirar atrás, Beatrice supo que su marido también había desaparecido.

—¿Kazak? —dijo débilmente. Trató de hacer chasquear los dedos, como para atraer a un perro. Los dedos eran demasiado débiles para producir un sonido.

—Perrito lindo —murmuró.

3 - Compañía consolidada de tortas

«Hijo, dicen que no hay reyes en este país, ¿pero
quieres que te diga cómo se puede ser rey de los
Estados Unidos de Norteamérica? Basta con dejarse
caer por el agujero de una letrina y salir oliendo a rosas».
NOEL CONSTANT

Magnum opus, la sociedad de Los Angeles que administraba los asuntos financieros de Malachi Constant, había sido fundada por el padre de Malachi. Tenía su sede en un edificio de treinta y un pisos. Magnum Opus era propietaria de todo el edificio, pero sólo usaba los tres últimos pisos, alquilando el resto a las sociedades que controlaba.

Algunas de ellas, vendidas recientemente por Magnum Opus, se estaban mudando a otra parte. Otras que Magnum Opus había comprado recientemente estaban entrando en el edificio.

Entre las firmas locatarias figuraban Galactic Spacecraft, MoonMist Tobacco, Fandango Petroleum, Lennox Monorail, Fry-Kwik, Sani-Maid Pharmaceuticals, Lewis and Marvin Sulfur, Dupree Electronics, Universal Piezo-electric, Psychokinesis Unlimited, Ed Muir Associates, Max-Mor Machine Tools, Wilkinson Paint and Varnish, American Levitation, Flo-Fast, King O'Leisure Shirts y Emblem Supreme Casualty y Life Assurance Company of California.

El edificio de Magnum Opus era una torre esbelta, prismática, de doce caras, revestidas las doce de vidrio azul-gris que viraba al rosa en la base. Según el arquitecto, las doce caras representaban las doce grandes religiones del mundo. Hasta entonces nadie había pedido al arquitecto que las nombrara.

Era una suerte, porque no hubiese podido hacerlo.

Había un helipuerto privado en lo alto.

La sombra y la vibración del helicóptero de Constant al posarse en el helipuerto era para muchas de las personas que estaban abajo como la sombra y la vibración del Resplandeciente Ángel de la Muerte. Lo parecía debido a la quiebra del mercado de valores, a la falta de dinero y de trabajo...

Y lo parecía sobre todo porque las más afectadas por la quiebra, que habían arrastrado todo consigo, eran las empresas de Malachi Constant.

Constant conducía su propio helicóptero, pues todos sus servidores lo habían abandonado la noche anterior. Constant conducía mal. Aterrizó con un crujido que hizo estremecer todo el edificio.

Llegaba para una conferencia con Ransom K. Fern, presidente de Magnum Opus.

Fern esperaba a Constant en el piso treinta y tres, un único salón enorme que era la oficina de Constant.

La oficina estaba amueblada de una manera fantasmal, pues ningún mueble tenía patas. Todo estaba suspendido magnéticamente a la altura apropiada. Las mesas, el escritorio, el bar, los divanes eran tablas flotantes. Las sillas eran concavidades inclinadas, flotantes. Y lo más espectral de todo: lápices y blocs estaban desparramados al azar en el aire, listos para que los atrapara quien quiera que tuviese una idea digna de ser escrita.

La alfombra era verde como césped, por la sencilla razón de que era césped, césped viviente tan lozano como el de una cancha de golf.

Malachi Constant bajó de la pista del helicóptero a su oficina en un ascensor privado. Cuando la puerta del ascensor se abrió con un susurro, Constant se desconcertó al ver los muebles sin patas, los lápices y blocs flotantes. Hacía ocho semanas que no iba a la oficina. Alguien había cambiado los muebles.

Ransom K. Fern, presidente de Magnum Opus, estaba de pie junto a una puerta ventana, mirando la ciudad. Llevaba su sombrero Homburg negro y su chaqueta Chesterfield negra. Tenía su bastón de bambú como un arma. Era extremadamente delgado, siempre lo había sido.

—Flaco como un arenque —había dicho de Fern el padre de Malachi Constant, Noel—. Ransom K. Fern es como un camello al que ya se le han quemado las dos jorobas y ahora se le está quemando todo el resto salvo el pelo y los ojos.

De conformidad con las cifras proporcionadas por la Oficina de Impuestos Internos, Fern era el ejecutivo mejor pagado del país. Tenía un sueldo de un millón limpio de dólares anuales, más opción en planes de bonos y reajustes por aumento del costo de vida.

Había ingresado en Magnum Opus a los veintidós años. Ahora tenía sesenta.

—Algo... alguien ha cambiado todos los muebles —dijo Constant.

—Sí —dijo Fern, siempre mirando la ciudad—, alguien los ha cambiado.

—¿Usted? —preguntó Constant.

Fern resopló, se tomó tiempo antes de contestar.

—Pensé que debíamos demostrar lealtad hacia algunos de nuestros productos.

—Nunca... nunca vi nada así —dijo Constant—. Sin patas... flotando en el aire.

—Usted sabe, magnetismo —dijo Fern.

—Bueno... bueno, me parece maravilloso, ahora que me voy acostumbrando —dijo Constant—. ¿Y es alguna compañía de las nuestras la que hace estas cosas?

—La American Levitation Company —dijo Fern—. Usted dijo que la compráramos, entonces la compramos.

Ransom K. Fern se apartó de la ventana. Su cara era una turbadora combinación de juventud y vejez. No mostraba señales de ninguna de las etapas intermedias del proceso de envejecimiento, ningún atisbo del hombre de treinta, cuarenta o cincuenta años que había dejado atrás. Sólo estaban representados la adolescencia y los sesenta años. Era como si un golpe de calor hubiese ajado y blanqueado a alguien de diecisiete años.

Fern leía dos libros por día. Se ha dicho que Aristóteles fue el último hombre

familiarizado con la totalidad de su cultura. Ransom K. Fern había hecho una tentativa impresionante para igualar la hazaña de Aristóteles. Había tenido algo menos de éxito en la percepción de las estructuras del conocimiento.

La montaña intelectual había parido un ratón intelectual, y Fern era el primero en admitir que era un ratón, y encima, sarnoso. Como decía el mismo Fern, expresando su filosofía coloquial en los más sencillos términos:

—Usted se acerca a un hombre y le dice: «¿Cómo andan las cosas, Joe?» Y él contesta: «Oh, muy bien, no podrían andar mejor». Y usted lo mira a los ojos y ve que las cosas no podrían andar peor. Cuando usted llega al fondo, descubre que todo el mundo la está pasando miserablemente, y digo todo el mundo. Para colmo, nada parece servir de mucho.

Esta filosofía no lo entristecía. No lo sumía en cavilaciones melancólicas.

Lo había vuelto despiadadamente vigilante. Lo ayudaba también en los negocios, pues le permitió suponer automáticamente que los otros individuos eran mucho más débiles y estaban mucho más fastidiados que él mismo.

A veces, también, personas de estómago resistente encontraban divertidas las murmuraciones de Fern.

La situación de Fern, primero al servicio de Noel y después de Malachi, había contribuido a que fuese amargamente divertido casi todo lo que dijera, pues era superior a Constant *pére et fils* en todo sentido, salvo en uno, el único que realmente importaba. Los Constant —ignorantes, vulgares y desvergonzados— tenían una suerte pasmosa, en cantidad abrumadora. O la habían tenido hasta entonces. Malachi Constant todavía tenía que meterse en la cabeza que se le había acabado la buena suerte, que se le había acabado del todo. Todavía tenía que metérselo en la cabeza, a pesar de las horribles noticias que Fern le había dado por teléfono.

—Vaya —dijo Constant con ingenuidad—, cuanto más miro estos muebles, más me gustan. Esta mercadería debe venderse como pan caliente. —Había algo patético y repelente en la forma en que Malachi Constant hablaba de negocios. Lo mismo había ocurrido con su padre. El viejo Noel Constant nunca había sabido nada de negocios, y su hijo tampoco, y el poco encanto que tenían los Constant se evaporaba no bien pretendían que su éxito dependía de que estaban al tanto de todo.

Había algo de obsceno en un multimillonario optimista, agresivo y astuto.

—Si me lo pregunta —dijo Constant— le diré que ha sido una excelente inversión, una compañía que hace muebles como estos.

—Compañía consolidada de Tortas —dijo Fern. Era una de sus bromas favoritas. Cuando alguien iba a verlo para pedirle consejo acerca de una inversión que duplicara el capital en seis meses, le aconsejaba gravemente que invirtiera en esa compañía ficticia. Algunos habían intentado poner en práctica el consejo.

—Sentarse en un diván de la American Levitation es más difícil que mantenerse de pie en una piragua —dijo Fern secamente—. Déjese caer en una de esas llamadas sillas, y lo harán rebotar en la pared como una piedra proyectada por una honda. Siéntese en el borde del escritorio y bailará un vals con usted alrededor de la habitación.

Constant tocó apenas el escritorio que se estremeció nerviosamente.

—Bueno, todavía no lo han puesto a punto, eso es todo —dijo Constant.

—La cosa más cierta que se ha dicho hasta ahora —dijo Fern.

Constant esbozó una disculpa que nunca había tenido que dar hasta entonces.

—Cualquiera se puede equivocar de vez en cuando —dijo.

—¿De vez en cuando? —dijo Fern, alzando las cejas—. Durante tres meses no ha hecho más que tomar decisiones equivocadas, y ha conseguido lo que hubiéramos considerado imposible: barrer con los resultados de casi cuarenta años de reflexiones inspiradas.

Ransom K. Fern tomó un lápiz en el aire y lo quebró en dos.

—Magnum Opus no existe más. Usted y yo somos las dos últimas personas en el edificio. Todo el mundo ha recibido su paga y se ha ido a su casa.

Saludó con un gesto y se dirigió a la puerta.

—El conmutador funciona de modo que todas las llamadas pasen directamente a su escritorio. Y cuando salga, señor, no se olvide de apagar la luz y cerrar la puerta de calle.

Quizá corresponda en este punto trazar una historia de Magnum Opus, Inc.

Magnum Opus empezó siendo una idea en la mente de un yanqui, vendedor ambulante de ollas de cobre. El yanqui era Noel Constant, oriundo de New Bedford, Massachusetts. Era el padre de Malachi.

El padre de Noel, a su vez, Sylvanus Constant, montaba telares de las hilanderías de New Bedford, de la Nattaweena División, Compañía Algodonera de la Gran República. Era anarquista, aunque nunca se había metido en líos por eso, salvo con su mujer.

La familia podía remontarse, a través de una relación ilegítima, hasta Benjamín Constant, que había sido tribuno bajo Napoleón de 1799 a 1801, y amante de Ame Louise Germaine Necker, baronesa de Staél-Holstein, mujer del embajador sueco en Francia.

De todos modos, una noche, en Los Angeles, a Noel Constant se le metió en la cabeza que se dedicaría a la especulación. Tenía entonces treinta y nueve años, era soltero, carecía de atractivos físicos y espirituales y era un fracaso en los negocios. La idea de dedicarse a la especulación se le ocurrió mientras estaba sentado solo en una estrecha cama de la habitación 223 del Wilburhampton Hotel.

La sociedad financiera más importante que jamás haya poseído un hombre no podía tener en un principio una sede más humilde. La habitación 223 del Wilburhampton Hotel era de unos tres metros de largo por dos y medio de ancho, y no tenía ni teléfono ni escritorio.

Todo lo que había era una cama, una cómoda con tres cajones forrados de papel de diario y, en el cajón del fondo, una Biblia Gideon. La página del diario que forraba el cajón del medio era la de cotizaciones bursátiles de catorce años atrás.

Hay una adivinanza sobre un hombre que está encerrado en una habitación donde sólo hay una cama y un calendario, y la pregunta es la siguiente: ¿cómo sobrevive?

La respuesta es: Come *dates (fechas* y también *dátiles)* del calendario, y bebe agua de los *springs (resortes* y también *manantiales)* de la cama.

Esta adivinanza se presta bastante bien para describir la génesis de Magnum Opus. Los elementos con que Noel Constant elaboró su fortuna no eran más nutritivos en sí mismos que los de la adivinanza.

Magnum Opus se construyó con un lápiz, una chequera y algunos sobres del Gobierno del tamaño de los cheques, una Biblia Gideon y un estado de cuenta de ocho mil doscientos doce dólares.

Esa suma era los bienes del padre anarquista, que habían correspondido a Noel Constant. Los bienes consistían principalmente en bonos del Estado.

Y Noel Constant tenía un programa de inversiones. Era la simplicidad misma. La Biblia sería el asesor.

Hay quienes, después de estudiar el sistema de inversiones de Noel Constant, han llegado a la conclusión de que, o era un genio, o tenía un magnífico sistema de espías en la industria.

Elegía invariablemente los valores bursátiles con mejores perspectivas, días u horas antes de que empezaran a subir. En doce meses, casi sin salir de la habitación 223 del Wilburhampton Hotel, acrecentó su fortuna hasta llegar a un millón doscientos mil dólares.

Noel Constant lo hizo con genio y sin espías.

El sistema era tan estúpidamente sencillo que algunos no podían entenderlo, por más que les fuera explicado. Los que no podían entenderlo son los que necesitan creer, para su propia paz interna, que las enormes riquezas sólo pueden ser producidas por un enorme talento.

Este era el sistema de Noel Constant:

Tomó la Biblia Gideon que había en su cuarto, y empezó con la primera frase del Génesis.

La primera frase del Génesis, como algunos saben, dice: «In the beginning God created the heaven and the earth» («En el principio creó Dios los cielos y la tierra»). Noel Constant escribió la frase con letras mayúsculas, dejó huecos entre las letras, dividió las letras en pares, de modo que la frase quedaba así: «I.N., T.H., E.B., E.G., I.N., N.I., N.G., G.O., D.C., R.E., A.T., E.D., T.H., E.H., E.A., V.E., N.A., N.D., T.H., E.E., A.R., T.H.

Y después buscó las compañías que tuvieran esas iniciales y compró acciones. Su norma, al principio, era la de comprar acciones sólo de una compañía por vez, invertir en ella todo lo que tenía y venderlas en el momento en que su valor se hubiera duplicado.

Su primera inversión fue International Nitrate. Después vinieron Trowbridge Helicopter, Electra Bakeries, Eternity Granite, Indiana Novelty, Norwich Iron, National Gelatin, Granada Oil, DelMar Creations, Richmond Electroplating, Anderson Trailer, y Eagle Duplicating.

El programa de los doce meses siguientes fue éste: Trowbridge Helicopter de nuevo, Elco Hoist, Engineering Associates, Vickery Electronics, National Alum, National Dredging, Trowbridge Helicopter de nuevo.

La tercera vez que compró Trowbridge Helicopter, no compró sólo una parte. Compró la totalidad, sin excepción.

Dos días después, la compañía concertaba un contrato a largo plazo con el Gobierno relativo a misiles balísticos intercontinentales; en dicho contrato se asignaba a la compañía un valor, calculado con prudencia, de cincuenta y nueve millones de dólares. Noel Constant la había comprado por veintidós.

La única decisión ejecutiva que Noel Constant adoptó con respecto a la compañía figuraba en una orden escrita en una tarjeta postal del Wilburhampton Hotel. La tarjeta estaba dirigida al presidente de la compañía, y le decía que cambiara el nombre por el de Galactic Spacecraft, Inc., puesto que hacía rato que la compañía había dejado atrás tanto Trowbridge como los helicópteros.

En adelante, siguió buscando asesoramiento en la Biblia Gideon, pero conservó grandes cantidades de acciones en las firmas que realmente le gustaban.

Durante los dos primeros años que pasó en la habitación 223 del Wilburhampton Hotel, Noel Constant tuvo un solo visitante. Ese visitante no sabía que era rico. Se trataba de una camarera llamada Florence Whitehill, que pasaba con él una noche cada diez por una pequeña cantidad de dinero.

Florence, como todos en el Wilburhampton Hotel, le creía cuando decía que vendía sellos de correos. La higiene personal no era la característica más notoria de Noel Constant. Era fácil creer que su trabajo lo ponía en constante contacto con la goma de pegar.

Los únicos que sabían lo rico que era, eran los empleados de la Oficina de Impuestos Internos, y los de la majestuosa firma contable de Clough y Higgins.

Al cabo de dos años, Noel Constant recibió su segundo visitante en la habitación 223.

El segundo visitante fue un hombre de veintidós años, de ojos azules, delgado y observador. Provocó la intensa atención de Noel Constant al anunciarle que pertenecía a la Oficina de Impuestos Internos de los Estados Unidos.

Constant invitó al joven a entrar en su cuarto y a sentarse en la cama. El se quedó de pie.

—Así que me mandan a un chico —dijo Noel Constant.

El visitante no se ofendió. Sacó partido de la burla, usándola para dar de sí mismo una imagen realmente escalofriante.

—Un chico con el corazón de piedra y la mente rápida como una mangosta, Mr. Constant —dijo—. He estudiado, además, en la Escuela de Comercio de Harvard.

—Tal vez sea así —dijo Constant—, pero no creo que usted pueda hacerme daño. No le debo un centavo al Gobierno Federal.

El inexperto visitante asintió.

—Ya lo sé. Lo he encontrado todo en un orden perfecto.

El joven echó una mirada a la habitación. No le sorprendió su sordidez. Tenía experiencia bastante como para esperar encontrarse con algo morboso.

—He estado examinando sus planillas de impuestos a los réditos de los dos últimos años, y según mis cálculos usted es el hombre de más suerte que jamás haya existido —dijo.

—¿Suerte? —dijo Noel Constant.

—Así me parece —respondió el joven visitante—. Y a usted, ¿qué le parece? Por ejemplo, ¿qué fabrica Elco Hoist Company?

—¿Elco Hoist? —repitió Constant sin expresión.

—Usted fue dueño del cincuenta y tres por ciento de las acciones de la compañía durante un período de dos meses —dijo el joven visitante.

—Bueno... fabrica grúas, cosas para levantar diversos objetos —dijo Noel Constant atragantado—. Y diversos artículos conexos.

La sonrisa del joven visitante le puso bigotes de gato debajo de la nariz.

—Le diré para su conocimiento —dijo—, que Elco Hoist Company era el nombre que en la última guerra dio el Gobierno a un laboratorio absolutamente secreto que trabajaba en la preparación de un mecanismo para escuchar debajo del agua. Después de la guerra se vendió a una empresa privada, y el nombre nunca se modificó puesto que los trabajos seguían siendo un secreto absoluto y el único cliente era el Gobierno.

»Supongamos que usted me dice —continuó el joven visitante— qué fue lo que le indicó que era oportuno invertir en Indiana Novelty. ¿Usted creyó que fabricaban objetos de cotillón y sombreritos de papel?

—¿Tengo que contestar estas preguntas para la Oficina de Impuestos Internos? —dijo Noel Constant—. ¿Tengo que describir en detalle cada compañía de mi propiedad o en caso contrario no puedo quedarme con el dinero?

—Preguntaba sólo por curiosidad mía. Por su reacción, conjeturo que usted no tiene la más remota idea de lo que hace Indiana Novelty. Le diré, para su información, que Indiana Novelty no fabrica absolutamente nada, sino que es dueña de ciertas patentes fundamentales de máquinas para recauchutar neumáticos.

—¿Qué le parece si volvemos a los asuntos de la Oficina de Impuestos Internos? —dijo Noel Constant secamente.

—No estoy más en la Oficina —dijo el joven visitante—. He renunciado esta mañana a mi empleo de ciento catorce dólares semanales para tomar otro de dos mil.

—¿Para quién va a trabajar? —dijo Noel Constant.

—Para usted —dijo el joven. Se puso de pie, tendió la mano—. Me llamo Ransom K. Fern —dijo—. En la Facultad de Comercio de Harvard —prosiguió el joven Fern—, tenía un profesor que siempre me decía que yo era inteligente, pero que debía encontrar *mi tipo,* si quería ser rico. No me explicó qué quería decir. Añadió que lo encontraría tarde o temprano. Le pregunté cómo podía salir a buscarlo, y me aconsejó que trabajara más o menos durante un año en la Oficina de Impuestos Internos.

«Cuando vi sus planillas de impuestos, Mr. Constant, entendí de pronto lo que había querido decirme. Había querido decirme que yo era sagaz y concienzudo, pero que no tenía demasiada suerte. Debía encontrar a alguien que tuviera una suerte asombrosa, y así lo hice.

—¿Por qué le voy a pagar dos mil dólares por semana? —dijo Noel Constant—. Usted está viendo cuáles son mis instalaciones y mi personal, y sabe lo que he conseguido con ellos.

—Sí... —dijo Fern—, y le puedo mostrar cómo podía haber hecho usted doscientos millones cuando sólo ha hecho cincuenta y nueve. Usted no sabe absolutamente nada de derecho comercial o derecho impositivo, ni siquiera conoce los procedimientos comunes del comercio.

A continuación, Fern probó lo que había dicho a Noel Constant, padre de Malachi, y le mostró un plan de organización que llevaba el nombre de Magnum Opus, Incorporated. Era una maravillosa maquinaria montada para violar el espíritu de miles de leyes sin contravenir siquiera una ordenanza urbana.

Noel Constant quedó tan impresionado por ese monumento a la hipocresía y a la astucia práctica, que quiso inmediatamente comprar acciones sin consultar siquiera la Biblia.

—Pero Mr. Constant —dijo el joven Fern—, ¿no ha comprendido? Magnum Opus es usted, usted es el presidente de la Junta y yo el Director.

«Mr. Constant —continuó—, por ahora usted es tan fácil de vigilar para la Oficina de Impuestos Internos como un vendedor de peras y manzanas instalado en una esquina. Pero imagínese lo difícil que sería vigilarlo si tuviera todo un edificio de oficinas atestado hasta el techo de burócratas industriales, hombres que pierden cosas y usan formularios equivocados y crean otros nuevos y piden todo por quintuplicado, y que entienden quizá un tercio de lo que se les dice, que por lo general dan respuestas falsas para ganar tiempo y pensar, que toman decisiones sólo cuando se ven obligados y que después borran las huellas, que cometen errores de perfecta buena fe cuando suman y restan, que hacen reuniones cada vez que se sienten solos, que escriben un memorándum cuando se sienten mal queridos, hombres que nunca tiran nada salvo si piensan que puede hacerlos saltar. Un solo industrial burócrata, si tiene suficiente vitalidad y nervio, es capaz de producir una tonelada de papel sin sentido que la Oficina de Impuestos Internos tardará un año en examinar. ¡En el edificio Magnum Opus tendremos miles! Y usted y yo nos reservaremos los dos últimos pisos y usted podrá seguir la pista de lo que ocurre, exactamente como ahora. —Echó una mirada en torno a la habitación—. ¿Cómo hace ahora, dicho sea de paso, para seguir la pista de lo, que ocurre, escribiendo con un fósforo quemado en los márgenes de una guía de teléfonos?

—En mi cabeza —dijo Noel Constant.

—Hay una ventaja más que debo señalarle —dijo Fern—. Algún día se le acabará la suerte. Y entonces necesitará el administrador más sagaz, más concienzudo que pueda encontrar, o fundirá hasta el último centavo.

—Queda contratado —dijo Noel Constant, padre de Malachi.

—Bueno, ¿dónde construiremos el edificio? —dijo Fern.

—Este hotel es mío, y el solar que está del otro lado de la calle es del hotel —dijo Noel Constant—. Constrúyalo en el solar de enfrente. —Extendió un índice ganchudo—. Pero hay una sola cosa...

—¿Sí, señor?

—No me mudaré —dijo Noel Constant—. Aquí me quedo.

Los que quieran conocer más detalles de la historia de Magnum Opus, Inc., pueden pedir en las bibliotecas públicas dos obras: la romántica *¿Un sueño demasiado insensato?,* de Lavina Waters, o la rigurosa *Primeros pasos,* de Crowther Gomburg.

El volumen de Lavina Waters, aunque vacilante en los detalles comerciales, contiene el mejor relato de cómo la camarera Florence Whitehill descubrió que había quedado embarazada por obra de Noel Constant, y que Noel Constant era multi-multi-millonario.

Noel Constant se casó con la camarera, le dio una gran casa y abrió a su nombre una cuenta bancaria con un millón de dólares. Le dijo que llamara al niño Malachi si era varón y Prudence si era mujer. Le pidió que tuviera a bien ir a verlo una vez cada diez días a la habitación 223 del Wilburhampton Hotel, pero que no llevara al niño.

El libro de Gomburg, aunque de primera línea en los detalles comerciales, se ve perjudicado por la tesis central de Gomburg, a saber, que Magnum Opus fue el producto de un complejo de imposibilidades de amar. Leyendo entre líneas el libro de Gomburg, se ve claramente que el propio Gomburg no ha sido amado y es incapaz de amar.

Dicho sea de paso, ni Lavina Waters ni Gomburg descubrieron el método de inversiones de Noel Constant. Ransom K. Fern tampoco lo descubrió, aunque hizo lo imposible.

La única persona a quien Noel Constant se lo dijo fue a su hijo, Malachi, el día que cumplió veintiún años. Aquella fiesta de cumpleaños entre dos se desarrolló en la habitación 223 del Wilburhampton. Era la primera vez que padre e hijo se encontraban.

Malachi había ido a ver a Noel por invitación.

Librodot

Cosa típica de las emociones humanas, el joven Malachi Constant prestó más atención a un detalle de la habitación que al procedimiento secreto para ganar millones y aun miles de millones de dólares.

El secreto para ganar dinero era tan elemental, por empezar, que no necesitaba mucha atención. La parte más complicada se refería a la forma en que el joven Malachi habría de retomar la antorcha de Magnum Opus una vez que Noel, al fin, la soltara. El joven Malachi debía pedir a Ransom K. Fern una lista cronológica de las inversiones de Magnum Opus y, leyendo el margen, el joven Malachi sabría hasta dónde había llegado el viejo Noel en la Biblia y dónde debía empezar él.

El detalle del cuarto 223 que había interesado al joven Malachi era una fotografía suya. Era una fotografía suya a los tres años, la foto de un chiquillo dulce, agradable, juguetón, en una playa oceánica.

Estaba clavada con chinches en la pared. Era la única imagen que había en el cuarto.

El viejo Noel vio que el joven Malachi miraba la foto y se quedó confuso y turbado por todo lo que significa la relación padre-hijo. Rebuscó en su cabeza algo agradable que decir, pero no encontró casi nada.

—Mi padre me dio solamente dos consejos —dijo— y sólo uno ha resistido a la prueba del tiempo. Eran: «No toques a tu superior» y «Guarda la botella fuera del dormitorio». —Su turbación y confusión eran demasiado grandes para soportarlas—. Adiós —dijo bruscamente.

—¿Adiós? —repitió el joven Malachi, desconcertado. Se dirigió hacia la puerta.

—Guarda la botella fuera del dormitorio —dijo el viejo, y volvió la espalda.

—Sí, señor, lo haré —dijo el joven Malachi—. Adiós, señor —dijo, y salió.

Fue la primera y última vez que Malachi Constant vio a su padre.

Noel Constant vivió cinco años más, y la Biblia nunca le falló.

Murió justo cuando llegaba al final de esta frase:

«And God made two great lights: the greater light to rule the day, and the lesser light to rule the night: he made the stars also[1]».

Su última inversión fue en Sonny Oil a 17 1/4.

El hijo se hizo cargo de las cosas donde las había dejado el padre, aunque Malachi Constant no se mudó a la habitación 223 del Wilburhampton Hotel.

Y durante cinco años la suerte del hijo fue tan sensacional como lo había sido la del padre.

Ahora, de pronto, Magnum Opus yacía en ruinas.

Allí, en su oficina, con los muebles flotantes y la alfombra de césped, Malachi Constant no podía creer que su buena suerte se hubiera acabado.

—¿No ha quedado nada? —dijo débilmente. Se las arregló para sonreír a Ransom K. Fern—. Vamos, viejo, tiene que haber quedado algo.

—Yo también lo creía a las diez de esta mañana —dijo Fern—. Me felicitaba de haber sostenido a Magnum Opus contra todo golpe posible. íbamos capeando bastante bien la depresión, sí, y los errores suyos también.

«Y entonces, a las diez y cuarto, me visitó un abogado que al parecer había estado anoche en su fiesta. Parece ser que usted estuvo distribuyendo pozos petrolíferos la última noche y el abogado fue lo bastante precavido como para preparar documentos que una vez firmados lo obligarían a usted. Usted los había firmado. Anoche usted distribuyó quinientos treinta y un pozos petrolíferos, con lo que borró del mapa Fandango Petroleum.

«A las once —continuó Fern—, el presidente de los Estados Unidos anunció que la Galactic Spacecraft, que nosotros habíamos vendido, recibiría un contrato de tres mil millones de dólares para la Nueva Era Espacial.

«A las once y media —dijo Fern— me dieron un ejemplar de la *Revista de la*

[1] E hizo Dios las dos grandes lumbres; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche; e hizo también las estrellas

Asociación Médica Norteamericana, marcada por nuestro director de relaciones públicas con las letras 'PSI'. Estas tres letras, como usted sabría si hubiera dedicado algún tiempo a su oficina, significan 'para su información'. Busqué la página marcada y me enteré, para mi información, de que los cigarrillos MoonMist eran, no *una* causa, sino *la causa principal* de esterilidad en ambos sexos, allí donde se hubieran vendido cigarrillos MoonMist. Esto fue descubierto no por seres humanos sino por una calculadora electrónica. Cuando se la alimentaba con datos sobre humo de cigarrillos, la calculadora se excitaba muchísimo, y nadie podía imaginar por qué.

Evidentemente la máquina estaba tratando de decir algo a sus operadores. Hacía todo lo que podía por expresarse, y al fin se las arregló para que los operadores le hicieran las preguntas correctas.

«Las preguntas correctas se referían a la relación de los cigarrillos MoonMist con la reproducción humana. La relación era la siguiente:

«Las personas que fuman cigarrillos MoonMist no pueden tener hijos, aunque quieran.

«No cabe duda —dijo Fern— que hay gígolos, bailarinas y neoyorkinos que agradecen esta liberación de la biología. Pero a juicio del Departamento Jurídico de Magnum Opus, antes de que dicho Departamento quedara liquidado, hay varios millones de personas que pueden demandar con éxito a la Compañía, alegando que los cigarrillos MoonMist los han privado de algo bastante importante. Placer en profundidad, nada menos.

«Hay aproximadamente diez millones de ex fumadores de MoonMist en este país —dijo Fern—, todos estériles. Si uno de cada diez lo demanda a usted por daños y perjuicios incalculables, aunque sea por la modesta suma de cinco mil dólares, la cuenta será de cinco mil millones de dólares, excluyendo los derechos legales. Y usted no tiene cinco mil millones de dólares. Desde la quiebra del mercado de valores y su compra de bienes tales como la American Levitation, usted no tiene ni siquiera quinientos millones.

«MoonMist Tobacco —dijo Fern— es usted. Magnum Opus —dijo Fern— también es usted. Motivos todos por los que usted será demandado, y demandado con éxito. Y si bien los demandantes no conseguirán sacarle peras al olmo, seguramente podrán secar el olmo entre tanto.

Fern volvió a inclinarse. —Cumplo ahora mi último deber oficial, que es el de informarle que su padre le escribió a usted una carta que había de serle entregada sólo si su suerte empeoraba de verdad. Mis instrucciones eran poner esa carta debajo de la almohada de la habitación 223 del Wilburhampton Hotel, si su suerte era verdaderamente mala. He puesto la carta debajo de la almohada hace una hora.

«Y ahora, como humilde y leal servidor de la compañía, le pido un pequeño favor —dijo Fern—. Si la carta arroja la más leve luz sobre lo que puede significar la vida, le rogaría que me telefoneara a mi casa.

Ransom K. Fern saludó tocándose con el bastón el ala del sombrero Homburg. —Adiós, Mr. Magnum Opus, hijo, adiós.

El Wilburhampton Hotel era una anticuada construcción de tres pisos, de estilo Tudor, situada frente al edificio de Magnum Opus, en relación con el cual parecía una cama sin hacer a los pies del Arcángel Gabriel. El revoque exterior del hotel estaba revestido de planchas de pino, simulando una construcción de madera. La arista del tejado había sido quebrada intencionalmente, para simular vejez. Los aleros eran pesados y bajos, abrumados de falsa paja. Las ventanas eran minúsculas, con cristales facetados.

En el pequeño bar del hotel había tres personas, un barman y dos clientes. Los dos clientes eran una mujer delgada y un hombre gordo, los dos aparentemente viejos. En el Wilburhampton nadie los había visto hasta ese momento, pero era como si hiciera años que estaban sentados allí. Su asimilación al medio era perfecta, porque parecían también revestidos de madera, con la arista dorsal quebrada y las ventanas pequeñas.

Se decían profesores jubilados de la misma escuela secundaria del Medio Oeste. El

hombre gordo se presentó como George M. Helmholtz, ex director de orquesta. La mujer delgada se presentó como Roberta Wiley, ex profesora de álgebra.

Evidentemente, los dos habían descubierto tarde en la vida los consuelos del alcohol y del cinismo. Nunca pedían la misma bebida dos veces, estaban ávidos por saber qué había en esta botella y qué en aquélla, qué era un «punch alba de oro», y un «Helen Twelve-trees» y un «pluie d'or», y un «fizz viuda alegre».

El barman sabía que no eran alcoholistas. Conocía bien el tipo y le gustaba: eran simplemente dos personajes del *Saturday Evening Post* al final del camino.

Mientras no hacían preguntas sobre las diferentes bebidas, no se diferenciaban de los millones de norteamericanos frecuentadores de bares el primer día de la Nueva Era Espacial. Estaban sólidamente sentados en sus taburetes, mirando fijo las filas de botellas. Movían los labios constantemente, probando, desanimados, con importantes muecas de asco, de burla, de desprecio.

La imagen del evangelista Bobby Dentón sobre la Tierra como la nave espacial de Dios se aplicaba especialmente a los frecuentadores de bares. Helmholtz y Miss Wiley se comportaban como el piloto y el copiloto de un enorme viaje sin objeto a través del espacio, que habría de durar siempre. Era fácil creer que habían empezado el viaje con alegría, llenos de juventud y capacitación técnica, y que las botellas que tenían delante eran los instrumentos que habían estado vigilando durante años y años y años.

Era fácil creer que cada día el muchacho y la muchacha del espacio eran microscópicamente más negligentes que el día anterior, hasta hoy, en que constituían la vergüenza del Servicio Pan-Galáctico del Espacio.

Helmholtz tenía desabrochados dos botones de la bragueta, y un poco de crema de afeitar en la oreja izquierda. Los calcetines de Helmholtz eran desparejos.

Miss Wiley era una viejecita de cara enjuta, con aire de loca. Llevaba una peluca negra y rizada que parecía haber estado clavada durante años en la puerta de un granero.

—Parece que el presidente ha ordenado el comienzo de una Nueva Era Espacial para ver si se arregla un poco la desocupación —dijo el barman.

—Aja —dijeron Helmholtz y Miss Wiley al mismo tiempo.

Sólo una persona observadora y suspicaz hubiera advertido una nota falsa en el comportamiento de los dos: Helmholtz y Miss Wiley estaban *demasiado interesados en la hora.* Para ser gentes que no tenían gran cosa que hacer ni adonde ir, les importaban extraordinariamente sus relojes, Miss Wiley su reloj pulsera de hombre, Mr. Helmholtz su reloj de oro de bolsillo.

La verdad es que Helmholtz y Miss Wiley no eran profesores jubilados. Nada de eso. Eran hombres los dos, maestros en el disfraz los dos. Eran agentes del Ejército de Marte en misión, ojos y oídos de una banda marciana que flotaba en un plato volador a unos trescientos kilómetros de altura.

Malachi Constant no lo sabía, pero estaban esperándolo.

Helmholtz y Wiley no abordaron a Malachi Constant mientras cruzaba la calle en dirección al Wilbur-hampton. No dieron muestras de interesarse en él. Lo dejaron cruzar el vestíbulo y subir al ascensor sin echarle una mirada.

Pero echaron nuevamente una mirada a sus relojes y una persona observadora y suspicaz hubiera notado que Miss Wiley apretaba un botón de su reloj que puso en marcha un cronógrafo.

Helmholtz y Miss Wiley no tenían intención de emplear la violencia con Malachi Constant. Nunca habían empleado la violencia con nadie, y sin embargo habían contratado a catorce mil personas para Marte.

La técnica habitual era vestirse como ingenieros civiles y ofrecer a hombres y mujeres no demasiado brillantes nueve dólares por hora, libres de impuestos, más casa, comida y

transportes, para trabajar en un proyecto secreto del Gobierno en una parte remota del mundo, durante tres años. Era una broma entre Helmholtz y Miss Wiley él que nunca hubieran especificado *qué* gobierno organizaba el proyecto, y el que ninguno de los contratados lo hubiese preguntado jamás.

Al noventa y nueve por ciento de los contratados se les provocaba amnesia apenas llegaban a Marte. Expertos en salud mental les hacían un lavado de memoria y los cirujanos marcianos les instalaban una antena radial en el cráneo para poder controlarlos por ese medio.

Entonces se les ponían nuevos nombres elegidos al puro azar y se los destinaba a las fábricas, las cuadrillas de construcción, al personal administrativo o al Ejército de Marte.

No sucedía lo mismo con los que demostraban ardientemente que servirían con heroísmo a Marte, sin haber sido sometidos a tratamiento médico. Esa minoría afortunadamente ingresaba en el círculo secreto de los que mandaban.

Los agentes secretos Helmholtz y Wiley pertenecían a ese círculo. Gozaban de la plena posesión de sus recuerdos y no eran controlados por radio. Adoraban su trabajo.

—¿Cómo es ese Slivovitz? —preguntó Helmholtz al barman, echando una mirada de soslayo a una botella polvorienta de la fila del fondo. Acababa de terminar un jarabe de endrina con soda.

—Ni siquiera sabía que lo teníamos —dijo el barman. Puso la botella en el mostrador, inclinándola a cierta distancia para poder leer el rótulo—. Aguardiente de ciruela —dijo.

—Creo que probaré eso después —dijo Helmholtz.

Desde la muerte de Noel Constant, la habitación 223 del Wilburhampton Hotel había quedado vacía, como recuerdo.

Malachi Constant entró en la habitación 223. No había estado en el cuarto desde la muerte de su padre. Cerró la puerta y encontró la carta debajo de la almohada.

Nada en la habitación había sido cambiado, salvo la ropa de cama. La fotografía de Malachi niño en la playa seguía siendo la única figura en la pared.

La carta decía:

Querido hijo: Algo malo e importante te ha ocurrido, si no no estarías leyendo esta carta. Te escribo para decirte que te tranquilices por las cosas malas y eches una mirada a tu alrededor para ver si no ha ocurrido algo bueno o importante debido a que llegamos a ser tan ricos y después lo perdimos todo. Lo que quiero es que trates de ver si está ocurriendo algo especial o si todo sigue siendo tan descabellado como me parecía a mí.

Si no fui un padre muy bueno, ni muy bueno en nada, fue porque estaba ya muerto mucho antes de morir. Nadie me quería, yo no servía mucho para nada, no podía encontrar nada que me gustara y estaba harto y cansado de vender ollas y sartenes y de mirar la televisión, y me sentía como si estuviera muerto y había ido demasiado lejos para poder retroceder...

En ésas andaba cuando empecé los negocios con la Biblia y tú sabes lo que ocurrió después. Parecía como si alguien o algo deseara que yo poseyese todo el planeta aunque fuera como si estuviese muerto. Tuve los ojos abiertos por si aparecía alguna señal que me indicara qué era todo eso, pero no apareció. Simplemente me hice cada vez más rico.

Entonces tu madre me mandó esa foto tuya en la playa y por la forma en que me mirabas desde la foto pensé que quizá para ti se estaba juntando ese montón de dinero. Decidí que me moriría sin ver el sentido de todo eso y que quizá tú serias el que de pronto lo viera todo claro como el agua. Te digo que hasta un hombre medio muerto detesta estar vivo y no ser capaz de ver un sentido en nada.

La razón por la que le dije a Ransom K. Fern que te diera esta carta sólo si se te daba vuelta la suerte es porque nadie piensa ni advierte nada mientras tiene buena suerte. ¿De qué serviría?

Echa una mirada por mi, hijo. Y si te fundes y viene alguien a hacerte una propuesta

descabellada, mi consejo es que la aceptes. Podrías aprender algo si estás con ánimo para eso. Lo único que he aprendido es que algunos tienen suerte y otros no, y ni siquiera un graduado de la Facultad Comercial de Harvard puede decir por qué.

Cariñosamente. Tu papá.

Alguien llamó a la puerta de la habitación 223. La puerta se abrió antes de que Constant pudiera responder.

Helmholtz y Miss Wiley entraron. Lo hicieron en el preciso instante en que sus superiores les advirtieron el momento justo en que Malachi terminaba de leer la carta. Les habían indicado también, con precisión, lo que debían decirle.

Miss Wiley se quitó la peluca, revelando que era un hombre huesudo, y Helmholtz compuso sus rasgos para mostrar que era intrépido y estaba acostumbrado a mandar.

—Mr. Constant —dijo Helmholtz—, estoy aquí para informarle que el planeta Marte no sólo está poblado, sino que *lo* está por una sociedad vasta, eficiente, militarizada e industrializada. Esa población ha sido contratada en la Tierra y transportada a Marte en platos voladores. Tenemos ahora intención de ofrecerle a usted el cargo de teniente coronel del Ejército de Malte.

«La situación de usted en la Tierra es desesperada, y tiene una mujer que es una bestia. Además, nuestro servicio de inteligencia terrestre nos informa que usted no sólo quedará sin un centavo debido a demandas civiles, sino que irá a la cárcel por negligencia criminal.

«Además de un sueldo y prerrogativas muy superiores a las que se conceden a los tenientes coroneles en los ejércitos terrestres, le ofrecemos inmunidad con respecto a cualquier persecución legal de la Tierra, y la oportunidad tanto de ver un planeta nuevo e interesante, como de pensar sobre su planeta natal desde un punto de vista nuevo y objetivo.

—Si acepta la propuesta —dijo Miss Wiley—. levante la mano izquierda y repita lo que le diré...

Al día siguiente, el helicóptero de Malachi Constant apareció vacío en el centro del desierto de Mojave. Las huellas de un hombre se alejaban de él unos doce metros; después se interrumpían.

Era como si Malachi Constant hubiera caminado doce metros y después se hubiera disuelto en el aire.

El martes siguiente, la nave espacial conocida con el nombre de *La Ballena,* fue bautizada nuevamente con el de *The Rumfoord,* y se la puso en condiciones de lanzamiento.

Beatrice Rumfoord observaba satisfecha las ceremonias por televisión, a tres mil kilómetros de distancia. Todavía estaba en Newport. Si el destino quería que Beatrice Rumfoord estuviera a bordo, debería, darse una prisa loca.

Beatrice se sentía maravillosamente. Había probado muchas cosas buenas. Había probado que era dueña de su propio destino, que podía decir que *no* cuando quisiera mantenerse firme. Había probado que la omnisciencia jactanciosa de su marido era pura fanfarronería, que él no valía más en materia de previsiones que la Oficina Meteorológica de los Estados Unidos. Además, había trazado un plan que le permitiría vivir con un modesto confort el resto de sus días, y al mismo tiempo dar a su marido su merecido. La próxima vez que se materializara, encontraría la propiedad atestada de papanatas. Beatrice les cobraría cinco dólares a cada uno por pasar a través de la puerta de Alicia en el País de las Maravillas.

Esto no era un sueño imposible. Lo había discutido con dos supuestos representantes de los titulares de la hipoteca sobre la propiedad, que se habían entusiasmado.

Estaban allí con ella, contemplando por televisión los preparativos del lanzamiento del *Rumfoord.* El televisor estaba en la misma habitación del gran retrato de Beatrice como una inmaculada niñita de blanco, con un pony blanco de ella sola. Beatrice sonrió a la pintura. La niñita había conseguido mantenerse sin una mancha.

El anunciador de la televisión empezó la cuenta de los minutos para el lanzamiento del *Rumfoord.*

Durante la cuenta, Beatrice se sentía como un pájaro. No podía estar sentada ni quedarse quieta. Su inquietud era el resultado de la felicidad, no del suspenso. Le era indiferente que el *Rumfoord* fallara o no.

En cambio sus dos visitantes parecían tomar el lanzamiento muy en serio, como si rogaran por él. Eran un hombre y una mujer, un tal George M. Helmholtz y su secretaria, una tal Roberta Wiley. Miss Wiley era una viejecita cómica, pero muy vivaz e ingeniosa.

El cohete arrancó con un bramido.

Fue una salida impecable.

Helmholtz se apoyó en el respaldo y lanzó un viril suspiro de alivio. Después sonrió y se palmeó los espesos muslos con exuberancia. —Alabado sea Dios —dijo—, estoy orgulloso de ser norteamericano y de vivir en esta época.

—¿Les gustaría tomar algo? —dijo Beatrice.

—Muchas gracias —dijo Helmholtz—, pero no me atrevo a mezclar los negocios con el placer.

—¿Pero no están terminados los negocios? —dijo Beatrice—. ¿No hemos discutido todo?

—Bueno... Miss Wiley y yo hubiéramos querido hacer un inventario de los edificios principales —dijo Helmholtz—, pero me temo que esté demasiado oscuro. ¿Hay reflectores?

Beatrice sacudió la cabeza.

—No, lo siento —dijo.

—¿No tendrá usted una linterna poderosa? —dijo Helmholtz.

—Probablemente pueda conseguírsela —dijo Beatrice—, pero no creo que sea necesario salir. Le puedo decir lo que son todos los edificios. —Llamó al mayordomo, le dijo que trajera una linterna—. Hay el pabellón de tenis, el invernadero, la casita del jardinero, lo que fue en otro tiempo la casa del guardián, el deposito de coches, el pabellón de huéspedes, el cobertizo de herramientas, los baños, la perrera y la vieja torre del agua.

—¿Cuál es la nueva? —preguntó Helmholtz.

—¿La nueva? —dijo Beatrice.

El mayordomo volvió con una linterna que Beatrice tendió a Helmholtz.

—La de metal —dijo Miss Wiley.

—¿De metal? —preguntó Beatrice desconcertada—. No hay ninguna construcción de metal. Quizá alguno de los cobertizos que están a la intemperie parecen como dé plata. —Frunció el entrecejo—. ¿Alguien le dijo que había aquí una construcción de metal?

—La vimos al entrar —dijo Helmholtz.

—Viniendo por el sendero, entre los matorrales, junto a la fuente —dijo Miss Wiley.

—No me imagino —dijo Beatrice.

—¿No podemos ir a echar un vistazo? —dijo Helmholtz.

—Sí, naturalmente —dijo Beatrice, poniéndose de pie.

Los tres cruzaron el zodíaco del piso del vestíbulo y salieron a la perfumada oscuridad. El haz de la linterna bailaba delante de ellos.

—Realmente —dijo Beatrice—, tengo tanta curiosidad como ustedes de ver lo que es.

—Parece una especie de cosa prefabricada en aluminio —dijo Miss Wiley.

—Parece un tanque en forma de hongo o algo por el estilo —dijo Helmholtz—, sólo que se apoya directamente en el suelo.

—¿Ah sí? —dijo Beatrice.

—Usted sabe lo que dije que era, ¿verdad? —dijo Miss Wiley.

—No... —dijo Beatrice—, ¿qué dijo?

—Debo decirlo en voz baja —respondió Miss Wiley como jugando— para que no me encierren en un manicomio. —Se llevó la mano a la boca, susurrando en dirección a Beatrice—. Un plato volador —dijo.

4 - Plan rataplán

Rataplán, plan, plan; Rataplán, plan, plan.
¡Plan, rataplán! ¡Plan, rataplán!
Rataplán, rataplán, plan, rataplán.
TAMBORES DE MARTE

Los hombres se habían encaminado a la pista de desfile al son de un tambor. El tambor les decía:

Rataplán, plan, plan;
Rataplán, plan, plan,
¡Plan, rataplán!
¡Plan, rataplán!
Rataplán, rataplán, plan, rataplán.

Era una división de infantería de diez mil hombres formados en un cuadrado hueco sobre una pista natural para desfiles, de hierro, y de un kilómetro y medio de espesor. Los soldados, en posición de firmes, estaban en una superficie de herrumbre anaranjado. Se estremecían rígidamente, porque eran todo lo férreos que podían, tanto oficiales como soldados. Los uniformes eran de una textura áspera, de un verde escarchado, del color de los líquenes.

Los soldados se habían puesto en posición de firmes en profundo silencio. No se había dado ninguna señal audible o visible. Lo habían hecho como un solo hombre, como por una pasmosa coincidencia.

El tercer hombre del segundo pelotón de la primera sección de la segunda compañía del tercer batallón del segundo regimiento de la Primera División Marciana de Infantería de Asalto era un soldado raso que había sido degradado tres años antes, siendo teniente coronel. Hacía ocho años que estaba en Marte. Cuando un hombre en un ejército moderno es degradado a soldado raso, es probable que como soldado sea viejo y que sus camaradas de armas, una vez habituados a que no sea un oficial, por respeto a sus perdidas insignias lo llamen algo así como *Pops,* o *Gramps,* o *Unk*[2]*.*

El tercer hombre del segundo pelotón de la primera sección de la segunda compañía del tercer batallón del segundo regimiento de la Primera División Marciana de Infantería de Asalto respondía al apodo de Unk. Unk tenía cuarenta años. Era un hombre bien plantado, peso mediano pesado, de piel morena, labios de poeta, suaves ojos castaños en las profundas órbitas sombreadas por un entrecejo de hombre de Cromagnón. Una calvicie incipiente dejaba aislado un dramático mechón.

Una anécdota ilustrativa sobre Unk: Una vez que la sección de Unk estaba tomando una ducha, Henry Brackman, sargento de la sección de Unk, le pidió a un sargento de otro regimiento que eligiera el mejor soldado de la sección. El sargento de visita, sin ninguna vacilación, eligió a Unk, porque era un hombre compacto, bien musculoso e inteligente.

Brackman abrió grandes ojos.

—Cristo... ¿te parece? —dijo—. Es el boludo de la sección.

—¿Me estás tomando el pelo? —dijo el sargento.

—Carajo, no te estoy tomando el pelo —dijo Brackman—. Míralo, hace diez minutos que está ahí, y todavía no ha tocado el jabón. ¡Unk! ¡Despierta, Unk!

Unk se estremeció, dejó de soñar bajo las salpicaduras de la ducha. Miró interrogante a Brackman, vacío, bien intencionado.

[2] Papi, abuelo, tío.

Librodot

—¡Usa el jabón, Unk! —dijo Brackman—. ¡Usa el jabón, carajo!

Ahora, en la pista de hierro, Unk estaba en posición de firme en el cuadrado vacío, como todos los demás.

En el centro del cuadrado vacío había un pilar de piedra con aros de hierro. Habían pasado chirriantes cadenas a través de los anillos, las habían ajustado alrededor de un soldado pelirrojo parado contra un poste. Era un soldado limpio, pero no impecable, puesto que le habían arrancado del uniforme todas las insignias y condecoraciones, y no tenía cinturón, ni corbata, ni inmaculadas polainas.

Todos los demás, incluso Unk, resplandecían. Todos los demás lucían primorosos.

Algo desagradable iba a ocurrirle al hombre del poste, algo de lo cual el hombre hubiera deseado con toda él alma escapar, algo de lo cual no escaparía a causa de las cadenas.

Y todos los soldados mirarían.

Se había dado gran importancia al acontecimiento.

Hasta el hombre del poste estaba en posición de firme; dadas las circunstancias no podía hacer realmente otra cosa.

De nuevo, sin orden audible o visible, los diez mil soldados ejecutaron el movimiento de descanso como un solo hombre.

Lo mismo hizo el hombre del poste.

Los soldados se mantuvieron en fila, aunque les hubieran dado orden de descanso. Su obligación era descansar pero sin moverse del lugar y guardando silencio. Ahora los soldados eran libres de pensar un poco, y de mirar alrededor y enviar mensajes con los ojos, si tenían mensajes y alguien podía recibirlos.

El hombre del poste tironeó de las cadenas, estiró el pescuezo para juzgar la altura del poste al que estaba encadenado. Era como si creyese que podía escapar aplicando un método científico, con sólo que pudiera averiguar la altura del poste y de qué estaba hecho.

El poste tenía casi seis metros de alto, sin contar los tres metros y medio encastrados en el hierro. El diámetro medio era de unos sesenta centímetros pero con variaciones que llegaban a más de veinte. Estaba hecho de cuarzo, álcali, feldespato, mica, y huellas de turmalina y hornablenda. Para información del hombre sujeto al poste: estaba a doscientos veintisiete millones setecientos cincuenta y seis mil ciento sesenta y ocho kilómetros del Sol, y no tenía ayuda posible. El hombre pelirrojo sujeto al poste no emitió ningún sonido, porque a los soldados en posición de descanso no les estaba permitido hacerlo. Pero envió un mensaje con los ojos, para que se supiera que hubiera querido llorar. Envió el mensaje a alguien cuyos ojos se encontraran con los suyos. Confiaba en que el mensaje llegara a una persona en particular, a su mejor amigo, a Unk. Estaba buscando a Unk. No pudo encontrar la cara de Unk. De haber encontrado la cara de Unk, no habría habido ni un atisbo de reconocimiento y piedad en ella. Unk acababa de salir del hospital de la base, donde había sido tratado por enfermedad mental, y su mente estaba casi en blanco. Unk no reconocía a su mejor amigo en la picota. Unk no reconocía a nadie. No habría sabido siquiera que su nombre era Unk, no habría sabido siquiera que era un soldado, si no se lo hubiesen dicho al salir del hospital.

Había pasado directamente del hospital a la formación que integraba en ese momento.

En el hospital le habían dicho una y otra vez que era el mejor soldado de la mejor sección del mejor pelotón de la mejor compañía del mejor batallón del mejor regimiento de la mejor división del mejor ejército.

Unk conjeturó que uno podía enorgullecerse de eso. En el hospital le dijeron que había estado muy enfermo, pero que ahora se había repuesto del todo. Parecía una buena noticia.

En el hospital le dijeron el nombre de su sargento, qué era un sargento y cuáles eran los símbolos de las jerarquías, los grados y las especialidades.

Tanto habían blanqueado la memoria de Unk, que habían tenido que enseñarle inclusive a mover los pies y a manejar nuevamente las armas.

En el hospital habían tenido que explicarle qué eran las Raciones Respiratorias de Combate o R.R.C.; tuvieron que decirle que tomara una cada seis horas para no asfixiarse.

Librodot

Eran píldoras de oxígeno necesarias porque faltaba ese elemento en la atmósfera marciana.

En el hospital tuvieron que explicarle incluso que tenía una antena radial instalada en la coronilla y que le dolería cada vez que hiciera algo que un buen soldado no debe hacer jamás. La antena le daría además órdenes y le proporcionaría música de tambores para marchar. Le dijeron que no sólo él, Unk, sino también todos los demás tenían una antena así, incluidos los médicos, las enfermeras y los generales de cuatro estrellas. Era un ejército muy democrático, dijeron.

Unk sospechó que era bueno que un ejército fuese así.

En el hospital le dieron un pequeño ejemplo del dolor que le produciría la antena si alguna vez hacía algo malo.

El dolor era horrible.

Unk se vio obligado a admitir que un soldado tenía que estar loco para no cumplir siempre con su deber.

En el hospital habían dicho que la regla más importante de todas era ésta: obedece siempre una orden directa, sin un momento de vacilación.

Allí, en formación, en la pista de hierro, Unk comprendió que tenía mucho que reaprender. En el hospital no le habían enseñado todo lo que se podía saber sobre la vida.

En la cabeza de Unk la antena dio de nuevo una señal de atención y la mente le quedó en blanco. Luego la antena volvió a ordenarle descanso, luego de nuevo firme, luego presentar armas, luego descanso de nuevo.

Empezó a pensar otra vez. Tuvo otro atisbo del mundo que lo rodeaba.

La vida era así, se dijo Unk cautelosamente: blancos y atisbos, y de vez en cuando quizá ese terrible relámpago de dolor por haber hecho algo malo.

Una pequeña luna baja se movió rápidamente en el cielo violeta. Unk no sabía por qué, pero pensó que la luna se movía demasiado rápido. No parecía correcto. Y el cielo, pensó, debería ser azul y no violeta.

Unk sintió frío, también, y deseó que hiciera más calor. El frío interminable parecía tan equivocado, tan injusto en cierto modo como la rápida luna y el cielo violeta.

El comandante de división de Unk hablaba ahora con el comandante del regimiento. El comandante del regimiento de Unk se dirigió al comandante del batallón. El comandante del batallón de Unk se dirigió al comandante de la compañía. El comandante de la compañía de Unk se dirigió al jefe del pelotón, que era el sargento Brackman.

Brackman se acercó a Unk y le ordenó que marchara militarmente hasta el hombre sujeto a la picota y lo estrangulara hasta matarlo.

Brackman le dijo a Unk que era una orden directa. Entonces Unk la cumplió.

Caminó hasta el hombre sujeto al poste. Caminó al ritmo de la musiquita seca de un tambor. El sonido del tambor estaba realmente dentro de su cabeza, saliendo de la antena:

Rataplán, plan, plan;
Rataplán, plan, plan.
¡Plan rataplán!
¡Plan rataplán!
Rataplán, rataplán, plan, plan.

Cuando Unk llegó hasta el hombre en la picota, vaciló justo un segundo, porque el hombre pelirrojo en la picota parecía muy desdichado. Entonces hubo una leve advertencia dolorosa en la cabeza de Unk, como el primer arañazo de un torno de dentista.

Unk apoyó los pulgares en la tráquea del hombre pelirrojo, y el dolor se detuvo en seco. Unk no apretaba porque el hombre estaba tratando de decirle algo. Unk estaba desconcertado por el silencio del hombre, y entonces comprendió que la antena del hombre debía ordenarle silencio, así como las antenas ordenaban silencio a todos los soldados.

Heroicamente, el hombre en la picota venciendo la voluntad de su antena, habló

rápidamente, retorciéndose.

—Unk... Unk... Unk... —dijo, y los espasmos de la lucha entre su propia voluntad y la voluntad de la antena le hacían repetir estúpidamente el nombre—. *Piedra azul,* Unk —dijo—. *Barraca doce... carta.*

Unk sintió de nuevo machacar en su cabeza la advertencia dolorosa. Unk estranguló al hombre en la picota, apretó hasta que la cara del hombre se puso violeta y se le salió afuera la lengua.

Unk retrocedió, se puso en posición de firme, dio una elegante media vuelta y volvió a su lugar en las filas, acompañado de nuevo por el tambor en su cabeza:

Rataplán, plan, plan;
Rataplán, plan, plan.
¡Plan rataplán!
¡Plan rataplán!
Rataplán, rataplán, plan, plan.

El sargento Brackman le hizo un gesto con la cabeza a Unk, y un guiño afectuoso.

De nuevo los diez mil se pusieron en posición de firmes.

Horriblemente, el hombre muerto en el poste luchó por llamar la atención, demasiado, arrastrando las cadenas. Fracasó —no logró ser un perfecto soldado— no porque no quisiera serlo, sino porque estaba muerto.

Ahora la gran formación se dividió en sectores rectangulares. Caminaron, sin pensarlo, cada uno con el sonido del tambor en la cabeza. Un observador no hubiera oído nada salvo las pisadas de las botas.

Un observador se hubiera quedado perplejo sin saber quién era el responsable, porque hasta los generales se movían como marionetas, siguiendo el ritmo estúpido del:

Rataplán, plan, plan;
Rataplán, plan, plan.
¡Plan rataplán!
¡Plan rataplán!
Rataplán, rataplán, plan, plan.

5 - Carta de un héroe desconocido

«Podemos conseguir que el centro de la memoria
del hombre sea virtualmente tan estéril como un
escalpelo recién salido del autoclave. Pero las semillas
de la nueva experiencia empiezan a acumularse
en él en seguida. Esas semillas a su vez se constituyen
en estructuras que no son necesariamente favorables
al pensamiento militar. Por desgracia, este
problema de la recontaminación parece insoluble».
DR. MORRIS N. CASTLE
Director de Salud Mental, Marte

La formación de Unk hizo alto delante de una barraca de granito, en una perspectiva de miles de barracas iguales que parecían perderse hasta el infinito en la llanura de hierro. Cada diez barracas había un mástil con un estandarte que restallaba al viento vivo.

El que flotaba como un ángel guardián sobre el sector de la compañía de Unk era muy alegre: franjas rojas y blancas, y muchas estrellas blancas en un campo azul. Era la Vieja

Librodot

Gloria, la bandera de los Estados Unidos de Norteamérica en la Tierra.

Más allá estaba el estandarte rojo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Después había un maravilloso estandarte verde, naranja, amarillo y púrpura, con un león que sostenía una espada. Era la bandera de Ceilán.

Y después de ésta había una bola roja en un campo blanco, la bandera de Japón.

Los estandartes representaban a los países que las diversas unidades marcianas atacarían y paralizarían cuando comenzara la guerra entre Marte y la Tierra.

Unk no vio ningún estandarte hasta que su antena le permitió aflojar los hombros, soltar las articulaciones, salirse de la fila. Miró boquiabierto la perspectiva de barracas y mástiles. La barraca que tenía delante mostraba un gran número pintado sobre la puerta. El número era 576.

Algo en Unk encontró el número fascinante, lo movió a estudiarlo. Después recordó la ejecución, recordó que el hombre pelirrojo a quien había matado le había dicho algo sobre una piedra azul y la barraca doce.

En el interior de la barraca 576, Unk limpió su rifle y encontró la tarea sumamente agradable. Descubrió, además, que aún sabía cómo se desmontaba el arma. En todo caso, no le habían borrado eso en el hospital. Le hizo particularmente feliz sospechar que probablemente otras partes de su memoria también habían sido pasadas por alto. Por qué podía hacerlo furtivamente feliz esta sospecha, no lo sabía.

Limpió el cañón del rifle. El arma era un máuser alemán de 11 milímetros, de un solo tiro, ese tipo de rifle que se había ganado su reputación cuando lo usaron los españoles en la guerra hispanoamericana, en la Tierra. Todos los rifles del ejército marciano eran aproximadamente de la misma cosecha. Los agentes marcianos, en su tranquila labor sobre la Tierra, habían podido comprar por poco menos que nada enormes cantidades de máusers, Enfields ingleses y Springfields norteamericanos.

Los camaradas de pelotón de Unk también estaban limpiando los cañones de los rifles. El aceite olía bien, y el trapo aceitado, enroscándose en el interior del arma, obligaba a hacer fuerza, justo lo suficiente para que la tarea fuera interesante. Casi nadie hablaba.

Nadie parecía haberse fijado especialmente en la ejecución. Si para los camaradas de Unk había sido una lección, la encontraban fácil de digerir.

Había habido un solo comentario sobre la participación de Unk en la ejecución, de parte del sargento Brackman.

—Estuviste muy bien —le dijo.

—Gracias —respondió Unk.

—El tipo estuvo muy bien, ¿verdad? —preguntó Brackman a los camaradas de Unk.

Algunos hicieron un gesto de asentimiento, pero Unk tuvo la impresión de que sus camaradas hubieran asentido a cualquier pregunta positiva, y hubieran sacudido negativamente la cabeza en respuesta a una negativa.

Unk retiró el trapo y la varilla, deslizó el pulgar por debajo de la recámara abierta y la luz llegó a su uña aceitada. La uña del pulgar envió la luz a través del cañón. Unk aplicó el ojo a la boca del arma y quedó estremecido por su perfecta belleza. Podía haber contemplado con felicidad, durante horas, la inmaculada espiral del rifle, soñando con el feliz país cuya redonda puerta veía en el otro extremo del cañón. Algún día se arrastraría por el caño hasta aquel paraíso.

Allí haría calor y habría una sola luna, pensó Unk, y la luna sería gorda, tranquila y lenta. Algo más le llegó del paraíso rosado que estaba al final del cañón, y Unk se quedó pasmado por la claridad de la visión. Había tres hermosas mujeres en aquel paraíso, y Unk sabía perfectamente a qué se parecían. Una era blanca, otra dorada, la otra morena. La dorada fumaba un cigarrillo en la visión de Unk. Unk se quedó más sorprendido aún al descubrir que sabía la marca de cigarrillos que fumaba la muchacha. Era un cigarrillo MoonMist.

—Venda MoonMist —dijo Unk en voz alta. Hacía bien decir aquello, hacía sentirse con

autoridad, astuto.

—¿Eh? —dijo un joven soldado de color que limpiaba su rifle junto a Unk—. ¿Qué estás diciendo? —preguntó. Tenía veintitrés años. Su nombre estaba bordado en amarillo sobre una franja negra en el bolsillo izquierdo de la camisa.

Se llamaba *Boaz.*

Si las sospechas hubieran estado permitidas en el Ejército de Marte, Boaz habría sido una persona sospechosa. Era sólo un soldado raso, de primera clase, pero su uniforme, aunque de color verde liquen reglamentario, era de una tela mucho más fina y estaba mucho mejor cortado que el de todos los que lo rodeaban, incluyendo el sargento Brackman.

Los uniformes de todos los demás eran ordinarios, mal cortados, cosidos con torpes puntadas de hilo grueso. Y los uniformes de todos los demás sólo parecían buenos cuando quienes los llevaban estaban en posición de firmes. En cualquier otra posición un soldado corriente encontraba que su uniforme tendía a hacer bollos y a crujir como si fuera de papel.

El uniforme de Boaz seguía cada uno de sus movimientos con una gracia sedosa. Las puntadas eran menudas y numerosas. Y lo más sorprendente de todo es que los zapatos de Boaz tenían un lustre profundo, rico, rojizo, un lustre que los otros soldados no podían conseguir por más que se lustraran los zapatos. A diferencia de los zapatos de todos los otros miembros de la compañía, los de Boaz eran de auténtico cuero de la Tierra.

—¿Hablabas, de vender algo, Unk? —dijo Boaz.

—Liquide MoonMist. Sáqueselo de encima —murmuró Unk. Las palabras no tenían sentido para él. Las había dejado salir simplemente porque se habían empeñado en hacerlo—. Venda —dijo.

Boaz sonrió, tristemente divertido.

—Que venda, ¿eh? —dijo—. Okey, Unk, venderemos. —Alzó una ceja—. ¿Qué vamos a vender, Unk? —Había algo particularmente brillante, penetrante en sus pupilas.

Unk encontró intranquilizador ese brillo amarillo, esa agudeza de los ojos de Boaz, y cada vez más, pues Boaz seguía mirándolo fijo. Unk apartó los ojos, miró al azar los ojos de otros de sus camaradas, los encontró uniformemente apagados. Hasta los ojos del sargento Brackman estaban apagados.

Los ojos de Boaz continuaban mordiendo en Unk. Unk se sintió forzado a buscar otra vez su mirada. Las pupilas parecían diamantes.

—¿No te acuerdas de mí, Unk? —dijo Boaz.

La pregunta alarmó a Unk. Por alguna razón era importante que no se acordara de Boaz. Estaba agradecido de no recordarlo realmente.

—Boaz, Unk —dijo el hombre de color—. Soy Boaz.

Unk asintió con un gesto.

—¿Cómo estás? —dijo.

—Oh, no estoy lo que se dice mal —dijo Boaz. Sacudió la cabeza—. ¿No recuerdas nada de mí, Unk?

—No —dijo Unk. La memoria lo estaba inquietando un poco ahora, diciéndole que podía recordar algo sobre Boaz si hacía todo lo posible. Silenció la memoria—. Lo siento —dijo Unk—. Tengo la mente en blanco.

—Tú y yo éramos compadres —dijo Boaz—. Boaz y Unk.

—Aja —dijo Unk.

—¿Recuerdas lo que es el sistema de compadres, Unk? —preguntó Boaz.

—No —contestó Unk.

—Cada hombre en cada sección tiene un compadre —dijo Boaz—. Los compadres comparten la misma casamata, son como carne y uña en los ataques, se cubren el uno al otro. Si uno de los compadres se las ve feas en un cuerpo a cuerpo, el otro viene, lo ayuda, le tiende un cuchillo.

—Aja —dijo Unk.

—Curioso —dijo Boaz—, lo que un hombre olvida en el hospital, y lo que sigue

recordando, le hagan lo que le hagan. A ti y a mí nos entrenaron como compadres durante un año, y te has olvidado. Y ahora dices eso sobre cigarrillos. ¿Qué clase de cigarrillos, Unk?

—Me... me he olvidado —dijo Unk.

—Trata de acordarte —dijo Boaz—. Lo tenías hace un rato. —Frunció el entrecejo y bizqueó, como tratando de ayudar a Unk a acordarse—. Me parece tan interesante lo que un hombre puede recordar después de haber estado en el hospital. Trata de recordar todo lo que puedas.

Había cierto afeminamiento en Boaz, a la manera de un matón astuto que hace arrumacos a un marica, hablándole como a un nene.

Pero a Boaz le gustaba Unk, eso también correspondía a su manera de ser.

Unk tenía el inexplicable sentimiento de que él y Boaz eran las únicas personas reales en el edificio de piedra, que todos los demás eran robots con ojos de vidrio y no muy bien pergeñados. El sargento Brackman, que se suponía que mandaba, no parecía más vivaz, ni más responsable, ni con más autoridad que una bolsa de plumas mojadas.

—Veamos qué es lo que recuerdas, Unk —dijo Boaz zalamero—. Viejo compadre, recuerda todo lo que puedas.

Antes de que Unk pudiera recordar nada, le empezó de nuevo el dolor de cabeza que le hizo cumplir la ejecución. Pero el dolor no se detuvo en la punzada de advertencia. Ante la mirada inexpresiva de Boaz, el dolor en la cabeza de Unk se convirtió en una cosa centelleante, contundente.

Unk se puso de pie, dejó caer el rifle, se llevó las manos a la cabeza, se tambaleó, se desmayó.

Cuando recobró el sentido en el piso de la barraca, su compadre Boaz le pasaba una toalla mojada por las sienes.

Un círculo de camaradas rodeaba a Unk y Boaz. Las caras no demostraban sorpresa ni simpatía. Pensaban que Unk había hecho algo estúpido e indigno de un soldado, y que por lo tanto se merecía lo que le había pasado.

Lo miraban como si Unk hubiera hecho algo tan estúpido desde el punto de vista militar como recortarse contra el cielo o limpiar un arma cargada, como estornudar mientras andaba de ronda, o contraer, y no decirlo, una enfermedad venérea, como rechazar una orden directa o dormir después del toque de diana, como emborracharse estando de guardia, como guardar un libro o una granada de mano en el cajón de los zapatos, como preguntar quién había iniciado el ejército y por qué...

Boaz parecía preocupado por lo que le había pasado a Unk.

—Fue culpa mía, Unk —dijo.

El sargento Brackman se abrió camino a empujones a través del círculo y se detuvo junto a Unk y Boaz.

—¿Qué hizo, Boaz? —dijo Brackman.

—Yo lo estaba embromando, sargento —dijo Boaz con seriedad—. Le dije que tratara de recordar todo lo que pudiera. Nunca pensé que lo haría.

—Hay que tener más cabeza y no embromar a un hombre que acaba de salir del hospital —dijo Brackman ceñudo.

—Oh, lo sé, lo sé —dijo Boaz lleno de remordimientos—. ¡Compadre —dijo—, el diablo me lleve!

—Unk —dijo Brackman—, ¿no te dijeron nada sobre eso de acordarse en el hospital?

Unk sacudió la cabeza vagamente.

—Tal vez —dijo—. Me dijeron tantas cosas.

—Es lo peor que puedes *hacer,* Unk, tratar de acordarte —dijo Brackman—. Por eso te llevaron al hospital, sobre todo, porque te acordabas demasiado. —Ahuecó las manos regordetas, como para contener en ellas el problema desgarrador que había sido Unk—. Caramba —dijo—, te acordabas tanto, Unk, que como soldado no valías un centavo.

Unk se sentó, apoyó la mano sobre el pecho, encontró que tenía la camisa húmeda de lágrimas. Pensó explicarle a Brackman que no había tratado de acordarse, que sabía instintivamente que eso estaba mal, pero que el dolor lo había asaltado de todos modos. No se lo dijo a Brackman por temor de que volviera el dolor.

Unk gruñó y pestañeó para desprender las últimas lágrimas. No iba a hacer nada que no le hubieran ordenado.

—En cuanto a ti, Boaz —dijo Brackman—, lo único que sé es que quizá una semana limpiando las letrinas te enseñará a no bromear con los que acaban de salir del hospital.

Algo informe en la memoria de Unk le dijo que observara atentamente el juego mudo entre Brackman y Boaz. Era en cierto modo importante.

—¿Una semana, sargento? —dijo Boaz.

—Sí, diablos —dijo Brackman, y después se estremeció y cerró los ojos. Era evidente que su antena le había asestado una pequeña punzada de dolor.

—¿Una semana entera, sargento? —preguntó Boaz inocentemente.

—Un día —dijo Brackman, y era menos una amenaza que una pregunta. Brackman reaccionó de nuevo al dolor de cabeza.

—¿A partir de cuándo, sargento? —preguntó Boaz.

Brackman agitó las manos regordetas.

—No importa —dijo. Parecía desconcertado, al descubierto, obsesionado. Bajó la cabeza, como para luchar mejor contra el dolor si volvía de nuevo—. No más bromas, carajo —dijo con voz ronca. Y salió corriendo hacia su cuarto, al final de la barraca, y cerró de un golpe la puerta.

El comandante de la compañía, el capitán Arnol Burch, llegó a la barraca para una inspección de sorpresa.

Boaz fue el primero en verlo. Boaz hizo lo que un soldado debía hacer en esas circunstancias. Boaz gritó *«¡A-ten-ción!»*. Lo hizo aunque no tuviera ninguna graduación. Es un capricho de la costumbre militar que el soldado más humilde pueda dar la señal de atención a sus iguales y suboficiales, si es el primero en descubrir la presencia de un oficial, en misión en un lugar cubierto, fuera de la zona de combate.

Las antenas de los reclutas respondieron instantáneamente, enderezaron las espaldas, atiesaron las articulaciones, hundieron los vientres, sujetaron las culatas, hicieron el blanco en sus mentes. Unk se levantó de un salto, se quedó tieso y temblando.

Sólo un hombre respondió lentamente al llamado de atención. Ese hombre era Boaz. Y cuando se puso en posición de firme, había algo insolente, suelto y malicioso en la forma en que lo hizo.

El capitán Burch, considerando profundamente ofensiva la actitud de Boaz, estuvo a punto de decirle algo. Pero apenas abrió la boca, sintió el dolor entre los ojos.

El capitán cerró la boca sin proferir un sonido.

Ante la siniestra mirada de Boaz, se puso en elegante actitud de firme, oyó un tambor en su cabeza y salió de la barraca marcando el paso.

Cuando el capitán hubo salido, Boaz no dio a sus camaradas la orden de descanso, aunque podía hacerlo. Tenía una cajita de control en el bolsillo derecho del pantalón que podía ordenar cualquier cosa a sus camaradas. La caja era del tamaño de un frasco de bolsillo de un cuarto litro, y además estaba curvada para adaptarse a la curva del cuerpo. Boaz decidió llevarla sobre la faz dura, curvada, del muslo.

La caja de control tenía seis botones y cuatro palanquitas. Manipulándolos, Boaz podía controlar a cualquiera que llevara una antena en el cráneo. Podía administrar cualquier grado de dolor a quienquiera que fuese, podía darle la orden de firme, hacerle oír el tambor, hacerlo marchar, alto, cuerpo a tierra, saludar, atacar, retirarse, arriba, salto, brinco...

Boaz no tenía antena en el cráneo.

Libre en la medida en que quisiera serlo: así era de libre la voluntad de Boaz.

Boaz era uno de los verdaderos comandantes del Ejército de Marte. Estaba al mando de una décima parte de las fuerzas que atacarían a los Estados Unidos de Norteamérica cuando se decidiera asaltar a la Tierra. Después estaban las unidades adiestradas para atacar a Rusia, Suiza, Japón, Australia, México, China, Nepal, Uruguay...

Que Boaz supiera, había ochocientos verdaderos comandantes del Ejército de Marte, ninguno de ellos de grado en apariencia superior al de sargento. El comandante nominal de todo el Ejército, el general Pulsifer, era en realidad controlado todo el tiempo por su ordenanza, el cabo Bert Wrigth. El cabo Wrigth, perfecto ordenanza, llevaba aspirina para las jaquecas casi crónicas del general.

Las ventajas de un sistema de comandantes secretos son evidentes. Toda rebelión dentro del Ejército de Marte iría dirigida contra quienes no correspondía. Y en tiempo de guerra, el enemigo podía exterminar toda la oficialidad marciana sin perturbar en lo más mínimo al Ejército de Marte.

—Setecientos noventa y nueve —dijo Boaz en voz alta, corrigiendo para sí mismo el número de verdaderos comandantes. Uno de los verdaderos comandantes había muerto, estrangulado en la picota por Unk. El hombre estrangulado era el soldado raso Stony Stevenson, uno de los verdaderos comandantes de la unidad de ataque británica. Stony había quedado tan fascinado por la lucha de Unk por entender lo que ocurría, que inconscientemente había empezado a ayudarlo a pensar.

Por eso Stevenson había sufrido la humillación última. Le habían instalado una antena en el cráneo, y había sido obligado a marchar a la picota como un buen soldado para aguardar allí el asesinato de mano de su protegido.

Boaz dejó que sus soldados siguieran en posición de firmes, temblando, sin pensar en nada, sin ver nada. Boaz se acercó al catre de Unk, se acostó con los grandes, lustrosos zapatos en la manta marrón. Cruzó las manos por detrás de la cabeza y tendió el cuerpo como un arco.

—Auuuuu —dijo Boaz, con algo que era mitad bostezo, mitad gruñido—. Auuuu, sí señor, soldados, soldados, soldados —dijo, dejando vagar la mente—. Maldita sea, soldados. —Eran palabras ociosas, sin sentido. Boaz estaba un poco aburrido de sus juguetes. Se le ocurrió hacerlos pelear entre sí, pero el castigo por hacerlo, en caso de que lo pescaran, era el mismo que había sufrido Stony Stevenson.

—Auuuu, sí señor, soldados. Ahora sí, soldados —dijo Boaz lánguidamente—. Maldita sea, soldados. Lo conseguiré. Ustedes tendrán que admitirlo. El viejo Boaz los obligará a decir que estuvo realmente bien.

Rodó fuera de la cama, aterrizó en cuatro patas, se puso de pie con una gracia de pantera. Mostró una sonrisa deslumbrante. Haría todo lo que pudiera para disfrutar de su afortunada posición en la vida.

—Ustedes, muchachos, no lo van a pasar tan mal —dijo a sus rígidos soldados—. Van a ver cómo tratamos a los generales. —Lanzó una risita como un arrullo—. Hace dos noches los comandantes nos pusimos a discutir sobre cuál de los generales podía correr más. A continuación sacamos a los veintitrés generales de la cama, todos desnudos, y los ensillamos igual que a caballos de carrera, hicimos apuestas y los largamos como si el diablo los corriera. El general Stover salió primero, le siguió el general Harrison y en tercer lugar el general Moscher. Al día siguiente, todos los generales del ejército estaban tiesos como palos. Ninguno podía recordar nada de la noche anterior.

Boaz se rió de nuevo como en un arrullo y decidió que su afortunada posición en la vida sería mucho mejor si se la tomaba en serio, si demostraba la carga que era y cuan honrado se sentía de tener que llevarla. Se echó hacia atrás juiciosamente, metió los pulgares en el cinturón y se puso ceñudo.

—Ah —dijo—, pero no todo es juego. —Dio una vuelta alrededor de Unk, se detuvo a unos centímetros de distancia, lo miró de arriba abajo—. Unk, viejo —dijo—, me da rabia decirte cuánto tiempo he pasado pensando en ti, preocupándome por ti, Unk.

Boaz se movió, balanceándose.

—Tratarás de resolver el rompecabezas, ¿no es cierto? ¿Sabes cuántas veces te llevaron al hospital para limpiarte la memoria? ¡Siete veces, Unk! ¿Sabes cuántas veces hace falta limpiar, por lo general, la memoria de un hombre? Una vez, Unk. ¡Una vez! —Boaz hizo chasquear los dedos debajo de las narices de Unk—. Es así, Unk. Una vez, y el hombre no vuelve a molestarse por nada nunca más. —Sacudió la cabeza, pensativo—. Pero tú no, Unk.

Unk se estremeció.

—¿Es demasiado tiempo para estar en posición de firme, Unk? —dijo Boaz. Rechinó los dientes. No podía dejar de torturar a Unk de vez en cuando.

En primer lugar, Unk lo había tenido todo en la Tierra, y Boaz no había tenido nada.

En segundo lugar, Boaz dependía lastimosamente de Unk o dependería cuando llegaran a la Tierra. Boaz era un huérfano que había sido reclutado cuando tenía apenas catorce años, y no tenía siquiera una noción vaga de lo que era pasarlo bien en la Tierra. Contaba con Unk para que se lo explicara.

—¿Quieres saber quién eres, de dónde vienes, qué eras? —dijo Boaz a Unk. Unk seguía en posición de firme, sin pensar en nada, incapaz de aprovechar lo que Boaz le dijera. De todos modos, Boaz no hablaba para Unk. Boaz se estaba tranquilizando acerca del compadre que tendría a su lado cuando llegaran a la Tierra.

—Viejo —dijo Boaz, mirando ceñudo a Unk—, eres uno de los hombres de más suerte que haya habido. ¡Allá en la Tierra, viejo, eras un rey!

Como casi toda la información que había en Marte, la información de Boaz sobre Unk era insuficiente. No podía decir de dónde venía exactamente. La había pescado entre los rumores que circulaban en la vida del ejército.

Y era demasiado buen soldado como para ir a hacer preguntas a fin de perfeccionar sus conocimientos.

Los conocimientos de un soldado no tienen por qué ser perfectos.

De modo que Boaz no sabía realmente nada sobre Unk, salvo que había tenido mucha suerte alguna vez. Sobre esto bordaba.

—Quiero decir —siguió Boaz— que no había nada que no tuvieras, nada que no pudieras hacer, ningún lugar a donde no pudieras ir.

Y mientras Boaz insistía en la maravilla de la buena suerte de Unk en la Tierra estaba expresando una profunda preocupación por otra maravilla: su convicción supersticiosa de que su propia suerte en la Tierra sería seguramente pésima.

Boaz empleó entonces tres palabras mágicas que parecían describir la máxima felicidad a que alguien podía aspirar en la Tierra: *Night clubs de Hollywood.* Nunca había visto Hollywood, nunca había visto un *night club.*

—Viejo —dijo—, tú te pasabas los días y las noches en los *night clubs* de Hollywood. Viejo —dijo Boaz a Unk que no comprendía nada—, tuviste todo lo que un hombre necesita para llevar una buena vida en la Tierra y sabes cómo se hace. Viejo —continuó Boaz, tratando de disimular lo patético y amorfo de sus aspiraciones—. Iremos a algunos lugares formidables y pediremos cosas buenas, iremos de aquí para allá con gente magnífica y nos correremos unas buenas juergas. —Tomó a Unk del brazo, lo balanceó—. Compadres, eso es lo que somos. Viejo, nos vamos a hacer famosos, iremos a todas partes, haremos de todo. ¡Aquí vienen el viejo suertudo, Unk, y su compadre Boaz! —dijo Boaz, confiando en que ésas fueran las palabras de los habitantes de la tierra después de la conquista—. ¡Y ahí van, felices como pájaros! —Lanzó una risita como un arrullo pensando en la feliz pareja de pájaros.

La sonrisa se le desvaneció.

Las sonrisas nunca le duraban mucho. Había algo dentro de él que le preocupaba. Estaba muy inquieto por la idea de perder su puesto. Nunca había visto muy claro de qué manera había conseguido el gran privilegio. Ni siquiera sabía quién se lo había dado.

Boaz ni siquiera sabía quién tenía el mando de los verdaderos comandantes.

Nunca había recibido una orden de nadie que fuera superior a los verdaderos

Librodot

comandantes. Boaz basaba su conducta, como todos los verdaderos comandantes, en lo que podría calificarse de chismes, chismes que circulaban al nivel del verdadero comando.

Cuando los verdaderos comandantes se reunían por la noche, los chismes circulaban junto con la cerveza, las galletitas y el queso.

Habría un chisme, por ejemplo, sobre el despilfarro en los depósitos de suministros, otro sobre la conveniencia de que los soldados se hirieran y enloquecieran de verdad durante las clases de jiujitsu, otro sobre la lamentable tendencia de los soldados a atarse mal las polainas. El mismo Boaz hacía circular esos chismes sin tener ninguna idea sobre su punto de origen, y se comportaba con arreglo a ellos.

La ejecución de Stony Stevenson por Unk había sido anunciada también de esa manera. De pronto se, había convertido en un tema de conversación.

De pronto, los verdaderos comandantes habían mandado arrestar a Stony.

Boaz manipuló la caja de control que tenía en el bolsillo, sin llegar a tocar un botón. Ocupó su lugar entre los hombres que controlaba, se puso voluntariamente en posición de firme y descansó cuando sus camaradas descansaron.

Tenía muchas ganas de un trago de alcohol bien fuerte. Y estaba autorizado a tomarlo cada vez que lo quisiera. Desde la Tierra se recibían regularmente cantidades ilimitadas de bebidas para los verdaderos comandantes. Y los oficiales también podían tomar el alcohol que querían, pero no podían conseguir del bueno. Lo que bebían los oficiales era un alcohol verde y letal de fabricación local, hecho con líquenes fermentados.

Pero Boaz nunca bebía. Una razón por la que no bebía era su temor de que el alcohol disminuyera su eficacia como soldado. Otra razón por la que no bebía era su temor de olvidarse y ofrecer de beber a un soldado raso.

El castigo para un verdadero comandante que ofrecía a un soldado raso una bebida alcohólica era la muerte.

—Sí, señor —dijo Boaz, sumando su voz a la batahola de los hombres en descanso.

Diez minutos después, el sargento Brackman anunció un rato de recreo durante el cual se suponía que todos salían y jugaban a una especie de béisbol, la pelota alemana, el principal deporte del Ejército de Marte.

Unk se escabulló.

Unk se escabulló a la barraca 12 en busca de la carta debajo de la piedra azul, la carta de la cual le había hablado su víctima, el hombre pelirrojo.

Las barracas del sector estaban vacías.

El estandarte en la punta del mástil apenas flotaba al viento.

Las barracas vacías habían alojado a un batallón de Comandos Imperiales Marcianos. Los comandos habían desaparecido silenciosamente al morir la noche un mes antes. Habían despegado en las naves con destino secreto, las caras oscurecidas, las placas de identificación atadas con cintas para que no tintinearan. Los Comandos Imperiales Marcianos eran expertos en matar centinelas con lazos de cuerda de piano.

El destino secreto de los Comandos era la luna terrestre. Allí empezarían la guerra.

Unk encontró una gran piedra azul fuera de la sala de la caldera en la barraca doce. La piedra era una turquesa. Las turquesas son muy comunes en Marte. La turquesa que Unk había encontrado era una baldosa de unos treinta centímetros de lado.

Unk miró debajo. Encontró un cilindro de aluminio con una tapa atornillada. Dentro del cilindro había una larga carta escrita con lápiz.

Unk no sabía quién la había escrito. Estaba en malas condiciones para hacer conjeturas, puesto que sólo conocía los nombres de tres personas: el sargento Brackman, Boaz y Unk.

Unk entró en la sala de la caldera y cerró la puerta. Estaba excitado, aunque no sabía por qué. Empezó a leer a la luz de la ventana polvorienta. *Querido Unk,* empezaba la carta.

Querido Unk, empezaba la carta. *Dios sabe que no es mucho, pero estas son las cosas que sé con certeza y al final encontrarás una lista de preguntas a las que harás lo que puedas*

por contestar. Las preguntas son importantes. He pensado mucho en ellas, más que en las preguntas que ya tengo. La primera cosa que sé con certeza es: 1) Si las preguntas no tienen sentido, las respuestas tampoco lo tendrán.

Todas las cosas que el autor de la carta sabía con certeza estaban enumeradas, como para subrayar la índole difícil y gradual del juego que le había permitido descubrir cosas ciertas. Había ciento cincuenta y ocho cosas que el autor tenía por ciertas. Habían sido en un principio ciento ochenta y cinco, pero había tachado diecisiete.

El segundo punto era 2) *Soy una cosa llamada viviente.*

El tercero, 3) *Estoy en un lugar llamado Marte.* El cuarto, 4) *Estoy en una parte de una cosa llamada ejército.*

El quinto, 5) *El ejército planea matar a otras cosas llamadas vivientes en un lugar llamado Tierra.*

De los primeros ochenta y un puntos, ninguno estaba tachado. Y en los primeros ochenta y uno el autor avanzaba hacia cuestiones cada vez más sutiles, y los errores se iban multiplicando.

Al comienzo del juego se hablaba de Boaz y luego el autor lo descartaba.

46) *Vigila a Boaz, Unk. No es lo que parece.*

47) *Boaz tiene algo en el bolsillo derecho que lastima la cabeza de las gentes cuando hacen algo que a Boaz no le gusta.*

48) *Algunos otros tienen también una cosa que pueden hacerte doler la cabeza. Como mirando no puedes saber quién la tiene, sé amable con todos.*

71) *Unk, viejo, casi todo lo que sé con certeza es el resultado de luchar contra el dolor que me produce la antena,* decía la carta a Unk. *Cada vez que empiezo a hacer trabajar la cabeza y a mirar algo, el dolor empieza, pero de todos modos sigo haciendo trabajar la cabeza porque sé que voy a ver algo que se supone que no debo ver. Cuando hago una pregunta y empieza el dolor, sé que he hecho una pregunta verdaderamente justa. Entonces la divido en pedacitos y pregunto cada pedacito. Cuando tengo las respuestas a los pedacitos, las junto todas y obtengo la respuesta a la gran pregunta.*

72) *Cuanto mayor es el dolor que consigo soportar, más aprendo. Ahora el dolor te da miedo, Unk, pero no aprenderás nada si lo evitas. Y cuanto más aprendas, más te alegrarás de soportar el dolor.*

Allí, en la sala de la caldera de la barraca vacía, Unk dejó un momento la carta de lado. Estaba a punto de llorar, pues la fe de Unk en el heroico autor de la carta era injustificada. Unk sabía que no podría soportar una fracción del dolor que el autor había aguantado, posiblemente porque no podía amar tanto el conocimiento.

Incluso la pequeña punzada de muestra que le habían provocado en el hospital había sido una tortura. Tragó aire, como un pez moribundo en la orilla, recordando el gran dolor que Boaz le había asestado en el cuartel. Prefería morir antes que arriesgar otro dolor como aquél.

Se le mojaron los ojos.

De haber intentado hablar, habría sollozado. El pobre Unk no quería tener más líos con nadie. Toda la información que le proporcionara la carta —información ganada con el heroísmo de otro hombre—, la emplearía para evitar todo dolor.

Unk se preguntó si habría gentes que podían soportar más dolor que otros. Supuso que sí. Supuso, lloroso, que él era especialmente sensible en este sentido. Sin desear daño alguno al autor de la carta, Unk deseó que pudiera sentir, sólo una vez, el dolor como él lo sentía.

Entonces quizá las cartas estuvieran dirigidas a otro. Unk no tenía modo de juzgar la calidad de la información contenida en la carta. Lo aceptó todo con ansia, sin crítica. Y al aceptarlo, llegó a una idea de la vida idéntica a la del autor de la carta. Unk engulló una filosofía.

Y mezclados con la filosofía había chismes, historia, astronomía, biología, teología, geografía, psicología, medicina e incluso un cuento. Algunos ejemplos al azar:

Librodot

Chismes: 22) *El general Borders está borracho todo el tiempo. Tan borracho que ni siquiera se sabe atar los zapatos sin que se le deshagan los nudos. Los oficiales están tan confundidos y son tan desdichados como cualquiera. Tú lo eras, Unk, y tenías tu propio batallón.*

Historia: 26) *En Marte todo el mundo viene de la Tierra. Creyeron que estarían mejor en Marte. Nadie recuerda qué era lo que estaba tan mal en la Tierra.*

Astronomía: 11) *Todo lo que hay en el cielo gira alrededor de Marte una vez al día.*

Biología: 58) *De las mujeres salen personas nuevas cuando hombres y mujeres duermen juntos. Es raro que en Marte salgan personas nuevas de las mujeres, porque los hombres y las mujeres duermen en lugares diferentes.* Teología: 15) *Alguien lo hizo todo por alguna razón.*

Geografía: 16) *Marte es redondo. La única ciudad que hay se llama Febe. Nadie sabe por qué se llama Febe.*

Psicología: 103) *Unk, el gran lío con los estúpidos de mierda es que son demasiado estúpidos para creer que se puede ser inteligente.*

Medicina: 73) *Cuando le limpian la memoria a un hombre en este lugar llamado Marte, no se la limpian del todo. Sólo le limpian el centro, o algo así. Siempre queda un montón de cosas en los rincones. Circula una historia acerca de cómo trataron de limpiar del todo algunas memorias. Los pobres a los que se lo hicieron, no podían caminar, ni hablar, ni hacer nada. Lo único que se pudo hacer con ellos fue desmantelarlos, enseñarles un vocabulario básico de unas dos mil palabras y emplearlos en relaciones públicas militares o industriales.*

El cuento: 89) *Unk, tu mejor amigo es Stony Stevenson. Stony es un hombre alto, feliz, fuerte, que bebe un cuarto de whisky por día. Stony no tiene una antena en la cabeza y puede recordar todo lo que le ha sucedido. Pasa por estar en el servicio de inteligencia, pero es uno de los verdaderos comandantes. Controla por radio una compañía de asalto que atacará un lugar de la Tierra llamado Inglaterra. Stony es de Inglaterra. Stony se ríe todo el tiempo. Se enteró de que eras un pobre desgraciado, Unk, y entonces fue a tu cuartel a verte. Pretendía ser amigo tuyo y que podía oírte hablar. Después de un tiempo, empezaste a confiar en él, Unk, y le contaste alguna de tus teorías secretas sobre la vida en Marte. Stony trató de reírse, pero después comprendió que tú habías descubierto algunas cosas que él no conocía. No podía convencerse, porque se suponía que él lo sabía todo y tú no sabías nada. Y entonces le dijiste a Stony una cantidad de las grandes preguntas que querías hacer, y Stony sólo sabía respuestas para la mitad de ellas. Y Stony volvió a su barraca y las preguntas cuyas respuestas no sabía siguieron dándole vueltas en la cabeza. No podía dormir por la noche, aunque bebiera y bebiera y bebiera. Se le había ocurrido que alguien lo estaba utilizando, y no tenía idea de quién era. No sabía siquiera por qué tenía que haber un Ejército de Marte, en primer lugar. No sabía siquiera cómo Marte atacaría a la Tierra. Y cuanto más recordaba de la Tierra, más comprendía que el Ejército de Marte tenia las posibilidades de una bola de nieve en el infierno. El gran ataque contra la Tierra sería seguramente un suicidio. Stony se preguntó a quién podría hablar sobre esto, y no había nadie más que tú, Unk. Te dijo todo lo que sabía sobre Marte. Y dijo que en adelante te diría todo lo que descubriera y que tú le dirías cuanta cosa tú descubrieras. Y que todas las veces que pudieran se harían alguna escapada y tratarían de combinar algo juntos. Y te dio una botella de whisky. Y los dos bebieron. Stony dijo que tú eras su mejor amigo. Te dijo que eras el único amigo de verdad que había tenido en Marte, aunque se riera todo el tiempo, y gritó y despertó a casi todo el mundo alrededor del catre. Te dijo que vigilaras a Boaz, y después se volvió a su barraca y se durmió como un chico.*

A partir del cuento, la carta era una prueba de la eficacia del equipo secreto de observación formado por Stony Stevenson y Unk. A partir de ese punto, las cosas tenidas por seguras en la carta eran presentadas casi siempre con frases como: *Stony dice,* y *Tú descubriste,* y *Stony te dijo,* y *Le dijiste a Stony,* y *Tú y Stony salieron gritando borrachos por el campo de tiro, una noche, y ustedes dos, vagos locos, decidieron...*

La cosa más importante que decidieron los dos vagos locos fue que el que tenía el

mando real de todo en Marte era un hombre alto, afable, sonriente, con voz de falsete, que siempre andaba con un gran perro. Este hombre y su perro, según la carta a Unk, aparecida en las reuniones secretas de los verdaderos comandantes del Ejército de Marte una vez cada cien días aproximadamente.

La carta no decía nada al respecto, porque el autor nada sabía, pero este hombre y su perro eran Winston Niles Rumfoord y Kazak, el sabueso del espacio. Y sus apariciones en Marte no eran irregulares. Debido al infundibulum crono-sinclástico, Rumfoord y Kazak aparecían tan previsiblemente como el cometa Halley. Aparecían en Marte una vez cada ciento once días.

Como decía la carta a Unk, 155). *Según Stony, el tipo alto y su perro aparecen en las reuniones y lo tapan todo. El es un muchacho alto y encantador, y cuando termina la reunión todo el mundo está tratando de pensar exactamente como él. Todas las ideas de cada uno proceden del tipo, que se limita a sonreír a sonreír, a sonreír y a hacer gorgoritos con esa voz curiosa que tiene, y llena a todo el mundo de ideas nuevas. Y todos los que están en la reunión manejan las ideas como si las hubieran pensado ellos mismos. Es loco por el juego de béisbol alemán. Nadie sabe cómo se llama. Se limita a reír si alguien se lo pregunta. Por lo general usa el uniforme de los Marinos Esquiadores Paracaidistas, pero los verdaderos comandantes de los Marinos Esquiadores Paracaidistas juran que nunca lo han visto en ninguna parte, salvo en las reuniones secretas.*

156) *Unk, viejo compadre,* decía la carta a Unk, *toda vez que tú y Stony encuentren algo nuevo, añádelo a esta carta. Esconde bien esta carta. Y cada vez que cambies de escondrijo, toma la precaución de decirle a Stony dónde la has puesto. De esa manera, aunque te manden al hospital para limpiarte la memoria, Stony podrá decirte dónde tienes que ir para cargarte la memoria de nuevo.*

157) *Unk, ¿sabes por qué te dejan seguir? Te dejan seguir porque tienes mujer y un hijo. Casi nadie en Marte los tiene. Ella es instructora en la Escuela de Respiración Schliernann, de Febe. Tu compañera se llama Bee. Tu hijo se llama Crono. Vive en la escuela de Febe. Según Stony Stevenson, Crono es el mejor jugador de béisbol alemán de la escuela. Como todos en Marte, Bee y Crono han aprendido a vivir solos. No te echan de menos. Nunca piensan en ti. Pero tú tienes que probarles que te necesitan de la mejor manera posible.*

158) *Unk, chiflado hijo de puta, te quiero. Creo que eres maravilloso. Cuando juntes toda tu pequeña familia, trépate a una nave espacial y vuela a algún lugar pacífico y hermoso, a algún lugar donde no tengas que estar tomando globos de aire todo el tiempo para seguir viviendo. Llévate a Stony contigo. Y cuando te instales, que todos ustedes se pasen, mucho tiempo tratando de imaginarse por qué quienquiera que sea fue y lo hizo.*

Todo lo que le quedaba por leer a Unk era la firma.

La firma estaba en una página aparte.

Antes de volver la página para ver la firma, Unk trató de imaginar el carácter y la apariencia del autor. El autor era intrépido. El autor era tan amante de la verdad que se hubiera expuesto a cualquier dolor con tal de aumentar su acervo de verdades. Era superior a Unk y a Stony. Observaba y registraba sus actividades subversivas con afecto, diversión y desapego.

Unk se imaginó al autor como un viejo maravilloso con una barba blanca y la contextura de un herrero.

Unk volvió la página y leyó la firma.

Con fidelidad y afecto, eran los sentimientos expresados antes de la firma.

La firma llenaba casi toda la página. Eran tres letras mayúsculas, de unos quince centímetros de alto por casi cinco de ancho. Las letras habían sido dibujadas torpemente, con una exuberancia negra y borroneada de jardín de infantes.

Esta era la firma:



La firma era la de Unk.

Unk era el héroe que había escrito la carta.

Unk se había escrito la carta a sí mismo antes que le hicieran un lavado de memoria. Era literatura en el mejor sentido, pues hacía de Unk un ser valiente, observador y secretamente libre. Lo convertía en su propio héroe en épocas de verdadera prueba.

Unk no sabía que el hombre a quien había matado en la picota era su mejor amigo, Stony Stevenson. De haberlo sabido, quizá se hubiera suicidado. Pero el destino le ahorraría este horrible conocimiento durante muchos años.

Cuando Unk volvió a su barraca, había un bosque de cuchillos y bayonetas que chasqueaban. Cada uno afilaba una hoja.

Y en todas partes había sonrisas de cordero de un tipo peculiar. Las sonrisas hablaban de corderos que, en condiciones adecuadas, podían asesinar alegremente.

Acababa de llegar la orden de que el regimiento se embarcara con la mayor prisa posible en sus naves espaciales.

La guerra con la Tierra había empezado.

Algunas unidades avanzadas de los comandos imperiales marcianos ya habían suprimido las instalaciones terrestres en la luna de la Tierra. Las baterías teleguiadas del Comando, disparadas desde la luna, estaban convirtiendo en un infierno cada ciudad importante.

Y como música para los que apreciaban el infierno, las radios marcianas transmitían este mensaje a la Tierra, como una cancioncita enloquecedora:

Hombre moreno, hombre blanco, hombre
[amarillo: ríndete o muere.
Hombre moreno, hombre blanco, hombre
[amarillo: ríndete o muere.

6 - Un desertor en tiempo de guerra

«No acierto a comprender por qué el béisbol alemán
no es un acontecimiento, posiblemente un acontecimiento
capital, en los Juegos Olímpicos».
WINSTON NILES RUMFOORD

Había un camino de diez kilómetros de distancia desde el campamento del ejército hasta el llano donde se encontraba la flota de invasión. Y el camino atravesaba el ángulo noroeste de Febe, la única ciudad de Marte.

La población de Febe en su momento culminante, según la *Breve Historia de Marte,* de Winston Niles Rumfoord, era de ochenta y siete mil habitantes. En Febe cada alma y cada estructura estaba directamente relacionada con el esfuerzo bélico. La masa de los trabajadores de Febe era controlada como los soldados, por medio de una antena en el cráneo.

La compañía de Unk atravesaba el extremo noroeste de Febe, encaminándose hacia la

flota, en el centro de su regimiento. En ese momento se consideraba innecesario mantener a los soldados en movimiento y en filas por medio de señales dolorosas recibidas por las antenas. La fiebre guerrera se había adueñado de ellos.

Marchaban cantando y pisando fuerte la calle de hierro con los talones metálicos de las botas. El canto era sangriento:

¡Terror, duelo y desolación!
¡Jat, tap, zrap, fon!
¡Vayamos a todas las naciones de la Tierra!
¡Jat, tap, zrap, fou!
¡Tierra, come fuego! ¡Tierra, ponte cadenas!
¡Jat, tap, zrap, fou!
¡Quebranta el espíritu de la Tierra, haz
[saltar los sesos de la Tierra!
¡Jat, tap, zrap, fou! ¡Chilla!
¡Tap, zrap, fou! ¡Sangra!
¡Tap, zrap, fou! ¡Muere!
¡Tap, zrap, fou!
¡Perdicióoooooonnnnnnnn!

Las fábricas de Febe seguían trabajando a todo vapor. Nadie vagabundeaba por las calles para ver pasar cantando a los héroes. Las ventanas hacían guiños cuando en el interior las lámparas incandescentes se acercaban y alejaban. Una puerta abierta vomitaba una luz amarilla y humeante de metal fundido. Los chirridos de las ruedas pasaban entre los cantos.

Tres platos voladores, naves de exploración, flotaban a baja altura sobre la ciudad, produciendo un arrullo suave como peonzas. Cantaban rozando en un recorrido parejo la superficie de Marte que se curvaba debajo. Titilaban en el espacio eterno.

«Terror, duelo y desolación», cantaban las tropas.

Pero había un soldado que movía los labios sin producir ningún sonido. El soldado era Unk.

Unk estaba en la primera fila de la penúltima sección de su compañía.

Boaz estaba justo detrás de él, con los ojos clavados en la base del cuello de Unk. Además, Boaz y Unk se habían convertido en hermanos siameses por obra del largo tubo de una pieza de artillería de catorce centímetros que llevaban entre los dos.

«¡Sangra! ¡Tap, zrap, fou!» cantaban las tropas. *«¡Muere! ¡Tap, zrap, fou! Perdicióooonnnn».*

—Unk, viejo compadre... —dijo Boaz.

—¿Sí, viejo compadre? —repitió Unk ausente. Llevaba, entre la confusión de sus arneses de guerra, una granada de mano, ya preparada. Para hacerla estallar en tres segundos, Unk no tenía más que tirarla al aire.

—Conseguí que nos dieran un buen destino, viejo compadre —dijo Boaz—. El viejo Boaz se hace cargo de su compadre, ¿no es cierto?

—Es cierto, compadre —dijo Unk.

Boaz había arreglado las cosas para que él y Unk estuvieran en la nave abastecedora de la invasión. La nave abastecedora de la compañía, aunque transportaría el tubo de la pieza de artillería mediante un sistema logístico, no era en esencia una nave de combate. Debía llevar sólo dos hombres, y el resto del espacio lo ocuparían dulces, artículos deportivos, música grabada, hamburguesas enlatadas, juegos de salón, globos de aire, bebidas sin alcohol, biblias, papel de esquelas, afeitadoras, tablas de planchar y otros elementos moralizadores.

—Es un buen comienzo, ¿no es cierto, viejo compadre?, ir en la nave maestra.

—Es un buen comienzo, viejo compadre —dijo Unk. Acababa de tirar la granada a una

cloaca.

Un chorro y un estallido salieron de la cloaca.

Los soldados se precipitaron por la calle.

Boaz, como verdadero comandante de la compañía, fue el primero en alzar la cabeza. Vio el humo que salía de la alcantarilla, supuso que eran emanaciones de las cloacas que habían explotado.

Boaz deslizó la mano en el bolsillo, apretó un botón, envió a su compañía la señal de recobrarse.

Cuando recobraron la compostura, Boaz también la recobró.

—Carajo compadre —dijo—, me parece que hemos tenido nuestro bautismo de fuego.

Atrapó la punta del tubo de la pieza de artillería.

No había nadie que tomara la otra.

Unk se había ido en busca de su mujer, su hijo y su mejor amigo.

Unk había cruzado la colina para irse por la chatura, chata, chata, chata, de Marte.

El hijo que Unk estaba buscando se llamaba Crono. Crono tenía, de acuerdo con los cálculos de la Tierra, ocho años. Su nombre venía del mes en que había nacido. El año marciano estaba dividido en veintiún meses, doce de treinta días y nueve de treinta y uno. Esos meses se llamaban: enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio, julio, agosto, septiembre, octubre, noviembre, diciembre, Winston, Niles, Rumfoord, Kazak, Newport, Crano, Sinclástico, Infundibulum y Salo. Mnemotécnicamente:

Treinta días traen Salo, Niles, junio y septiembre,
Winston, Crono, Kazak y noviembre,
Abril, Rumfoord, Newport e Infundibulum;
Y los demás traen treinta y uno.

El mes de Salo llevaba el nombre de una criatura que Winston Niles Rumfoord conocía en Titán. Titán, desde luego, es una luna de Saturno extremadamente agradable.

Salo, el amigote de Rumfoord en Titán, era un mensajero de otra galaxia que se había visto obligado a bajar en Titán debido a un desperfecto en la planta energética de su nave espacial. Estaba esperando que le llegara una pieza de repuesto.

Había estado esperando pacientemente doscientos mil años.

Su nave estaba impulsada, como toda la maquinaria bélica de Marte, por un fenómeno conocido con el nombre de VULLS, Voluntad Universal del Llegar a Ser. La VULLS es la que saca a los universos de la nada, la que hace que la nada insista en llegar a ser algo.

Muchos habitantes de la Tierra se alegran de que este planeta no tenga vulls.

Como dice la cancioncita popular:

Willy encontró un poco de fuerza universal
[para llegar a ser,
la mezcló con la goma de mascar.
Las mescolanzas cósmicas rara vez resultan bien:
El pobre Willy se ha convertido en seis
[nuevas Vías Lácteas.

Crono, el hijo de Unk, era a los ocho años de edad un maravilloso jugador de béisbol alemán. El béisbol alemán era lo único que le interesaba. El béisbol alemán era el principal deporte de Marte, en la escuela primaria, en el ejército, y en los campos de recreación de los obreros.

Como en Marte hay sólo cincuenta y dos niños, se las arreglaban con una sola escuela primaria, situada justo en el centro de Febe. Ninguno de los cincuenta y dos niños había sido

concebido en Marte. Todos habían sido concebidos o bien en la Tierra o, como en el caso de Crono, en una nave espacial que llevaba nuevos reclutas a Marte.

En la escuela los niños estudiaban muy poco, pues la sociedad de Marte no tenía un uso particular que darles. Se pasaban la mayor parte del tiempo jugando al béisbol alemán.

El juego se practica con una pelota blanda del tamaño de un melón. La pelota no es más saltarina que un sombrero lleno de agua de lluvia. El juego es algo parecido al béisbol común con un *batter* que lanza la pelota al campo enemigo y corre alrededor de las bases mientras los jugadores tratan de atrapar la pelota y hacer fracasar al que corre. Hay, sin embargo, sólo tres bases en el béisbol alemán: la primera, la segunda y casa. Pero nadie se arroja sobre el *batter.* Este toma la pelota en un puño y le pega con el otro. Y si uno de los jugadores consigue dar con la pelota al que corre mientras éste se halla entre las bases, el que corre queda afuera, y debe dejar la cancha en seguida.

La persona responsable de la gran importancia dada al béisbol alemán en Marte era, desde luego, Winston Niles Rumfoord, responsable de todo en Marte.

Howard W. Sams prueba en su *Winston Niles Rumfoord, Benjamín Franklin* y *Leonardo da Vinci,* que el béisbol alemán era el único deporte de equipo que Rumfoord practicaba de niño. Sams demuestra que a Rumfoord se lo enseñó su gobernanta, una tal Miss Joyce MacKenzie.

Durante la infancia de Rumfoord, en Newport, un equipo formado por Rumfoord, Miss MacKenzie y Earl Moncrief, el mayordomo, solía jugar al béisbol alemán regularmente contra un equipo compuesto por Watanabe Wataru, el jardinero japonés, Beverly June Wataru, la hija del jardinero, y Edward Seward Darlington, el caballerizo tonto. El equipo de Rumfoord ganaba invariablemente.

Unk, el único desertor en la historia del ejército de Marte, agachado y jadeando detrás de una roca de turquesa, observaba a los escolares que jugaban al béisbol alemán en la cancha de hierro. Detrás de la roca, junto a Unk, había una bicicleta robada del depósito de bicicletas de una fábrica de máscaras contra gases. Unk no sabía cuál de los niños era su hijo, cuál de los niños era Crono.

El plan de Unk era nebuloso. Su sueño era juntarse con su mujer, su hijo y su mejor amigo, robar una nave espacial y volar a algún lugar donde pudieran vivir siempre felices.

—¡Eh, Crono! —gritó un chico en el patio de juego—. ¡Ahora puedes lanzar la pelota!

Unk miró por encima de la roca, a la tercera base. El chico que iba a batear era Crono, era su hijo.

Crono, el hijo de Unk, se dispuso a batear. Era pequeño para su edad, pero de hombros sorprendentemente viriles. El pelo renegrido, hirsuto, y las cerdas negras se juntaban en un tremendo remolino.

El niño era zurdo. Tenía la pelota en la mano derecha y se preparaba a golpearla con la izquierda. Tenía los ojos muy hundidos, como los de su padre. Y los ojos eran luminosos debajo del entrecejo oscuro y espeso. Brillaban con una violencia total.

Los ojos violentos de Crono parpadeaban en una dirección, luego en otra, desconcertando a los jugadores, desplazándolos de sus posiciones, convenciéndolos de que la lenta, estúpida pelota, llegaría hasta ellos con una velocidad terrible, los haría pedazos si se atrevían a interponerse en su camino.

También la maestra compartía la alarma que inspiraba el chico del bate. Estaba en la situación clásica del arbitro en el béisbol alemán, entre la primera y segunda base, y se sentía aterrada. Era una frágil anciana llamada Isabel Fenstermaker. Tenía setenta y tres años y había sido Testigo de Jehová antes de que le lavaran la memoria. La habían narcotizado y raptado mientras trataba de vender un ejemplar de *El Atalaya* a un agente marciano en Duluth.

—Vamos, Crono —dijo con una sonrisa tonta—, no es más que un juego, ¿sabes?

El cielo quedó súbitamente ennegrecido por una formación de cien platos voladores, las naves rojo sangre de los Marinos Esquiadores Paracaidistas de Marte. El arrullo conjunto de

Librodot

las naves era un trueno melodioso que hacía repiquetear los vidrios de las ventanas de la escuela.

Pero para dar una idea de la importancia que para el joven Crono tenía el juego cuando le tocaba batear, ni un solo niño miró al cielo.

Después que el joven Crono hubo llevado a los jugadores y a Miss Fenstermaker al borde del colapso nervioso, dejó la pelota junto a sus pies, sacó del bolsillo una corta banda de metal que era su amuleto. Besó la banda para tener suerte y volvió a guardarla en el bolsillo.

Entonces levantó repentinamente la pelota, le dio un violento puñetazo y salió disparando alrededor de las bases.

Los jugadores y Miss Fenstermaker esquivaron la pelota como si fuera una bala de cañón al rojo. Cuando la pelota se detuvo por decisión propia, los jugadores fueron a buscarla con una especie de torpeza ritual. Evidentemente el objeto de sus esfuerzos era no darle a Crono con la pelota, sino no dejarlo afuera. Los jugadores conspiraban todos para aumentar la gloria de Crono demostrando una oposición impotente.

Por supuesto, Crono era lo más glorioso que los niños hubieran visto jamás en Marte, y toda la gloria que tuvieran les venía de su asociación con él. Harían todo lo que pudieran por aumentar su gloria.

El joven Crono se deslizó a la tercera base en una nube de herrumbre.

Un jugador le arrojó la pelota, demasiado tarde, demasiado tarde, demasiado. Ritualmente, el jugador maldijo su suerte.

El joven Crono se detuvo, se sacudió el polvo y besó de nuevo su amuleto, agradeciéndole otra carrera a la base. Creía firmemente que todos sus poderes venían de su amuleto, igual que sus condiscípulos y también, secretamente, Miss Fenstermaker.

La historia del amuleto era la siguiente:

Un día Miss Fenstermaker hizo con los escolares una visita educativa a una fábrica de lanzallamas. El director de la fábrica explicó a los niños todas las etapas de la fabricación del lanzallamas y expresó la confianza de que algunos de los niños, cuando fueran grandes, quisieran trabajar para él. Al final de la visita, en el departamento de embalaje, el director se enredó el tobillo en una espiral de acero para precinto, del que se usaba para ajustar los embalajes de lanzallamas.

La espiral era un fragmento mellado que había caído en un pasillo de la fábrica por descuido de un obrero. El director se arañó el tobillo y se rompió el pantalón antes de conseguir quitarse la espiral. A continuación hizo la única cosa comprensible que los niños hubieran presenciado aquel día. Comprensiblemente, dio un puntapié a la espiral.

Después la pisoteó.

Después la recogió de nuevo, la tironeó y la cortó con unas grandes tijeras en pedazos de unos diez centímetros.

Los niños se sintieron edificados, estremecidos y satisfechos. Y cuando dejaban el departamento de embalaje, el joven Crono levantó uno de los pedazos y lo deslizó en su bolsillo. El pedazo que había recogido se diferenciaba de los otros en que tenía dos perforaciones.

Ese era el amuleto de Crono. Llegó a formar parte de él mismo tanto como su mano derecha. Su sistema nervioso, por así decirlo, se extendía a la banda de metal. Tocarla era tocar a Crono.

Unk, el desertor, se puso de pie detrás de la roca de turquesa, echó a andar enérgicamente por el patio de la escuela. Se había arrancado todas las insignias del uniforme. Eso le daba una apariencia oficial, belicosa, sin unirlo a ninguna empresa en particular. De todo el equipo que llevaba en el momento de desertar, sólo conservaba un cuchillo de caza, su máuser de un solo tiro, y una granada. Dejó las tres armas escondidas detrás de la roca, junto con la bicicleta robada.

Unk se acercó a Miss Fenstermaker. Le dijo que deseaba entrevistar al joven Crono por

asuntos oficiales en seguida y en privado. No le dijo que era el padre del chico. El hecho de ser el padre no lo autorizaba a nada. El hecho de ser un investigador oficial lo autorizaba a todo lo que quisiera pedir.

La pobre Miss Fenstermaker se aturullaba fácilmente. Aceptó que Unk entrevistara al chico en su propia oficina.

La oficina estaba atestada de papeles escolares, algunos de cinco años atrás. Miss Fenstermaker estaba muy atrasada en su trabajo, tan atrasada que se había declarado en moratoria para poder ponerse al día. Algunas de las pilas de papeles se habían caído, formando ventisqueros que mandaban ramales debajo del escritorio, al vestíbulo, a su lavatorio privado.

Había un fichero de dos cajones, abierto, con su colección de piedras.

Nadie vigilaba a Miss Fenstermaker. Nadie se preocupaba. Tenía un certificado de enseñanza del Estado de Minnesota, U.S.A., la Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea, y era todo lo que importaba.

Para entrevistarse con su hijo, Unk se sentó detrás del escritorio, mientras su hijo Crono estaba delante. Crono deseaba quedarse de pie.

Mientras planeaba las cosas que diría, Unk abrió ociosamente los cajones del escritorio de Miss Fenstermaker y descubrió que estaban llenos de piedras.

El joven Crono era sagaz y hostil, y pensó en decir algo antes que Unk lo hiciera.

—Pavadas —dijo.

—¿Qué? —dijo Unk.

—Todo lo que diga son pavadas —dijo el chico de ocho años.

—¿Por qué lo piensas? —dijo Unk.

—Todo lo que dicen todos son pavadas —dijo Crono—. ¿Qué le importa lo que yo piense? Cuando tenga catorce años me pondrán una cosa en la cabeza y haré lo que quieran que haga.

Se refería al hecho de que las antenas no se instalaran en el cráneo de los niños hasta que cumplían catorce años. Era cuestión de tamaño de cráneo. Cuando un niño cumplía catorce años lo enviaban al hospital para operarlo. Le afeitaban el pelo y los doctores y las enfermeras le hacían bromas sobre su entrada en la edad adulta. Antes de llevarlo a la sala de operaciones, le preguntaban cuál era su helado favorito. Al despertar, después de la operación, un gran plato de ese helado lo estaba esperando: avellana, chocolate, fresa, lo que fuera.

—¿Tu madre dice pavadas? —dijo Unk.

—Las dice desde que ha salido del hospital.

—¿Y tu padre? —dijo Unk.

—No sé nada de él —dijo Crono—. Ni me importa. Dirá montones de pavadas, como todos.

—¿Y quién no dice pavadas? —preguntó Unk.

—Yo no digo pavadas —dijo Crono—. Soy el único.

—Acércate —dijo Unk.

—¿Por qué? —preguntó Crono.

—Porque te voy a decir algo muy importante.

—Lo dudo —dijo Crono.

Unk se levantó del escritorio, se acercó a Crono y le dijo al oído:

—¡Soy tu padre! —Cuando hubo dicho estas palabras, el corazón le latió como una alarma contra robos.

Crono se quedó impasible.

—¿Y qué? —dijo duramente. Nunca había recibido instrucciones, nunca había visto un ejemplo en la vida que le hiciera pensar en la importancia de un padre. En Marte la palabra no tenía significado emocional.

—He venido por ti —dijo Unk—. De alguna manera nos iremos de aquí. —Sacudió al chico suavemente, tratando de hacerlo reaccionar un poco.

Librodot

El chico se arrancó del brazo la mano del padre como si fuera una sanguijuela.

—¿Para qué?

—¡Para vivir! —dijo Unk.

El chico miró a su padre desapasionadamente, buscando una buena razón que justificara el compartir su suerte con este extranjero. Crono sacó el amuleto del bolsillo y lo restregó entre las palmas.

La fuerza imaginaria que sacó del: amuleto le daba energías suficientes para no confiar en nada, para seguir como siempre, colérico y solo.

—Yo estoy viviendo —dijo—. Estoy muy bien —dijo—. Vete a la mierda.

Unk retrocedió un paso. Se le cayeron las comisuras de los labios.

—¿Que me vaya a la mierda? —murmuró.

—A todo el mundo le digo que se vaya a la mierda —dijo el chico. Estaba tratando de ser amable, pero en seguida le fatigó el esfuerzo—. ¿Puedo irme a jugar a la pelota?

—¿Le has dicho a tu propio padre que se vaya a la mierda? —murmuró Unk. La pregunta repercutió en la memoria vacía de Unk hasta llegar a un rincón intocado donde aún vivían fragmentos de su extraña infancia. Su propia infancia había transcurrido en fantaseos en los que por fin veía y amaba a un padre que no quería verlo, que no quería ser amado por él.

—He... he desertado del ejército para venir aquí... a buscarte —dijo Unk.

El interés se despertó en los ojos del chico, y se desvaneció.

—Te pescarán —dijo—. Pescan a todo el mundo.

—Robaré una nave espacial —dijo Unk—. ¡Y tú, tu madre y yo nos embarcaremos y volaremos de aquí!

—¿A dónde? —dijo el muchacho.

—¡A algún buen lugar! —dijo Unk.

—Díme cuál es un buen lugar —dijo Crono.

—No sé. ¡Tenemos que buscarlo! —dijo Unk.

Crono sacudió la cabeza compasivo.

—Lo siento —dijo—. No creo que sepas de qué estás hablando. Terminarás como tanta gente a la que han matado.

—¿Quieres quedarte aquí? —dijo Unk.

—Estoy muy bien aquí —contestó Crono—. ¿Puedo irme ahora a jugar a la pelota?

Unk lloró.

Su llanto asombró al chico. Nunca había visto llorar a un hombre. El nunca había llorado.

—¡Me voy a jugar! —gritó salvajemente, y salió corriendo de la oficina.

Unk se acercó a la ventana. Miró el patio de hierro. El equipo del joven Crono estaba ahora en la cancha. El joven Crono se unió a sus camaradas, frente a un *batter* que daba la espalda a Unk.

Crono besó su amuleto, lo guardó en el bolsillo.

—¡Adelante, chicos! —gritó roncamente—. ¡Vamos, chicos, matémoslo!

La mujer de Unk, madre del joven Crono, era instructora en la Escuela de Respiración Schliemann para Reclutas. La respiración Schliemann es una técnica que permite a los seres humanos sobrevivir en el vacío o en una atmósfera inhóspita sin tener que usar casco o cualquier otro incómodo aparato.

Consiste, esencialmente, en tomar una píldora rica en oxígeno. La corriente sanguínea lleva este oxígeno a través de la pared del intestino delgado, más que a través de los pulmones. En Marte las píldoras eran conocidas oficialmente con el nombre de Raciones Respiratorias de Combate, y en lenguaje popular como bolas de aire.

La Respiración Schliemann es de lo más sencilla en una atmósfera benigna pero inútil, como la de Marte. El sujeto respira y habla de manera normal, aunque no haya en la atmósfera oxígeno para sus pulmones. Todo lo que necesita es acordarse de tomar regularmente las

bolas de aire.

La escuela en que la mujer de Unk era instructora enseñaba a los reclutas las técnicas más difíciles, necesarias en una atmósfera al vacío o perjudicial. Esto exige no sólo tomar píldoras, sino también taparse los oídos y la nariz y mantener la boca cercada. Todo esfuerzo por hablar o respirar daría por resultado hemorragias y probablemente la muerte.

La mujer de Unk era una de las seis instructoras de la Escuela de Respiración Schliemann para Reclutas. Su aula era una habitación desnuda, sin ventanas, de paredes encaladas. Junto a las paredes, todo alrededor, había bancos.

Sobre una mesa en el centro había un recipiente con bolas de aire, otro con tapones para la nariz y los oídos, un rollo de tela adhesiva, tijeras y un pequeño grabador. El objeto del grabador era pasar música durante los largos períodos en que no había otra cosa que hacer sino sentarse y esperar pacientemente a que la naturaleza siguiera su curso.

Se había llegado a ese momento. La clase acababa de recibir la dosis de bolas de aire. Ahora los alumnos debían sentarse tranquilamente en los bancos y escuchar música hasta que las bolas de aire llegaran al intestino delgado.

La canción que se escuchaba había sido pirateada recientemente a una emisora terrestre. Era un gran éxito en la Tierra, un trío compuesto por un muchacho, una chica y las campanas de una catedral. Se llamaba «Dios es nuestro decorador de interiores». El muchacho y la chica cantaban versos alternados y se juntaban en estrecha armonía en el estribillo.

Las campanas de la catedral resonaban toda vez que se mencionaba algo de naturaleza religiosa.

Eran diecisiete reclutas. Estaban todos con la nueva ropa interior de color verde liquen. Estaban desvestidos para que la instructora viera de una ojeada las reacciones físicas exteriores de la respiración Schliemann.

Los reclutas acababan de salir del Hospital Central de Recepción donde les habían hecho tratamientos de amnesia e instalación de antenas. Tenían la cabeza afeitada, y cada uno de ellos llevaba una tira de tela adhesiva que iba desde la coronilla hasta la nuca.

La tela adhesiva indicaba que había sido instalada la antena.

Los ojos de los reclutas estaban vacíos como las ventanas de una hilandería abandonada.

Lo mismo ocurría con los ojos de la instructora, pues también ella había sido sometida recientemente a un lavado de memoria.

Cuando la dieron de alta en el hospital, le dijeron cuál era su nombre, dónde vivía y cómo enseñar la respiración Schliemann; era toda la información concreta que le habían dado. Había otra cosa: le dijeron que tenía un hijo de ocho años, llamado Crono, y que podía visitarlo en su escuela los martes por la tarde, si quería.

El nombre de la instructora, de la madre de Crono, de la compañera de Unk, era Bee. Llevaba un traje de color verde liquen, zapatillas de gimnasia y alrededor del cuello una cadena con un silbato y un estetoscopio.

Bordadas en la camisa estaban las iniciales de su nombre.

Miró al reloj en la pared. Había pasado tiempo suficiente para que el sistema digestivo más lento hiciera llegar al intestino delgado el globo de aire.

Se puso de pie, detuvo el grabador y sopló el silbato.

—¡Formen fila! —dijo.

Los reclutas no habían recibido todavía adiestramiento militar básico, de modo que eran incapaces de alinearse con precisión. Pintados en el piso había unos cuadrados donde debían situarse los reclutas para formar filas agradables a la vista. Se desarrolló entonces un juego como el de las cuatro esquinas, en el que varios reclutas de ojos vacíos forcejeaban por el mismo cuadrado. En su debido momento, cada uno encontró un cuadrado.

—Muy bien —dijo Bee—, tomen los tapones y tápense la nariz y los oídos, por favor.

Los reclutas apretaban los tapones en las palmas húmedas. Se taponaron la nariz y las orejas.

Bee fue de recluta en recluta para cerciorarse de que todas las narices y orejas estaban

Librodot

taponadas.

—Muy bien —dijo, una vez terminada la inspección—. Muy bien —repitió. Tomó de la mesa el rollo de tela adhesiva—. Ahora voy a probarles que no necesitan usar los pulmones para nada mientras tengan raciones respiratorias de combate, o, como pronto las llamarán cuando estén en el ejército, bolas de aire. Pasó por las filas cortando pedazos de tela adhesiva y tapando bocas. Nadie se opuso. Cuando hubo terminado, nadie tenía un agujero adecuado para proferir una objeción.

Miró la hora y de nuevo puso la música. En los próximos veinte minutos no habría nada que hacer sino observar en los cuerpos desnudos los cambios de color, los espasmos agónicos de los pulmones sellados e inútiles. Teóricamente los cuerpos se pondrían azules, después rojos, después de color natural en el plazo de veinte minutos, y la caja de las costillas se agitaría violentamente, cedería, se aquietaría.

Transcurrida la prueba de los veinte minutos, todos los reclutas sabrían cuan innecesario era respirar. Teóricamente todos los reclutas confiarían tanto en sí mismos y en las bolas de aire, que una vez terminado el curso de adiestramiento, estarían dispuestos a saltar de una nave espacial a la luna terrestre, al fondo de un océano o donde fuera, sin dudar un segundo. Bee se sentó en un banco.

Tenía círculos oscuros alrededor de los lindos ojos. Los círculos le habían aparecido después de salir del hospital e iban oscureciéndose a medida que pasaban los días. En el hospital le habían asegurado que iría serenándose y ganando en eficiencia con el paso de los días. Y le habían dicho que si por casualidad no era así, debía comunicarlo al hospital para que la ayudaran de nuevo.

—Todos necesitamos ayuda de vez en cuando —había dicho el doctor Morris N. Castle—. No hay por qué avergonzarse. Algún día yo puedo necesitar de su ayuda, Bee, y no vacilaré en pedírsela.

Había sido enviada al hospital después de mostrarle a su supervisor este poema que había escrito sobre la respiración Schliemann:

Rompe todo vínculo con el aire y la niebla,
sella toda abertura;
aprieta la garganta como el puño de un avaro,
guarda la vida encerrada dentro de ti.
No más, no más aspirar, inspirar,
pues respirar es para los mansos,
y cuando en el espacio mortal nos remontemos,
ten cuidado de no hablar.
Si te arrebata la pena o la alegría
muéstralo sólo con una lágrima;
al alma y al corazón encerrados en ti
añade la palabra y el aire.
Cada hombre es una isla
mientras erramos en el espacio.
Sí, cada hombre es una isla:
fortaleza isla, hogar isla.

Bee, que había sido enviada al hospital por haber escrito este poema, tenía una cara enérgica: pómulos altos, arrogancia. Era asombrosa su semejanza con un jefe indio. Pero el que lo dijera estaba obligado a añadir en seguida que también era muy hermosa.

En ese momento alguien golpeó bruscamente a la puerta. Bee fue y la abrió.

—¿Sí? —dijo.

En el corredor desierto había un hombre congestionado y surodoso, de uniforme. El uniforme no tenía insignias. El hombre llevaba un rifle en bandolera.

Tenía los ojos hundidos y furtivos.

—Mensajero —dijo con aspereza—. Un mensaje para Bee.

—Yo soy Bee —dijo Bee incómoda.

El mensajero la miró de arriba abajo, la hizo sentirse desnuda. Su cuerpo despedía calor, y el calor la envolvía sofocándola.

—¿No me reconoces? —murmuró.

—No —dijo ella. La pregunta del hombre la alivió un poco. Al parecer había tenido algo que ver con él antes. El hombre y su visita eran, pues, de rutina, y en el hospital había olvidado simplemente al hombre y su rutina.

—Yo tampoco me acuerdo de ti —susurró él.

—Estuve en el hospital —dijo ella—. Tuvieron que lavarme la memoria.

—¡Habla en voz baja! —dijo él bruscamente.

—¿Qué?

—¡Que hables en voz baja!

—Perdón —murmuró ella. Al parecer, el hablar en voz baja formaba parte de la rutina en el trato con este funcionario particular—. He olvidado tantas cosas.

—¡Todos hemos olvidado! —murmuró colérico. De nuevo miró de arriba abajo el corredor—. Tú eres la madre de Crono, ¿verdad? —susurró.

—Sí —susurró Bee.

Ahora el extraño mensajero concentró su mirada en la cara de ella. Respiró profundamente, suspiró, frunció el entrecejo, pestañeó frecuentemente.

—¿Cuál... cuál es el mensaje? —susurró Bee.

—El mensaje es éste —murmuró el mensajero—. Yo soy el padre de Crono. Acabo de desertar del ejército. Me llamo Unk. Voy a buscar alguna manera de que tú, yo, el chico y mi mejor amigo escapemos de aquí. Todavía no sé cómo, pero tienes que estar lista para partir en cierto momento. —Le dio una granada de mano—. Esconde esto en alguna parte —susurró—. Cuando llegue el momento podrás necesitarlo.

Gritos excitados llegaron de la recepción, en el extremo del corredor.

—¡Dijo que era un mensajero confidencial! —gritó un hombre.

—¡Otra que mensajero! —gritó otro—. ¡Es un desertor en tiempo de guerra! ¿A quién ha venido a ver?

—No dijo. Dijo que era un secreto absoluto.

Sonó un silbato.

—¡Vengan conmigo seis de ustedes! —gritó un hombre—. Revisaremos este lugar cuarto por cuarto. Los demás lo rodearán por fuera.

Unk empujó a Bee con su granada de mano al otro cuarto y cerró la puerta. Descolgó el rifle, le quitó el seguro y apuntó a los reclutas.

—Un gesto, un movimiento, y los bajo a todos, muchachos —dijo.

Los reclutas, rígidos cada uno en su cuadrado del piso, no respondieron nada.

Estaban azul pálido.

La caja de las costillas se agitaba.

Toda la conciencia de cada hombre estaba concentrada en la región del duodeno donde se disolvía una pequeña píldora blanca, dadora de vida.

—¿Dónde puedo esconderme? —dijo Unk—. ¿Cómo puedo salir?

Era innecesario que Bee respondiera. No había dónde esconderse. No había otro camino sino la puerta que daba al corredor.

Sólo se podía hacer una cosa y Unk la hizo. Se desvistió, se quedó en ropa interior color verde liquen, escondió el rifle debajo del banco, se tapó las orejas y la nariz, se selló la boca y se paró entre los reclutas. Tenía la cabeza afeitada, como las de los otros. Y como ellos, Unk tenía una tira de tela adhesiva que le cruzaba la cabeza desde la coronilla hasta la nuca. Había sido un soldado tan pésimo que los doctores le habían abierto la cabeza en el hospital para ver si no le funcionaba mal la antena.

Librodot

Bee vigilaba la sala con fascinada calma. Sostenía la granada que Unk le había dado como sí fuera un vaso con una rosa perfecta. Después se acercó al lugar donde Unk había escondido el rifle y puso la granada al lado, con cuidado, con un correcto respeto por la propiedad ajena.

Después volvió a su lugar junto a la mesa.

No miraba a Unk ni lo evitaba. Como le habían dicho en el hospital: había estado muy muy enferma, y volvería a estar muy muy enferma si no aplicaba su atención estrictamente a su trabajo, dejando a otros el trabajo de pensar y preocuparse. Tenía que mantener la calma, costara lo que costase.

La falsa alarma furiosa de los hombres que buscaban cuarto por cuarto se acercaba lentamente.

Bee se negaba a preocuparse por nada. Unk, al ocupar su lugar entre los reclutas, se había reducido a un número. Considerándolo profesionalmente, Bee vio que el cuerpo de Unk se ponía azul verdoso en lugar de azul puro. Eso podía significar que no había tomado una bola de aire para varias horas, en cuyo caso pronto caería desmayado.

El desmayo sería seguramente la solución más pacífica del problema planteado, y Bee quería paz por encima de todo.

No dudaba de que Unk fuera el padre de su hijo. La vida era así. Ella no lo recordaba y no se molestó en estudiarlo para reconocerlo la próxima vez, si es que la habría. No sabía qué uso darle.

Observó que el cuerpo de Unk era predominantemente verde. Su diagnóstico había sido correcto. Se desplomaría en cualquier momento.

Bee fantaseaba. En su fantaseo aparecía una niñita de vestido almidonado y guantes blancos, zapatos blancos y un caballito blanco que era suyo. Bee envidió a la niñita que se había mantenido tan limpia. Bee se preguntó quién sería la niñita. Unk se desplomó sin ruido, flojamente, como una bolsa de anguilas.

Unk se despertó y se encontró tendido de espaldas en una litera, en una nave espacial. Las luces de la cabina eran enceguecedoras. Unk empezó a gritar, pero un dolor de cabeza terrible lo hizo callar.

Pugnó por ponerse de pie, se arrimó como un borracho a los soportes de la litera. Estaba completamente solo. Alguien le había puesto el uniforme. Pensó al principio que lo habían lanzado al espacio eterno.

Entonces vio que la escotilla estaba abierta al exterior, y que el exterior era suelo firme.

Unk espió por la escotilla y se arrojó afuera.

Alzó los ojos húmedos y vio que al parecer seguía en Marte o en algo que se parecía mucho a Marte.

Era de noche.

La llanura de hierro estaba llena de hileras e hileras de naves espaciales.

Mientras Unk observaba, una fila de naves de cinco millas de largo despegó de la formación y se lanzó melodiosamente al espacio.

Un perro ladró, ladró con un ladrido como un gran gong de bronce.

Y el perro se precipitó en la noche, grande y terrible como un tigre.

—¡Kazak! —gritó un hombre en la oscuridad.

El perro se detuvo obedeciendo la orden, pero mantuvo a raya a Unk, aplastado contra la nave bajo la amenaza de aquellos largos y húmedos colmillos.

El dueño del perro apareció haciendo bailar el haz de una linterna delante de sus pies. Cuando llegó a pocos metros de Unk, se puso la linterna debajo del mentón. El contraste de luces y sombras dio a su cara una apariencia demoníaca.

—Qué tal, Unk —dijo. Apagó la linterna, caminó hacia un lado para quedar iluminado por la luz que salía de la nave espacial. Era alto, vagamente suave, maravillosamente seguro

de sí mismo. Usaba el uniforme azul y rojo y las botas cuadradas de los marinos esquiadores paracaidistas. No llevaba armas, salvo una daga blanca y dorada de unos treinta centímetros de largo.

—Hace tiempo que no nos vemos —dijo. Insinuó una ligera sonrisa, en forma de v. Su voz era de tenor, gutural, aguda.

Unk no recordaba al hombre, pero era evidente que el hombre lo conocía bien, lo conocía muy bien.

—¿Quién soy, Unk? —preguntó el hombre alegremente.

Unk boqueó. Tenía que ser Stony Stevenson, tenía que ser el mejor, el indómito amigo de Unk.

—¿Stony? —susurró.

—¿Stony? —dijo el hombre y lanzó una carcajada—. Ah, Dios, muchas veces he deseado ser Stony, y lo desearé muchas veces.

El suelo se sacudió. El aire se atorbellinó. Las naves espaciales vecinas saltaron en el aire, desaparecieron.

Ahora la nave de Unk tenía todo el sector de la llanura de hierro para ella sola. Las naves que estaban más cerca en el suelo se hallaban quizá a media milla de distancia.

—Allá va tu regimiento, Unk —dijo el hombre— y tú no estás con ellos. ¿No te da vergüenza?

—¿Quién es usted? —dijo Unk.

—¿Qué importan los nombres en tiempo de guerra? —dijo el hombre. Puso su gran mano en el hombro de Unk—. Ah, Unk, Unk, Unk —dijo—, qué temporada te has pasado.

—¿Quién me trajo aquí? —dijo Unk.

—La policía militar, agradécelo —dijo el hombre.

Unk sacudió la cabeza. Las lágrimas le corrían por las mejillas. Estaba vencido. No había razón para seguir guardando el secreto, aun en presencia de alguien que quizá tuviera poder de vida o muerte sobre él. En cuanto a la vida y a la muerte, el pobre Unk era indiferente.

—Traté... traté de juntar a mi familia —dijo—. Eso es todo.

—Marte es un malísimo lugar para el amor, un malísimo lugar para un hombre de familia, Unk —dijo el hombre.

El hombre era, desde luego, Winston Niles Rumfoord. Era comandante en jefe de todos los marcianos. No era en realidad un marino esquiador paracaidista. Pero podía usar el uniforme que se le antojara, sin importarle cuánto le costaría a cualquier otro conseguir ese mismo privilegio.

—Unk —dijo Rumfoord—, la más triste historia de amor que jamás me haya sido dado oír ha ocurrido en Marte. ¿Te gustaría escucharla?

«Hubo una vez, dijo Rumfoord, un hombre transportado de la Tierra a Marte en un plato volador. Había sido reclutado como voluntario del Ejército de Marte y usaba el deslumbrante uniforme de teniente coronel en la Infantería de Asalto. Se sentía elegante, pues en la tierra no había sido un privilegiado, espiritualmente, y suponía, como todas las personas que no son espiritualmente privilegiadas, que el uniforme decía mucho de bueno sobre él.

«Aun no le habían hecho un lavado de memoria ni le habían instalado la antena, pero era un marciano leal tan evidente que había recibido el mando de la nave espacial. Los reclutas tienen un nombre para los que son así, llaman Deimos y Fobos a sus testículos —dijo Rumfoord—; Deimos y Fobos son las dos lunas de Marte.

«Este teniente coronel, que no había recibido ningún adiestramiento militar, estaba haciendo la experiencia que en la Tierra llaman encontrarse a sí mismo. Ignorante de la empresa en que estaba entrampado, daba órdenes y era obedecido.

Rumfoord alzó un dedo y Unk se sorprendió al ver que era translúcido. —Había una cabina cerrada con llave donde el hombre no podía entrar —dijo Rumfoord—. La tripulación

Librodot

le explicó detenidamente que en la cabina estaba la mujer más hermosa que jamás hubiera llegado a Marte, y que el hombre que la viera seguramente se enamoraría de ella. El amor, decían, destruía el valor de quien no fuera un verdadero soldado profesional.

«El nuevo teniente coronel se quedó ofendido por la insinuación de que él no era un soldado profesional, y recreó a la tripulación con historias de sus hazañas amatorias con espléndidas mujeres, todas las cuales habían dejado su corazón absolutamente intacto. La tripulación se mantuvo escéptica, sosteniendo que el teniente coronel en todas sus aventuras lascivas, jamás se había expuesto a la influencia de una belleza inteligente y altiva como la que estaba en la cabina clausurada.

«El aparente respeto de la tripulación por el teniente coronel fue desapareciendo sutilmente. Los otros reclutas lo advirtieron y le retiraron el suyo. El teniente coronel en su ostentoso uniforme, se sintió como lo que realmente era, después de todo: un payaso fanfarrón. Nadie dijo nunca de qué manera podía recobrar su dignidad perdida, pero era evidente para todos. Sólo podía recobrarla conquistando a la belleza encerrada en la cabina. Estaba absolutamente preparado para esto, desesperadamente preparado...

«Pero la tripulación —dijo Rumfoord— seguía protegiéndolo de un presunto fracaso amoroso y de la desesperación. El ego se le puso efervescente, chisporroteó, restalló, crepitó, estalló.

«Hubo una fiesta en la cantina de oficiales, dijo Rumfoord, y el teniente coronel se puso completamente borracho y gritón. Se jactó de nuevo de su fría lascivia en la Tierra. Y entonces vio que alguien había puesto la llave de la cabina en el fondo de su vaso. «El teniente coronel se escabulló hasta la cabina cerrada, la abrió, entró y cerró la puerta —dijo Rumfoord—. La cabina estaba a oscuras, pero el interior de la cabeza del teniente coronel estaba iluminado por el alcohol y por las triunfantes palabras del anuncio que haría en el desayuno a la mañana siguiente.

«En la oscuridad poseyó fácilmente a la mujer, debilitada por el terror y los sedantes —dijo Rumfoord—. Fue una unión sin alegría, insatisfactoria para todos salvo para la Madre Natura, más insensible que nunca. «El teniente coronel no se sintió maravillosamente. Se sintió miserable. Estúpidamente encendió la luz, confiando en encontrar en la apariencia de la mujer alguna razón para enorgullecerse de su brutalidad, —dijo Rumfoord tristemente—. Acurrucada en la litera había una mujer bastante común de más de treinta años. Tenía los ojos colorados y la cara hinchada por el llanto y la desesperación.

«Además el teniente coronel la conocía. Era la mujer que según un adivino un día le daría un hijo, —dijo Rumfoord—. Había sido tan altanera y orgullosa la última vez que la viera, y estaba ahora tan aplastada, que hasta el despiadado teniente coronel se sintió conmovido.

«El teniente coronel comprendió por primera vez lo que la mayoría de la gente nunca comprende: que no sólo era una víctima de la tumultuosa fortuna, sino también uno de sus más crueles agentes. Al conocerlo tiempo atrás la mujer lo había mirado como a un cerdo. Ahora él probaba sin duda que era un cerdo. «Como lo había anunciado la tripulación —dijo Rumfoord—, el teniente coronel quedó arruinado para siempre como soldado. Lo absorbió totalmente la complicada táctica de causar antes menos que más dolor. Prueba de su éxito sería la conquista del olvido y la comprensión de la mujer.

«Cuando la nave espacial llegó a Marte, supo por conversaciones oídas en el Hospital Central de Recepción, que estaban por lavarle la memoria. Entonces se escribió a sí mismo la primera de una serie de cartas donde enumeraba las cosas que no quería olvidar. La primera carta era sobre la mujer a la que había hecho daño.

«La buscó después de haber sido sometida al tratamiento de amnesia, y descubrió que ella no lo recordaba. No sólo eso, sino que estaba embarazada, iba a tener un hijo de él. Su problema, a partir de ese momento, se convirtió en conseguir su amor, y a través de ella, el amor de su hijo.

«Eso es lo que trató de hacer Unk —dijo Rumfoord—, no sólo una sino varias veces. Y

cada vez perdió la partida. Pero siguió siendo el problema central de su vida, probablemente porque él mismo venía de una familia deshecha.

«Lo que le hizo perder la partida, Unk —dijo Rumfoord— fue una frialdad congénita de parte de la mujer, un criterio psiquiátrico que consideraba los ideales de la sociedad marciana como noble sentido común. Cada vez que el hombre hacía vacilar a su compañera, la psiquiatría absolutamente desprovista de imaginación la enderezaba, la convertía de nuevo en una ciudadana eficiente.

«Tanto el hombre como su compañera visitaron frecuentemente los servicios psiquiátricos de sus respectivos hospitales. Y quizá dé qué pensar —dijo Rumfoord— el que ese hombre absolutamente frustrado fuera el único marciano que escribió una filosofía, y que esa mujer absolutamente autofrustrada fuera la única marciana que escribió un poema.

Boaz llegó a la nave abastecedora de la compañía desde la ciudad de Febe, donde había ido a buscar a Unk.

—Gran puta —dijo a Rumfoord—, ¿así que todo el mundo se ha ido y nos han dejado? —Estaba en bicicleta.

Vio a Unk.

—La puta, compadre —dijo a Unk—, viejo, siempre metes en líos a tu compadre. ¿Cómo has llegado aquí?

—Policía militar —dijo Unk.

—La forma en que todo el mundo llega a todas partes —dijo Rumfoord con ligereza.

—Tenemos que alcanzarlos, compadre —dijo Boaz—. Los muchachos no van a atacar si no van con una nave abastecedora. ¿Para qué van a luchar?

—Por el privilegio de ser el primer ejército que ha muerto por una buena causa —dijo Rumfoord.

—¿Cómo es eso? —preguntó Boaz.

—No importa —dijo Rumfoord—. Ustedes, muchachos, suban a bordo, cierren la escotilla, aprieten el botón. Los alcanzarán sin darse cuenta. Todo es totalmente automático.

Unk y Boaz subieron a bordo. Rumfoord mantuvo abierta la puerta exterior de la escotilla.

—Boaz... —dijo—, ese botón rojo del tablero central, allí... ése es el botón que hay que apretar.

—Lo sé —dijo Boaz.

—Unk... —dijo Rumfoord.

—¿Sí? —dijo Unk sin expresión.

—Esa historia que te conté... la historia de amor. Me olvidé de una cosa.

—¿Qué? —dijo Unk.

—La mujer de la historia de amor, la mujer que tuvo el niño de aquel hombre —dijo Rumfoord—. La mujer que era la única poeta de Marte...

—¿Qué hay con ella? —dijo Unk. No le interesaba mucho. No había entendido que la mujer de la historia de Rumfoord era Bee, su propia compañera.

—Había estado casada varios años antes de llegar a Marte —dijo Rumfoord—. Pero cuando el ardoroso teniente coronel la consiguió en la nave espacial que iba a Marte, la mujer todavía era virgen.

Winston Niles Rumfoord hizo una guiñada a Unk antes de cerrar la puerta exterior de la escotilla.

—Linda broma para el marido, ¿no es cierto, Unk? —dijo.

7 - Victoria

«No hay razón para que el bien no pueda triunfar
con tanta frecuencia como el mal. El triunfo de

algo es cuestión de organización. Si existen lo que
se llama ángeles, espero que estén organizados
siguiendo los métodos de la Maffia».
WINSTON NILES RUMFOORD

Se ha dicho que la civilización terrestre ha producido hasta ahora diez mil guerras, pero sólo tres comentarios inteligentes sobre la guerra: los de Tucídides, Julio César y Winston Niles Rumfoord.

Winston Niles Rumfoord escogió tan bien las 75.000 palabras de su *Breve Historia de Marte,* que no queda nada por decir, o decir mejor, sobre la guerra entre la Tierra y Marte. Todo el que se ve obligado, en el curso de una historia, a describir la guerra entre la Tierra y Marte, se siente disminuido al comprender que ha sido contada con deslumbrante perfección por Rumfoord.

Lo habitual en el frustrado historiador es describir la guerra en los términos más desnudos, chatos y telegráficos, recomendando al lector que recurra de inmediato a la obra maestra de Rumfoord.

Es lo que se hace aquí.

La guerra entre Marte y la Tierra duró 67 días terrestres.

Fueron atacadas todas las naciones de la Tierra.

Las pérdidas de la Tierra fueron 461 muertos, 223 heridos, ningún prisionero, y 216 desaparecidos.

Las pérdidas de Marte fueron 149.315 muertos, 446 heridos, 11 prisioneros y 46.634 desaparecidos.

Al final de la guerra todos los marcianos habían sido muertos, heridos, capturados o habían desaparecido.

No quedó un alma en Marte. No quedó un edificio en pie.

Las últimas oleadas de marcianos que atacaron la Tierra, para horror de los terráqueos que les soltaron algunos tiros, eran viejos, viejas y unos pocos niños.

Los marcianos llegaron en los vehículos espaciales más extraordinarios del Sistema Solar. Y mientras las tropas marcianas tuvieron verdaderos comandantes para dirigirlos por radio pelearon con tanto desinterés, resolución y voluntad de luchar mano a mano que se ganaron la admiración envidiosa de todos los contendientes.

Pero era frecuente que las tropas perdieran a sus verdaderos comandantes, ya fuera en el aire o en tierra. En ese caso, aflojaban.

Sin embargo, el mayor inconveniente era que apenas estaban mejor armados que un departamento policial de una ciudad importante. Peleaban con armas de fuego, granadas, cuchillos, morteros y pequeños lanzadores de cohetes. No tenían armas nucleares, ni tanques, ni artillería mediana o pesada, ni aérea, ni transporte una vez que tocaban tierra.

Además las tropas marcianas no controlaban el lugar donde iban a aterrizar sus naves. Las naves eran gobernadas por navegantes pilotos absolutamente automáticos, y esos sistemas electrónicos habían sido instalados por técnicos de Marte para que las naves aterrizaran en puntos determinados de la Tierra, sin tener en cuenta lo terrible que pudiera ser allí la situación militar.

Los únicos controles de los que estaban a bordo eran dos botones en el tablero central de la cabina. El botón de encendido iniciaba el vuelo desde Marte. El interruptor no estaba conectado con nada. Había sido instalado a instancias de los expertos marcianos en salud mental, quienes decían que a los seres humanos siempre les gustan las máquinas cuyo funcionamiento pueden interrumpir.

La guerra entre la Tierra y Marte empezó cuando 500 comandos imperiales marcianos tomaron posesión de la luna terrestre el 23 de abril. No encontraron oposición. Los únicos terráqueos que se hallaban en ese momento en la Luna eran 18 norteamericanos en el

Librodot

observatorio Jefferson, 53 rusos en el observatorio Lenin, y cuatro geólogos daneses que navegaban por el Mare Imbrium.

Los marcianos anunciaron su presencia por radio a la Tierra, y le pidieron que se rindiera. Y dieron a probar a la Tierra lo que ellos llamaban «un sabor de infierno».

Ese sabor, para considerable diversión de la Tierra, resultó ser un ligerísimo chaparrón de cohetes con 6 kilos de TNT cada uno.

Después de dar a probar a la Tierra ese sabor de infierno, los marcianos dijeron a los terráqueos que la situación de la Tierra era desesperada. La Tierra no pensaba lo mismo. En las veinticuatro horas siguientes la Tierra disparó 617 unidades termonucleares a la cabeza de puente marciana en la Luna. Dieron en el blanco 276, vaporizando no sólo la cabeza de puente, sino haciendo imposible la ocupación humana de la Luna al menos por diez millones de años.

Y por un capricho de la guerra, un disparo erró la Luna y dio en una formación de naves espaciales que transportaban 16.671 comandos imperiales marcianos, con lo cual les arreglaron las cuentas a todos.

Usaban uniformes negros y brillantes, y llevaban en las botas cuchillos dentados de unos treinta centímetros de largo. La insignia era una calavera y unas tibias cruzadas.

Su lema era *Per áspera ad astra,* el mismo de Kansas, U. S. A., la Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea.

Después hubo una tregua de treinta y dos días, tiempo que tardó el grueso de la fuerza ofensiva de Marte en atravesar el vacío entre los dos planetas. Se trataba de 81.932 soldados embarcados en 2-311 naves. Estaban representadas todas las unidades militares, salvo los comandos imperiales marcianos. A la Tierra le fue ahorrado el suspenso relativo a la fecha de llegada de esa terrible armada. Los emisores marcianos en la Luna, antes de vaporizarse, habían prometido la llegada de esa fuerza irresistible en treinta y dos días. A los treinta y dos días, cuatro horas y quince minutos, la armada marciana dio con una barrera termonuclear dirigida por radar. El cálculo oficial del número de cohetes antiaéreos termonucleares que se dispararon a la armada marciana es de 2.542.670. Pero poco interesa el verdadero número de cohetes disparados cuando se puede expresar el poder de esa barrera de otro modo, un modo que resulta ser tan poético como verdadero. La barrera hizo que el azul celestial de las nubes de la Tierra se volviera un naranja ardiente e infernal. El cielo permaneció de un naranja ardiente durante un año y medio.

De la poderosa armada marciana, sólo 761 naves con 26.635 soldados sobrevivieron y aterrizaron.

De haber aterrizado todas las naves en un solo punto, los sobrevivientes hubieran podido resistir. Pero los pilotos electrónicos de las naves tenían otras ideas: desparramaron los restos de la armada a todo lo largo y lo ancho de la superficie de la Tierra. Divisiones, pelotones, compañías emergieron de las naves en todas partes, pidiendo la rendición a países de millones de habitantes.

Un solo hombre medio chamuscado, llamado Krishna Garu, atacó a la India con un fusil de doble cañón. Aunque no había nadie que lo controlara por radio, no se rindió hasta que se le descargó el arma.

El único éxito militar de los marcianos fue la captura de un mercado de carne en Basilea, Suiza, por diecisiete marinos esquiadores paracaidistas.

En todos los demás casos los marcianos fueron despachados rápidamente, antes que pudieran hacer pie. La matanza estuvo a cargo tanto de aficionados como de profesionales. En la batalla de Boca Ratón, en Florida, U.S.A., por ejemplo, Mrs. Lyman R. Peterson bajó a cuatro miembros de la infantería marciana de asalto con el rifle de su hijo, calibre 22. Los pescó cuando salían de la nave espacial que había aterrizado en el patio de la casa.

Se le concedió, con carácter póstumo, la Medalla de Honor del Congreso.

Los marcianos que atacaron Boca Ratón, dicho sea de paso, eran los restos de la compañía de Unk y Boaz. Sin Boaz, su verdadero comandante, para controlarlos por radio,

Librodot

lucharon con apatía, por decir poco.

Cuando las tropas norteamericanas llegaron a Boca Ratón para luchar con los marcianos, ya no quedaba nada con qué luchar. Los civiles, agitados y orgullosos, se habían hecho cargo espléndidamente de todo. Veintitrés marcianos habían sido colgados de los faroles de alumbrado en el distrito comercial, once habían sido fusilados y uno, el sargento Brackman, estaba prisionero y gravemente herido.

La fuerza de ataque había sido de treinta y cinco personas en total.

—Mándennos más marcianos —dijo Ross L. Mc-Swann, el alcalde de Boca Ratón.

Posteriormente llegó a ser senador de los Estados Unidos.

Y en todas partes hubo matanzas de marcianos; los únicos que quedaron libres y en pie sobre la faz de la Tierra fueron los marinos esquiadores paracaidistas que jaraneaban en el mercado de carne de Basilea, Suiza. Se les dijo por altavoces que su situación era desesperada, que había bombarderos sobre sus cabezas, que todas las calles estaban bloqueadas por tanques e infantería de asalto y que iban camino del mercado de carne cincuenta piezas de artillería. Se les dijo que salieran con las manos en alto o el mercado de carne volaría.

—¡Pamplinas! —gritó el verdadero comandante de los marinos esquiadores paracaidistas.

Hubo otra tregua.

Una sola nave exploradora marciana perdida en el espacio transmitió a la Tierra que se preparaba otro ataque, un ataque más terrible que el que jamás se hubiera conocido en los anales de la guerra.

La Tierra se rió y se preparó. En todo el globo se oyeron los alegres disparos de los aficionados que se familiarizaban con armas pequeñas.

Se entregaron nuevas provisiones de artefactos termonucleares a las pistas de lanzamiento y se dispararon nueve tremendos cohetes al mismo Marte.

Uno dio en el blanco, borrando a la ciudad de Febe y al campamento militar de la faz del planeta. Otros dos desaparecieron en un infundibulum crono-sinclástico. El resto se perdió en el espacio.

No importaba que Marte hubiera recibido el cohete.

Ya no quedaba nadie allí, ni un alma.

Los últimos marcianos iban camino de la Tierra.

Los últimos marcianos llegarían en tres tandas.

La primera estaba formada por las reservas del ejército, las últimas tropas adiestradas: 26.119 hombres en 721 naves.

Medio día terrestre después, llegaron 86.912 civiles recientemente enrolados, del sexo masculino, en 1.738 naves.

No tenían uniformes, habían disparado los rifles una sola vez, y no habían recibido ningún adiestramiento en el manejo de otras armas.

Medio día terrestre después de estos últimos miserables soldados irregulares, llegaron en 46 naves 1.391 mujeres sin armas y 52 niños.

Estas eran todas las personas y todas las naves que Marte había dejado.

La inteligencia superior que había detrás del suicidio de Marte era Winston Niles Rumfoord.

El suicidio detallado de Marte estaba financiado con los intereses de capitales invertidos en tierras, valores, espectáculos de Broadway e inventos. Como Rumfoord podía ver el futuro, era facilísimo para él hacer multiplicar el dinero.

El tesoro marciano estaba guardado en bancos suizos, en cuentas identificadas solamente por números cifrados.

El hombre que administraba las inversiones marcianas, que dirigía el Programa Marciano de Abastecimiento y el Servicio Secreto de Marte en la Tierra, era Earl Moncrief, el

Librodot

antiguo mayordomo de Rumfoord. Moncrief, que tuvo su oportunidad casi al final de su vida de criado, llegó a ser el despiadado, eficaz e incluso brillante Primer Ministro de Asuntos Terrestres.

La fachada de Moncrief permaneció imperturbable. Moncrief murió de viejo en su cama, en el ala de la servidumbre de la mansión de los Rumfoord, dos semanas después del fin de la guerra.

El responsable principal de los triunfos tecnológicos del suicidio marciano fue Salo, el amigo de Rumfoord en Titán. Salo era un mensajero del planeta Tralfamadore, de la Pequeña Nube Magallánica. Salo poseía un conocimiento técnico práctico de una civilización de varios millones de años terrestres de antigüedad. Salo tenía una nave espacial desmantelada, pero que, aun así, era con mucho la nave espacial más maravillosa que jamás hubiera visto el Sistema Solar. El la había desmantelado, le había arrancado todos los elementos suntuarios, dejándola como prototipo de todas las naves de Marte. Aunque el propio Salo no era muy buen ingeniero, con todo era capaz de calcular cada parte de su nave y trazar los planos para sus descendientes marcianos.

Lo más importante es que Salo tenía en su poder una cantidad de la fuente de energía más poderosa que fuera dable concebir, la vulls o Voluntad Universal de Llegar a Ser. Salo donó la mitad de su provisión de vulls para el suicidio de Marte.

Earl Moncrief, el mayordomo, construyó sus organizaciones financieras, económicas y secretas con el poder bruto del dinero y un profundo conocimiento de la gente astuta, maliciosa y descontenta que vivía detrás de serviles fachadas.

Esas eran las gentes que aceptaban el dinero y las órdenes de Marte con alegría. No hacían preguntas. Agradecían la oportunidad de trabajar como termitas en los cimientos del orden establecido.

Venían de todos los sectores sociales.

Los planos modificados de la nave espacial de Salo se desglosaron en planos de componentes. Los planos de componentes fueron llevados por los agentes de Moncrief a los fabricantes de todo el mundo.

Los fabricantes no tenían idea de para qué eran los componentes. Sólo sabían que los beneficios obtenidos fabricándolos eran excelentes.

El primer centenar de naves marcianas fue reunido por los agentes de Moncrief en depósitos secretos situados en la Tierra.

Esas naves estaban cargadas de la VULLS que Rumfoord había dado a Moncrief en Newport. Fueron puestas en funciones de inmediato, lanzando las primeras máquinas y los primeros reclutas a la llanura de hierro de Marte donde se levantaría la ciudad de Febe. Cuando se levantó Febe, cada rueda giraba por obra de la VULLS de Salo.

La intención de Rumfoord era que Marte perdiera la guerra, y la perdiera de un modo estúpido y horrible. Como vidente del futuro, Rumfoord sabía con seguridad que así sería, y estaba contento.

Deseaba cambiar el Mundo para mejor por medio del grande e inolvidable suicidio de Marte.

Como dice en su *Breve Historia de Marte:* «El hombre que quiera cambiar el Mundo de una manera significativa debe tener sentido del espectáculo, una buena voluntad generosa para derramar la sangre ajena y una nueva religión plausible que introducir durante el breve período de arrepentimiento y horror que suele seguir al derramamiento de sangre.»

«Se ha comprobado que todo fracaso en la dirección de la Tierra se debió a una falta en el dirigente, de por lo menos una de estas tres cosas», dice Rumfoord.

«Basta de fiascos de dirección en los que mueren millones por poco menos que nada. Por una vez, que haya unos pocos magníficamente dirigidos que mueran por muchos».

Rumfoord tenía esos pocos magníficamente dirigidos en Marte, y él era el dirigente.

Tenía sentido del espectáculo. Estaba generosamente dispuesto a derramar la sangre de los demás.

Tenía una nueva religión plausible que introducir al final de la guerra.

Y poseía métodos para prolongar el período de arrepentimiento y horror que seguiría a la guerra. Dichos métodos eran variaciones sobre un tema: Que la gloriosa victoria de la Tierra sobre Marte había sido una grosera carnicería de santos desarmados, santos que habían declarado una débil guerra a la Tierra para unir a los pueblos de ese planeta en una monolítica Hermandad del Hombre.

La mujer llamada Bee y su hijo, Crono, estaban en la última tanda de naves marcianas que se acercaron a la Tierra. Se trataba en realidad de una minúscula tanda compuesta de sólo cuarenta y seis naves.

El resto de la flota había quedado destruido.

Esa última tanda había sido detectada por la Tierra. Pero no se dispararon las armas nucleares. No quedaban más por disparar.

Todas habían sido usadas.

Y la tanda llegó intacta. Se dispersó por toda la faz de la Tierra.

Los pocos afortunados que disponían de marcianos contra quienes disparar en esa última tanda, lo hicieron contentos hasta descubrir que sus blancos eran mujeres y niños desarmados.

La gloriosa guerra había terminado.

La vergüenza, como lo había planeado Rumfoord, empezó a reinar.

La nave donde viajaban Bee y Crono junto con otras veintidós mujeres no fue tiroteada cuando aterrizó. No aterrizó en una zona civilizada.

Se estrelló en la Selva Húmeda del Amazonas.

Sólo Bee y Crono sobrevivieron.

Crono salió, besó su amuleto.

Unk y Boaz tampoco fueron tiroteados.

Les había ocurrido algo muy especial después de apretar el botón de funcionamiento y despegar de Marte. Esperaban alcanzar a su compañía, pero nunca lo hicieron.

Nunca vieron otra nave espacial.

La explicación era sencilla, aunque no hubiera nadie para darla: Unk y Boaz no debían ir a la Tierra, por lo menos no directamente.

Rumfoord había dispuesto el piloto automático de tal manera que la nave llevara a Unk y Boaz al planeta Mercurio primero y después de Mercurio a la Tierra.

Rumfoord no quería que Unk muriera peleando. Rumfoord quería que Unk pasara unos dos años en un lugar seguro.

Y después Rumfoord quería que Unk apareciera en la Tierra como por milagro.

Rumfoord reservaba a Unk para hacerle desempeñar un papel importante en un espectáculo que quería montar para su nueva religión.

Unk y Boaz estaban muy solos y desconcertados allí en el espacio. No había mucho que ver ni hacer.

—Carajo, Unk... —di ja Boaz—. Me pregunto dónde se habrá metido la banda.

La mayor parte de la banda colgaba, en ese momento, de los faroles de alumbrado en el distrito comercial de Boca Ratón.

El piloto automático de Unk y Boaz, controlando, entre otras cosas, las luces de la cabina, creaba un ciclo artificial de noches y días terrestres, noches y días, noches y días.

Las únicas cosas para leer a bordo eran dos tomos de tiras cómicas que habían dejado los armadores. Eran *Tweety y Sylvester,* sobre un canario que vuelve loco a un gato, y *Los Miserables,* sobre un hombre que roba unos candelabros de oro a un sacerdote que ha sido

bueno con él.

—¿Para qué se robó los candelabros, Unk? —preguntó Boaz.

—Al diablo si lo sé —dijo Unk—, me importa un carajo.

El navegante piloto acababa de apagar las luces de la cabina, decretando que afuera era de noche.

—Te importa un carajo de todo, ¿no es así? —dijo Boaz en la oscuridad.

—Así es —dijo Unk—. Me importa un carajo esa cosa que tienes en el bolsillo.

—¿Qué es lo que tengo en el bolsillo? —dijo Boaz.

—Una cosa para hacer sufrir a la gente —dijo Unk—. Una cosa que le obliga a hacer a la gente lo que tú quieres que haga.

Unk oyó gruñir a Boaz, después suspirar suavemente en la oscuridad. Y supo que Boaz había apretado un botón de la cosa que tenía en el bolsillo, un botón que debía dejarlo seco.

Unk no se inmutó.

—¿Unk...? —dijo Boaz.

—¿Sí? —dijo Unk.

—¿Estás ahí, compadre? —dijo Boaz pasmado.

—¿Y dónde voy a estar? —dijo Unk—. ¿Crees que me hiciste humo?

—¿Estás bien, compadre? —preguntó Boaz.

—¿Y por qué no iba a estar bien, compadre? —dijo Unk—. Anoche, mientras dormías, compadre, te saqué esa porquería del bolsillo, compadre, y la abrí, compadre, y le rompí todo lo que tenía adentro, compadre, y la rellené de papel higiénico. Y ahora estoy sentado en mi litera, compadre, y tengo el rifle cargado, compadre, y te estoy apuntando, compadre, ¿y qué carajo crees que vas a hacer?

Rumfoord se materializó en la Tierra, en Newport, dos veces durante la guerra entre Marte y la Tierra, una vez justo cuando empezaba, y la otra el día que terminó. Él y su perro, en esa época, no tenían una significación religiosa particular. Eran simplemente una atracción turística.

Los dueños de la hipoteca sobre la propiedad de Rumfoord la habían arrendado a un empresario de espectáculos llamado Marlin T. Lapp. Lapp vendía a un dólar billetes para asistir a las materializaciones.

Salvo la aparición y luego la desaparición de Rumfoord y su perro, no había mucho espectáculo que ver. Rumfoord no decía una palabra a nadie salvo a Moncrief, el mayordomo, y lo hacía en voz muy baja. Se despatarraba rumiando en una silla del cuarto que estaba debajo de la caja de la escalera, en el Museo Skip. Y se tapaba los ojos con una mano, enroscando los dedos de la otra en la apretada cadena de Kazak.

Rumfoord y Kazak eran anunciados como fantasmas.

Había un andamiaje del otro lado de la ventana del cuartito, y la puerta que daba al corredor había sido suprimida. Dos hileras de espectadores podían desfilar para echar un vistazo al hombre y al perro del infundibulum crono-sinclástico.

—Me parece que no tiene muchas ganas de hablar hoy, amigos —decía Marlin T. Lapp—. Como comprenderán, tiene un montón de cosas en qué pensar. No está exactamente aquí, amigos. Él y su perro están desparramados en el camino del Sol a Betelgeuse. Hasta el último día de la guerra toda la publicidad estuvo a cargo de Marlin T. Lapp.

—Es maravilloso que todos ustedes, amigos, en este gran día de la historia del mundo, vengan a ver este gran espectáculo cultural, educativo y científico —dijo Lapp el último día de la guerra.

«Si este fantasma hablara —dijo Lapp—, nos contaría maravillas del pasado y del futuro, y de cosas del Universo ni siquiera soñadas. Tengo la esperanza de que algunos de ustedes tengan la suerte de estar presentes cuando decida que ha llegado el momento de decirnos todo lo que pueda.

—El momento ha llegado —dijo Rumfoord con voz cavernosa—. Vaya si ha llegado —

Librodot

añadió Winston Niles Rumfoord.

«La guerra que termina hoy ha sido gloriosa para los santos que la perdieron. Esos santos eran terráqueos como nosotros. Fueron a Marte, montaron sus desesperados ataques y murieron alegremente para que los terráqueos pudieran por fin convertirse en un solo pueblo alegre, fraternal y orgulloso.

«Su deseo, cuando murieron —dijo Rumfoord—, era no el paraíso para ellos, sino la hermandad del hombre en la Tierra.

«Con ese objeto, piadosamente deseado —dijo Rumfoord—, les traigo la palabra de una nueva religión que puede ser recibida con entusiasmo en todos los rincones de cada corazón de la Tierra.

«Las fronteras nacionales —dijo Rumfoord—, desaparecerán.

«La sed de guerra —dijo Rumfoord—, se extinguirá. «La envidia, el miedo, el odio se extinguirán. «El nombre de la nueva religión —dijo Rumfoord—, es la Iglesia de Dios, el Absolutamente Indiferente. «La bandera de esa iglesia será azul y oro —dijo Rumfoord—. En esa bandera, en letras de oro sobre campo azul, se leerán las siguientes palabras: *Ocúpate de los hombres y Dios Todopoderoso se ocupará de sí mismo.*

«Las dos principales enseñanzas de esta religión son las siguientes —dijo Rumfoord—: El hombre endeble no puede hacer nada para ayudar o agradar a Dios Todopoderoso, y la Suerte no es la mano de Dios.

«¿Por qué han de creer ustedes en esta religión más que en otra? —preguntó Rumfoord—. Han de creer en ella porque yo, como jefe de esta religión, puedo hacer milagros, y ningún jefe de otra religión puede. ¿Qué milagros puedo hacer? Puedo hacer el milagro de predecir, con absoluta exactitud, las cosas que traerá el futuro.

A continuación Rumfoord predijo con gran detalle cincuenta acontecimientos futuros.

Esas predicciones fueron cuidadosamente registradas por los presentes.

Es innecesario decir que todo llegó en su momento a cumplirse, y a cumplirse con el mayor detalle.

—Las enseñanzas de esta religión parecerán sutiles y confusas al principio —dijo Rumfoord—. Pero resultarán bellas y claras como el agua a medida que pase el tiempo.

«Como comienzo por ahora confuso —dijo Rumfoord—, les contaré una parábola:

«Una vez la suerte dispuso las cosas de tal manera que nació un niño, Malachi Constant, el más rico de la Tierra. El mismo día la suerte dispuso las cosas de tal manera que una abuela ciega tropezó con un patín de ruedas en lo alto de unas escaleras de cemento, el caballo de un policía pisó al mono de un organillero, y un ladrón de bancos en libertad condicional encontró en el fondo de un baúl, en su desván, un sello de correos que valía novecientos dólares. Y yo les pregunto: ¿La suerte es la mano de Dios?

Rumfoord alzó un dedo índice tan trasparente como una tacita de Limoges.

—En mi próxima visita, compañeros de la fe —dijo Rumfoord—, les contaré una parábola sobre la gente que hace cosas creyendo que Dios Todopoderoso lo quiere. Entre tanto harán bien, como fundamento de esta parábola, en leer todo lo que caiga en sus manos sobre la Inquisición Española.

«La próxima vez que venga a verlos —dijo Rumfoord— les traeré una Biblia revisada para que tenga sentido en los tiempos modernos. Y les traeré una breve historia de Marte, una verdadera historia de los santos que murieron para que el mundo pudiera unirse en la Hermandad del Hombre. Esta historia destrozará el corazón de todo ser humano que sea sensible.

Rumfoord y su perro se desmaterializaron bruscamente.

En la nave espacial que iba de Marte a Mercurio, en la nave espacial que llevaba a Unk y Boaz, el piloto automático decretó que otra vez era de día en la cabina.

Era el alba después de la noche en que Unk le había dicho a Boaz que la cosa que tenía en el bolsillo ya no podía hacer daño a nadie.

Unk dormía sentado en su litera. Tenía sobre las rodillas el rifle cargado y preparado para disparar.

Boaz no dormía. Estaba tendido en su tarima. Boaz no había pegado los ojos. Ahora podía, si lo deseaba, desarmar y matar fácilmente a Unk.

Pero Boaz había decidido que necesitaba un compinche más de lo que necesitaba un modo de hacer que la gente cumpliera exactamente su voluntad. Pero de todos modos, durante la noche había perdido mucha de su seguridad sobre lo que quería que la gente hiciera.

No estar solo, no tener miedo: Boaz había decidido que ésas eran las cosas importantes en la vida. Un verdadero compinche sería más útil que cualquier otra cosa.

La cabina estaba llena de un sonido extraño, como un susurro, una tos. Era risa. Era la risa de Boaz. Lo raro es que Boaz nunca se había reído así, nunca se había reído de las cosas que le hacían reír ahora.

Se reía del lío fenomenal en que estaba metido, y de cómo durante toda su vida militar había presumido entender todo lo que ocurría, y que todo lo que ocurría estaba muy bien.

Se reía de la manera estúpida en que había sido usado por Dios sabe quién para Dios sabe qué.

—Caramba, compadre —dijo en voz alta—, ¿qué estamos haciendo aquí en *el* espacio? ¿Qué estamos haciendo con estas ropas? ¿Quién maneja esta cosa disparatada? ¿Cómo hemos subido a esta caja de lata? ¿Cómo vamos a disparar contra alguien cuando lleguemos adonde vamos? ¿Cómo se nos acercarán y nos dispararán? ¿Cómo? —preguntó Boaz—. Compadre, ¿me vas a decir cómo?

Unk se despertó, blandió el máuser en dirección a Boaz.

Boaz siguió riéndose. Sacó la caja de control del bolsillo y la arrojó al suelo.

—No la quiero, compadre —dijo—. Está muy bien que la hayas hecho pedazos. No la quiero.

Y entonces gritó—: ¡No quiero nada de toda esta basura!

8 - En un night club de Hollywood

Harmonium - Única forma conocida de vida en el
planeta Mercurio. El harmonium vive en cuevas.
Sería difícil imaginar una criatura más agraciada.
ENCICLOPEDIA INFANTIL DE MARAVILLAS Y CURIOSIDADES

El planeta Mercurio canta como una copa de cristal.

Canta todo el tiempo.

Un lado de Mercurio mira al Sol. Ese lado siempre ha mirado al Sol. Ese lado es un mar de polvo blanco y caliente.

El otro lado mira a la nada del espacio eterno. Ese lado siempre ha mirado a la nada del espacio eterno. Ese lado es un bosque de cristales gigantescos de un azul blanquecino, de un frío glacial.

La tensión entre el hemisferio caliente del día sin fin y el hemisferio frío de la noche sin fin es lo que hace cantar a Mercurio.

Mercurio no tiene atmósfera, de modo que la canción que canta existe para el sentido del tacto.

La canción es lenta. Mercurio sostendrá una sola nota de la canción durante tanto tiempo como un milenio terrestre. Hay quienes piensan que la canción fue alguna vez rápida, salvaje y brillante, extremadamente variada. Es posible.

Existen criaturas en las profundas cavernas de Mercurio. La canción que canta el planeta es importante para ellas, pues las criaturas son alimentadas por las vibraciones. Se nutren de energía mecánica.

Librodot

Las criaturas se adhieren a las paredes cantantes de sus cavernas.

De esa manera comen la canción de Mercurio.

Las cavernas de Mercurio son confortables y cálidas en sus profundidades.

Las paredes de las cavernas en sus profundidades son fosforescentes. Dan una luz de color amarillo junquillo.

Las criaturas de las cavernas son translúcidas. Cuando se adhieren a las paredes fosforescentes, la luz las atraviesa. Pero cuando pasa a través de los cuerpos de las criaturas, la luz amarilla se vuelve de un aguamarina vivido.

La naturaleza es una cosa maravillosa.

Las criaturas de las cavernas se parecen mucho a barriletes pequeños y sin cola. Tienen forma de diamante, treinta centímetros de alto por dieciséis de ancho al llegar a la madurez.

No tienen más espesor que la goma de un globo de juguete.

Cada criatura tiene cuatro débiles ventosas de succión, una en cada uno de sus ángulos. Esas ventosas le permiten arrastrarse, un poco como una oruga, y adherirse y descubrir los lugares donde es mejor la canción de Mercurio.

Cuando han encontrado un lugar que promete buena comida, las criaturas se tienden contra la pared como papel de empapelar húmedo.

Las criaturas no necesitan un sistema circulatorio. Son tan tenues que las vibraciones dadoras de vida hacen estremecer sus células sin intermediarios.

Las criaturas no excretan.

Las criaturas se reproducen por descamación. Cuando se desprenden de un progenitor, son como caspa.

Hay un solo sexo.

Cada criatura desprende simplemente escamas de sí misma y ella misma es como todas las demás.

No existe la infancia como tal Las escamas empiezan a su vez a descamarse tres horas terrestres después de haberse desprendido.

No llegan a la madurez para deteriorarse y morir.

Llegan a la madurez y permanecen en su plenitud, por así decirlo, mientras Mercurio cante.

No hay manera de que una criatura perjudique a otra ni motivo para ello.

El hambre, la envidia, la ambición, el miedo, la indignación, la religión y la codicia sexual son tan improcedentes como desconocidos.

Las criaturas poseen un solo sentido: el tacto.

Tienen poderes telepáticos débiles. Los mensajes que son capaces de transmitir y recibir son casi tan monótonos como la canción de Mercurio. Tienen solos dos mensajes posibles. El primero es una respuesta automática al segundo, y el segundo una respuesta automática al primero.

El primero es: «Aquí estoy, aquí estoy, aquí estoy».

El segundo es: «Me alegro de que estés, me alegro de que estés, me alegro de que estés».

Hay una última característica de las criaturas que no ha sido explicada por motivos utilitarios: parecen disponerse siguiendo un modelo sobre las paredes fosforescentes.

Aunque ciegas e indiferentes a la contemplación de quien quiera que sea, suelen disponerse de manera de formar un diseño regular y deslumbrante de diamantes amarillo junquillo y aguamarina vivido. El amarillo procede de las paredes desnudas de la caverna. El aguamarina es la luz de las paredes filtrada por los cuerpos de las criaturas.

Por su amor a la música y su complacencia en desplegarse al servicio de la belleza, los terráqueos dan un nombre encantador a las criaturas.

Las llaman harmoniums.

Unk y Boaz iban a aterrizar en el lado oscuro de Mercurio, a setenta y nueve días

terrestres de Marte. No sabían que el planeta en que estaban aterrizando era Mercurio.

Pensaron que el Sol era aterradoramente grande...

Pero no dejaron de pensar que estaban aterrizando en la Tierra.

Perdieron el sentido durante el período de desaceleración aguda. Ahora estaban volviendo a la conciencia, iban a tener una cruel y encantadora ilusión.

A Unk y Boaz les pareció que su nave se estaba posando lentamente entre rascacielos sobre los cuales se movían los reflectores.

—No están disparando —dijo *Boaz—.* O la guerra ha terminado, o todavía no empezó.

Los alegres haces de luz que veían no eran de reflectores. Venían de los altos cristales situados en el límite entre los hemisferios claro y oscuro de Mercurio. Esos cristales captaban resplandores del sol, los mezclaban prismáticamente, los desplegaban en el lado oscuro. Otros cristales en el lado oscuro captaban los rayos y los transmitían.

Era fácil creer que los reflectores se deslizaban sobre una civilización realmente desarrollada. Era fácil tomar la densa selva de cristales gigantescos de un azul blanquecino por rascacielos estupendos y hermosos.

Junto a una tronera, Unk lloró silenciosamente. Lloraba, por el amor, por la familia, por la amistad, por la verdad, por la civilización. Las cosas por las que lloraba eran todas abstracciones, pues su memoria podía proporcionarle pocas caras u objetos con los que su imaginación pudiera elaborar una representación de la Pasión. Los nombres repiqueteaban en su cabeza como huesos pelados. *Stony Stevenson, un amigo... Bee, una esposa... Crono, un hijo... Unk, un padre...*

Le vino el nombre *Malachi Constant* y no supo qué hacer con él.

Unk se dejó caer en un fantaseo vacío, en un respeto vacío por el espléndido pueblo y las espléndidas vidas que habían producido los majestuosos edificios barridos por los reflectores. Allí, seguramente, familias sin cara, amigos sin cara y esperanzas sin nombre podrían florecer como...

Unk no encontraba una imagen adecuada para el florecimiento.

Imaginó una fuente extraordinaria, un cono formado por tazones descendentes de diámetro en aumento. No servía. La fuente estaba reseca, llena de ruinas de nidos de pájaros. A Unk le hormigueaban las uñas de los dedos, como raspadas de haberse trepado por los tazones secos.

La imagen no servía.

Unk imaginó de nuevo las tres hermosas muchachas que le hacían señas para que bajara por el cañón aceitado de su máuser.

—¡Viejo —dijo Boaz—, todo el mundo duerme, pero no por mucho rato! —Su voz era como un arrullo, los ojos le relampagueaban—. ¡Cuando el viejo Boaz y el viejo Unk lleguen a la ciudad, todo el mundo despertará y quedará despierto semanas y semanas!

La nave era diestramente guiada por el piloto automático. La maquinaria hablaba nerviosamente consigo, girando, zumbando, tintineando, susurrando. Iba advirtiendo y esquivando los riesgos de los costados, buscando un lugar ideal para aterrizar abajo.

Los diseñadores del piloto automático habían introducido en la máquina, adrede, la idea obsesiva de buscar abrigo para su supuesta carga de soldados y materiales preciosos. El piloto automático depositaría los soldados y materiales preciosos en el agujero más profundo que pudiera hallar. Era de suponer que el aterrizaje se haría frente a un fuego hostil.

Veinte minutos terrestres más tarde, el piloto automático aún hablaba consigo mismo, hallando tanto tema de conversación como siempre. Y la nave seguía cayendo, y cayendo rápido. Los reflectores y rascacielos no se verían por mucho más tiempo. Sólo había una negrura de tinta.

Dentro de la nave reinaba un silencio apenas menos sombrío. Unk y Boaz sentían que lo que les estaba ocurriendo, que lo que estaba ocurriendo era indecible.

Sentían justamente que iban a ser enterrados vivos. La nave se sacudió bruscamente, tumbando a Boaz y a Unk.

La violencia produjo un violento alivio.

—Por fin en casa —gritó Boaz—. ¡Bienvenidos a casa! Luego empezó de nuevo la lúgubre sensación de una caída como *de* hojas.

Veinte minutos terrestres después, la nave seguía cayendo suavemente.

Los sacudones fueron más frecuentes.

Para protegerse de ellos, Boaz y Unk se fueron a la cama. Se tendieron boca abajo, las manos aferradas a los soportes de acero de las literas.

Para que el suplicio fuera completo, el piloto automático decretó que la noche cayera en la cabina.

Un ruido desgarrador sobre la cabina de la nave, obligó a Unk y a Boaz a volver los ojos de las almohadas a las troneras. Ahora había afuera una pálida luz amarilla.

Unk y Boaz gritaron de alegría, corrieron a las troneras. Llegaron justo a tiempo para caer al suelo nuevamente, pues la nave, liberada de una obstrucción, iniciaba otra vez su caída.

Un minuto terrestre más tarde, la caída se detuvo.

El piloto automático produjo un golpecito seco, modesto. Después de transportar su carga segura de Marte a Mercurio, como se le había indicado, se había apagado a sí mismo.

Había entregado su cargamento en el piso de una caverna situada a ciento veinte kilómetros por debajo de la superficie de Mercurio. Se había abierto camino a través de un tortuoso sistema de chimeneas hasta que no pudo seguir bajando.

Boaz fue el primero en llegar a una tronera, mirar afuera y ver la alegre bienvenida de diamantes amarillos y aguamarinas que los harmoniums habían organizado en las paredes.

—¡Unk! —dijo Boaz—. ¡Te juego cualquier cosa a que nos ha metido justo en un *night club* de Hollywood!

En este punto corresponde hacer una recapitulación de las técnicas de respiración Schliemann para que se pueda entender bien lo que sucedió después. Unk y Boaz, en la cabina presurizada, habían sacado oxígeno de las bolas de aire que tenían en el intestino delgado. Pero estando en una atmósfera bajo presión, no necesitaban taponarse la nariz y las orejas ni mantener la boca bien cerrada. Esto sólo era necesario en el vacío o en una atmósfera venenosa.

Boaz tenía la impresión de que fuera de la nave espacial reinaba la atmósfera saludable de su Tierra nativa.

En realidad, no había sino el vacío.

Boaz abrió de golpe, con gran descuido, las puertas interior y exterior de la escotilla, convencido de que afuera la atmósfera era propicia.

Fue retribuido con la explosión de la pequeña atmósfera de la cabina en el vacío exterior.

Cerró de un golpe la puerta interior, pero no antes de que él y Unk tuvieran una hemorragia en el momento de gritar de alegría.

Sufrieron un colapso, y el sistema respiratorio les sangró profusamente.

Lo que los salvó de la muerte fue un sistema de emergencia totalmente automático que respondió a la explosión con otra, normalizando de nuevo la presión de la cabina.

—Madre mía —dijo Boaz cuando se recobró—. Carajo, esto parece el infierno y no la Tierra. Unk y Boaz no se asustaron.

Restauraron sus fuerzas con comida, descanso, bebida y bolas de aire.

Y después se taponaron las orejas y las narices, cerraron la boca y exploraron las cercanías de la nave. Decidieron que su tumba era profunda, tortuosa, interminablemente sin aire, deshabitada por nadie remotamente humano e inhabitable para cualquiera remotamente humano.

Observaron los harmoniums, pero no pudieron descubrir nada alentador en la presencia de esas criaturas, que parecían lúgubres.

Unk y Boaz no creían realmente que estuvieran en semejante lugar. El no creerlo era lo

que los salvaba del pánico. Volvieron a la nave.

—Okey —dijo Boaz con calma—, ha habido algún error. Nos hemos hundido demasiado en el suelo. Tenemos que retroceder hasta donde están los edificios. Te lo digo francamente, Unk, no me parece que esto sea la Tierra. Debe de haber habido algún error, como digo, y tenemos que preguntar dónde estamos a la gente de los edificios. —Okey —dijo Unk.

—Aprieta el botón de marcha —dijo Boaz— y volaremos como un pájaro.

—Okey —dijo Unk.

—A lo mejor —dijo Boaz— allá arriba la gente de los edificios ni siquiera sabe que hay esto aquí abajo. Quizá descubrimos algo que los dejará pasmados.

—Claro —dijo Unk. El alma de Unk sentía la presión de kilómetros de roca, y sentía también la verdadera naturaleza del trance en que estaban. Por todos lados y por arriba había pasadizos que se bifurcaban, se bifurcaban y se bifurcaban. Las ramas se abrían en ramitas y las ramitas se abrían en pasadizos no más anchos que un poro humano.

El alma de Unk tenía razón al sentir que ninguna de las diez mil ramas llevaba hasta la superficie.

La nave espacial, gracias al dispositivo sensible brillantemente concebido que tenía en el fondo, había percibido su camino hacia abajo fácilmente, por una de las pocas vías de ingreso, bajando, bajando y bajando por una de las poquísimas vías de salida.

Lo que Unk no había sospechado todavía era la estupidez congénita del piloto automático cuando tuviera que subir. Nunca se les había ocurrido a los diseñadores que la nave podía tropezar con problemas cuando se tratara de subir. Después de todo, se suponía que las naves marcianas debían despegar en Marte de una pista sin obstáculos, para ser abandonadas luego de aterrizar en la Tierra. Por lo tanto no había en la nave un dispositivo que solucionara los problemas de la subida.

—Hasta la vista, vieja caverna —dijo Boaz.

Con displicencia, Unk apretó el botón de marcha.

El piloto automático zumbó.

En diez segundos terrestres se había calentado.

La nave despegó del piso de la caverna con un susurro, fácilmente, tocó una pared, raspó sus bordes contra ella con un chirrido penetrante, golpeó el techo de la cabina contra algo que se proyectaba arriba, retrocedió, volvió a golpear el techo, volvió a retroceder, rozó la protuberancia, trepó de nuevo zumbando. Después se produjo otro fuerte chirrido que esta vez venía de todos lados.

Todo movimiento ascendente se había detenido.

La nave estaba incrustada en la roca sólida.

El piloto automático lanzaba quejidos.

Soltó una ráfaga de humo color mostaza que subió entre las planchas del piso de la cabina.

El piloto automático dejó de quejarse.

Se había recalentado y ésa era una señal de que debía sacar a la nave de un lío inextricable. Procedió a hacerlo, entre chirridos. Las piezas de acero gimieron. Los remaches estallaron como disparos de rifle.

El piloto automático sabía cuando lo habían derrotado. Volvió a bajar la nave al piso de la caverna, aterrizando con un beso.

El piloto automático se desconectó a sí mismo.

Unk apretó el botón para hacerlo funcionar otra vez.

La nave subió de nuevo a tumbos por un pasaje ciego, se retiró de nuevo, de nuevo se asentó en el suelo y se desconectó a sí misma.

El ciclo se repitió unas doce veces, hasta que fue evidente que la nave sólo conseguiría hacerse polvo. La carrocería estaba ya bastante abollada.

Cuando la nave se asentó en el piso de la caverna por duodécima vez, Unk y Boaz

Librodot

estaban destrozados. Se echaron a llorar.

—¡Estamos muertos, Unk, estamos muertos! —dijo Boaz.

—Que yo recuerde, nunca he estado vivo —dijo Unk, brusco—. Pensé que por fin viviría un poco.

Unk se acercó a una tronera y miró hacia afuera con los ojos anegados.

Vio que las criaturas que estaban cerca de la tronera habían dibujado en aguamarina una letra T, perfecta, de un amarillo pálido.

El diseño de una T estaba dentro de los límites de probabilidad de criaturas sin cerebro distribuidas al azar. Pero entonces Unk vio que la T estaba precedida por una S perfecta. Y la S por una perfecta E.

Unk movió la cabeza hacia un lado y miró oblicuamente a través de la tronera. El movimiento le dio una perspectiva de cincuenta metros de pared infestada de harmoniums.

Unk se quedó pasmado al ver que los harmoniums formaban un mensaje con letras deslumbrantes.

El mensaje era éste, en amarillo pálido bordeado de aguamarina:

¡ES UN TEST DE INTELIGENCIA!

9 - Un acertijo resuelto

«En el principio Dios se hizo los cielos y la tierra...
Y dijo Dios: 'Sea yo la luz', y Él se hizo luz».
WINSTON NILES RUMFOORD
Biblia autorizada y revisada

«Si quiere hacer deliciosos bocadillos para el té,
arrolle harmoniums tiernos y rellénelos con queso
blanco de Venus».
BEATRICE RUMFOORD
Libro de cocina galáctica

«En lo que respecta a sus almas, los mártires de
Marte no murieron al atacar la Tierra sino cuando
fueron reclutados para la máquina bélica marciana».
WINSTON NILES RUMFOORD
Breve Historia de Marte

«Me encontré un lugar donde puedo hacer el bien
sin hacer daño».
BOAZ, EN EL LIBRO DE SARAH HORNE CANBY
Unk y Boaz en las cuevas de Mercurio

El libro de más venta en los últimos tiempos ha sido la *Biblia revisada y autorizada de Winston Niles Rumfoord.* Le sigue en popularidad esa falsificación deliciosa que es el *Libro de cocina galáctica de Beatrice Rumfoord.* El tercero es la *Breve Historia de Marte,* por Winston Niles Rumfoord. El cuarto, un libro para niños, *Unk y Boaz en las cuevas de Mercurio,* por Sarah Horne Canby.

En la solapa del libro de Mrs. Canby, el editor da una explicación lisonjera de su éxito: «¿A qué chico no le gustaría embarcarse en una nave espacial con un cargamento de hamburguesas, salchichas, salsa picante, artículos de deportes y bebidas gaseosas?»

El doctor Frank Minot, en *¿Son adultos los harmoniums?* ve algo más siniestro en el gusto de los niños por el libro. «¿Diremos, pregunta, cuan cerca están Unk y Boaz de la

experiencia cotidiana de los niños, cuando Unk y Boaz tratan solemne y respetuosamente con criaturas que en realidad son obscenamente gratuitas, insensibles y estúpidas?» Minot, al trazar un paralelo entre los padres humanos y los harmoniums, se refiere a las relaciones de Unk y Boaz con los harmoniums. Los harmoniums deletrearon para Unk y Boaz un nuevo mensaje de esperanza o velada irrisión cada catorce días terrestres, durante tres años.

Naturalmente, los mensajes eran escritos por Winston Niles Rumfoord, que se materializaba brevemente en Mercurio cada catorce días. Manoteaba unos harmoniums aquí, recogía otros allá y formaba con ellos las letras de imprenta.

En el cuento de Mrs. Canby, la primera insinuación a propósito de que Rumfoord se da una vuelta por las cuevas de vez en cuando, aparece en una escena muy próxima al final, escena en la cual Unk encuentra las huellas de un gran perro en el polvo.

En ese punto de la historia es forzoso que si un adulto está leyéndola en voz alta a un niño, le pregunte con voz deliciosamente ronca: «¿Quién ela el pelo?»

El pelo ela Kazak. El pelo ela de Winston Niles Rumfoord, el gran perrazo infundibulado crono-sinclásticamente.

Hacía tres años terráqueos que Unk y Boaz estaban en Mercurio cuando Unk encontró las huellas de las patas de Kazak en el polvo del piso de una cueva. Mercurio había llevado a Unk y Boaz doce veces y media alrededor del sol.

Unk encontró las huellas en un piso a diez kilómetros por encima de la cámara donde estaba la mellada y abollada nave espacial incrustada en la roca. Unk no siguió viviendo en la nave y Boaz tampoco.

La nave espacial les servía simplemente de base común de abastecimientos a la que volvían en busca de provisiones más o menos una vez por mes terrestre.

Unk y Boaz rara vez se encontraban. Se movían en círculos muy diferentes.

Los círculos en que se movía Boaz eran pequeños. Tenía una residencia fija y bien provista. Estaba al mismo nivel que la nave espacial, a sólo medio kilómetro de distancia.

Los círculos en que se movía Unk eran vastos e inquietos. No tenía casa. Viajaba ligero y lejos, trepando cada vez más alto hasta que lo detenía el frío. Cuando el frío detenía a Unk, detenía también a los harmoniums. En los niveles superiores por los que erraba Unk, los harmoniums eran desmedrados y escasos.

En el confortable nivel inferior donde vivía Boaz, los harmoniums eran abundantes y crecían rápido.

Boaz y Unk se habían separado después de pasar juntos un año terrestre en la nave espacial. En ese primer año habían llegado a la conclusión de que no saldrían de allí si algo o alguien no venía a buscarlos. La conclusión era clara aunque las criaturas continuaban deletreando en las paredes nuevos mensajes, insistiendo en la corrección del test al que estaban siendo sometidos Unk y Boaz, en la facilidad con que podían escapar, si sólo pensaran un poco más intensamente, y con un poco más de sutileza. «¡PIENSA!», decían las criaturas. Unk y Boaz por separado se volvieron locos temporalmente. Unk había tratado de asesinar a Boaz. Boaz había entrado en la nave espacial con un harmonium que era exactamente igual a los demás y había dicho: «¿No es una cosita encantadora, Unk?» Unk le había saltado a la garganta.

Unk estaba desnudo cuando encontró las huellas del perro. El uniforme verde liquen y las botas de fibra negra de la Infantería Marciana de Asalto se habían hecho trizas y polvo en contacto con la piedra.

Las huellas del perro no entusiasmaron a Unk. Ni la música de la sociabilidad ni la luz de la esperanza llenaron su alma cuando vio las huellas de una criatura de sangre caliente, las huellas del mejor amigo del hombre. Y tuvo muy poco que decirse a sí mismo cuando las huellas de un hombre bien calzado se unieron a las del perro.

Unk estaba en guerra con su medio ambiente. Había llegado a considerarlo o malévolo o

cruelmente mal administrado. Su respuesta era combatirlo con las únicas armas a mano: la resistencia pasiva y muestras francas de desdén.

Las huellas le parecieron los movimientos iniciales de otro juego estúpido que quería hacerle su medio. Seguiría las huellas, pero sin entusiasmo, perezosamente. Las seguiría sólo porque no tenía nada más previsto para ese momento. Las siguió.

Vio a dónde llevaban.

Su marcha fue terca y desordenada. El pobre Unk había perdido mucho peso y mucho pelo también. Envejecía rápido. Los ojos le ardían y tenía el esqueleto desvencijado.

Unk nunca se había afeitado en Mercurio. Cuando el pelo y la barba le crecieron hasta estorbarle, se corto unos mechones con un cuchillo de carnicero.

Boaz se afeitaba todos los días. Dos veces por semana terrestre se cortaba el pelo con un equipo de peluquero que tenía en la nave espacial.

Boaz, doce años menor que Unk, nunca se había sentido mejor en su vida. Había aumentado de peso en las cavernas de Mercurio, y además había ganado en serenidad.

La bóveda donde vivía Boaz estaba amueblada con un catre, una mesa, dos sillas, un púnchinbol, un espejo, unas palancas de gimnasio, un grabador y unas cien obras musicales grabadas en cinta magnética.

La bóveda donde vivía Boaz tenía una puerta y un canto rodado con el que podía cerrar la boca de la bóveda. La puerta era necesaria, pues Boaz era Dios Todopoderoso para los harmoniums. Podían localizarlo por los latidos del corazón.

De dormir con la puerta abierta, se hubiera despertado cubierto de cientos de miles de admiradores, que sólo lo hubieran dejado levantarse cuando cesara de latir su corazón. Boaz, como Unk, estaba desnudo. Pero aún tenía zapatos. Sus zapatos de cuero auténtico habían resistido magníficamente. En realidad, Unk había caminado setenta kilómetros por cada uno de Boaz, pero los zapatos de Boaz no se habían limitado a resistir. Parecían nuevos.

Boaz los cepillaba, enceraba y lustraba regularmente.

En ese momento los estaba lustrando. La puerta de su bóveda estaba bloqueada por la piedra. Sólo cuatro harmoniums favorecidos estaban con él. Dos se le habían subido a los brazos. Uno estaba adherido al muslo. El cuarto, un harmonium inmaduro de sólo siete centímetros de largo, colgaba del interior de su muñeca izquierda, alimentándose del pulso de Boaz.

Cuando Boaz encontraba un harmonium que le gustaba más que todos los otros, hacía eso: dejaba que la criatura se alimentara de su pulso.

—¿Te gusta? —le decía mentalmente al afortunado harmonium—. ¿No es lindo?

Nunca se había sentido mejor físicamente, nunca se había sentido mejor mentalmente, nunca se había sentido mejor espiritualmente. Se alegraba de que él y Unk se hubieran separado, porque a Unk le gustaba dar vuelta las cosas de manera que todo el que fuera feliz pareciera estúpido o loco.

—¿Qué es lo que hace que un hombre sea así? —preguntaba mentalmente Boaz al pequeño harmonium—. ¿Qué es lo que cree ganar comparado con lo que desecha? No es de extrañarse que parezca enfermo.

Boaz meneó la cabeza. —He tratado de que se interese en ustedes, muchachos, y casi se vuelve loco. De nada sirve volverse loco.

«No sé lo que está pasando —dijo Boaz mentalmente—, y es probable que no sea lo bastante inteligente para entenderlo si alguien me lo explica. Todo lo que sé es que en cierto modo nos están poniendo a prueba, alguien o alguna cosa muchísimo más inteligente que nosotros, y todo lo que puedo hacer es mostrarme servicial y mantener la calma y tratar de pasarlo bien hasta que se termine.

Boaz asintió. —Es mi filosofía, amigos —dijo a los harmoniums que tenía pegados—. Y si no me equivoco, es también la de ustedes. Supongo que por eso hemos llegado a entendernos tan bien.

La punta del zapato de cuero auténtico que Boaz estaba lustrando brilló como un rubí.

—Vaya, vaya, vaya —se dijo Boaz a sí mismo, contemplando el rubí. Cuando se lustraba los zapatos, imaginaba que podía ver muchas cosas en los rubíes de la punta.

Ahora Boaz miraba un rubí y veía a Unk estrangulando al pobre Stony Stevenson, en la picota de piedra, en la pista metálica de los desfiles, allá en Marte. La imagen horrible no era un recuerdo casual. Era el punto muerto de la relación de Boaz con Unk.

—No me digas la verdad —decía Boaz en sus pensamientos— y yo no te la diré. —Era un argumento que había expuesto varias veces a Unk.

Boaz había inventado el argumento y su significado era el siguiente: Unk dejaría de decirle a Boaz verdades sobre los harmoniums porque Boaz los quería y era lo suficientemente bueno como para no decir verdades que hicieran desdichado a Unk.

Unk no sabía que había estrangulado a su amigo Stony Stevenson. Unk creía que Stony estaba aún maravillosamente vivo en algún lugar del Universo. Unk vivía soñando que se reunía con Stony.

Boaz era lo suficientemente bueno como para callar la verdad a Unk, por grande que hubiera sido la provocación de éste.

La horrible imagen del rubí se desvaneció. —Sí, señor —dijo Boaz en sus pensamientos. El harmonium adulto que Boaz tenía en el brazo se movió.

—¿Le estás pidiendo *un* concierto al viejo Boaz? —preguntó mentalmente Boaz a la criatura—. ¿Eso es lo que estás tratando de decir? El viejo Boaz no quiere pasar por ingrato, porque sabe el gran honor que es tenerlos tan cerca del corazón. Sólo que sigo pensando en todos mis amigos de afuera, y sigo deseando que lo estén pasando bien, también. ¿Eso es lo que estás tratando de decir? —dijo mentalmente Boaz—. Estás tratando de decir, «Por favor, papá Boaz, pon un concierto para todos los pobres amigos que están afuera». ¿Eso es lo que estás tratando de decir?

Boaz sonrió.

—No tienes por qué adularme —dijo al harmonium.

El pequeño harmonium que tenía en la muñeca se dobló hacia arriba y después volvió a extenderse.

—¿Qué estás tratando de decirme? —le preguntó—. Estás tratando de decir: «Tío Boaz, tu pulso es demasiado suculento para un mocoso como yo. Tío Boaz, pon alguna música bonita, suave, fácil de comer». ¿Eso es lo que estás tratando de decir?

Boaz volvió la atención al harmonium que tenía en el brazo derecho. La criatura no se había movido.

—¿No eres tú el tranquilo? —preguntó mentalmente Boaz a la criatura—. No hablas mucho, pero piensas todo el tiempo. Apuesto a que piensas que el viejo Boaz es bien malo, que no hace sonar la música todo el tiempo, ¿eh?

El harmonium que tenía en el brazo izquierdo se movió de nuevo.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Boaz mentalmente. Alzó la cabeza, hizo como que escuchaba aunque no podía circular ningún sonido en el vacío en que vivía—. Estás diciendo: «Por favor, Rey Boaz, tócanos la *Obertura 1812*». Boaz demostró sorpresa, luego severidad.

—Porque algo parezca mejor que todo lo demás —dijo mentalmente— no significa que sea bueno para ti.

Los eruditos especializados en la Guerra Marciana suelen pasmarse ante la extraña irregularidad de los preparativos bélicos de Rumfoord. En algunos sectores, sus planes eran terriblemente endebles. Los zapatos que proveyó a sus tropas ordinarias, por ejemplo, eran casi una sátira de lo transitorio de la sociedad de pacotilla de Marte, una sociedad cuyo único propósito era destruirse a sí misma uniendo a los pueblos de la Tierra.

Sin embargo, en las grabaciones musicales que Rumfoord eligió personalmente para las naves abastecedoras de la compañía, se comprueba un gran capital cultural, un capital preparado como para una civilización monumental que fuera a durar mil años terrestres. Se dice que Rumfoord empleó más tiempo en las inútiles discotecas musicales, que en la

artillería y en la sanidad militar combinadas.

Como ha dicho un ingenio anónimo: «El ejército de Marte llegó con trescientas horas de música continuada y no duró lo suficiente como para escuchar hasta el final el *Vals de un Minuto*».

La explicación de la extraña importancia dada a la música que llevaban las naves abastecedoras de Marte es sencilla: Rumfoord era loco por la buena música, locura, dicho sea de paso, que le dio sólo des pues de que el infundibulum crono-sinclástico lo hubiera desplegado a través del tiempo y del espacio.

Los harmoniums de las cuevas de Mercurio también eran locos por la buena música. Se habían alimentado de una sola nota de la canción de Mercurio sostenida durante siglos. Cuando Boaz les dio a probar la música por primera vez, con *Le Sacre du Printemps, al*gunas de las criaturas murieron en éxtasis.

Un harmonium muerto se encoge y se vuelve anaranjado en la luz amarilla de las cuevas de Mercurio. Un harmonium muerto parece un damasco seco.

En esa primera ocasión, que no se había planeado como concierto para los harmoniums, el grabador se hallaba en el piso de la nave espacial. Las criaturas que murieron en éxtasis estaban en contacto directo con el casco metálico de la nave.

Ahora, dos años y medio más tarde, Boaz demostraba la manera adecuada de dar un concierto para las criaturas sin matarlas.

Boaz dejó la cueva donde vivía, llevándose consigo el grabador y las selecciones musicales para el concierto. En el corredor exterior había dos tablas de planchar de aluminio con punteras de fibra en las patas. Las tablas de planchar estaban a dos metros de distancia, y tendido entre las dos había un bastidor con un cañamazo de fibra de liquen sostenido por estacas de aluminio.

Boaz puso el grabador en el medio del bastidor. El propósito del aparato montado era diluir en lo posible las vibraciones del grabador. Antes de llegar al piso de piedra, las vibraciones debían luchar con el cañamazo muerto, las manijas del bastidor, las tablas de planchar y por último las punteras de fibra de las patas de las tablas de planchar.

La dilución era una medida de seguridad. Garantizaba que ningún harmonium recibiría una dosis excesiva y letal de música.

Boaz ponía entonces la cinta en el grabador y lo hacía funcionar. Durante todo el concierto montaba guardia junto al aparato. Su deber era vigilar que ninguna criatura se acercara demasiado. Su deber, cuando una criatura se había acercado demasiado, era sacarla de la pared o el piso, reprenderla y trasladarla a unos cien metros por lo menos de distancia.

—Si no eres capaz de ser más juicioso —decía mentalmente al temerario harmonium—, terminarás aquí tres días. Piénsalo bien.

En realidad, una criatura situada a cincuenta metros del grabador seguía consiguiendo música abundante para comer.

Las paredes de las cuevas eran tan buenas conductoras, que los harmoniums pegados a las paredes de otras cuevas, a kilómetros de distancia, recibían bocanadas de los conciertos de Boaz a través de la piedra.

Unk, que había seguido las huellas en las cuevas, ahondando cada vez más, podía decir por la forma en que se comportaban los harmoniums, que Boaz estaba dando un concierto. Había llegado a un nivel cálido donde los harmoniums eran espesos. Su esquema regular de diamantes alternados amarillos y aguamarina se iba rompiendo, degenerando en melladuras que empalmaban, en ruedas de engranaje, en relámpagos fulgurantes. La música los ponía así.

Unk dejó sus cosas en el suelo y se tendió a descansar.

Soñaba con colores que no fueran el amarillo y el aguamarina.

Después soñó que su buen amigo Stony Stevenson lo estaba esperando a la vuelta del próximo recodo. Se reanimaba pensando en las cosas que él y Stony dirían cuando se encontraran. En la mente de Unk no había una cara que correspondiera al nombre de Stony

Librodot

Stevenson, pero eso no importaba demasiado.

—Qué dos —se dijo Unk a sí mismo. Con eso quería significar que él y Stony, trabajando juntos, serían invencibles.

—Te lo digo —se decía Unk a sí mismo con satisfacción—, son dos que aquéllos quisieran mantener separados a toda costa. Si el viejo Stony y el viejo Unk llegan a encontrarse de nuevo, será mejor que aquéllos se cuiden. Cuando el viejo Stony y el viejo Unk se juntan, puede ocurrir cualquier cosa, y así pasa a menudo.

El viejo Unk lanzó una risita. Las gentes presuntamente asustadas de que Unk y Stony se juntaran vivían en los grandes, hermosos edificios de arriba. La imaginación de Unk había trabajado mucho en tres años con los atisbos que había tenido de los supuestos edificios, que eran en realidad, sólidos, muertos, fríos, inertes cristales. La imaginación de Unk estaba ahora segura de que los amos de toda la creación vivían en aquellos edificios. Eran los carceleros de Unk y quizá de Stony. Hacían experimentos con Unk y Boaz en las cuevas. Escribían los mensajes con los harmoniums. Los harmoniums no tenían nada que ver con los mensajes. Unk daba por seguras todas estas cosas. Daba además por seguras muchas otras cosas. Hasta sabía cómo estaban amueblados los edificios de arriba. Los muebles no tenían patas. Flotaban en el aire, suspendidos por el magnetismo. Y las gentes no trabajaban y no se preocupaban. Unk los odiaba.

Odiaba también a los harmoniums. Arrancó uno de la pared y lo partió en dos. El harmonium se encogió en seguida, se puso anaranjado.

Unk lanzó al techo el cadáver en dos pedazos. Y mirando al techo vio un nuevo mensaje escrito. El mensaje se estaba desintegrando a causa de la música. Pero aún era legible.

En cinco palabras le decía cómo escapar con seguridad, facilidad y rapidez de las cuevas. Cuando encontró la solución del acertijo que había sido incapaz de resolver en tres años, Unk se vio obligado a admitir que era sencillo y claro.

Unk bajó por las cuevas hasta llegar al concierto de Boaz para los harmoniums. Unk llegaba desolado y con los ojos desorbitados por las grandes noticias. No podía hablar en el vacío, así que llevó a Boaz a empujones hasta la nave espacial.

Allí, en la atmósfera inerte de la cabina, Unk le dijo a Boaz el mensaje que significaba salir de las cuevas.

Ahora le tocaba a Boaz reaccionar lentamente. Boaz se había estremecido ante la menor ilusión de inteligencia de parte de los harmoniums, pero ahora que había oído la posibilidad de liberarse de su prisión, mostraba una extraña reserva.

—Eso, eso explica otro mensaje —dijo Boaz suavemente.

—¿Qué otro mensaje? —preguntó Unk.

Boaz levantó la mano para describir un mensaje que había aparecido en la pared exterior de su cueva cuatro días terrestres antes. —Decía, «¡BOAZ NO TE VAYAS!» —dijo Boaz. Miró para abajo, semiconsciente—. TE QUEREMOS, BOAZ, eso es lo que decía.

Boaz dejó caer las manos a los lados del cuerpo, se apartó como quien se aleja de una belleza intolerable.

—Lo vi —dijo— y tuve que sonreír. Miré a esos personajes dulces, buenos, allí en la pared, y me dije: «Muchachos, ¿cómo va a hacer el viejo Boaz para ir a ningún lado? ¡El viejo Boaz, se queda clavado aquí por mucho tiempo todavía!

—¡Es una trampa! —dijo Unk.

—¿Es qué? —dijo Boaz.

—¡Una trampa! ¡Una triquiñuela para retenernos!

El libro de historietas llamado *Tweety y Sylvester* estaba abierto sobre la mesa delante de Boaz. Boaz no contestó directamente a Unk. Pasó las páginas del libro destartalado.

—Así lo espero —dijo al fin.

Unk pensó en el descabellado llamamiento en nombre del amor. Hizo algo que no hacía desde largo tiempo atrás. Se rió. Pensó que era un final histérico de la pesadilla, eso de que las membranas sin cerebro que había en las paredes hablaran de amor.

De pronto Boaz agarró a Unk y sacudió sus pobres huesos descarnados.

—Me gustaría —dijo Boaz severamente—, me gustaría que me dejaras pensar lo que tenga que pensar del mensaje de que me quieren. Quiero decir... sabes... —dijo—, no tiene por qué tener sentido para ti. Quiero decir... sabes... no hay ningún llamamiento dirigido a ti, ni en un sentido ni en otro. Quiero decir... sabes... —dijo—, esos animales no son necesariamente cosa tuya. No tienen por qué gustarte, no tienes por qué entenderlos, no tienes por qué decir nada sobre ellos. Quiero decir... sabes... —dijo Boaz— el mensaje no te estaba dirigido. A mí me dicen que me quieren. Tú te quedas afuera.

Se apartó de Unk, volvió nuevamente la atención hacia el libro de historietas. La espalda ancha, morena, musculosa, sorprendió a Unk. Unk se había halagado a sí mismo pensando que era físicamente comparable a Boaz. Ahora veía que había sido un patético engaño.

Los músculos de la espalda de Boaz se deslizaban unos sobre otros lentamente, haciendo contrapunto al rápido movimiento de sus dedos al pasar las hojas.

—Tú que sabes tanto de trampas y triquiñuelas —dijo Boaz, ¿cómo sabes que no nos espera una trampa peor si salimos volando de aquí?

Antes que Unk pudiera contestarle, Boaz se acordó que había dejado el grabador solo y funcionando.

—¡No hay nadie cuidándolos! —exclamó. Dejó a Unk y corrió a rescatar a los harmoniums.

Entre tanto, Unk hacía planes para dar vuelta la nave espacial. Esa era la solución del acertijo acerca de cómo salir. Por eso los harmoniums habían escrito en el techo:

UNK, DA VUELTA LA NAVE

La teoría de dar vuelta la nave espacial era sensata, desde luego. El equipo sensible de la nave estaba en el fondo. Al darla vuelta, la nave podría aplicar para salir de las cuevas la misma gracia fácil y la misma inteligencia que había aplicado para entrar.

Merced a una poderosa palanca y a la débil fuerza de gravedad de las cuevas de Mercurio, cuando Boaz volvió, Unk ya había dado vuelta la nave. Todo lo que quedaba por hacer era apretar el botón de encendido. La nave invertida tropezaría entonces contra el piso de la cueva, cedería, se retiraría del piso bajo la impresión de que el piso era un techo.

Haría salir para arriba el sistema de chimeneas bajo la impresión de que lo hacía hacia abajo. E inevitablemente encontraría la salida, bajo la impresión de que buscaba el agujero más profundo.

El agujero que llegado el momento encontraría sería el pozo sin fondo y sin paredes del espacio eterno.

Boaz entró en la nave invertida, los brazos cargados de harmoniums muertos. Llevaba por lo menos cinco kilos de damascos secos. Inevitablemente dejó caer algunos. Y al detenerse para recogerlos, reverente, se le cayeron más.

Las lágrimas le bañaban la cara.

—¿Ves? —dijo Boaz. Estaba loco de dolor y furioso contra sí mismo—. ¿Ves, Unk? ¿Ves lo que pasa cuando uno se va y se olvida?

Boaz meneó la cabeza.

—Estos no son todos —dijo—. Ni mucho menos. —Encontró una caja vacía que había contenido caramelos. Puso en ella los cadáveres de los harmoniums.

Se enderezó, las manos sobre los muslos. Así como Unk se había asombrado de la condición física de Boaz, así se asombró ahora de su dignidad.

Erguido ahora, Boaz era un Hércules sabio, digno, lloroso, moreno.

Por comparación, Unk se sintió escuálido, desarraigado, resentido.

—¿Quieres hacer el reparto, Unk? —dijo Boaz.

—¿El reparto?

—De bolas de aire, comida, agua mineral, dulce —dijo Boaz.

—¿Dividirlo todo? —dijo Unk—. Dios mío, hay bastante de todo para quinientos años. Nunca se había hablado hasta entonces de dividir las cosas. No había habido escasez de nada, ni amenaza siquiera.

—La mitad te la llevas, y la otra mitad me la dejas —dijo Boaz.

—¿Te la dejo? —dijo Unk, incrédulo—. ¿No... no vas a venir conmigo?

Boaz alzó su gran mano derecha en un tierno gesto de silencio, un gesto hecho por un ser humano realmente grande.

—No me digas la verdad, Unk —dijo Boaz—, y yo no te la diré. —Se secó las lágrimas con el puño.

Unk, nunca había sido capaz de dejar de lado el argumento de la verdad. Lo asustaba. Algo en el fondo le advertía que Boaz no fanfarroneaba, que Boaz sabía realmente una verdad acerca de Unk que podía hacerlo pedazos.

Unk abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Grandes noticias las que me das —dijo Boaz—. «¡Boaz, me dices, vamos a ser libres!» Y yo me excito todo, y largo lo que estoy haciendo y me preparo a ser libre.

«Y empiezo a decirme a mí mismo cómo voy a ser libre —dijo Boaz—, y entonces trato de pensar cómo va a ser, y todo lo que veo es gente. Gente que me empuja para aquí, que me empuja para allá, y no está satisfecha de nada, y se vuelve cada vez más loca porque nada la hace feliz. Y hombres que me gritan so pretexto de que no los hago felices, y todos andamos a los tirones y a los empujones.

«Y entonces, de pronto —dijo Boaz— me acuerdo de todos esos animalitos disparatados a los que tan fácilmente he hecho felices con la música. Y me encuentro con miles muertos porque Boaz, tan excitado por liberarse, se había olvidado de ellos. Y yo podía haberles salvado la vida a todos los que murieron si hubiera seguido atento a lo que estaba haciendo.

«Y entonces me digo, nunca he sido bueno para nadie, y nadie ha sido nunca bueno para mí. *¿De* modo que para qué quiero ser libre entre multitudes de personas?

«Así supe lo que ahora te estoy diciendo, Unk, al volver aquí —dijo Boaz.

Boaz añadió:

—Me encontré un lugar donde puedo hacer bien sin hacer ningún daño, y veo que estoy haciendo bien, y ellos saben que les estoy haciendo bien, y me quieren, Unk, lo mejor que pueden. Me encontré un hogar.

«Y cuando me muera aquí, algún día, podré decirme a mí mismo: Boaz, hiciste millones de vidas dignas de ser vividas. Nadie desparramó jamás tanta alegría. No tienes un enemigo en el Universo. Boaz ha llegado a ser para sí mismo el papá y la mamá afectuosos que nunca tuvo. Ahora vas a dormir —se dijo a sí mismo, imaginándose en un sepulcro de piedra en las cuevas—. Eres un buen muchacho, Boaz. Buenas noches.

10 - Una era de milagros

«Oh, Altísimo Señor, Creador del Cosmos, Hilandero de las Galaxias, Alma de las Ondas Electromagnéticas, Inhalador y Exhalador de Inconcebibles Volúmenes de Vacío, Escupidor de Hierro y Roca, Despilfarrador de Milenios, ¿qué podríamos hacer por Ti que Tú no pudieras hacer por Ti mismo un octillón de veces mejor? Nada. Oh Humanidad, regocíjate de la apatía de nuestro Creador, porque nos hace libres y veraces y dignos al fin. Un insensato como Malachi Constant ya no puede señalar un ridículo accidente de buena suerte y decir: Hay alguien allá arriba a quien le gusto. Y un tirano ya no puede decir: 'Dios quiere

que ocurra esto o lo otro, y el que no contribuya a que ocurra esto o lo otro está contra Dios'. ¡Oh, Altísimo Señor, qué arma gloriosa es Tu Apatía, pues la hemos desenvainado, hemos embestido y tajeado con ella, y el golpe de teatro que tan a menudo nos ha esclavizado o conducido al manicomio yace muerto!»
REVERENDO C. HORNER REDWINE

Era un martes por la tarde. en el hemisferio norte de la Tierra, era primavera.

La Tierra estaba verde y húmeda. El aire de la Tierra era bueno de respirar, suculento como crema.

La pureza de las lluvias que caían sobre la Tierra se podía gustar. El sabor de la pureza era delicadamente picante.

La tierra estaba caliente.

La superficie de la Tierra jadeaba y bullía en fecunda inquietud. La Tierra era más fértil donde más muerte había.

La lluvia delicadamente picante caía en un lugar verde donde había mucha muerte. Caía en un cementerio de iglesia del Nuevo Mundo. El cementerio estaba en West Barnstable, Cape Cod, Massachusetts, U.S.A. El cementerio estaba lleno, los espacios entre los muertos de muerte natural llenos hasta hundirse de los honrados muertos de guerra. Marcianos y terráqueos yacían juntos.

No había un país en el mundo que no tuviera cementerios donde los terráqueos y los marcianos no yacieran juntos. No había un solo país en el mundo que no hubiese librado una batalla en la guerra de toda la Tierra contra los invasores de Marte.

Todo se había olvidado.

Todos los seres vivientes eran hermanos, todos los seres muertos lo eran aún más.

La iglesia, acurrucada entre las piedras tumbales como una gallina mojada, había sido en diversos tiempos presbiteriana, congregacionista, unitaria y apocalíptica universal. Ahora era la iglesia de Dios, el Absolutamente Indiferente.

Había un hombre de apariencia salvaje que estaba en el cementerio, maravillado ante el aire cremoso, lo verde, lo húmedo. Estaba casi desnudo, y tenía la barba retinta y el pelo largo, enmarañado y salpicado de gris. Lo único que llevaba era un taparrabos de harapos sujeto con un alambre.

La prenda le cubría las vergüenzas.

La lluvia le bajaba por las rudas mejillas. Echó hacia atrás la cabeza para bebería. Posó la mano en una lápida sepulcral, más para sentirla que para apoyarse. Estaba habituado al tacto de las piedras, estaba mortalmente habituado al contacto de las piedras ásperas, secas. Pero piedras que fuesen húmedas, piedras que fuesen musgosas, piedras que estuviesen talladas y escritas por hombres, esas piedras hacía mucho, mucho tiempo que no las sentía.

Pro patria decía la piedra que tocaba.

El hombre era Unk.

Había vuelto de Marte y Mercurio a su casa. Su nave espacial había aterrizado sola en un bosque próximo al cementerio de la iglesia. Estaba lleno de la negligente, tierna violencia de un hombre que ha desperdiciado cruelmente su vida.

Unk tenía cuarenta y tres años.

Tenía todas las razones para marchitarse y morir.

Lo que le hacía seguir era un deseo más mecánico que emocional. Deseaba reunirse con Bee, su compañera, con Crono, su hijo, y con Stony Stevenson, su mejor y único amigo.

El Reverendo C. Horner Redwine estaba en el púlpito de su iglesia aquel lluvioso martes por la tarde. No había nadie más en la iglesia. Redwine se había subido al púlpito simplemente con el objeto de ser lo más feliz posible. No era lo más feliz posible en

Librodot

circunstancias adversas. Era lo más feliz posible en circunstancias extraordinariamente felices, pues era el ministro muy amado de una religión que no sólo prometía sino que hacía milagros.

Su iglesia, la Primera Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente, en Barnstable, tenía un subtítulo: La Iglesia del Fatigado Vagabundo del Espacio. El subtítulo se justificaba por su profecía: Que un solitario rezagado del Ejército de Marte llegaría un día a la iglesia de Redwine.

La iglesia estaba lista para el milagro. Había un espigón de hierro forjado a mano en el pilar de roble basto detrás del púlpito. El pilar soportaba la poderosa viga que formaba la cumbre. Y del clavo colgaba un perchero incrustado de piedras semipreciosas. Y del perchero colgaba un traje metido en una bolsa de plástico transparente.

Según la profecía, el Fatigado Vagabundo del Espacio estaría desnudo, y las ropas le irían como un guante. El traje sólo podía convenir a un hombre determinado, no a cualquiera. Era de una pieza, color amarillo limón, engomado, con un cierre relámpago y perfectamente ajustado a la piel.

No era ropa a la moda. Se trataba de una creación especial para añadir brillo al milagro.

Cosidos a la delantera y trasera del traje había signos de interrogación color naranja de unos treinta centímetros. Significaba que el Vagabundo del Espacio no sabía quién era.

Nadie sabría quién era hasta que Winston Niles Rumfoord, jefe de todas las iglesias de Dios el Absolutamente Indiferente dijera el nombre al mundo.

Cuando llegase el Vagabundo del Espacio, Redwine daría la señal echando a volar locamente la campana de la iglesia.

Cuando la campana sonara locamente, los feligreses caerían en éxtasis, abandonarían todo lo que estaban haciendo, reirían, llorarían, acudirían.

El cuartel de bomberos voluntarios de West Barnstable estaba tan dominado por miembros de la iglesia de Redwine que enviaría el camión contra incendios, por ser el único vehículo cuyo esplendor lo hacía digno del Vagabundo del Espacio.

Los aullidos de la alarma de incendio en el cuartel se añadirían a la enloquecida alegría de la campana. Un aullido de la alarma significaba el incendio de un prado o un bosque. Dos aullidos significaba el incendio de una casa. Tres aullidos significaban salvamento. Diez aullidos significaban que el Vagabundo del Espacio había llegado.

El agua se colaba por el marco de una ventana desvencijada. El agua se deslizaba por un tablón suelto del tejado, goteaba a través de una grieta y caía en cuentas brillantes desde una viga hasta la cabeza de Redwine. La buena lluvia mojaba la campana del viejo Paul Reveré en el campanario, se escurría por la cuerda de la campana, empapaba el muñeco de madera atado en el extremo de la cuerda de la campana, goteaba de los pies del muñeco y hacía un charco en las losas del piso del campanario.

El muñeco tenía un significado religioso. Representaba una forma repelente de vida que ya no existía. Se le llamaba un *Malachi.* No había casa ni lugar de trabajo de un miembro de la fe de Redwine donde no hubiese un Malachi colgando en alguna parte.

Había una sola manera correcta de colgar un Malachi: por el cuello. Había un solo nudo correcto en ese caso: el nudo para ahorcar.

Y la lluvia goteaba de los pies del Malachi de Redwine en el extremo de la cuerda de la campana.

La fría primavera de los duendes y los crocos había pasado.

La frágil y fresca primavera de las hadas y los narcisos había pasado.

Había llegado la primavera para los hombres, y los racimos de lilas en el exterior de la iglesia de Redwine colgaban gruesos, pesados como uvas.

Redwine escuchaba la lluvia y la imaginaba hablando un inglés de Chaucer. Dijo en voz alta las palabras que pronunciaría la lluvia, armoniosamente, justo con el tono de voz de la lluvia.

Librodot

Cuando abril con sus chaparrones busca
la sequía de marzo hasta la raíz
y baña cada vena en un licor dulce
cuya virtud engendrada es la flor.

Una gotita cayó tintineando desde lo alto de la viga, humedeció el cristal izquierdo de los anteojos de Redwine y su lozana mejilla.

El tiempo había sido piadoso con Redwine. Allí, de pie en el púlpito, parecía un rústico vendedor de periódicos coloradote y de anteojos, aunque tuviera cuarenta y nueve años. Levantó la mano para secarse la humedad de la mejilla e hizo sonar la bolsita de tela azul con un peso de plomo que llevaba atada a la muñeca.

Tenía otras bolsitas similares atadas a los tobillos y a la otra muñeca, y pesadas planchas de hierro colgaban con correas de los hombros, una sobre el pecho y otra sobre la espalda.

Estos pesos eran su *handicap* en la carrera de la vida.

Cargaba veinticuatro kilos, y los cargaba alegremente. Una persona más fuerte cargaría más, una persona más débil cargaría menos. Todos los miembros fuertes de la secta de Redwine aceptaban con alegría esos *handicaps,* y los usaban con orgullo en todas partes. Los más débiles y enclenques estaban obligados a admitir, al fin, que la carrera de la vida era justa.

Las melodías líquidas de la lluvia formaban un fondo tan encantador para cualquier recitado en la iglesia vacía, que Redwine recitó algo más. Esta vez recitó algo que había escrito Winston Niles Rumfoord, el Amo de Newport.

Lo que Redwine iba a recitar con el coro de la lluvia era algo que el Amo de Newport había escrito para definir su propia posición con respecto a sus ministros, la posición de sus ministros con respecto a sus fieles, y la posición de cada uno con respecto a Dios. Redwine lo leía a sus feligreses el primer domingo de cada mes.

—No soy tu padre —dijo Redwine—. Llámame más bien hermano. Pero no soy tu hermano. Llámame más bien hijo. Pero no soy tu hijo. Llámame más bien perro. Pero no soy tu perro. Llámame más bien pulga de tu perro. Pero no soy una pulga. Llámame más bien germen de una pulga de tu perro. Como germen de una pulga de tu perro, estoy ansioso por servirte como pueda, así como tú estás dispuesto a servir a Dios Todopoderoso, Creador del Universo.

Redwine batió palmas aplastando a la pulga imaginaria infestada de gérmenes. Los domingos todos aplastaban la pulga al unísono.

Otra gotita cayó temblorosa de la viga humedeciendo de nuevo la mejilla de Redwine. Redwine asintió con la cabeza, agradeciendo dulcemente la gota, la iglesia, la paz, el Amo de Newport, la Tierra, un Dios despreocupado, todo.

Bajó del púlpito, haciendo sonar las bolas de plomo que se balanceaban para atrás y para adelante con un majestuoso ruido.

Recorrió la nave y atravesó el arco que había bajo el campanario. Se detuvo junto al charco formado al pie de la cuerda de la campana, miró hacia arriba para adivinar el curso que había seguido el agua. Decidió que la lluvia de primavera había entrado de una manera encantadora. Si alguna vez tenía que restaurar la iglesia, se aseguraría de que las emprendedoras gotas de la lluvia siempre pudieran entrar de ese modo.

Más allá del arco del campanario había otro, un frondoso arco de lilas.

Redwine avanzó hasta quedar debajo del segundo arco, vio la nave espacial como una gran ampolla en el bosque, vio al Vagabundo del Espacio, desnudo y con barba, en su cementerio.

Redwine gritó de alegría. Corrió a la iglesia y tironeó y sacudió la cuerda de la campana como un chimpancé borracho. En el loco repicar de las campanas, Redwine oía las palabras que según el Amo de Newport decían todas las campanas.

«¡NO HAY INFIERNO!» tañían las campanas.
«¡NO HAY INFIERNO!»
«¡NO HAY INFIERNO!»
«¡NO HAY INFIERNO!»

Unk se quedó aterrado por la campana. A él le sonaba como una campana colérica, asustada, y corrió a su nave, lastimándose bastante la espinilla al trepar la pared de piedra. Mientras cerraba la escotilla, oyó una sirena que aullaba respuestas a la campana. Unk pensó que la Tierra seguía en guerra con Marte, y que la sirena y la campana significaban la muerte súbita para él. Apretó el botón de puesta en marcha. El piloto automático no respondió instantáneamente, sino que se empeñó en una confusa e ineficaz discusión consigo mismo. La discusión terminó cuando el piloto se desconectó a sí mismo.

Unk volvió a apretar el botón. Esta vez dejó puesto encima el talón.

El piloto discutió de nuevo estúpidamente consigo mismo, trató de desconectarse. Cuando descubrió que no podía, produjo un humo sucio y amarillo.

El humo se puso tan denso y venenoso que Unk se vio obligado a tragar una bola de aire y a practicar de nuevo la respiración Schliemann.

Entonces el piloto automático lanzó una nota de órgano profunda como un sollozo, y murió para siempre. Ahora no había posibilidad de despegar. Cuando el piloto automático moría, moría toda la nave espacial. Unk atravesó el humo en dirección a una tronera y miró hacia afuera.

Vio un camión de bomberos. El camión se abría paso a través de los matorrales hacia la nave espacial. Hombres, mujeres y niños colgaban de él, empapados por la lluvia y con aire de éxtasis.

Delante del camión de bomberos iba el Reverendo C. Horner Redwine. En una mano llevaba un traje amarillo limón en una bolsa de plástico transparente. En la otra un ramo de lilas recién cortadas.

Las mujeres enviaban besos a Unk a través de la tronera, levantaban a sus hijos para que vieran al hombre adorable que había adentro. Los hombres permanecían en el camión de bomberos, vitoreaban a Unk, se vitoreaban unos a otros, vitoreaban todo. El conductor hizo restallar el motor, sonar la sirena, repicar la campana.

Todo el mundo usaba *handicaps* de algún tipo. La mayoría eran evidentes: contrapesos, balas, viejas parrillas, con objeto de contrarrestar ventajas físicas. Pero entre los feligreses de Redwine había varios sinceros creyentes que habían elegido *handicaps* de una índole más sutil y expresiva.

Algunas mujeres habían recibido, para su torpe suerte, la ventaja terrible de la belleza. Habían anulado esa ventaja injusta con ropas anticuadas, malas posturas, goma de mascar y horribles cosméticos.

Un hombre de edad, cuya única ventaja era una vista excelente, se la había arruinado usando los anteojos de su mujer.

Un joven moreno cuyo sinuoso y rapaz atractivo sexual no podía menoscabarse con ropas ordinarias y malas maneras, se había buscado la desventaja de una esposa a quien el sexo le daba náuseas.

La esposa del joven moreno, que tenía razones para envanecerse de sus títulos, se había buscado la desventaja de un marido que sólo leía historietas.

La congregación de Redwine no era la única. No era especialmente fanática. Había en la Tierra, literalmente, miles de millones de personas que se sometían gozosamente a diversos *handicaps.*

Y lo que los hacía tan felices era que nadie se aprovechaba ya de nadie.

Los bomberos pensaron en otra manera de expresar su alegría. Había una manguera montada en mitad del camión. Se la podía hacer girar como una ametralladora. La colocaron

apuntando hacia arriba y la hicieron girar. Un chorro tembloroso, inseguro, trepó al cielo; cuando no pudo trepar más el viento lo hizo trizas. El agua caía todo alrededor, ya sobre la nave espacial con porrazos y chapuzones, ya sobre las mujeres y los niños, empapándolos, sorprendiéndolos, dándoles aún más alegría que antes.

Que el agua hubiera de desempeñar una parte tan importante en la bienvenida a Unk, era un accidente encantador. Nadie lo habla planeado. Pero era perfecto que cada uno se olvidara de sí mismo en una fiesta de universal humedad.

El Reverendo C. Horner Redwine, que se sentía desnudo como un duende en un bosque pagano, en la humedad viscosa de sus ropas, sacudió un ramo de lilas sobre el vidrio de la tronera y luego apoyó su cara de adoración contra el vidrio.

La expresión de la cara que miraba a Redwine tenía un parecido sorprendente con la de un mono inteligente en el zoológico. La frente de Unk estaba profundamente arrugada, y en sus ojos líquidos había un deseo desesperado de entender.

Unk había decidido no asustarse.

Tampoco tenía prisa en dejar entrar a Redwine.

Por fin fue hasta la escotilla, abrió los cerrojos de las puertas interna y externa. Retrocedió, esperando que alguien las abriera.

—¡Primero déjenme entrar y darle el traje para que se lo ponga! —dijo Redwine a su congregación—. ¡Después podrán verlo!

Allí en la nave espacial, el traje amarillo limón le iba a Unk como una capa de pintura. Los signos de interrogación del pecho y la espalda se estiraban sin una arruga.

Unk aún no sabía que nadie en el mundo estaba vestido como él. Supuso que muchas personas llevaban trajes como el suyo, con los signos de interrogación y todo.

—¿Esta... esta es la Tierra? —dijo Unk a Redwine.

—Sí —contestó Redwine—. Cape Cod, Massachusetts, Estados Unidos de Norteamérica, Hermandad del Hombre.

—¡Gracias a Dios! —dijo Unk.

—¿Por qué agradeces a Dios? —dijo Redwine—. Él no se preocupa de lo que te ocurre. No se tomó ninguna molestia para que llegaras aquí sano y salvo, así como no se tomó la molestia de matarte. —Alzó los brazos, demostrando la musculatura de su fe. Las balas que llevaba sujetas a la muñeca se movieron crujiendo, y atrajeron la atención de Unk. De ellas la atención de Unk dio un fácil salto a la pesada chapa de hierro que colgaba sobre el pecho de Redwine. Redwine siguió la dirección de la mirada de Unk, sopesó la chapa de hierro que le colgaba sobre el pecho—. Pesada.

—Aja —dijo Unk.

—Calculo que tendrás que llevar unos veinticinco kilos después que te hayas repuesto —dijo Redwine.

—¿Veinticinco kilos? —preguntó Unk.

—Deberías alegrarte y no entristecerte de llevar semejante *handicap* —dijo Redwine—. Nadie podrá entonces reprocharte que hayas aprovechado las azarosas vías de la suerte. —Había en su voz un bello tono de amenaza que no usaba desde los primeros días de la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente, desde las estremecedoras conversiones en masa que siguieron a la guerra con Marte. En aquellos días, Redwine y todos los otros jóvenes proselitistas habían amenazado a los incrédulos con el justo desagrado de las multitudes, multitudes que entonces no existían.

Esas multitudes y su justo desagrado existían ahora en todas partes del mundo. Los miembros de las Iglesias de Dios el Absolutamente Indiferente redondeaban un total de tres mil millones. Los jóvenes leones que al principio habían enseñado el credo, podían permitirse ahora ser corderos, contemplar misterios tan orientales como el agua goteando por la cuerda de la campana. El ejército disciplinario de la Iglesia estaba formado por multitudes en todas partes.

Librodot

—Debo advertirte —dijo Redwine a Unk— que cuando salgas y te encuentres entre esas gentes, no debes decir nada en el sentido de que Dios se ha interesado especialmente por ti, o que puedes ser de algún modo una ayuda para Dios. Lo peor que puedes decir, por ejemplo, es algo como: «Gracias, Dios mío, por librarme de todos mis males. ¡Por alguna razón El me ha distinguido, y ahora mi único deseo es servirlo!»

«La multitud amistosa que está ahí afuera —prosiguió Redwine— podría ponerse pronto muy desagradable a pesar de los altos auspicios bajo los cuales has venido.

Unk tenía previsto decir casi exactamente lo que Redwine le advertía que no dijera. Le había parecido lo único adecuado.

—¿Y qué... qué debo decir? —dijo Unk.

—Lo que dirás, ha sido profetizado —dijo Redwine—, palabra por palabra. He pensado mucho en las palabras que vas a decir, y estoy convencido de que no pueden mejorarse.

—Pero soy incapaz de pensar en ninguna palabra como no sea hola, o gracias —dijo Unk—. ¿Qué quieres que diga?

—Lo que digas —dijo Redwine—. Esas buenas gentes han estado ensayando este momento durante mucho tiempo. Te harán dos preguntas, y tú las contestarás lo mejor que puedas.

Condujo a Unk afuera por la escotilla. El surtidor de la manguera había cesado de funcionar. Los gritos y danzas se habían detenido.

La congregación de Redwine formaba ahora un semicírculo alrededor de Unk y Redwine. Los miembros de la congregación apretaban los labios e hinchaban los pulmones.

Redwine hizo un gesto sagrado.

La congregación habló como un solo hombre.

—¿Quién eres? —dijo.

—No... no sé mi nombre verdadero —dijo Unk—. Me llaman Unk.

—¿Qué te ha ocurrido? —preguntó la congregación.

Unk meneó la cabeza vagamente. No era *capaz* de hacer un resumen adecuado de sus aventuras. Simplemente, se esperaba algo grande de él. Y él no era capaz de grandeza. Exhaló ruidosamente, para que la congregación supiera que lamentaba defraudarlos con su insipidez.

—He sido víctima de una serie de accidentes —dijo. Se encogió de hombros—. Como todo el mundo —añadió.

Los vítores y las danzas empezaron de nuevo.

Unk fue subido al camión de bomberos y llevado hasta la puerta de la iglesia.

Redwine señaló amigablemente un rollo de madera desplegado que había sobre la puerta. Grabadas en el rollo con letras doradas había las siguientes palabras:

HE SIDO VÍCTIMA DE UNA SERIE DE
ACCIDENTES. COMO TODO EL MUNDO.

Unk fue conducido en el camión de bomberos directamente de la iglesia a Newport, Rhode Island, donde debía producirse una materialización.

Con arreglo a un plan establecido años antes, se había enviado otro camión de bomberos para proteger West Barnstable, que estaría sin sus bomberos por un tiempo.

La nueva de la llegada del Vagabundo del Espacio se difundió sobre la tierra como un incendio. En cada aldea, pueblo y ciudad por la que pasaba el camión, Unk era recibido con lluvias de flores.

Unk iba sentado en el camión de bomberos, sobre una tabla colocada encima de la cabina del conductor. En la cabina iba el Reverendo C. Horner Redwine. Redwine manejaba la sirena del camión, y la hacía funcionar constantemente. Atado al badajo de la sirena había un Malachi de plástico extrafuerte. El muñeco era de un tipo especial que sólo podía venderse en Newport. Exhibir uno de esos Malachis era proclamar que uno había hecho una peregrinación a Newport.

Todo el cuerpo de Bomberos Voluntarios de West Barnstable, con excepción de dos no conformistas, había hecho esa peregrinación a Newport. El Malachi del camión de incendios había sido comprado con fondos del Cuerpo de Bomberos.

En la jerga de los mercachifles de recuerdos de Newport, el Malachi de plástico extraduro del Cuerpo de Bomberos, era un «Malachi auténtico, autorizado, oficial».

Unk se sentía feliz; era tan bueno estar de nuevo entre personas, respirar de nuevo el aire. Y todo el mundo parecía adorarlo.

Había tanto ruido bueno. Había tanto bueno de todo. Unk confió en que lo bueno de todo seguiría siempre.

—¿Qué te ha ocurrido? —le gritaba toda la gente, y después reía.

Para la información colectiva, Unk abrevió la respuesta que tanto había gustado a la pequeña multitud reunida delante de la Iglesia del Vagabundo del Espacio.

—¡Accidentes! —gritaba. Se reía.

Qué cosa, viejo.

Qué maravilla. Y se reía.

En Newport, hacía ocho horas que la propiedad de Rumfoord estaba atestada. Los guardias apartaban a miles de personas de la puertita abierta en la pared. En realidad los guardias no eran necesarios, pues en el interior la multitud era monolítica.

Una anguila engrasada no se hubiera podido escurrir en ella.

Afuera miles de peregrinos se empujaban piadosamente para acercarse a los altoparlantes montados en los ángulos de las paredes.

De ellos saldría la voz de Rumfoord. La multitud era numerosísima y estaba sumamente excitada, pues había llegado el tan prometido Gran Día del Vagabundo del Espacio.

Por todas partes se desplegaban los más fantasiosos y eficaces tipos de *handicaps.* La multitud estaba maravillosamente trabada.

Bee, que había sido la pareja de Unk en Marte, también estaba en Newport, También estaba Crono, el hijo de Bee y Unk.

—¡Vamos, compren los Malachis auténticos, autorizados y oficiales! —decía Bee roncamente—. Vamos, compren aquí los Malachis. Cómprese un Malachi para saludar al Vagabundo del Espacio —decía Bee—. Cómprese un Malachi, para que el Vagabundo del Espacio lo bendiga cuando llegue.

Tenía un puesto de venta frente a la puertecita de hierro de la propiedad de los Rumfoord, en Newport. El puesto de Bee era el primero de una hilera de veinte instalados frente a la puerta. Los veinte puestos estaban cubiertos por un solo techo continuo, y separados uno de otro por tabiques que llegaban a la cintura.

Los Malachis que pregonaba eran muñecos de plástico articulados y con ojos de *strass.* Bee los compraba en una santería por veintisiete centavos cada uno y los vendía a tres dólares. Era una excelente mujer de negocios. Y mientras Bee mostraba al mundo un exterior eficiente y llamativo, tenía en su interior la grandeza que le daba vender más que nadie.. El brillo carnavalesco de Bee atraía la mirada de los peregrinos. Pero lo que los llevaba a su puesto y a comprarle, era su aura. El aura decía inequívocamente que Bee estaba destinada a una posición más noble en la vida, que era una broma buenísima el que estuviera allí donde estaba.

—Vamos, compren Malachis mientras hay tiempo —decía Bee—. ¡No se puede comprar un Malachi durante una materialización!

Era cierto. La norma era que los concesionarios debían cerrar sus postigos cinco minutos antes de que Winston Niles Rumfoord y su perro se materializaran, Y debían mantener los postigos cerrados hasta diez minutos después que hubiera desaparecido la última huella de Rumfoord y Kazak.

Librodot

Bee se volvió hacia su hijo, Crono, que estaba abriendo una nueva caja de Malachis.

—¿Cuánto falta para el silbido? —le preguntó. Lo producía un gran silbato a vapor instalado dentro de la propiedad. Sonaba cinco minutos antes de la materialización.

Las materializaciones propiamente dichas eran anunciadas por un cañonazo de un arma de quince centímetros.

Las desmaterializaciones se anunciaban soltando mil globos de juguete.

—Ocho minutos —dijo Crono mirando su reloj. Tenía ahora once años terrestres. Era moreno y ardiente. Experto para trampear en el vuelto, era malhablado y usaba una navaja de treinta centímetros. Crono no tenía trato con otros niños y su fama de afrontar la vida con coraje y franqueza era tan mala que sólo atraía a unas pocas niñas muy alocadas y muy bonitas.

Crono estaba catalogado por el Departamento de Policía de Newport como delincuente juvenil. Conocía por lo menos a cincuenta funcionarios de justicia por su nombre de pila, y era veterano en catorce tests para detectar mentiras.

Si Crono no estaba recluido era gracias al excelente personal de justicia de la Tierra y al personal jurídico de la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente.

Bajo la dirección de Rumfoord, el personal defendía a Crono contra todas las acusaciones.

Las acusaciones más corrientes contra Crono eran escamoteo, portación de armas, posesión de pistolas no declaradas, disparos de armas de fuego dentro de los límites de la ciudad, venta de imágenes y artículos obscenos y carácter difícil.

Las autoridades se quejaban amargamente de que el peor inconveniente del niño era su madre. Su madre lo amaba así como era.

—Sólo ocho minutos para comprar un Malachi, señores —decía Bee—. Rápido, rápido, rápido.

Los dientes superiores de Bee eran de oro y su piel, como la de su hijo, era del color de una encina dorada.

Bee había perdido los dientes superiores cuando la nave espacial en que ella y Crono venían de Marte se estrelló en la región de Gumbo, en la Selva Amazónica Húmeda. Ella y Crono habían sido los únicos sobrevivientes del accidente, y habían vagado por la selva durante un año.

El color de la piel de Bee y de Crono era permanente porque provenía de una modificación del hígado. Se les había modificado el hígado debido a una dieta de tres meses consistente en agua y raíces de salpa-salpa o álamo azul amazónico. La dieta había sido parte de la iniciación de Bee y Crono en la tribu Gumbo.

Durante la iniciación madre e hijo habían sido atados con cuerdas largas a una estaca, en el medio de la aldea; Crono representaba al Sol y Bee representaba a la Luna, tal como el pueblo Gumbo entendía al Sol y a la Luna.

Como resultado de estas experiencias, Bee y Crono estaban más cerca el uno del otro que la mayoría de las madres y los hijos.

Habían sido rescatados al final por un helicóptero. Winston Niles Rumfoord lo había enviado al lugar justo en el momento justo.

Winston Niles Rumfoord había dado a Bee y Crono la lucrativa concesión de venta de Malachis frente a la puerta de Alicia en el País de las Maravillas. Había pagado también la cuenta de dentista de Bee y había sugerido que los dientes postizos fueran de oro.

El hombre que tenía el puesto junto al de Bee era Harry Brackman. Había sido sargento del pelotón de Unk en Marte. Brackman se había vuelto corpulento y estaba casi calvo. Tenía una pierna de madera y la mano derecha de acero inoxidable. Había perdido la pierna y la mano en la batalla de Boca Ratón. Era el único sobreviviente de la batalla, y de no haber estado tan horriblemente herido, seguramente habría sido linchado junto con los demás sobrevivientes de su pelotón.

Brackman vendía modelos en plástico de la fuente que había del otro lado de la pared.

Librodot

Eran de unos treinta centímetros de alto. Tenían un sistema de surtidores en la base. El agua subía desde el gran tazón de la base a los pequeños tazones de la punta. Entonces el contenido de los pequeños se iba derramando en los más grandes y así sucesivamente...

Brackman tenía tres funcionando al mismo tiempo sobre el mostrador.

—Exactamente como la de adentro, señores —decía—. Y ustedes se pueden llevar uno a casa. Pónganlo en el marco de la ventana para que todos los vecinos sepan que han estado en Newport. Pónganlo en el medio de la mesa de la cocina, en las fiestas de los chicos, y llénenla con gaseosa rosada.

—¿Cuánto? —dijo un paisano.

—Diecisiete dólares —dijo Brackman.

—¡Caracoles! —dijo el paisano.

—Es una reliquia sagrada, hermano —dijo Brackman, mirando al paisano despectivamente— No es un juguete. —Se agachó para mirar debajo del mostrador, sacó un modelo de nave espacial marciana—. ¿Quiere un juguete? Aquí lo tiene. Cuarenta y nueve centavos. Sólo gano dos centavos.

El paisano se comportó como un comprador juicioso. Comparó el juguete con el artículo real que pretendía representar. El artículo real era una nave espacial marciana instalada en lo alto de una columna de treinta metros de alto. La columna y la nave espacial se hallaban del otro lado de los muros de la propiedad de Rumfoord, en el ángulo donde habían estado una vez las canchas de tenis.

Rumfoord aún tenía que explicar el propósito de la nave espacial, cuya columna de apoyo había sido construida con monedas de los escolares de todo el mundo. La nave estaba permanentemente preparada. Apoyada contra la columna una escala desmontable, considerada la más larga de la historia, llevaba vertiginosamente a la puerta de la nave.

En el tanque de combustible de la nave espacial quedaba la última huella del abastecimiento bélico marciano de la Voluntad Universal de Llegar a Ser.

—Aja —dijo el paisano. Dejó el modelo sobre el mostrador—. Si no le molesta, seguiré mirando los otros puestos un poco más. —Hasta ese momento, lo único que había comprado era un sombrero de Robin Hood con un retrato de Rumfoord en un lado, la figura de un velero en el otro, y su propio nombre cosido en la pluma. Se llamaba *Delbert,* según la pluma.

—Gracias igual —dijo Delbert—, quizá vuelva.

—Claro que sí, Delbert —dijo Brackman.

—¿Cómo supo que me llamo Delbert? —preguntó Delbert, agradado y suspicaz.

—¿Usted cree que Winston Niles Rumfoord es el único hombre de estos pagos que tiene poderes sobrenaturales?

Un chorro de vapor subió del otro lado de las paredes. Un instante después, la voz del gran silbato rodó sobre los puestos, poderosa, lúgubre y triunfante. Era la señal de que Rumfoord y su perro se materializarían dentro de cinco minutos.

Era la señal para que los concesionarios interrumpieran su irreverente pregoneo de artículos de pacotilla y cerraran los postigos.

Los postigos se cerraron de golpe y a un tiempo.

Al cerrarse, el interior de los puestos se convertía en una hilera de concesiones dentro de un túnel a media luz.

El aislamiento de los concesionarios en el túnel añadía un toque fantasmagórico más, pues en el túnel sólo había sobrevivientes de Marte. Rumfoord había insistido en eso: en que los marcianos tuvieran prioridad para las concesiones de Newport. Era su manera de dar las gracias.

No había muchos sobrevivientes: sólo cincuenta y ocho en los Estados Unidos, y trescientos dieciséis en el mundo entero.

De los cincuenta y ocho que había en los Estados Unidos, veintiuno eran concesionarios en Newport.

—Ahí va de nuevo, chicos —dijo alguien, lejos, lejos, lejos. Era la voz del ciego que

vendía los sombreros Robin Hood con un retrato de Rumfoord en un lado y la figura de un velero en el otro.

El sargento Brackman apoyó los brazos doblados en el medio tabique entre su puesto y el de Bee. Le hizo una guiñada al joven Crono, que estaba tendido sobre un cajón de Malachis sin abrir.

—Al carajo, ¿eh, Crono? —le dijo Brackman.

—Al carajo —convino Crono. Se estaba limpiando las uñas con el pedazo de metal extrañamente doblado, perforado y dentado que había sido su amuleto en Marte. Seguía siendo su amuleto en la Tierra.

El amuleto había salvado probablemente las vidas de Crono y Bee en la selva. Los hombres de la tribu Gumbo habían reconocido en el pedazo de metal un objeto de tremendo poder. El respeto por él los había movido a iniciar a sus poseedores antes que a comerlos.

Brackman se rió cariñosamente.

—Sí señor, hay un marciano para ti —dijo—. Ni siquiera quiere salir de su cajón de Malachis para echar una mirada al Vagabundo del Espacio.

Crono no era el único en mostrar apatía con respecto al Vagabundo del Espacio. Era orgullosa y descarada costumbre de todos los concesionarios mantenerse apartados de las ceremonias, permanecer a media luz en el túnel hasta que Rumfoord y el perro hubiesen llegado y se marcharan.

No era que los concesionarios sintiesen un verdadero desprecio por la religión de Rumfoord. La mayoría pensaba que la nueva religión era probablemente bastante buena. Lo que recalcaban permaneciendo en sus puestos cerrados era que ellos, como marcianos veteranos, ya habían hecho más que suficiente por poner en pie la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente.

Recalcaban el hecho de haber sido todos usados hasta el agotamiento.

Rumfoord alentaba en ellos esa actitud, los mencionaba afectuosamente como sus... santos soldados del otro lado de la puertecita. Su apatía —había dicho Rumfoord una vez— es una gran herida que los afecta, para que podamos ser más vivientes, más sensibles y más libres.

La tentación de los concesionarios marcianos de echar un vistazo al Vagabundo del Espacio era grande. Había altoparlantes en las paredes de la propiedad Rumfoord, y cada palabra que Rumfoord decía adentro resonaba en los oídos de todos los que estuvieran a medio kilómetro de distancia. Las palabras habían hablado una y otra vez del glorioso momento de verdad que advendría cuando llegase el Vagabundo del Espacio.

Era un gran momento que hacía estremecer a los verdaderos creyentes, el gran momento en que los verdaderos creyentes sentirían diez veces más amplias, claras y vivientes sus creencias. Ahora había llegado el momento. El camión de bomberos que trasladaba al Vagabundo del Espacio desde la Iglesia del Vagabundo del Espacio, hasta Cape Cod, resonaba y aullaba fuera de los puestos.

Los duendes en la media luz de los puestos se negaban a atisbar.

El cañón atronó dentro de las paredes.

Rumfoord y su perro se habían materializado, y el Vagabundo del Espacio pasaba a través de la puerta de Alicia en el País de las Maravillas.

—Probablemente algún actor de mala muerte que contrató en Nueva York —dijo Brackman.

Nadie le contestó, ni siquiera Crono, que se veía a sí mismo como el cínico más grande de los puestos. Brackman no tomó en serio su propia sugerencia, la de que el Vagabundo del Espacio fuera un fraude. Los concesionarios conocían demasiado bien la inclinación realista de Rumfoord. Cuando Rumfoord ponía en escena una pasión, utilizaba gente de verdad en infiernos de verdad.

Permítasenos insistir aquí en que, por muy aficionado que Rumfoord fuera a los grandes

Librodot

espectáculos, nunca había caído en la tentación de declararse a sí mismo Dios o algo que se le pareciera.

Sus peores enemigos lo admiten. El doctor Mamice Rosenau en su *Patraña Pangaláctica o Tres mil Millones de Incautos,* dice:

Winston Niles Rumfoord, el fariseo, tartufo y Cagliostro interestelar, se ha tomado la molestia de declarar que él no es Dios Todopoderoso, que no es un pariente cercano de Dios Todopoderoso y que no ha recibido instrucciones directas de Dios Todopoderoso. A estas palabras del Amo de Newport podemos decir ¡Amén! ¡Y podemos añadir que Rumfoord está tan lejos de ser un pariente o agente de Dios Todopoderoso que toda comunicación con Dios Todopoderoso Mismo es completamente imposible mientras Rumfoord se entrometa!

Por lo común la conversación de los veteranos marcianos en los puestos cerrados estaba alegremente erizada de divertidas irreverencias y salidas sobre la venta de despreciables artículos religiosos a los papanatas.

Ahora que Rumfoord y el Vagabundo del Espacio iban a encontrarse, a los concesionarios les costaba mucho no interesarse.

El sargento Brackman levantó su mano sana hasta la coronilla. Era el gesto característico de un veterano marciano. Se tocaba la zona de la antena, de la antena que alguna vez había pensado por él todo lo que importaba. Echó de menos las señales.

—¡Traigan al Vagabundo del Espacio aquí! —bramó la voz de Rumfoord desde los altoparlantes en lo alto de las paredes.

—Quizá... quizá deberíamos ir —dijo Brackman.

—¿Qué? —murmuró Bee. Estaba de pie, con la espalda apoyada en los postigos corridos. Tenía los ojos cerrados, la cabeza gacha. Parecía helada.

Siempre se estremecía cuando se estaba produciendo una materialización.

Crono frotaba lentamente el amuleto con la yema del pulgar, observando un halo de niebla en el metal frío, un halo alrededor del pulgar.

—Que se vayan al carajo, ¿eh, Crono? —dijo Brackman.

El hombre que vendía pájaros cantores mecánicos agitaba distraídamente la mercadería por encima de su cabeza. Una granjera lo había ensartado con una horquilla en la batalla de Toddington, Inglaterra, dándolo por muerto.

El Comité Internacional de Identificación y Rehabilitación de los Marcianos, con ayuda de las impresiones digitales había identificado al hombre de los pájaros como Bernard K. Winslow, un violador de menores ambulante que había desaparecido de la sala de alcohólicos de un hospital londinense.

—Muchas gracias por la información —había dicho Winslow al Comité—. Ahora ya no me siento desorientado.

El sargento Brackman había sido identificado por el Comité como el soldado Francis J. Thompson, desaparecido al final de la noche mientras hacía la ronda de guardia alrededor de un pozo mecánico en Fort Bragg, North Carolina, U.S.A.

Bee había desconcertado al Comité. Sus impresiones digitales no estaban registradas. El Comité pensaba que era o bien Florence White, una muchacha sencilla y cordial que había desaparecido de una lavandería de Cohoes, Nueva York, o Darlene Simpkins, una muchacha sencilla y cordial que había sido vista por última vez en momentos en que aceptaba la invitación a salir en coche con un forastero moreno en Brownsville, Texas.

Y siguiendo la línea de tenderetes a partir de los de Brackman, Crono y Bee, estaban el común de los marcianos que habían sido identificados como Myron S. Watson, un alcohólico que había desaparecido de su puesto de encargado de los lavabos en el aeropuerto de Newark; Charlene Heller, ayudante dietista en la cafetería de la Escuela Secundaria Stivers de Dayton, Ohio; Krishna Garu, un cajista técnicamente prófugo, aún, y acusado de bigamia, proxenetismo y abandono de personas a cargo, en Calcuta, India; Kurt Schneider, alcohólico

también, administrador de una agencia de viajes en quiebra, de Bremen, Alemania.

—El todopoderoso Rumfoord... —dijo Bee.

—¿Cómo dices? —preguntó Brackman.

—Nos arrancó de nuestras vidas —dijo Bee—. Nos hizo dormir. Nos lavó el cerebro como quien limpia de semillas una calabaza. Nos manejó como a robots, nos adiestró, nos destinó... nos quemó por la buena causa. —Se encogió de hombros.

«¿Lo hubiéramos hecho mejor si nos hubiera confiado nuestras propias vidas? —dijo Bee— ¿Hubiéramos llegado a ser algo más o algo menos? Me parece que me alegro de que me haya utilizado. Sospecho que tenía un montón de ideas mejores sobre lo que se podía hacer conmigo que Florence White o Darlene Simpkins o quien quiera que fuese.

«Pero de todos modos lo detesto —dijo Bee.

—Ese es tu privilegio —dijo Brackman—. El dijo que era el privilegio de todos los marcianos.

—Queda un consuelo —dijo Bee—. Hemos sido usados hasta agotarnos. Él nunca nos usará de nuevo.

—Bienvenido, Vagabundo del Espacio —atronó Rumfoord con una voz de tenor aceitado que salía de las trompetas de Gabriel instaladas en lo alto del muro—. Qué oportuno haber venido hasta nosotros en el carro rojo brillante de un cuerpo de bomberos voluntarios. No puedo imaginar un símbolo más conmovedor de la humanidad del hombre hacia el hombre que un camión de bomberos. Díme, Vagabundo del Espacio, ¿ves algo aquí... algo que te haga pensar que quizá hayas estado antes?

El Vagabundo del Espacio murmuró algo ininteligible.

—Más fuerte, por favor —dijo Rumfoord.

—La fuente... recuerdo esa fuente —dijo el Vagabundo del Espacio—. Sólo que... sólo que...

—¿Sólo qué? —dijo Rumfoord.

—Entonces estaba seca... no sé cuándo. Ahora está tan húmeda —dijo el Vagabundo del Espacio.

Un micrófono cerca de la ventana estaba ahora conectado con el sistema de altoparlantes para el público, de modo que el murmullo real, el ruido de las salpicaduras de la fuente subrayaban las palabras del Vagabundo del Espacio.

—¿Alguna otra cosa familiar, oh Vagabundo del Espacio? —dijo Rumfoord.

—Sí —dijo tímidamente el Vagabundo del Espacio—. Usted.

—¿Te soy familiar? —dijo Rumfoord maliciosamente—. ¿Quieres decir que existe la posibilidad de que yo haya desempeñado antes un pequeño papel en tu vida?

—Lo recuerdo en Marte —dijo el Vagabundo del Espacio—. Usted era el hombre del perro... justo antes de que despegáramos.

—¿Qué pasó después que despegaste? —dijo Rumfoord.

—Algo anduvo mal —dijo el Vagabundo del Espacio. Era como si pidiera disculpas, como si la serie de desventuras fuesen en cierto modo culpa suya—. Un montón de cosas anduvieron mal.

—¿Has pensado alguna vez en la posibilidad de que todo anduviera perfectamente bien?

—No —dijo el Vagabundo del Espacio con sencillez. La idea no lo desconcertó, no podía desconcertarlo puesto que estaba mucho más allá de su filosofía de pacotilla.

—¿Reconocerías a tu compañera y a tu hijo? —dijo Rumfoord.

—No... no sé —dijo el Vagabundo del Espacio.

—Tráiganme a la mujer y al chico que venden Malachis del otro lado de la puertecita de hierro —dijo Rumfoord—. Traigan a Bee y a Crono.

El Vagabundo del Espacio y Winston Niles Rumfoord con Kazak estaban sobre un tablado delante de la mansión. El tablado quedaba a la altura de los ojos de la multitud de pie.

Librodot

El tablado delante de la casa era parte de un sistema continuado de pasadizos, rampas, escalerillas, púlpitos, escalones y estrados que llegaban a todos los rincones de la propiedad.

El sistema permitía la libre y visible circulación de Rumfoord por el terreno, sin que la multitud lo estorbara. Permitía también que todos los que estaban en el lugar pudieran echar un vistazo a Rumfoord.

El sistema no estaba suspendido magnéticamente, aunque parecía un milagro de levitación. El aparente milagro se había logrado gracias al uso astuto de pintura. Los puntales estaban pintados de negro liso, en tanto que las superestructuras eran de oro centelleante.

Un sistema de cámaras de televisión y micrófonos permitía seguir todo lo que ocurría en cualquier lugar.

Para las materializaciones nocturnas las superestructuras estaban subrayadas con lámparas eléctricas color carne.

El Vagabundo del Espacio era sólo la trigesimoprimera persona que había sido invitada a encontrarse con Rumfoord en la estructura elevada.

En ese momento se había enviado a un ayudante hasta el puesto de venta de los Malachis para que trajera a las personas trigesimosegunda y trigesimotercera que compartirían la eminencia.

Rumfoord no tenía buen aspecto. Estaba de mal color. Y aunque sonreía como siempre, sus dientes parecían rechinar detrás de la sonrisa. Su complaciente alegría se había convertido en una caricatura, traicionando el hecho de que las cosas no andaban nada bien.

Pero siempre estaba allí su famosa alegría. El magnífico y esnob complacedor de la multitud sujetaba a su gran perro Kazak con una cadena tirante. La cadena se enroscaba incrustándose preventivamente en la garganta del perro. La precaución era necesaria, pues evidentemente al perro no le gustaba el Vagabundo del Espacio.

La sonrisa vaciló un instante, recordando a la multitud la carga que Rumfoord soportaba por ella, advirtiendo a la multitud que quizá no pudiera seguir soportándola siempre.

Rumfoord llevaba en la palma de la mano un micrófono y un trasmisor del tamaño de una moneda. Cuando no quería que su voz llegara a la multitud, simplemente cerraba el puño.

La moneda estaba ahora metida en el puño... pues se dirigía con cierta ironía al Vagabundo del Espacio lo cual hubiera desconcertado a la multitud, de haber podido oírlo.

—No hay duda de que es tu día, ¿verdad? —dijo Rumfoord—. Una perfecta fiesta de amor desde el instante en que llegaste. La multitud te adora, sencillamente. ¿Tú adoras a las multitudes?

Las gozosas sacudidas del día habían reducido al Vagabundo del Espacio a una condición pueril, condición en que la ironía e incluso el sarcasmo no daban en el blanco. Había sido cautivo de muchas cosas en sus malos tiempos. Ahora era cautivo de una multitud que lo consideraba maravilloso.

—Han estado extraordinarios —dijo respondiendo a la última pregunta de Rumfoord—. Han estado grandiosos.

—Oh... son un grandioso rebaño —dijo Rumfoord—. En eso no hay que equivocarse. Me he estado devanando los sesos para encontrar la palabra justa, y tú me la has traído de afuera. Grandiosos, eso es lo que son. —Evidentemente, el pensamiento de Rumfoord estaba en otra cosa. No le interesaba mayormente el Vagabundo del Espacio como persona, apenas lo miraba. Tampoco parecía muy excitado por la cercanía de la mujer y el hijo del Vagabundo del Espacio.

—¿Dónde están, dónde están? —dijo Rumfoord a un ayudante que estaba abajo—. Sigamos con la cosa. Acabemos con la cosa.

El Vagabundo del Espacio encontraba sus aventuras tan satisfactorias y estimulantes, tan espléndidamente escenificadas, que le intimidaba hacer preguntas, porque temía parecer desagradecido.

Comprendía que su responsabilidad era terrible en la ceremonia y que lo mejor que

podía hacer era mantener la boca cerrada, hablar sólo cuando le hablaran y responder a todas las preguntas breve y sencillamente.

La mente del Vagabundo del Espacio no bullía de preguntas. La estructura básica de esa situación ceremonial era obvia, tan neta y adecuada como un taburete para ordeñar. Había sufrido enormemente y ahora era enormemente recompensado.

El súbito cambio de fortuna constituía un espectáculo formidable. Sonrió, porque entendía el placer de la multitud, pretendía formar parte de la multitud misma, compartir su placer.

Rumfoord leyó en el pensamiento del Vagabundo del Espacio.

—Esto les gusta tanto como lo otro, sabes —dijo.

—¿Lo otro? —dijo el Vagabundo del Espacio.

—Cuando la gran recompensa viene primero y luego el gran sufrimiento —dijo Rumfoord—. Lo que les gusta es el contraste. El orden de los acontecimientos no les hace ninguna diferencia. Es el estremecimiento del cambio rápido...

Rumfoord abrió el puño, expuso el micrófono. Con la otra mano hizo señas pontificales. Las hacía a Bee y a Crono, que habían subido a una adyacencia del andamiaje dorado de tablados, rampas, escalerillas, púlpitos, peldaños y tinglados.

—Por aquí, por favor. No tenemos todo el día, saben —dijo Rumfoord con tono de maestrita.

Durante la tregua, el Vagabundo del Espacio sintió el primer cosquilleo real de los planes para un buen futuro en la Tierra. Todo el mundo era tan bueno, tan entusiasta y pacífico que se podía vivir no una vida buena, sino una vida perfecta en la Tierra.

El Vagabundo del Espacio ya había recibido un hermoso traje nuevo y una prominente situación en la vida, y en cuestión de minutos le serían restituidos su mujer y su hijo.

Lo único que le faltaba era un buen amigo, y el Vagabundo del Espacio se echó a temblar. Temblaba porque, sabía en el fondo de su corazón que su mejor amigo, Stony Stevenson, estaba escondido por allí en algún lugar, a la espera de una ocasión para presentarse.

El Vagabundo del Espacio sonrió, porque imaginaba la entrada de Stony. Stony llegaría bajando a toda velocidad por una rampa, riendo y un poco borracho. «¡Unk, hijo de puta... —rugiría Stony directamente delante de los altoparlantes—, te he buscado en cuanta taberna he encontrado en esta Tierra de mierda, y te has quedado todo el tiempo colgado en Mercurio!»

Cuando Bee y Crono llegaron a donde estaban Rumfoord y el Vagabundo del Espacio, Rumfoord se apartó. Si se hubiera separado de Bee, Crono y el Vagabundo del Espacio la distancia de un brazo, su separación podía haber sido entendida. Pero el andamiaje dorado le permitía poner una distancia respetable entre él y los tres, y no sólo eso pues el rococó y algunos azares diversamente simbólicos la volvían intrincada de veras.

Era indiscutiblemente gran teatro, no obstante el capcioso comentario del doctor Maurice Rosenau (op. cit.): «Las gentes que miran con reverencia a Winston Niles Rumfoord bailando en su selvático gimnasio dorado de Newport son los mismos idiotas que uno encuentra en las jugueterías, abriendo la boca reverentes delante de los trenes de juguete que avanzan con su *chuf chuf chuf* por los túneles de papel maché, sobre puentes de mondadientes, a través de ciudades de cartón y de nuevo por túneles de papel maché. ¿Reaparecerán los trencitos o Winston Niles Rumfoord con su *chuf chuf chuf?* ¡Oh, *mirabile dictu!* ¡Reaparecerán!»

Desde el entarimado frente a la mansión de Rumfoord corría una hilera de escalones que se arqueaba sobre lo alto de un seto de madera de boj. Del otro lado de los escalones había un pasadizo de unos tres metros que llegaba al tronco de un haya cobriza. El tronco tenía un metro veinte de diámetro. Sujetos al tronco con tornillos flojos había unos listones dorados. Rumfoord ató a Kazak al peldaño de abajo, y después se trepó hasta perderse de vista como una araña en el follaje.

Desde lo alto del árbol habló. La voz salía no del árbol sino de los altoparlantes

Librodot

instalados en las paredes.

La multitud apartó los ojos de la copa frondosa para volverlos a los altoparlantes más cercanos.

Sólo Bee, Crono y el Vagabundo del Espacio seguían mirando hacia arriba, al lugar donde Rumfoord estaba realmente. No como prueba de realismo sino de turbación. Mirando hacia arriba los miembros de la pequeña familia evitaban mirarse los unos a los otros.

Ninguno de los tres tenía ninguna razón para estar contento de la reunión.

Bee no se sentía atraída por el feliz papanatas flaco y barbudo, en ropa interior de color amarillo limón.

Había soñado con un librepensador, alto, colérico.

El joven Crono odiaba al intruso barbudo que intervenía en su sublime relación con su madre. Crono besó su amuleto y deseó que su padre, si realmente lo era, cayese muerto.

Y el propio Vagabundo del Espacio, aunque lo intentara sinceramente, no veía nada que él hubiera elegido por su propia y libre voluntad, en los morenos, malévolos, madre e hijo.

Por casualidad, la mirada del Vagabundo del Espacio se encontró con el único ojo bueno de Bee. Había que decir algo.

—¿Cómo te va? —dijo el Vagabundo del Espacio.

—¿Cómo te va? —dijo Bee.

Los dos miraron de nuevo el árbol.

—Oh mis felices, desventajados hermanos —dijo la voz de Rumfoord—, demos gracias a Dios... a Dios que aprecia nuestras gracias como el poderoso Mississippi aprecia una gota de lluvia... que no somos como Malachi Constant.

Al Vagabundo del Espacio le dolía un poco la nuca. Bajó la mirada, y los ojos le quedaron atrapados en una larga, recta, dorada pista de aterrizaje a una distancia intermedia. Siguió el trayecto de la pista.

La pista terminaba en la escalerilla móvil más larga de la Tierra. La escalerilla también estaba pintada de dorado.

La mirada del Vagabundo del Espacio subió por la escalerilla hasta la minúscula puerta de la nave espacial instalada en lo alto de la columna. Se preguntó quién tendría fortaleza suficiente o suficientes motivos para subir por una escalerilla tan aterradora hasta una puerta tan minúscula.

El Vagabundo del Espacio miró de nuevo la multitud. Quizá Stony Stevenson estaba en algún punto de la multitud. Quizá esperaba a que todo el espectáculo terminara para presentarse a su mejor y único amigo en Marte.

11 - Odiamos a Malachi Constant porque...

«Díme una cosa buena que hayas hecho alguna vez en tu vida».
WINSTON NILES RUMFOORD

Y así continuó el sermón:

—Estamos *asqueados* de Malachi Constant —dijo Winston Niles Rumfoord desde lo alto del árbol— porque empleó los fantásticos frutos de su fantástica buena suerte para financiar una interminable demostración de que el hombre es un cerdo. Rodó entre parásitos. Rodó entre mujeres indignas. Rodó en entretenimientos lascivos, alcohol y drogas. Rodó en toda forma conocida de depravación voluptuosa.

«En la cima de su buena suerte, Malachi Constant valía más que los estados de Utah y North Dakota juntos. Y sin embargo, me atrevo a decir que su valor moral no llegaba a la altura del ratón más pequeño y más corrompido de cualquiera de esos dos estados.

«Estamos *enojados* con Malachi Constant —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol—, porque no hizo nada para merecer sus miles de millones y porque no hizo nada generoso o

imaginativo con sus miles de millones. Era tan benévolo como María Antonieta, tan creador como un profesor de cosmetología de un instituto de embalsamamiento.

«Odiamos a Malachi Constant —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol— porque aceptó los fantásticos frutos de su fantástica buena suerte sin un escrúpulo, como si la buena suerte fuese la mano de Dios. ¡Para nosotros, los de la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente, no hay nada más cruel, más peligroso, más blasfemo que un hombre que cree que... que la suerte, buena o mala, es la mano de Dios!

«La suerte, buena o mala —dijo Rumfoord en lo alto del árbol— no es la mano de Dios.

«La suerte —dijo Rumfoord en lo alto del árboles la forma en que el viento se arremolina y el polvo se asienta después de haber pasado Dios., «¡Vagabundo del Espacio! —llamó Rumfoord desde lo alto del árbol.

El Vagabundo del Espacio no le prestaba una estricta atención. Su capacidad de concentración era escasa, posiblemente porque había estado demasiado tiempo en las cuevas, o había tomado las bolas de aire demasiado tiempo, o había estado demasiado tiempo en el Ejército de Marte.

Estaba mirando las nubes. Eran una cosa preciosa, y el cielo en que bogaban era, para el Vagabundo del Espacio hambriento de color, de un azul estremecedor.

—¡Vagabundo del Espacio! —llamó Rumfoord de nuevo.

—Tú, el del traje amarillo —dijo Bee. Le dio un codazo—. Despierta.

—¿Qué pasa? —dijo el Vagabundo del Espacio.

—¡Vagabundo del Espacio! —llamó Rumfoord.

Él Vagabundo del Espacio atendió de golpe.

—¿Sí, señor? —gritó a la bóveda de verdura. El tono era ingenuo, alegre y divertido. Un micrófono en la punta de una vara se balanceaba delante de él.

—¡Vagabundo del Espacio! —llamó Rumfoord, y estaba enojado ahora, pues el curso del ceremonial se veía perturbado.

—¡Aquí estoy, señor! —gritó el Vagabundo del Espacio. Su respuesta resonó hendiendo los oídos, resonó por los altoparlantes.

—¿Quién eres? —dijo Rumfoord—. ¿Cuál es tu verdadero nombre?

—No sé cuál es mi verdadero nombre —dijo el Vagabundo del Espacio—. Me llamaban Unk.

—¿Qué te pasó antes de que volvieras a la Tierra, Unk? —dijo Rumfoord.

El Vagabundo del Espacio se puso radiante. Lo inducían a repetir la sencilla declaración que había provocado tantas risas, danzas y cantos en Cape Cod.

—He sido víctima de una serie de accidentes, como todo el mundo —dijo.

Esta vez no hubo risas ni danzas ni cantos, pero la multitud estaba decididamente de acuerdo con lo que el Vagabundo del Espacio había dicho. Se alzaron las barbillas, se abrieron los ojos, las narices se ensancharon. No hubo gritos porque la multitud deseaba saber absolutamente todo lo que Rumfoord y el Vagabundo del Espacio podían decir.

—Víctima de una serie de accidentes, ¿verdad? —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol—. De todos los accidentes, ¿cuál considerarías el más importante?

El Vagabundo del Espacio levantó la cabeza.

—Tendría que pensarlo... —dijo.

—Te ahorraré el trabajo —dijo Rumfoord—. El accidente más importante que te ha sucedido es haber nacido. ¿Podrías decirme cómo te llamabas cuando naciste?

El Vagabundo del Espacio vaciló sólo un momento, y lo que le hacía vacilar era el miedo a estropear una carrera ceremonial muy satisfactoria diciendo lo que no debía.

—Hágalo usted, por favor —dijo.

—Te llamabas Malachi Constant —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol.

En la medida en que las multitudes pueden ser algo bueno, las multitudes que atraía Winston Niles Rumfoord a Newport eran buenas. No tenían mentalidad de multitud. Sus

Librodot

miembros seguían siendo dueños de su propia conciencia, y Rumfoord nunca los invitaba a que participaran como una sola persona en ningún caso, menos aún en el aplauso o la reprobación.

Cuando cayó sobre la multitud el hecho de que el Vagabundo del Espacio era el repugnante, tedioso y odioso Malachi Constant, sus miembros reaccionaron con tranquilidad, lamentándolo, cada uno a su manera, que en general era compasiva. En sus conciencias por lo general honestas sabían, después de todo, que habían colgado a Constant en efigie en sus casas y lugares de trabajo. Y si bien habían colgado las efigies con bastante alegría, muy pocos pensaban que Constant en persona merecía en realidad ser colgado. Colgar a Malachi Constant en efigie era un acto de tanta violencia como adornar un árbol de Navidad o esconder huevos de Pascua.

Y Rumfoord desde lo alto del árbol no dijo nada para disuadirlos de su compasión.

—Ha tenido usted el singular accidente, Mr. Constant —dijo con simpatía—, de convertirse en un símbolo central de mala cabeza para una secta religiosa verdaderamente enorme.

«No sería atractivo para nosotros como símbolo, Mr. Constant —dijo— si nuestros corazones no lo compadecieran, hasta cierto punto. Tenemos que compadecerlo porque todos sus extravagantes errores son los que han cometido los seres humanos desde el comienzo de los tiempos.

«Dentro de unos pocos minutos, Mr. Constant —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol— usted va a bajar por los tablados y rampas hasta aquella larga escalerilla dorada, y subirá por la escalerilla, y entrará en la nave espacial, y volará hacia Titán, una luna cálida y fecunda de Saturno. Vivirá allí con seguridad y confort, pero exiliado de su Tierra natal.

«Y lo hará voluntariamente, Mr. Constant, para que la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente pueda contar con un drama de autosacrificio digno de recordar y meditar todo el tiempo.

«Nos imaginamos, para nuestra satisfacción espiritual —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol—, que usted se llevará todas las ideas equivocadas sobre el significado de la suerte, toda la riqueza y el poder pervertidos, y el repugnante tiempo pasado.

El hombre que había sido Malachi Constant, que había sido Unk, que había sido el Vagabundo del Espacio, el hombre que era Malachi Constant de nuevo, ese hombre sintió muy poco al ser declarado nuevamente Malachi Constant. Posiblemente habría sentido algunas cosas interesantes si la sincronización de Rumfoord hubiera sido diferente. Pero Rumfoord le dijo cuál iba a ser su prueba sólo unos segundos después de decirle que era Malachi Constant, y la prueba era suficientemente terrible como para atraer toda la atención de Constant.

La prueba había sido prometida no para dentro de unos años o meses o días, sino minutos. Y como cualquier criminal condenado, Malachi se puso a estudiar, con exclusión de todo lo demás, el sistema dentro del cual había de desempeñarse.

Curiosamente, su primera preocupación fue la de tropezar, la de pensar demasiado en el simple hecho de caminar y la de que sus pies dejarían de moverse con naturalidad y tropezarían en las patas de madera.

—Usted no tropezará, Mr. Constant —dijo Rumfoord en lo alto del árbol, leyendo el pensamiento de Constant—. No le queda ningún otro lugar a donde ir, ninguna otra cosa que hacer. Poniendo un pie delante del otro, mientras lo miramos en silencio, usted hará de sí mismo el ser humano más memorable, magnífico y significativo de los tiempos modernos.

Constant se volvió para mirar a sus oscuros mujer e hijo. Sus miradas eran directas. Por ellas Constant supo que Rumfoord había dicho la verdad, que no tenía por delante otra salida que no fuera la nave espacial. Beatrice y el joven Crono eran supremamente cínicos en cuanto a las festividades, pero no en cuanto al comportamiento valiente que presenciaban.

Desafiaron a Malachi Constant a comportarse bien.

Constant se frotó el pulgar y el índice izquierdos en un cuidadoso movimiento de

rotación. Contempló esta tarea sin objeto durante quizá diez segundos.

Y luego dejó caer las manos a los costados, alzó la mirada y caminó con firmeza hacia la nave espacial.

Cuando el pie izquierdo tocó la rampa, la cabeza se le llenó de un sonido que hacía tres años terrestres que no oía. El sonido venía de la antena que tenía en la coronilla. Rumfoord, en lo alto del árbol, estaba enviando señales a Constant por medio de una cajita que tenía en el bolsillo.

Estaba haciendo que la larga y solitaria marcha de Constant fuera más soportable llenándole la cabeza con el sonido de un tambor.

El tambor le decía esto:

Rataplán, plan, plan;
Rataplán, plan.
¡Plan rataplán!
¡Plan rataplán!
¡Rataplán, rataplán, plan, plan!

El tambor se calló cuando la mano de Malachi Constant se cerró por primera vez sobre el travesaño dorado de la escala más larga del mundo. Miró hacia arriba y, en la perspectiva, la cima de la escalerilla parecía minúscula como una aguja. Constant apoyó la frente un momento contra el peldaño al que se había aferrado su mano.

—¿Quisiera decir algo, Mr. Constant, antes de subir por la escala? —dijo Rumfoord en lo alto del árbol.

Un micrófono en la punta de una pértiga se balanceaba ahora delante de Constant. Constant se lamió los labios.

—¿Va a decir algo, Mr. Constant? —dijo Rumfoord.

—Si va a hablar —dijo a Constant el técnico encargado del micrófono—, hágalo con un tono absolutamente normal y mantenga los labios a unos quince centímetros del micrófono.

—¿Va a hablarnos, Mr. Constant? —dijo Rumfoord.

—Probablemente... probablemente no vale la pena decirlo —dijo Constant tranquilamente—, pero igual me gustaría decir que no he entendido una sola cosa de lo que me ha ocurrido desde que llegué a la Tierra.

—¿No ha tenido ese sentimiento de participación? —dijo Rumfoord en lo alto del árbol—. ¿Es eso?

—No importa —dijo Constant—. Igual subiré por la escala.

—Bueno —dijo Rumfoord en lo alto del árbol—, si le parece que estamos cometiendo aquí una especie de injusticia con usted, supongamos que usted nos dice algo realmente bueno que haya hecho en algún momento de su vida, y decidamos entonces si ese acto de bondad puede librarlo de lo que hemos planeado para usted.

—¿Un acto de bondad? —dijo Constant.

—Sí —dijo Rumfoord expansivo—. Dígame una cosa buena que haya hecho alguna vez en su vida, que usted pueda recordar.

Constant pensó intensamente. Sus recuerdos principales eran de correteos por los interminables corredores de las cavernas. Había habido pocas oportunidades de lo que hubiera podido pasar por un acto de bondad con Boaz y los harmoniums. Pero Constant no podía decir honradamente que había aprovechado esas oportunidades para ser bueno.

Después pensó en Marte, en todas las cosas contenidas en su carta a sí mismo. Desde luego, entre todos aquellos puntos, había algo sobre su propia bondad.

Y entonces recordó a Stony Stevenson, su amigo. Había tenido un amigo, lo cual era sin duda algo bueno.

—Tuve un amigo —dijo Malachi Constant delante del micrófono.

—¿Cuál era su nombre? —dijo Rumfoord.

—Stony Stevenson —dijo Constant.

—¿Sólo un amigo? —dijo Rumfoord desde el árbol.

—Sólo uno —dijo Constant. Su pobre alma se llenó de placer al comprender que un amigo era todo lo que un hombre necesitaba para estar bien provisto de amistad.

—Su pretensión de bondad se confirmará o invalidará realmente —dijo Rumfoord en lo alto del arbolen la medida de lo buen amigo que usted haya sido del tal Stony Stevenson.

—Sí —dijo Constant.

—¿Recuerda usted una ejecución en Marte, Mr. Constant —dijo Rumfoord en lo alto del árbol— en que usted era el verdugo? Usted estranguló a un hombre en la picota delante de tres regimientos del Ejército de Marte.

Este era un recuerdo que Constant había hecho todo lo posible por suprimir. Lo había conseguido en gran medida, y la exploración que hizo en su mente era ahora sincera. No podía estar seguro de que la ejecución hubiese ocurrido.

—Creo... creo que me acuerdo —dijo Constant.

—Bueno... ese hombre que usted estranguló era su gran y buen amigo Stony Stevenson —dijo Winston Niles Rumfoord.

Malachi Constant lloró mientras subía por la escala dorada. Se detuvo en la mitad y Rumfoord lo llamó de nuevo por los altoparlantes.

—¿Se siente ahora un participante vitalmente interesado, Mr. Constant? —dijo Rumfoord.

Mr. Constant asintió. Comprendía ahora toda su indignidad y sentía una amarga simpatía por quien considerara bueno tratarlo con aspereza.

Y cuando llegó a lo alto, Rumfoord le dijo que no cerrara todavía la escotilla, pues su mujer y su hijo subirían en seguida.

Constant se sentó en el umbral de su nave espacial, en lo alto de la escala, y escuchó el breve sermón de Rumfoord sobre la morena compañera de Constant, la mujer tuerta y con dientes de oro llamada Bee. Constant no escuchó muy atentamente el sermón. Sus ojos veían un sermón más amplio, más reconfortante en el panorama de la ciudad, la bahía y las islas, que se extendía abajo hasta tan lejos.

—Les hablaré ahora —dijo Winston Niles Rumfoord en lo alto del árbol, tan lejos por debajo de Malachi Constant— sobre Bee, la mujer que vende Malachis del otro lado de la puerta, la mujer morena que con su hijo nos mira ahora severamente a todos.

«Mientras iba camino de Marte hace tantos años, Malachi Constant la violó y engendró en ella este hijo. Antes de eso, era mi mujer y la dueña de esta propiedad. Su verdadero nombre es Beatrice Rumfoord.

Un gemido ascendió desde la multitud. ¿Era de maravillarse que las polvorientas marionetas de otras religiones hubieran sido dejadas de lado por falta de público, que todos los ojos se volvieran hacia Newport? El jefe de la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente no sólo era capaz de predecir el futuro y combatir las desigualdades más crueles de todas: las desigualdades de la suerte, sino que su provisión de nuevas sensaciones pasmosas era inagotable.

Estaba tan bien provisto de materia prima que podía arrastrar la voz en el momento en que anunciaba que la mujer tuerta de los dientes de oro era su mujer, y que Malachi Constant le había puesto los cuernos.

—Los invito ahora a desdeñar el ejemplo de la vida de ella como durante tanto tiempo han desdeñado el ejemplo de la vida de Malachi Constant —dijo suavemente desde lo alto del árbol—. Cuélguenla junto con Malachi Constant en los postigos de las ventanas y en las lámparas, si quieren.

«Los excesos de Beatrice eran excesos de aversión —dijo Rumfoord—. De joven se sentía tan exquisitamente criada que no hacía nada ni permitía que se lo hicieran, por miedo a la contaminación. La vida para Beatrice cuando era joven, estaba tan llena de gérmenes y de vulgaridad que no podía sino ser intolerable.

«Nosotros los de la Iglesia de Dios el Absolutamente Indiferente la condenamos tan rotundamente por haberse negado a arriesgar viviendo su imaginada pureza, como condenamos a Malachi Constant por haberse revolcado en la inmundicia.

«Estaba implícita en todas las actitudes de Beatrice la idea de que era intelectual, moral y físicamente lo que Dios pretendía de los seres humanos perfectos, y que el resto de la humanidad necesitaba otros diez mil años para lograrlo. Tenemos de nuevo aquí el caso de un Dios Todopoderoso ensalzado, adornando de todas las perfecciones a una persona común y sin capacidad creadora. La proposición de que Dios Todopoderoso admiraba a Beatrice por su educación de mírame y no me toques es por lo menos tan discutible como la proposición de que Dios Todopoderoso quería que Malachi Constant fuera rico.

«Mrs. Rumfoord —dijo Winston Niles Rumfoord desde lo alto del árbol—, ahora la invito a usted y a su hijo a seguir a Malachi Constant y a entrar en la nave espacial destinada a Titán. ¿Quisiera decir algo antes de partir?

Hubo un largo silencio en el cual madre e hijo se acercaron aún más y miraron, hombro contra hombro, un mundo muy cambiado por las noticias del día.

—¿Tiene usted el propósito de hablarnos, Mrs. Rumfoord? —dijo Rumfoord desde lo alto del árbol.

—Sí —dijo Beatrice—, pero no me llevará mucho tiempo. Creo que todo lo que usted dice de mí es cierto, porque rara vez miente. Pero cuando mi hijo y yo caminemos juntos hacia esa escala y la subamos, *no* lo haremos por usted o por su tonta multitud. Lo haremos por nosotros mismos, y nos probaremos a nosotros mismos y a todo el que quiera mirar, que no tenemos miedo de nada. Nuestros corazones no se desgarrarán cuando abandonemos este planeta. Nos asquea por lo menos tanto como nosotros, bajo la guía de usted, lo asqueamos.

«No recuerdo los viejos tiempos —dijo Beatrice— en que yo era el ama de esta propiedad, en que no podía soportar el hacer nada o que se me hiciera nada. Pero me gusté a mí misma en el instante en que usted me dijo que yo había sido así. La raza humana es una cosa despreciable, y lo mismo la Tierra, y usted también.

Beatrice y Crono caminaron rápidamente por los entarimados y rampas hasta la escala, y subieron por ella. Rozaron al pasar a Malachi Constant que estaba en la puerta de la nave espacial, sin hacerle ningún saludo. Desaparecieron en el interior.

Constant los siguió y se unió a ellos que estaban examinando las instalaciones.

El estado de las instalaciones era una sorpresa, y lo hubiera sido sobre todo para los guardianes de la propiedad. La nave espacial al parecer inviolable en lo alto de una columna situada en precintos sagrados bajo el control de guardianes, había sido evidentemente el escenario de una o quizá varias orgías.

Las literas estaban todas deshechas. Las sábanas estaban arrugadas, retorcidas y revueltas. Tenían manchas de lápiz labial y betún de zapatos.

Almejas fritas crujían grasientas bajo los pies.

Desparramadas en la nave había dos botellas de Mountain Moonlight, una pinta de Southern Comfort y una docena de latas de cerveza Narragansett Lager, todas vacías.

En la pared blanca, junto a la puerta, había dos nombres escritos con lápiz labial: *Bud y Sylvia.* Y de un reborde de la columna central de la cabina colgaba un corpiño negro.

Beatrice recogió las botellas y las latas de cerveza. Las arrojó por la puerta. Sujetó el corpiño que quedó flotando del otro lado de la puerta, a la espera de un viento favorable.

Malachi Constant, suspirando, meneando la cabeza y lamentándose por Stony Stevenson, utilizó los pies como escobas. Barrió las almejas fritas hacia la puerta.

El joven Crono se sentó en una cucheta, frotando su amuleto.

—Vamos, mamá —dijo severamente—, si te pones a llorar así, nos vamos.

Beatrice dejó ir el corpiño. Una ráfaga lo llevó hacia la multitud y lo suspendió de un árbol, cerca del que ocupaba Rumfoord.

—Adiós a todos, gentes limpias, juiciosas y encantadoras —dijo Beatrice.

Librodot

12 - El caballero de Tralfamadore

«Para decirlo de una manera puntual, adiós».
WINSTON NILES RUMFOORD

Saturno tiene nueve lunas, la más grande de las cuales es Titán.

Titán es sólo un poco más pequeña que Marte.

Titán es la única luna del Sistema Solar que tiene una atmósfera. Hay mucho oxígeno para respirar.

La atmósfera de Titán se parece a la que hay junto a la puerta trasera de una panadería de la Tierra en una mañana de primavera.

Titán tiene en su centro un horno químico natural que mantiene una temperatura ambiente uniforme de veintitrés grados.

Hay tres mares en Titán, cada uno del tamaño del lago Michigan de la Tierra. Las aguas de los tres son dulces y de un esmeralda claro. Los nombres de los tres son Winston, Niles y Rumfoord.

Existe un racimo de noventa y tres estanques y lagos que son el comienzo de un cuarto mar. El racimo es conocido con el nombre de Kazak.

Tres grandes ríos unen el Winston, el Niles, el Rumfoord y los Kazak. Estos ríos, con sus afluentes, son caprichosos, ya rugientes, ya tranquilos, ya precipitados. Su carácter está determinado por la complicada influencia fluctuante de ocho lunas iguales y por la prodigiosa influencia de Saturno que tiene noventa y cinco veces la masa de la Tierra. Los tres ríos son conocidos con el nombre de río Winston, río Niles y río Rumfoord.

Hay bosques, praderas y montañas. La más alta es el monte Rumfoord, que tiene dos mil novecientos cuarenta metros de altura.

Titán brinda una vista incomparable de la belleza más asombrosa del Sistema Solar: los anillos de Saturno. Esas bandas deslumbrantes tienen sesenta y cinco mil kilómetros de largo y son apenas más gruesas que una hoja de afeitar.

En Titán los anillos se llaman el Arco Iris de Rumfoord.

Saturno describe un círculo alrededor del Sol. Lo hace en veintinueve años y medio terrestres. Titán describe un círculo alrededor de Saturno. Titán describe, en consecuencia, una espiral alrededor del Sol.

Winston Niles Rumfoord y su perro Kazak eran fenómenos ondulatorios pulsando en espirales deformadas, con su origen en el Sol y su terminal en Betelgeuse. Toda vez que un cuerpo celeste interceptaba sus espirales, Rumfoord y su perro se materializaban en ese cuerpo.

Por razones aún misteriosas, las espirales de Rumfoord, Kazak y Titán coincidían exactamente.

De manera que Rumfoord y su perro estaban permanentemente materializados en Titán.

Rumfoord y Kazak vivían allí en una isla a un kilómetro y medio de la costa del mar Winston. Su casa era una reproducción impecable del Taj Mahal, en la India terrestre.

Había sido construida por mano de obra marciana. Por un capricho perverso, Rumfoord llamó *Dun Roamin*[3] a su casa en Titán.

Antes de la llegada de Malachi Constant, Beatrice, Rumfoord y Crono, había una sola persona en Titán. Esa otra persona se llamaba *Salo.* Era viejo. Salo tenía once millones de años terrestres.

Salo era de otra galaxia, de la Pequeña Nube Magallánica. Medía un metro cuarenta de estatura.

La piel de Salo era de la textura y el color de la cascara de una mandarina terrestre.

Salo tenía tres piernas finas como de gamo, y unos pies de diseño extraordinario; cada

[3] Forma fonética de Done Roaming que podría traducirse por «vagancia terminada».

Librodot

uno era una esfera inflable. Inflando esas esferas hasta el tamaño de una pelota de fútbol, Salo podía caminar sobre el agua. Reduciéndolas al tamaño de pelotas de golf, podía saltar por superficies duras a gran velocidad. Al desinflarlas del todo, sus pies se convertían en ventosas succionadoras. Salo podía trepar por las paredes. Salo no tenía brazos. Tenía tres ojos, que podían percibir no sólo el llamado espectro visible, sino también los rayos infrarrojos y ultravioletas. Era puntual, es decir, vivía un momento por vez, y solía decir a Rumfoord que prefería ver los maravillosos colores de los extremos del espectro antes que el pasado o el futuro. Esto era un cuento porque Salo había visto, viviendo un momento por vez, mucho más del pasado y mucho más del Universo que Rumfoord. Recordaba también más de lo que había visto.

La cabeza de Salo era redonda y colgaba suspendida como una esfera de Cardán.

Su voz era como una bocina de bicicleta. Hablaba cinco mil lenguas, cincuenta de ellas terrestres, treinta y tres de las cuales eran lenguas muertas.

Salo no vivía en un palacio, aunque Rumfoord le había ofrecido construirle uno. Vivía al aire libre, cerca de la nave espacial que lo había llevado a Titán doscientos mil años antes. Su nave espacial era un plato volador, el prototipo de la flota de invasión marciana.

Salo tenía una historia interesante. En el año terrestre 483441 antes de Cristo, había sido elegido por entusiasmo telepático popular como el espécimen más hermoso y el más sano, física y mentalmente, de su pueblo. La ocasión era el cien millonésimo aniversario del gobierno de su planeta natal en la Pequeña Nube Magallánica. El nombre de su planeta natal era Tralfamadore, que como el viejo Salo había traducido en una ocasión a Rumfoord, significaba *todos nosotros* y el *número 541.*

La duración de un año en su planeta natal, según sus propios cálculos, era 36.162 veces la duración de un año terrestre, de modo que la celebración en la que participaba era en realidad en honor de un gobierno de 361.620.000 años terrestres. En una ocasión Salo describió a Rumfoord esta forma durable de gobierno como anarquía hipnótica, pero se abstuvo de explicar su funcionamiento. «O entiendes en seguida lo que es», le dijo a Rumfoord, «o no tiene sentido tratar de explicártelo, viejo».

Su deber, al ser elegido representante de Tralfamadore, era llevar un mensaje sellado de «un confín del Universo al otro». Los que habían planeado la ceremonia no creían engañosamente que la proyectada ruta de Salo abarcaba el Universo. La imagen era poética, como la expedición de Salo. Salo tomaría el mensaje e iría tan rápido y tan lejos como lo permitiera la tecnología de Tralfamadore.

El mensaje mismo era ignorado por Salo. Había sido preparado por lo que Salo describió a Rumfoord como «una especie de universidad, sólo que nadie va. No hay ningún edificio, no hay ninguna facultad. Está todo el mundo y no está nadie. Es como una nube a la que cada uno ha soplado una bocanada de niebla y entonces la nube se encarga de los pensamientos pesados de todo el mundo. No quiero decir que sea realmente una nube. Quiero decir solamente que es algo así. Si no entiendes de qué estoy hablando, viejo, no vale la pena tratar de explicártelo. Todo lo que puedo decir es que no hay reuniones».

El mensaje estaba contenido en un estuche de plomo sellado, de cinco centímetros de lado y medio centímetro de espesor. El estuche mismo estaba contenido en una red de malla de oro que colgaba de una banda de acero inoxidable encajada en el tallo que podía llamarse el cuello de Salo.

Salo tenía órdenes de no abrir la red y el estuche hasta que no llegara a destino. Su destino no era Titán. Su destino estaba en una galaxia que empezaba a dieciocho millones de años luz más allá de Titán. Los planeadores de las ceremonias en las que había participado Salo no sabían qué iba a encontrar Salo en la galaxia.

Salo no ponía en tela de juicio el buen sentido de su misión porque, como todos los tralfamadorianos, era una máquina. Como máquina debía hacer lo que se suponía que era su objetivo.

De todas las órdenes que Salo había recibido antes de despegar de Tralfamadore, la más

importante era la de que *no debía abrir el mensaje en el camino, por ningún motivo.*

Tanto se había insistido en esa orden, que se convirtió en el núcleo mismo del ser del pequeño mensajero tralfamadoriano.

En el año terrestre 203117 antes de Cristo, Salo se vio obligado a bajar al Sistema Solar debido a dificultades mecánicas. Lo obligó la total desintegración de una pequeña parte de la central eléctrica de su nave espacial, parte del tamaño de un abridor de latas de cerveza. Salo no tenía inclinación por la mecánica y tenía apenas una vaga idea de cómo era o debía ser la parte que faltaba. Como la nave de Salo era propulsada por vulls, la Voluntad Universal de Llegar a Ser, su central energética no se prestaba a los chapúceos de un mecánico aficionado.

No es que la nave de Salo estuviera totalmente fuera de uso. Todavía funcionaba, pero renqueando, a sólo unas sesenta y ocho mil millas por hora. Podía hacer cortos saltos alrededor del Sistema Solar, aun mutilado, y copias de la nave estropeada prestaron inestimables servicios al esfuerzo bélico de Marte. Pero la nave mutilada era de una lentitud imposible para los propósitos de la gestión intergaláctica de Salo.

De modo que el viejo Salo saltó a Titán y mandó a Tralfamadore noticias de su trance. Envió el mensaje con la velocidad de la luz, lo cual significaba que tardaría ciento cincuenta mil años terrestres en llegar a Tralfamadore.

Se dedicó a distintos *hobbies* que lo ayudaron a pasar el tiempo. El principal era la escultura, el cultivo de margaritas titánicas y la observación de las diversas actividades de la Tierra. Podía hacerlo mediante el visor del tablero de comando de la nave, hecho añicos. El visor era suficientemente potente como para que Salo pudiera seguir las actividades de las hormigas terrestres, si así lo deseaba.

A través de ese visor obtuvo la primera respuesta de Tralfamadore. La respuesta estaba escrita en la Tierra con grandes piedras en una llanura de lo que ahora es Inglaterra. Las ruinas de la respuesta aún existen, y son conocidas con el nombre de Stonehenge. El significado de Stonehenge en tralfamadoriano, visto desde arriba es el siguiente: *«Sustituir parte aplastada a mayor velocidad posible».*

Stonehenge no era el único mensaje que había recibido el viejo Salo.

Había habido otros cuatro, todos ellos escritos en la Tierra.

La Gran Muralla China, vista desde arriba, significaba en tralfamadoriano: *«Sé paciente. No te hemos olvidado».*

La Casa Dorada del emperador romano Nerón significaba: *«Estamos haciendo lo mejor que podemos».*

El significado del Kremlin, en Moscú, cuando se hicieron las primeras murallas, era: *«Estarás en camino antes de lo que piensas».*

El significado del Palacio de la Liga de las Naciones en Ginebra, Suiza, era el siguiente: *«Alista tus cosas y prepárate para partir a corto plazo».*

La simple aritmética revelará que estos mensajes llegaron todos a velocidades muy superiores a la velocidad de la luz, y que tardaron ciento cincuenta mil años en llegar a Tralfamadore. Salo había recibido una respuesta de Tralfamadore en menos de cincuenta mil años.

Para alguien tan primitivo como un terráqueo es grotesco explicar cómo se efectuaron esas rápidas comunicaciones. Baste decir, para tan primitiva compañía, que los tralfamadorianos eran capaces de hacer rebotar ciertos impulsos de la Voluntad Universal de Llegar a Ser en la arquitectura abovedada del Universo a una velocidad unas tres veces superior a la de la luz. Y eran capaces de enfocar y modular esos impulsos para influir en criaturas muy, muy alejadas, e incitarlas a servir a los fines de Tralfamadore.

Era una manera maravillosa de conseguir que se hicieran las cosas en lugares muy, muy alejados de Tralfamadore. Era con mucho la manera más rápida.

Pero no resultaba barato.

El viejo Salo no estaba equipado para comunicar y conseguir que las cosas se hicieran de esa manera, aun a distancias cortas. El mecanismo y la cantidad de Voluntad Universal de

Llegar a Ser utilizados en el proceso eran colosales, y exigían los servicios de miles de técnicos.

Y aun el poderoso aparato tralfamadoriano, de poderosa energía y poderosa dotación, no era particularmente preciso. El viejo Salo había observado muchas fallas en las comunicaciones con la Tierra. En la Tierra empezaban a florecer las civilizaciones, y los participantes empezaban a construir tremendas estructuras que evidentemente serían mensajes en tralfamadoriano, y entonces las civilizaciones se desinflaban sin haberlas terminado.

El viejo Salo había visto ocurrir eso cientos de veces.

El viejo Salo le había dicho a su amigo Rumfoord una cantidad de cosas interesantes sobre la civilización de Tralfamadore, pero nunca le había hablado de los mensajes y las técnicas de envío.

Todo lo que le había dicho a Rumfoord era que había enviado a su patria un mensaje para avisar que estaba en dificultades y que esperaba que de un momento a otro llegara una pieza de repuesto. La mente del viejo Salo era tan diferente de la de Rumfoord, que éste no podía leer en su pensamiento.

Salo estaba agradecido a esa barrera existente entre sus pensamientos, porque tenía un miedo mortal de lo que Rumfoord diría al descubrir que las gentes de Salo habían tenido mucho, que ver en el emporcamiento de la historia de la Tierra. Aunque Rumfoord había sido infundibulado cronosinclásticamente y cabía esperar que tuviera una visión más amplia de las cosas, Salo había descubierto que seguía siendo un terráqueo sorprendentemente provinciano en el fondo del corazón.

El viejo Salo no quería que Rumfoord descubriera lo que los tralfamadorianos estaban haciendo a la Tierra, porque estaba seguro de que se ofendería, de que se volvería contra Salo y contra todos los tralfamadorianos. Y Salo no podía soportarlo, porque amaba a Winston Niles Rumfoord.

No había nada ofensivo en este amor. Es decir, no era homosexual. No podía serlo, pues Salo no tenía sexo.

Era una máquina, como todos los tralfamadorianos.

Estaba armado con clavijas, grampas, tuercas, pernos e imanes. Su piel color mandarina que era tan expresiva cuando estaba emocionalmente perturbado, se podía poner o sacar como una camiseta. Un cierre relámpago magnético la mantenía cerrada.

Según Salo, los tralfamadorianos se manufacturaban el uno al otro. Nadie sabía con certeza cómo había llegado a la existencia la primera máquina.

La leyenda era la siguiente:

Hubo una época en que en Tralfamadore había criaturas que no eran como máquinas. No eran dependientes. No eran eficientes. No eran dignas de confianza. No eran duraderas. Y esas pobres criaturas estaban obsesionadas por la idea de que todo lo que existía debía tener una finalidad y que algunas finalidades eran más elevadas que otras.

Esas criaturas se pasaban la mayor parte del tiempo tratando de descubrir cuál era su finalidad. Y cada vez que encontraban lo que parecía ser una finalidad de ellos, parecía tan baja que las criaturas se llenaban de asco y vergüenza.

Y antes de servir una finalidad tan baja, las criaturas hacían una máquina que la sirviera. Así las criaturas quedaban libres de ponerse al servicio de finalidades más elevadas. Pero cada vez que encontraban una finalidad elevada, resultaba que no era lo bastante.

Entonces se hacían máquinas para ponerlas al servicio de finalidades aún más elevadas.

Y las máquinas lo hacían todo con tanta pericia que finalmente se les confió la tarea de descubrir cuál debía ser la finalidad más elevada de las criaturas.

Las máquinas informaron con toda honestidad que no lo sabían realmente.

A continuación las criaturas empezaron a asesinarse entre si, porque detestaban por encima de todo las cosas sin finalidad.

Y descubrieron que ni siquiera servían para asesinar. De modo que confiaron ese trabajo

a las máquinas, también. Y las máquinas terminaron el trabajo en menos tiempo del que se tarda en decir «Tralfamadore».

Por medio del visor del tablero roto de su nave espacial, el viejo Salo observaba ahora el acercamiento a Titán de la nave espacial que transportaba a Malachi Constant, Beatrice Rumfoord y su hijo Crono. La nave estaba preparada para aterrizar automáticamente en la orilla del mar Winston.

Debía aterrizar entre dos millones de estatuas del tamaño de seres humanos. Salo había hecho las estatuas a un ritmo de unas diez por año terrestre.

Las estatuas estaban concentradas en la región del mar Winston porque estaban hechas de turba titánica. La turba titánica abunda junto al mar Winston, a sólo centímetros bajo la superficie del suelo.

La turba titánica es una sustancia curiosa y, para un escultor natural y sincero, atractiva.

Al extraerla, la turba titánica tiene la consistencia de la masilla terrestre.

Después de una hora de exposición a la luz y el aire de Titán, la turba tiene la cohesión y la dureza del yeso de París.

Después de dos horas de exposición, es dura como el granito y debe ser trabajada con escoplo.

Después de tres horas de exposición, nada sino el diamante raya la superficie de la turba titánica.

Para hacer tantas estatuas Salo se había inspirado en las llamativas conductas de los terráqueos. Lo que inspiraba a Salo no era tanto lo que los terráqueos hacían, sino cómo lo hacían.

Los terráqueos se comportaban en todas las ocasiones como si hubiera un gran ojo en el cielo y como si ese gran ojo estuviera ansioso de diversión.

El gran ojo tenía un hambre glotona de gran teatro. El gran ojo era indiferente a que los espectáculos de la Tierra fueran comedia, tragedia, farsa, sátira, atletismo o *vaudeville.* Su exigencia, que al parecer los terráqueos consideraban tan irresistible como la gravedad, era que los espectáculos fuesen grandes.

La exigencia era tan poderosa que los terráqueos casi no hacían otra cosa que actuar para satisfacerla, noche y día, incluso en sus sueños.

El gran ojo era el único público que a los terráqueos les interesaba realmente. Las actuaciones más fantásticas que Salo había visto eran las de terráqueos que estaban terriblemente solos. Imaginaban que el gran ojo era su único público.

Salo, con sus estatuas duras como el diamante, había tratado de conservar algunos de los estados mentales de esos terráqueos que habían montado los espectáculos más interesantes para el gran ojo imaginado.

No menos sorprendentes que las estatuas eran las margaritas titánicas que abundaban junto al mar Winston. Cuando en el año 203117 antes de Cristo, Salo llegó a Titán, las margaritas titánicas eran flores minúsculas, estrelladas, amarillas, de apenas medio centímetro de diámetro.

Entonces Salo comenzó a hacer un cultivo selectivo.

Cuando Malachi Constant, Beatrice Rumfoord y su hijo Crono llegaron a Titán, la típica margarita titánica tenía un tallo de un metro veinte de diámetro y una flor lavanda manchada de rosa de más de una tonelada.

Salo, que había observado la cercanía de la nave espacial de Malachi Constant, Beatrice Rumfoord y su hijo Crono, infló sus pies hasta darles el tamaño de pelotas de fútbol. Caminó por las aguas esmeralda claro del mar Winston, cruzándolas hasta el Taj Mahal de Winston Niles Rumfoord.

Entró en el patio cerrado del palacio, dejó salir el aire de los pies. El aire silbó. El silbido repercutió en las paredes.

La reposera lavanda de Winston Niles Rumfoord estaba vacía junto a la piscina.

—¿Skip? —llamó Salo. Usaba el más íntimo posible de todos los nombres de Rumfoord, el de su infancia, a pesar de que a Rumfoord le fastidiaba que lo usara. No lo usaba para hacerlo sufrir. Lo usaba para afirmar la amistad que sentía por Rumfoord, para probar un poco la amistad y verla triunfar elegantemente de la prueba.

Había una razón para que Salo sometiera la amistad a una prueba de colegial. Nunca había visto, nunca había oído hablar de la amistad antes de llegar al Sistema Solar. Era una novedad fascinante para él. Tenía que jugar con ella.

—¿Skip? —llamó Salo de nuevo.

El aire tenía un sabor desusado. Salo lo identificó a tientas como ozono. Era incapaz de explicarlo.

Aún ardía un cigarrillo en el cenicero junto a la silla, de modo que no hacía mucho que Rumfoord se había ido.

—¿Skip? ¿Kazak? —llamó Salo. Era insólito que Rumfoord no estuviera dormitando en su silla, que Kazak no dormitara a su lado. El hombre y el perro se pasaban la mayor parte del tiempo junto a la piscina, controlando las señales procedentes de sus otros yoes a través del espacio y del tiempo. Rumfoord estaba por lo general inmóvil en su silla, con los dedos de una mano lánguida, colgante, enterrada en el pelo de Kazak. Kazak por lo general se quejaba y contraía en sueños.

Salo miró el agua de la piscina rectangular. En el fondo de la piscina, en ocho metros de agua, estaban las tres sirenas de Titán, las tres hermosas hembras humanas que habían sido ofrecidas al lascivo Malachi Constant hacía tanto tiempo.

Eran estatuas hechas por Salo con turba titánica. De los millones de estatuas hechas por Salo, sólo estas tres estaban pintadas con colores naturales. Había sido necesario pintarlas para darles importancia dentro del ambiente suntuoso, oriental, del palacio de Rumfoord.

—¿Skip? —llamó Salo de nuevo.

Kazak, el sabueso del espacio, respondió a la llamada. Salió del edificio abovedado y con minaretes que se reflejaba en la piscina. Emergió calladamente de las sombras de encaje de la gran cámara octogonal.

Parecía envenenado.

Se estremeció y miró fijo un punto a un lado de Salo. No había nada.

Se detuvo, como si se preparara para el terrible dolor que le costaría un paso más.

Y entonces ardió y crepitó en un fuego de San Telmo.

El fuego de San Telmo es una descarga eléctrica luminosa y la criatura afectada por él no sufre más molestia que la que le causaría el cosquilleo de una pluma. De todos modos, es como si la criatura se incendiara y no es extraño que se desmaye.

La descarga luminosa de Kazak era horrible de ver. Y renovó el tufo de ozono.

Kazak no se movió. Su capacidad de sorpresa ante la asombrosa exhibición se había agotado hacía mucho tiempo. Toleraba la hoguera con fatigado pesar.

La hoguera se extinguió.

Rumfoord apareció en el portal. También él parecía desaliñado y apático. Una banda de desmaterialización, una banda de nada de un ancho de treinta centímetros pasó por Rumfoord de la cabeza a los pies. A ésta le siguieron dos bandas estrechas separadas por dos centímetros y medio.

Rumfoord mantuvo las manos en alto, con los dedos separados. De las puntas de los dedos salían rayos de fuego de San Telmo rosa, violeta, verde pálido. En el pelo le chisporroteaban breves rayos de oro pálido, poniéndole un halo de oropel.

—Paz —dijo Rumfoord débilmente.

El fuego de San Telmo se extinguió en Rumfoord.

Salo estaba despavorido.

—Skip... —dijo—. ¿Qué... qué pasa, Skip?

—Las manchas del sol —dijo Rumfoord. Se arrastró hasta la reposera lavanda, tendió

en ella su gran corpachón, y se cubrió los ojos con una mano floja y blanca como un pañuelo mojado.

Kazak yacía a su lado. Estaba temblando.

—Nunca... nunca te he visto así hasta ahora —dijo Salo.

—Nunca ha habido en el Sol una tormenta como ésta hasta ahora —dijo Rumfoord.

A Salo no le sorprendió saber que las manchas del sol afectaban a sus amigos infundibulados crono-sinclásticamente. Muchas veces había visto a Rumfoord y Kazak enfermos por las manchas del sol, pero el síntoma más grave había sido una náusea pasajera. Las chispas y las bandas de desmaterialización eran nuevas.

Ahora que Salo observaba a Rumfoord y Kazak, se volvieron por un momento bidimensionales, como figuras pintadas en banderas ondulantes.

Se estabilizaron, se volvieron otra vez redondas.

—¿Puedo hacer algo, Skip? —dijo Salo. Rumfoord gruñó.

—¿La gente nunca dejará de hacer esas preguntas horribles? —dijo.

—Lo siento —dijo Salo. Sus pies estaban tan desinflados que eran cóncavos, convertidos en ventosas. Hacían un ruido de succión en el pavimento pulido.

—¿No puedes dejar de hacer ruido? —dijo Rumfoord de mal humor.

El viejo Salo quiso morirse. Era la primera vez que su amigo Winston Niles Rumfoord le decía palabras desagradables. Salo no podía soportarlo.

El viejo Salo cerró dos de sus tres ojos. El tercero estaba presa en dos manchas azules abigarradas en el cielo. Las manchas eran dos pájaros, dos azulejos de Titán suspendidos en el aire. La pareja había encontrado un sostén. Ninguno de los dos grandes pájaros agitaba un ala.

Ni un solo movimiento, ni siquiera el de una pluma, era inarmónico. La vida era un sueño suspendido en el aire.

—Gro —dijo socialmente un azulejo de Titán.

—Gro —convino el otro.

Los pájaros cerraron las alas simultáneamente y cayeron desde la altura como piedras.

Parecían desplomarse en una muerte segura fuera de las paredes de Rumfoord. Pero se remontaron de nuevo, iniciando otro ascenso largo y fácil.

Esta vez subieron a un cielo rayado por la huella de vapor de la nave espacial en que viajaban Malachi Constant, Beatrice Rumfoord y su hijo Crono. La nave estaba por aterrizar.

—¿Skip? —dijo Salo.

—¿Tienes que llamarme así? —dijo Rumfoord.

—No —dijo Salo.

—Entonces no lo hagas —dijo Rumfoord—. No me gusta ese nombre, a menos que lo use alguien que me conoce desde chico.

—Pensé que... como amigo tuyo... —dijo Salo—, yo podía...

—¿Por qué no terminamos con esta falsa amistad? —dijo Rumfoord cortante.

Salo cerró el tercer ojo. La piel de su torso se estiró.

—¿Falsa?

—¡Tus pies están haciendo ese ruido otra vez! —dijo Rumfoord.

—¡Skip! —exclamó Salo. Rectificó esa insoportable familiaridad—. ¡Winston, es como una pesadilla que me estés hablando así! Creí que éramos amigos.

—Digamos que nos hemos ingeniado para ser de alguna utilidad el uno para el otro, y que quede en eso —dijo Rumfoord.

La cabeza de Salo se meció suavemente sobre sus cojinetes a bolilla. —Pensé que había habido algo más que eso —dijo al fin.

—Digamos —dijo Rumfoord ácido— que hemos descubierto el uno en el otro un medio para nuestros fines distintos.

—Yo... yo estaba contento de ayudarte... y confío en haberte ayudado de verdad —dijo Salo. Abrió los ojos. Tenía que ver la reacción de Rumfoord. Seguramente se mostraría amistoso de nuevo, porque Salo realmente lo había ayudado con generosidad.

—¿No te he dado la mitad de mi vulls? —dijo Salo—. ¿No te dejé copiar mi nave para Marte? ¿No despaché las primeras misiones de reclutamiento? ¿No te ayudé a calcular la manera de controlar a los marcianos, para que no causaran trastornos? ¿No me pasé los días y los días ayudándote a concebir la nueva religión?

—Sí —dijo Rumfoord—. ¿Pero qué hiciste después por mí?

—¿Qué? —dijo Salo.

—Nada —dijo Rumfoord cortante—. Es la última línea de una vieja broma que hacen en la Tierra, y no muy divertida, en estas circunstancias.

—Ah —dijo Salo—. Conocía una cantidad de bromas de la Tierra, pero esa no.

—¡Esos pies! —gritó Rumfoord.

—¡Perdón! —gritó Salo—. Si pudiera llorar como un terráqueo, lo haría. —No podía controlar sus molestos pies. Siguieron haciendo los ruidos que Rumfoord de pronto detestaba tanto—. ¡Lo siento por todo! Lo que sé es que he tratado siempre de ser un verdadero amigo, y que nunca pedí nada en cambio.

—¡No tenías por qué pedir! —dijo Rumfoord—. No tenías por qué pedir nada. Todo lo que debías hacer era sentarte y esperar a que te cayera en la mano.

—¿Qué es lo que yo quería que me cayera en la mano? —dijo Salo incrédulo.

—La pieza de repuesto de tu nave espacial —dijo Rumfoord—. Ya está casi aquí. Está llegando, señor. El chico de Constant la tiene, lo llama su amuleto, como si tú no lo supieras.

Rumfoord se sentó, se puso verde, hizo una seña pidiendo silencio.

—Perdóname —dijo—, me siento mal de nuevo.

Winston Niles Rumfoord y su perro Kazak estaban enfermos otra vez, más violentamente que antes. El pobre y viejo Salo pensó que ahora desaparecerían chisporroteando o estallarían.

Kazak aulló en una bola de fuego de San Telmo.

Rumfoord se mantuvo derecho, los ojos desorbitados, como una columna orgullosa.

Este ataque también pasó.

—Discúlpame —dijo Rumfoord con mordaz corrección—. ¿Decías...?

—¿Qué? —dijo Salo desanimado.

—Estabas diciendo algo o por decirlo —dijo Rumfoord. Sólo el sudor de sus sienes traicionaba el hecho de que acabara de pasar por un tormento. Puso un cigarrillo en una larga boquilla de hueso, lo encendió. Proyectó la mandíbula. La boquilla apuntó hacia arriba—. No volveremos a ser interrumpidos durante tres minutos —dijo—. ¿Decías?

Salo tuvo que hacer un esfuerzo para recordar el tema de la conversación. Cuando se acordó, se sintió más perturbado que nunca. Le había ocurrido la peor de las cosas posibles. Rumfoord no sólo había descubierto, al parecer, la influencia de Tralfamadore en los asuntos de la Tierra, lo cual lo hubiera ofendido bastante, sino que se consideraba a sí mismo, de algún modo, una de las principales víctimas de esa influencia.

Salo había tenido de vez en cuando la incómoda sospecha de que Rumfoord estaba bajo la influencia de Tralfamadore, pero había expulsado el pensamiento de su mente porque no podía hacer nada al respecto. Ni siquiera lo había discutido, porque discutirlo con Rumfoord hubiera significado sin duda la ruina inmediata de su hermosa amistad. Muy débilmente, Salo exploró la posibilidad de que Rumfoord no supiera tanto como parecía.

—Skip... —dijo.

—¡Por favor! —dijo Rumfoord.

—Mr. Rumfoord... —dijo Salo—, ¿usted cree que lo he usado de alguna manera?

—Tú no —dijo Rumfoord—. Las máquinas como tú, allá en tu precioso Tralfamadore.

—Aja —dijo Salo—. ¿Te... te parece... que has sido usado, Skip?

—¡Tralfamadore —dijo Rumfoord con amargura—, llegó al Sistema Solar, me pescó y me usó como a un monigote!

—Si podías verlo en el futuro —dijo Salo lastimero—, ¿por qué no lo mencionaste antes?

—A nadie le gusta pensar que lo están usando —dijo Rumfoord—. Uno se niega a admitirlo hasta último momento. —Torció la boca—. Quizá te sorprenda saber que siento cierto orgullo, por estúpido y errado que pueda ser, en adoptar mis propias decisiones por mis propias razones.

—No me sorprende —dijo Salo.

—¿Aja? —dijo desagradablemente Rumfoord—. Pensé que era una actitud demasiado sutil para que una máquina la pescara.

Este era, sin duda, el punto débil de su relación. Salo era una máquina, porque había sido diseñado y manufacturado. Él no lo ocultaba. Pero hasta entonces Rumfoord nunca había usado el hecho como un insulto. Ahora lo usaba decididamente como un insulto. A través de un fino velo de *noblesse oblige,* Rumfoord dio a entender a Salo que ser una máquina era ser insensible, no tener imaginación, ser vulgar, era ser tenaz sin una pizca de conciencia.

Salo era patéticamente vulnerable a esta acusación. Que Rumfoord supiera tan bien cómo herirlo era un tributo a la intimidad espiritual que ambos habían compartido alguna vez.

Salo cerró de nuevo dos de sus tres ojos, contempló de nuevo los azulejos de Titán suspendidos en el aire. Los pájaros eran grandes como águilas terrestres.

Salo deseó ser un azulejo de Titán.

La nave espacial donde viajaban Malachi Constant, Beatrice Rumfoord y su hijo Crono se meció sobre el palacio y aterrizó en la orilla del mar Winston.

—Te doy mi palabra de honor —dijo Salo—, yo no sabía cómo te usaban, y no tenía la menor idea de lo que...

—Máquina —dijo Rumfoord con desprecio.

—Díme, ¿para qué has sido usado, por favor? —dijo Salo—. Palabra de honor, no tengo la más vaga...

—¡Máquina! —dijo Rumfoord.

—Si piensas tan mal de mí, Skip... Winston... Mr. Rumfoord —dijo Salo—, después de todo lo que he hecho e intentado en el solo nombre de la amistad, seguramente nada de lo que yo pueda decir o hacer cambiará tu opinión.

—Precisamente lo que una máquina diría —dijo Rumfoord.

—Es lo que una máquina dijo —replicó Salo humildemente. Infló sus pies hasta el tamaño de pelotas de fútbol, preparándose a salir del palacio de Rumfoord y caminar sobre las aguas del mar Winston, para no volver nunca. Sólo cuando sus pies estuvieron completamente inflados advirtió el desafío que contenían las palabras de Rumfoord. Contenían una clara insinuación de que el viejo Salo aún podía hacer algo para arreglar de nuevo las cosas.

A pesar de ser una máquina, Salo era lo bastante sensato como para saber que preguntar de qué se trataba hubiera sido rebajarse. Se puso rígido. En nombre de la amistad, se rebajaría.

—Skip... —dijo—, díme qué debo hacer. Todo... absolutamente todo.

—Dentro de muy poco —dijo Rumfoord— una explosión hará volar la terminal de mi espiral, borrándola del Sol, borrándola del Sistema Solar.

—¡No! —gritó Salo—. ¡Skip! ¡Skip!

—No, no, nada de compasión, por favor —dijo Rumfoord, retrocediendo por temor a que lo tocaran—. Es algo muy bueno, de veras. Veré una cantidad de cosas nuevas, de criaturas nuevas. —Trató de sonreír—. Uno se cansa, sabes, de estar preso en la monótona relojería del Sistema Solar. —Se rió ásperamente.

«Después de todo —dijo—, no es como si me muriera o algo por el estilo. Todo lo que ha sido será siempre, y todo lo que será siempre ha sido. —Sacudió la cabeza rápidamente y dejó caer una lágrima que sin saberlo le colgaba del párpado.

«Aunque el pensamiento infundibulado cronosinclásticamente es consolador —dijo—, de todos modos me gustaría saber cuál ha sido el punto principal de este episodio del Sistema Solar.

—Tú... tú lo has resumido mucho mejor de lo que nadie podría en tu *Breve Historia de Marte* —dijo Salo.

—La *Breve Historia de Marte* —dijo Rumfoord— no menciona el hecho de que he sido poderosamente influido por fuerzas emanadas del planeta Tralfamadore. —Hizo rechinar los dientes.

«Antes que mi perro y yo estallemos en el espacio como chinches —dijo Rumfoord— me gustaría mucho saber cuál es el mensaje que tú llevas.

—No... no sé —dijo Salo—. Está sellado. Tengo órdenes...

—Contra todas las órdenes de Tralfamadore —dijo Winston Niles Rumfoord—, contra todos tus instintos de máquina, pero en nombre de nuestra amistad, Salo, quiero que abras el mensaje y me lo leas ahora.

Malachi Constant, Beatrice Rumfoord y el joven Crono, el niño salvaje, comían de mal talante a la sombra de una margarita titánica, a orillas del mar Winston. Cada miembro de la familia tenía una estatua para apoyarse.

El barbudo Malachi Constant, *playboy* del Sistema Solar, usaba todavía el traje amarillo brillante con los signos de interrogación anaranjados. Era el único traje que tenía.

Constant se apoyó en una estatua de San Francisco de Asís. San Francisco estaba tratando de amistarse con dos enormes pájaros hostiles y aterradores, al parecer dos águilas calvas. Constant no podía identificar correctamente a los pájaros como azulejos, porque aún no había visto un azulejo titánico. Había llegado a Titán apenas una hora antes.

Beatrice, que parecía una reina gitana, se consumía al pie de la estatua de un joven estudiante de física. A primera vista, el científico con su guardapolvo de laboratorio, parecía un perfecto servidor de la verdad y nada más que la verdad. A primera vista, uno que daba convencido de que nada sino la verdad podía agradarle allí sonriente ante su tubo de ensayo. A primera vista uno pensaba que estaba tan por encima de las preocupaciones bestiales de la humanidad como los harmoniums en las cuevas de Mercurio. Allí, a primera vista, había un joven sin vanidad, sin codicia, y uno aceptaba al pie de la letra el título que Salo había grabado en la estatua: *Descubrimiento de la Energía Atómica.*

Y entonces uno advertía que el joven buscador de la verdad estaba en erección de una manera chocante. Beatrice todavía no se había dado cuenta. El joven Crono, moreno y peligroso como su madre, ya estaba cometiendo o intentando su primer acto de vandalismo. Estaba tratando de inscribir una mala palabra terrena en la base de la estatua en la cual se había apoyado. Intentaba hacerlo con la punta aguda de su amuleto.

La turba titánica estacionada, casi tan dura como el diamante, fue la que en cambio melló la punta. La estatua en la que Crono estaba trabajando era un grupo familiar, un hombre de Neanderthal, su compañera y su hijo. Era una obra muy conmovedora. Las criaturas achaparradas, andrajosas y desvalidas eran tan feas que resultaban hermosas.

Su importancia y universalidad no quedaba menoscabada por el título satírico que Salo había dado a la obra. Había puesto títulos terribles a todas sus estatuas, como para proclamar desesperadamente que no se tomaba en serio, ni un solo instante, como artista. El título de la familia de Neanderthal derivaba del hecho de que el niño estaba contemplando un pie humano asándose en un tosco asador. El título era *Este lechan chiquitito.*

—Ocurra lo que ocurra, sea hermoso, o triste, o feliz, o aterrador —decía Malachi Constant a su familia allí en Titán—, que me cuelguen si respondo. Cuando parece que algo o alguien quiere que yo actúe de una manera determinada, me echo a temblar. —Lanzó una mirada a los anillos de Saturno. Frunció los labios—. ¿No es demasiado hermoso para decirlo con palabras? —Escupió en el suelo.

«Si alguien espera alguna vez utilizarme de nuevo en algún plan tremendo —dijo Constant—, que se prepare para una gran decepción. Será mucho mejor que trate de despertar a una de esas estatuas.

Escupió de nuevo.

—Por lo que a mí se refiere —dijo Constant—, el Universo es un depósito de chatarra, en el que todo está sobrevalorado. Yo voy hurgando entre los montones de trastos, buscando

Librodot

una ganga. Todas las llamadas gangas —dijo Constant— han sido conectadas con finos cables a un ramillete de dinamita.

Escupió de nuevo.

—Renuncio —dijo Constant.

«Me retiro —dijo Constant.

«Abandono —dijo Constant.

La pequeña familia de Constant asintió sin entusiasmo. El buen discurso de Constant era mercadería rancia. Lo había pronunciado varias veces durante los diecisiete meses de viaje de la Tierra a Titán, y era, al fin y al cabo, una filosofía de rutina para todos los veteranos de Marte.

En realidad Constant no hablaba para su familia. Lo hacía en voz alta, de modo que su voz llegara a cierta distancia del bosque de estatuas y del mar Winston. Estaba pronunciando una declaración política para beneficio de Rumfoord o de cualquier otro que anduviera por allí cerca espiando.

—¡Hemos participado por última vez —dijo Constant en voz alta— en experimentos, peleas y festivales que no nos gustan o no entendemos!

«¡Entendemos!» dijo el eco que devolvió la pared de un palacio construido en una isla, a cien metros de la costa. El palacio era, desde luego, Dun Roamin, el Taj Mahal de Rumfoord. A Constant no le sorprendió verlo allí. Lo había descubierto al desembarcar de su nave espacial, brillando como la Ciudad de Dios de San Agustín.

—¿Qué sucede a continuación? —preguntó Constant al eco—. ¿Todas las estatuas empiezan a vivir?

«¿Vivir?» dijo el eco.

—Es el eco —dijo Beatrice.

—Ya sé que es el eco —dijo Constant.

—Yo no sabía si tú sabías que era el eco o no —dijo Beatrice. Era distante y cortés. Había sido extremadamente correcta con Constant, no lo criticaba nunca, no esperaba nada de él. Una mujer menos aristocrática podía haberle hecho la vida imposible, criticándolo por todo y pidiendo milagros.

Durante el viaje no habían hecho el amor. Ni a Constant ni a Beatrice les había interesado. A los veteranos de Marte nunca les interesaba eso.

Inevitablemente, el largo viaje había hecho que Constant se acercara a su mujer y a su hijo más de lo que habían estado en el dorado sistema de tablados, rampas, escalas, púlpitos, gradas y escenarios en Newport. Pero el único amor en la unidad familiar seguía siendo el del joven Crono y Beatrice. Aparte del amor entre madre e hijo, sólo había cortesía, compasión malhumorada y una indignación contenida por haberse visto obligados a formar una familia.

—Ah, diablos —dijo Constant—, la vida es divertida cuando uno deja de pensarlo.

El joven Crono no sonrió cuando su padre dijo que la vida era divertida.

El joven Crono era el miembro de la familia menos indicado para pensar que la vida era divertida. Beatrice y Constant, después de todo, podían reírse amargamente de los feroces incidentes a los que habían sobrevivido. Pero el joven Crono no podía reírse con ellos, porque él mismo era un feroz incidente.

No es de sorprender que los principales tesoros de Crono fueran un amuleto y una navaja automática.

El joven Crono sacó su navaja automática, abrió como al descuido la hoja. Entrecerró los ojos. Se preparaba para matar, si matar fuera necesario. Miraba en dirección a una barca de remos dorada que salía del palacio de la isla.

La que remaba era una criatura de color mandarina. El remero era, naturalmente, Salo. Acercaba el bote para transportar a la familia hasta el palacio. Salo era un mal remero, nunca había remado. Tomó los remos con las ventosas de los pies.

Tenía una ventaja con respecto a los remeros humanos: el ojo en la parte posterior de la cabeza.

El joven Crono hizo espejear la luz en el ojo del viejo Salo, la hizo relampaguear con la brillante hoja de la navaja.

El ojo posterior de Salo pestañeó.

Lo que Crono hacía no era cosa de broma. Era una artimaña de la selva, una artimaña calculada para poner incómoda a cualquier criatura con ojos. Era una de las miles de artimañas que el joven Crono y su madre habían aprendido en el año que pasaran juntos en la Selva Amazónica Húmeda.

La mano morena de Beatrice tomó una piedra.

—Moléstalo de nuevo —dijo suavemente a Crono.

El joven Crono mandó de nuevo la luz al ojo del viejo Salo.

—Su cuerpo parece la única parte blanda —dijo Beatrice sin mover los labios—. Si no puedes dar en el cuerpo, procura que sea en un ojo.

Crono asintió.

Constant se quedó helado viendo la eficiente, unidad defensiva que formaban su mujer y su hijo. El no estaba incluido en sus planes. No lo necesitaban.

—¿Qué debo hacer? —murmuró Constant.

—¡Shh! —dijo Beatrice bruscamente.

Salo desembarcó en la playa con su barca dorada. Hizo rápidamente un torpe nudo marinero en la muñeca de una estatua junto al agua. La estatua era una mujer desnuda tocando el trombón. Se titulaba, enigmáticamente, *Evelyn y su violín mágico.*

Salo estaba demasiado perturbado por la pena para preocuparse de su propia seguridad, para entender incluso que alguien podía darle un susto. Se paró un momento en un bloque de turba titánica estacionada, cerca del lugar de desembarco. Sus molestos pies succionaron la piedra húmeda. Los levantó con un tremendo esfuerzo.

En ese momento los relámpagos del cuchillo de Crono lo deslumbraron.

—Por favor... —dijo.

Una piedra voló del resplandor del cuchillo.

Salo bajó la cabeza. Una mano lo atrapó por el cuello delgado y lo derribó.

El joven Crono estaba ahora montado en el viejo Salo, la punta de su cuchillo apuntando al pecho de Salo. Beatrice se arrodilló junto a la cabeza, suspendiendo sobre ella una piedra capaz de deshacerla.

—Adelante... mátenme —dijo Salo roncamente—. Me harán un favor. Desearía estar muerto. Ojalá nunca me hubieran fabricado y puesto en funcionamiento, ante todo. Mátenme, acaben con mi desdicha y después vayan a verlo. Quiere que usted vaya.

—¿Quién? —dijo Beatrice.

—Su pobre marido, el que fue mi amigo, Winston Niles Rumfoord —dijo Salo.

—¿Dónde está? —dijo Beatrice.

—En ese palacio de la isla —dijo Salo—. Se está muriendo, solo, salvo su fiel perro. La está llamando... —dijo Salo—, los llama a todos. Y dice que no quiere volver a poner los ojos en mí.

Malachi Constant vio que los labios plomizos besaban silenciosamente el aire tenue. Detrás de los labios la lengua hizo un chasquido infinitesimal. De pronto los labios se contrajeron, mostrando los dientes perfectos de Winston Niles Rumfoord.

Constant a su vez mostraba los dientes, preparándose a hacerlos crujir convenientemente a la vista de este hombre que le había hecho tanto daño. No los hizo crujir. En primer lugar, nadie estaba mirando, nadie lo vería hacerlo y lo entendería. Por otra parte, Constant descubrió que no tenía odio.

Sus preparativos para hacer rechinar los dientes terminaron en un abrir la boca como un papanatas, el gesto del que está en presencia de una espectacular enfermedad mortal.

Winston Niles Rumfoord yacía, completamente materializado, de espaldas en la reposera lavanda junto al estanque. Sus ojos se dirigían al cielo, sin pestañear y como ciegos.

Una hermosa mano colgaba junto a la silla, los esbeltos dedos enroscados en la ajustada cadena de Kazak, el sabueso del espacio.

No había nada en el extremo de la cadena.

Una explosión del Sol había separado al hombre de su perro. Un Universo planeado con misericordia los hubiera mantenido juntos.

El Universo habitado por Winston Niles Rumfoord y su perro no estaba planeado con misericordia. Kazak había sido enviado antes que su amo a la gran misión a nada y ninguna parte.

Kazak había partido aullando en una bocanada de ozono y luz pálida, en un zumbido como de enjambre de abejas.

Rumfoord dejó que la cadena se le deslizara de los dedos. La cadena expresaba muerte, hizo un sonido informe y un montón informe; era una despreciable esclava de la gravedad, nacida con la espina dorsal rota.

Los labios plomizos de Rumfoord se movieron.

—Hola, Beatrice, mujer —dijo sepulcralmente.

«Hola, Vagabundo del Espacio —dijo. Esta vez su voz era afectuosa—. Muy amable de tu parte haber venido, Vagabundo del Espacio, a aceptar una *chance* más conmigo.

«Hola, joven e ilustre portador del ilustre nombre de Crono —dijo Rumfoord—. Salve, estrella del béisbol alemán, salve, dueño del amuleto.

Los tres a quienes hablaba estaban justo pegados a la pared. Entre ellos y Rumfoord se encontraba el estanque.

El viejo Salo, a quien no se le había concedido la gracia de morir, penaba en el timón de la barca dorada, en la orilla, del otro lado de la pared.

—No me estoy muriendo —dijo Rumfoord—, simplemente me despido del Sistema Solar. Y ni siquiera eso. De acuerdo con el criterio grande, intemporal, infundibulado cronosinclásticamente, siempre estaré aquí. Siempre estaré allí donde haya estado.

«Estoy pasando la luna de miel contigo, Beatrice —dijo—. Lo estoy llevando todavía al cuartito debajo de la caja de la escalera en Newport, Mr. Constant. Sí, y jugando al escondite en las cavernas de Mercurio con usted y con Boaz. Y Crono... —dijo—, te estoy observando mientras juegas tan bien al béisbol alemán en la cancha de hierro, en Marte.

Gimió. Fue un gemido muy leve, y tan triste.

El aire dulce, suave de Titán se llevó el leve gemido.

—Todo lo que hayamos dicho, amigos, todo lo que estamos diciendo, tal como fue, tal como es, tal como será —dijo Rumfoord.

El leve gemido volvió de nuevo.

Rumfoord lo miraba irse como si fuera un anillo de humo.

—Hay algo que deben saber sobre la vida en el Sistema Solar —dijo—. Por haber sido infundibulado cronosinclásticamente, lo he sabido todo el tiempo. Sin embargo, es algo tan nauseabundo que he pensado en ello lo menos posible.

«Esa cosa nauseabunda es la siguiente:

«Todo lo que cada terráqueo ha hecho siempre ha sido urdido por criaturas de un planeta situado a ciento cincuenta mil años luz de distancia. El nombre del planeta es Tralfamadore.

«Cómo nos controlan los tralfamadorianos, no lo sé. Pero sí con qué fin nos controlan. Nos controlan de modo tal para hacernos entregar una pieza de repuesto a un mensajero tralfamadoriano que se estableció aquí en Titán.

Rumfoord señaló con el dedo al joven Crono.

—Tú, muchacho... —dijo—. Tú la tienes en el bolsillo. En tu bolsillo está la culminación de toda la historia terrestre. En tu bolsillo está ese algo misterioso que todo terráqueo ha tratado con tanta desesperación, con tanto fervor, tan a tientas, con tanta fatiga, producir y entregar.

Librodot

Una ramita chisporroteante de electricidad brotó de la punta del dedo acusador de Rumfoord.

—¡Eso que tú llamas tu amuleto —dijo Rumfoord— es la pieza de repuesto por la cual ha estado esperando tanto tiempo el mensajero tralfamadoriano!

«El mensajero —dijo Rumfoord— es la criatura color mandarina que está ahora acurrucada ahí afuera. Su nombre es Salo. Yo había confiado en que el mensajero daría a la humanidad un atisbo del mensaje que llevaba, puesto que la humanidad le daba un buen impulso en el camino. Por desgracia, tiene órdenes de no mostrar el mensaje a nadie. Es una máquina, y como tal no puede sino considerar que las órdenes son órdenes.

«Le pedí cortésmente que me mostrara el mensaje —dijo Rumfoord—. Desesperadamente se negó.

La ramita de electricidad del dedo de Rumfoord creció formando una espiral alrededor de su figura. Rumfoord contempló la espiral con triste desprecio.

—Pienso que quizá es esto —dijo de la espiral.

Y lo era. La espiral se condensó ligeramente, haciendo una reverencia. Y entonces empezó a girar alrededor de Rumfoord, hilando un capullo continuo de luz verde, susurrando.

—Todo lo que puedo decir —dijo Rumfoord desde el interior del capullo— es que he hecho todo lo que he podido para bien de mi Tierra natal mientras servía a los irresistibles deseos de Tralfamadore.

«Quizá ahora que la pieza de repuesto ha sido entregada al mensajero tralfamadoriano, Tralfamadore abandone el Sistema Solar a sí mismo. Quizá los terráqueos sean ahora libres de desarrollar y seguir sus propias inclinaciones como no lo han sido durante miles de años. —Estornudó—. La maravilla es que los terráqueos hayan sido capaces de lograr tanta coherencia como lo han hecho —dijo.

El capullo verde se alzó del suelo, quedó suspendido sobre la cúpula.

—Recuérdenme como a un caballero de Newport, la Tierra y el Sistema Solar —dijo Rumfoord. Parecía sereno otra vez, en paz consigo mismo, y por lo menos igual a cualquier criatura que pudiera encontrarse en cualquier parte.

—Para decirlo de una manera puntual —se oyó que decía Rumfoord con su gorgorito de tenor desde el capullo—, adiós.

El capullo y Rumfoord desaparecieron con un *pit.*

Rumfoord y su perro nunca más fueron vistos.

El viejo Salo llegó brincando al patio justo en el momento en que Rumfoord y su capullo desaparecían.

El pequeño tralfamadoriano estaba desatado. Con un pie ventosa se había arrancado el mensaje de la banda que rodeaba su garganta. Un pie seguía siendo ventosa y en él estaba el mensaje.

Miró el lugar donde el capullo se había elevado.

—¡Skip! —gritó al cielo—. ¡Skip! *Te diré el mensaje ¡El mensaje!* ¡Skiiiiiiiiiiiiiiip!

La cabeza le dio un gran salto en los bulones.

—Se fue —dijo con voz vacía. Susurró—: Se fue.

«¿Una máquina? —dijo Salo. Hablaba tartamudeando, tanto para sí mismo como para Constant, Beatrice y Crono—. Máquina soy, y también lo es mi gente —dijo—. Fui diseñado y manufacturado sin reparar en gastos ni economizar talento para hacerme digno de confianza, eficaz, predecible y duradero. Yo era la mejor máquina que podía hacer mi pueblo.

«¿Hasta dónde he demostrado ser una buena máquina? —preguntó Salo.

«¿Digna de confianza? —dijo—. Se confiaba en que yo guardaría el mensaje sellado hasta llegar a destino, y ahora lo he abierto.

«¿Eficaz? —dijo—. Al perder a mi mejor amigo en el Universo, me cuesta ahora más energía pisar una hoja seca de lo que me costó una vez saltar sobre el monte Rumfoord.

«¿Previsible? —dijo—. Después de observar a los seres humanos durante doscientos mil años terrestres, me he vuelto tan caprichoso y sentimental como la más tonta de las

colegialas de la Tierra.

«¿Duradera? —dijo opacamente—. Ya lo veremos.

Dejó el mensaje que había llevado durante tanto tiempo sobre la reposera lavanda, que Rumfoord había dejado vacía.

—Aquí está... amigo —dijo en recuerdo de Rumfoord—, y ojalá te sirva de consuelo, Skip. Mucho dolor le cuesta a tu viejo amigo Salo. Para dártelo, aunque sea demasiado tarde, tu viejo amigo Salo tiene que luchar contra el centro de su ser, contra su naturaleza misma de máquina.

«Le pediste lo imposible a una máquina —dijo Salo— y la máquina ha cumplido.

«La máquina ya no es una máquina —dijo Salo—. Los contactos de la máquina están corroídos, el alcance reducido, y sus engranajes hechos trizas. Su cerebro zumba y estalla como el cerebro de un terráqueo, chisporrotea y se recalienta con las ideas de amor, honor, dignidad, derechos, logro, integridad, independencia...

El viejo Salo recogió de nuevo el mensaje de la reposera de Rumfoord. Estaba escrito en un fino cuadrado de aluminio. El mensaje era una sola tilde.

—¿Les gustaría saber cómo he sido usado, en qué se ha consumido mi vida? —dijo—. ¿Les gustaría saber cuál es el mensaje del que he sido portador durante casi medio millón de años terrestres, el mensaje del que yo debía ser portador durante otros dieciocho millones de años?

Sostuvo el cuadrado de aluminio con un pie ventosa.

—Una tilde —dijo.

«Una sola tilde —dijo.

«El significado de una tilde en tralfamadoriano —dijo el viejo Salo— es...

«Saludos.

La maquinita de Tralfamadore, después de revelarse el mensaje a sí mismo, a Constant, a Beatrice y a Crono desde una distancia de ciento cincuenta mil años luz, de un salto brusco salió del patio y llegó a la playa.

Allí se mató. Se desmontó a sí mismo y arrojó sus piezas en todas direcciones.

Crono salió solo a la playa y erró pensativo entre los pedazos de Salo. Crono siempre había sabido que su amuleto tenía poderes extraordinarios y un significado extraordinario.

Y siempre había sabido que alguna criatura superior vendría en su momento a reclamarle el amuleto como propio. Era característico de los amuletos realmente eficaces el que los seres humanos nunca fueran sus dueños absolutos.

Simplemente se hacían cargo de ellos, se beneficiaban de ellos, hasta que llegaran los verdaderos dueños, los dueños superiores.

Crono no tenía el sentido de la futilidad y el desorden.

Todo le parecía en un orden perfecto.

Y el chico mismo participaba ajustadamente de ese orden perfecto.

Sacó el amuleto del bolsillo, lo dejó caer sin pesar en la arena, entre las partes dispersas de Salo.

Crono creía que tarde o temprano las fuerzas mágicas del Universo lo armarían todo de nuevo.

Siempre lo hacían.

Epílogo - Reunión con Stony

«Estás cansado, tan cansado, Vagabundo del Espacio,
Malachi, Unk. Contempla la estrella más débil,
terráqueo, y piensa qué pesadas se te están poniendo las piernas».
SALO

No hay mucho mas que contar.

Malachi envejeció en Titán.

Beatrice Rumfoord envejeció en Titán.

Murieron apaciblemente, a veinticuatro horas el uno del otro. Murieron a los setenta y cuatro años.

Sólo los azulejos de Titán supieron lo que ocurrió, finalmente, a Crono, su hijo.

Cuando Malachi Constant llegó a los setenta y cuatro años de edad, era áspero, dulce y patituerto. Estaba totalmente calvo y andaba desnudo casi todo el tiempo, cubierto solamente por una barba blanca, bien recortada, a lo Van Dyck.

Vivía en la nave espacial de Salo; allí había vivido durante treinta años.

Constant no había intentado volar en la nave espacial. No se había atrevido a tocar un solo control. Los controles de la nave de Salo eran mucho más complejos que los de una nave marciana. El tablero de Salo presentaba doscientos setenta y tres botones, llaves y perillas, cada uno con una inscripción o calibrado tralfamadoriano. Los controles no eran sino un placer para aficionado a las charadas en un Universo compuesto de una trillonésima parte de materia contra un decillón de partes de negra y aterciopelada futilidad.

Constant había chapuceado en la nave sólo para llegar a saber cautelosamente, si, como había dicho Rumfoord, el amuleto de Crono servía realmente como parte de la central de energía.

Superficialmente, en todo caso, el amuleto servía. Había una puerta de acceso a la central de energía que evidentemente había largado humo en una ocasión. Constant la abrió y encontró en el interior un compartimiento cubierto de hollín. Y debajo del hollín había cojinetes y palancas que no se relacionaban con nada.

Constant pudo acomodar los agujeros del amuleto de Crono en los cojinetes y entre las palancas. El amuleto se adecuaba ajustadamente a los huecos y los llenos, de un modo que hubiera complacido a un relojero suizo.

Constant tenía muchos *hobbies* que lo ayudaban a pasar el tiempo apaciblemente en el clima saludable de Titán.

El más interesante consistía en pasar el rato con Salo, el mensajero desmantelado de Tralfamadore. Constant se pasó miles de horas tratando de armar de nuevo a Salo y de hacerlo funcionar.

Hasta entonces no había tenido suerte.

Cuando Constant emprendió la reconstrucción del pequeño tralfamadoriano, lo hizo con la expresa esperanza de que Salo aceptaría llevar de vuelta al joven Crono a la Tierra.

Constant no estaba ansioso por volver a la Tierra, como tampoco lo estaba su compañera Beatrice. Pero Constant y Beatrice habían convenido en que su hijo, que tenía casi toda la vida por delante, debía vivirla con los activos y alegres contemporáneos de la Tierra.

Pero cuando Constant llegó a los setenta y cuatro años, el problema de devolver al joven Crono a la Tierra ya no era apremiante. El joven Crono ya no era particularmente joven. Tenía cuarenta y dos años. Y se había adaptado de un modo tan completo y especial a Titán que hubiera sido extremadamente cruel enviarlo a otra parte.

A los diecisiete años, el joven Crono se había marchado de su hogar palaciego para unirse a los azulejos, las criaturas más admirables de Titán. Crono vivía ahora entre sus nidos, junto a los estanques Kazak. Usaba sus plumas, se sentaba sobre sus huevos, compartía sus alimentos y hablaba su idioma.

Constant nunca veía a Crono. A veces, tarde en la noche, oía sus gritos. Constant no respondía. Los gritos eran por nada y para nadie.

Eran para Febe, una luna pasajera.

A veces, cuando Constant recogía fresas de Titán, o los huevos manchados, de un

kilogramo de peso, del avefría de Titán, llegaba a un pequeño santuario hecho de palos y piedras en un claro. Crono levantaba cientos de esos santuarios.

Los elementos de los santuarios eran siempre los mismos. Una gran piedra en el centro representaba a Saturno. Un aro de madera hecho con una rama verde lo rodeaba, representando los anillos de Saturno. Y más allá de los anillos había unas piedritas que representaban las nueve lunas. La más grande de esas piedras satélites era Titán. Y debajo estaba siempre la pluma de un azulejo titánico.

Las marcas en el suelo mostraban a las claras que el joven Crono, ya no tan joven, se pasaba horas haciendo girar los elementos del sistema.

Cuando el viejo Malachi Constant encontraba uno de esos extraños santuarios de su hijo en estado de abandono, lo ordenaba lo mejor que podía. Lo desyerbaba y rastrillaba, y hacía un nuevo anillo con una rama para la piedra que era Saturno. Debajo de la piedra que era Titán ponía una pluma nueva de azulejo.

Con la limpieza de los santuarios, Constant se acercaba espiritualmente lo más que podía a su hijo.

Respetaba lo que su hijo estaba tratando de hacer con la religión.

Y aveces, cuando Constant contemplaba un santuario restaurado, movía experimentalmente los elementos de su propia vida, pero en el nivel de la mente. En esas ocasiones era probable que reflexionara con melancolía en dos cosas sobre todo: el asesinato de Stony Stevenson, su mejor y único amigo, y el amor de Beatrice Rumfoord, que había conquistado tan tarde en la vida.

Constant nunca supo si Crono sabía quién ordenaba los santuarios. Quizá Crono pensara que su dios o sus dioses lo hacían.

Todo era tan triste. Pero todo era tan hermoso, también.

Beatrice Rumfoord vivía sola en el Taj Mahal de Rumfoord. Sus contactos con Crono eran mucho más perturbadores que los de Constant. Con intervalos imprevisibles, Crono nadaba hasta el palacio, se vestía con ropas de Rumfoord, anunciaba que era el cumpleaños de su madre, y se pasaba el día en una conversación indolente, triste, razonablemente civilizada.

Al final de un día así, Crono se ponía frenético contra las ropas, su madre y la civilización. Se desgarraba el traje, chillaba como un azulejo y se zambullía en el mar Winston.

Después de soportar una de esas fiestas de cumpleaños, Beatrice clavaba un remo en la arena de la playa frente a la orilla más cercana y enarbolaba una sábana blanca.

Era una señal para Malachi Constant, rogándole por favor que fuera en seguida a ayudarla a calmarse.

Y cuando Constant llegaba en respuesta a la señal de angustia, Beatrice siempre se consolaba a sí misma con las mismas palabras.

—Por lo menos —decía— no es un nene de mamá. Y por lo menos tiene la grandeza de alma necesaria para juntarse con las más nobles, las más hermosas criaturas visibles.

La sábana blanca, la señal de angustia, estaba flotando ahora.

Malachi Constant llegó a la orilla en una piragua. La barca dorada que correspondía al palacio se había hundido hacía mucho, comida por la carcoma.

Constant usaba una vieja salida de baño azul que había pertenecido a Rumfoord. La había encontrado en el palacio y la usaba en vez del gastado traje de Vagabundo del Espacio. Era su único vestido y sólo se lo ponía cuando Beatrice lo llamaba.

Constant llevaba consigo en la piragua seis huevos de avefría, medio kilo de fresas silvestres, una jarra de turba con doce litros de leche de margaritas fermentadas, treinta y cinco litros, de semillas de margarita, ocho libros que había tomado prestados de la biblioteca de cuarenta mil volúmenes que había en el palacio, una escoba y una pala de confección casera.

Constant se bastaba a sí mismo. Cultivaba o recogía todo lo que necesitaba. Esto le daba

una enorme satisfacción.

Beatrice no dependía de Constant. Rumfoord había almacenado en el Taj Mahal generosas cantidades de alimentos y bebidas terrestres. Beatrice tenía para comer y beber en abundancia, y siempre tendría.

Constant llevaba alimentos del lugar a Beatrice porque estaba muy orgulloso de sus talentos de leñador y agricultor. Le gustaba mostrar sus talentos de abastecedor.

Era compulsivo en él.

Constant llevaba la escoba y la pala en la piragua porque el palacio de Beatrice era un verdadero revoltijo. Beatrice no limpiaba, de modo que Constant sacaba lo más gordo de la suciedad cuando le hacía una visita.

Beatrice Rumfoord era una anciana elástica, tuerta, con dientes de oro, morena, derecha y flaca como una espina. Pero a pesar de su decadencia, se trasparentaba su clase.

Para cualquiera con sentido de lo poético, lo mortal y lo maravilloso, la altiva y pomulosa compañera de Malachi Constant era el ser humano más hermoso de todos.

Era probablemente un poco chiflada. En una luna donde sólo había otras dos personas, estaba escribiendo un libro titulado *El Verdadero Objeto de la Vida en el Sistema Solar.* Era una refutación de la idea de Rumfoord de que el objeto de la vida humana en el Sistema Solar era hacer que el mensajero que desembarcara de Tralfamadore siguiera de nuevo su camino.

Beatrice empezó el libro cuando su hijo la dejó para juntarse con los azulejos. Hasta este momento la obra, escrita a mano, ocupaba treinta y ocho pies cúbicos del Taj Mahal.

Cada vez que Constant la visitaba, ella le leía en voz alta los últimos añadidos al manuscrito.

Estaba haciéndolo ahora, sentada en la vieja reposera de Rumfoord mientras Constant haraganeaba en el patio. Llevaba una colcha de felpa rosa y blanca que había en el palacio. Labrado en la guarda de la colcha se leía el mensaje, *Dios no se preocupa. A Dios no le importa.*

Había sido la colcha personal de Rumfoord.

Beatrice seguía leyendo, devanando argumentos contra la importancia de las fuerzas de Tralfamadore.

Constant no escuchaba demasiado. Simplemente gozaba de la voz de Beatrice, que era fuerte y triunfante. Estaba metido en una boca de alcantarilla junto a la piscina, haciendo girar una válvula para sacar el agua. El agua de la piscina se había convertido en algo parecido a la sopa de arvejas, debido a las algas de Titán. Cada vez que Constant visitaba a Beatrice, libraba una batalla perdedora contra la prolífica espesura verde.

—Sería inútil negar —decía Beatrice, leyendo su obra en voz alta— que las fuerzas de Tralfamadore han tenido algo que ver con los asuntos de la Tierra. Pero las personas que han servido los intereses de Tralfamadore lo han hecho de una manera tan personal, que se puede decir que Tralfamadore no ha tenido prácticamente nada que ver con la cosa.

Constant, de pie en la alcantarilla, apoyó la oreja en la válvula que había abierto. A juzgar por el sonido, el agua salía lentamente.

Constant blasfemó. Uno de los elementos de información vitales que habían desaparecido con Rumfoord y muerto con Salo, era cómo se las habían arreglado, en su tiempo, para mantener cristalina el agua de la piscina. Aun desde que Constant se hiciera cargo del cuidado de la piscina, las algas habían seguido creciendo. El fondo y los lados de la piscina estaban forrados con una capa de limo, y un montículo mucilaginoso tapaba las tres estatuas del centro, las tres sirenas de Titán.

Constant sabía el significado de las tres sirenas en su vida. Lo había leído, tanto en la *Breve Historia de Marte* como en *La Biblia autorizada y revisada* de Winston Niles Rumfoord. Las tres grandes bellezas ya no le importaban tanto, como no fuese para recordarle que alguna vez el sexo lo había perturbado.

Constant emergió del agujero. —Sale cada vez más despacio —dijo a Beatrice—. Me

parece que no puedo dejar pasar mucho tiempo sin destapar los caños.

—¿Ah, sí? —dijo Beatrice, levantando los ojos de su manuscrito.

—Sí —dijo Constant.

—Bueno... haz lo que haya que hacer —dijo Beatrice.

—Es la historia de mi vida —dijo Constant.

—Acaba de ocurrírseme una idea que debería figurar en el libro —dijo Beatrice—, basta que no se me escape.

—Le daré con la pala si pasa por aquí.

—No digas nada durante un minuto —dijo Beatrice—. Déjame que la atrape en mi cabeza. —Se puso de pie y caminó hasta la entrada del palacio para huir de las distracciones de Constant y de los anillos de Saturno.

Miró largamente un gran cuadro al óleo colgado en la pared de entrada. Era la única pintura del palacio. Constant lo había traído de Newport.

Era el retrato de una niñita inmaculada, de blanco, que sostenía las riendas de su pony blanco.

Beatrice sabía quién era la niñita. El cuadro tenía un rótulo de bronce que decía *Beatrice Rumfoord, niña.*

Había un gran contraste entre la niñita de blanco y la anciana que la miraba.

De pronto Beatrice volvió la espalda al cuadro y salió de nuevo al patio. La idea que quería añadir al libro estaba ahora en su mente.

—Lo peor que le puede ocurrir posiblemente a cualquiera —dijo—, es no ser usado para nada por nadie.

El pensamiento la alivió. Se tendió en la vieja reposera de Rumfoord, miró los hermosos anillos de Saturno, el Arco Iris de Rumfoord.

—Gracias por haberme usado —dijo a Constant—, aunque yo no quisiera ser usada por nadie.

—De nada —dijo Constant.

Empezó a barrer el patio. Los desperdicios que barría estaban formados por una mezcla de arena, que venía de afuera con el viento, cascaras de semilla de margarita, cascaras de maní terrestre, latas de pollo vacías y hojas apelotonadas del manuscrito. Beatrice subsistía sobre todo a base de semillas de margarita, cacahuetes y pollo enlatado porque no tenía que cocinarlos, porque ni siquiera tenía que interrumpir su escritura para comerlos.

Podía comer con una mano y escribir con la otra, y deseaba, más que nada en la vida, que todo quedara escrito.

Cuando había barrido la mitad del patio, se detuvo para ver cómo se vaciaba la piscina.

Lentamente se desagotaba. El viscoso montículo verde que cubría las tres sirenas de Titán rompía justo la superficie descendente del agua.

Constant se inclinó sobre la alcantarilla abierta, para escuchar el sonido del agua.

Escuchó la música de los caños. Y oyó algo más.

Oyó la ausencia de un sonido familiar y amado.

Su compañera Beatrice ya no respiraba.

Constant Malachi enterró a su compañera en la turba titánica a orillas del mar Winston. La enterró donde no había estatuas.

Malachi Constant le dijo adiós cuando el cielo estaba lleno de azulejos titánicos. Debía de haber por lo menos diez mil grandes y nobles pájaros.

Convertían el día en noche, sacudían el aire con el batir de sus alas.

Ni un pájaro gritó.

Y en esa noche en mitad del día, Crono, el hijo de Beatrice y Malachi, apareció en una colina que dominaba la nueva tumba. Llevaba una capa de plumas que restallaba como si fuera un par de alas.

Era espléndido y fuerte.

—¡Gracias, Padre y Madre —gritó— por el don de la vida. ¡Adiós!

Se fue, y los pájaros partieron con él.

Cuando el viejo Malachi Constant volvió al palacio, el corazón le pesaba como una bala de cañón. Lo que lo llevaba de vuelta a aquel triste lugar era el deseo de dejarlo en buen orden.

Tarde o temprano alguien más vendría.

El palacio debía estar limpio, pulcro y listo para quien fuese. El palacio debía hablar bien de su anterior ocupante.

Alrededor de la gastada reposera de Rumfoord estaban los huevos de avefría y las fresas silvestres de Titán, la jarra de leche de margaritas fermentadas y el canasto de semillas de margarita que Constant había traído para Beatrice. No durarían hasta que llegara el próximo ocupante.

Constant lo puso todo en la piragua.

No lo necesitaba. Nadie lo necesitaba.

Al enderezar su vieja espalda, desde la canoa vio a Salo, el pequeño mensajero de Tralfamadore, caminando sobre el agua en su dirección.

—Mucho gusto —dijo Constant.

—El gusto es mío —dijo Salo—. Gracias por haberme armado de nuevo.

—Creí que no lo había hecho bien —dijo Constant—. No pude conseguir que diera señales de vida.

—Lo hizo bien —dijo Salo—. Era yo el que no me decidía a darlas. —Dejó salir el aire de sus pies con un susurro—. Supongo que tendré que irme.

—¿Va a entregar el mensaje, después de todo? —dijo Constant.

—Todo el que ha viajado hasta ahora con una misión tonta —dijo Salo—, no puede sino defender el honor de los tontos completando la misión.

—Mi compañera ha muerto hoy —dijo Constant.

—Lo siento —dijo Salo—. Yo diría: «¿No puedo hacer nada por usted?», pero Skip me dijo una vez que era la expresión más odiosa y estúpida de la lengua.

Constant se frotó las manos. La única compañía que le quedaba en Titán era la que su mano derecha podía hacerle a la izquierda.

—La echo de menos —dijo.

—Al fin usted se enamoró, por lo que veo —dijo Salo.

—Hace sólo un año —dijo Constant—. Nos llevó tanto tiempo comprender que el objeto de una vida humana, quienquiera que sea que la controle, es amar al que está cerca para ser amado.

—Si usted o su hijo quieren volver a la Tierra —dijo Salo— sepa que no me queda muy fuera de camino.

—Mi hijo se ha ido con los azulejos —dijo Constant.

—¡Suerte la de él! —dijo Salo—. Yo me iría con los azulejos si me dejaran.

—La Tierra —dijo Constant, maravillado.

—Podríamos estar allí en cosa de horas —dijo Salo—, ahora que la nave funciona bien de nuevo.

—Esto ha quedado solitario —dijo Constant— ahora que... —Sacudió la cabeza.

En el viaje de vuelta, Salo sospechó que había cometido un error trágico al aconsejar a Constant que regresara a la Tierra. Había empezado a sospecharlo cuando Constant insistió en que lo llevara a Indianápolis, Indiana, U.S.A.

La insistencia de Constant fue una revelación consternante, pues Indianápolis estaba lejos de ser un lugar ideal para un viejo sin hogar.

Salo quería dejarlo junto a una pista de juego de tejo en St. Petersburg, Florida, U.S.A., pero Constant, a la manera de los viejos, no sería disuadido de su primera decisión. Quería ir a Indianápolis, y nada más.

Salo supuso que Constant tenía parientes o posiblemente viejas relaciones de negocios en Indianápolis, pero resultó que no.

—No conozco a nadie en Indianápolis, y no conozco nada sobre Indianápolis, salvo una cosa —dijo Constant—, una cosa que leí en un libro.

—¿Qué es lo que leyó en un libro? —dijo Salo incómodo.

—Indianápolis, Indiana —dijo Constant—, es el primer lugar de los Estados Unidos donde un hombre blanco fue ahorcado por haber asesinado a un indio. El tipo de gente que cuelga a un blanco por haber asesinado a un indio... —dijo Constant—, es el tipo de gente que me viene bien.

La cabeza de Salo se sobresaltó sobre sus cojinetes a bolilla. Sus pies hicieron unos penosos sonidos en el piso de hierro. Evidentemente su pasajero no sabía casi nada sobre el planeta hacia el cual se acercaba a una velocidad próxima a la de la luz.

Por lo menos Constant tenía dinero.

Eso era una esperanza. Tenía casi tres mil dólares en diversas monedas terrestres, tomadas de los bolsillos de los trajes de Rumfoord en el Taj Mahal.

Y por lo menos estaba vestido.

Llevaba un traje terriblemente bolsudo pero de buen *tweed,* que había sido de Rumfoord, completado con una llave, símbolo estudiantil, colgando de una cadena que atravesaba la delantera de la chaqueta.

Salo le había hecho llevar la llave junto con el traje.

Constant tenía un buen abrigo, un sombrero y también galochas.

A sólo una hora de distancia de la Tierra, Salo se preguntó qué más podía hacer para que lo que le quedaba de vida a Constant fuera soportable, aun en Indianápolis.

Y decidió hipnotizar a Constant, para que los últimos segundos de la vida de Constant, por lo menos, agradaran enormemente al viejo. La vida de Constant terminaría bien.

Constant ya estaba en un estado casi hipnótico, contemplando el Cosmos a través de una tronera.

Salo se le acercó por detrás y le habló suavemente.

—Estás cansado, tan cansado, Vagabundo del Espacio, Malachi, Unk —dijo Salo—. Contempla la estrella más débil, terráqueo, y piensa qué pesadas se te están poniendo las piernas.

—Pesadas —dijo Constant.

—Vas a morir algún día, Unk —dijo Salo—. Lo siento, pero es verdad.

—Verdad —dijo Constant—. No lo sientas.

—Cuando sepas que te estás muriendo, Vagabundo del Espacio —dijo Salo hipnóticamente—, te ocurrirá una cosa maravillosa. —Entonces describió a Constant las cosas maravillosas que Constant imaginaría antes de que su vida se extinguiera.

Sería una ilusión posthipnótica.

—¡Despierta! —dijo Salo.

Constant se estremeció, se apartó de la tronera.

—¿Dónde estoy? —dijo.

—En una nave espacial tralfamadoriana que ha salido de Titán rumbo a la Tierra —dijo Salo.

—Ah —dijo Constant—. Claro —dijo un momento después—. Debo de haberme dormido.

—Eche un sueñito —dijo Salo.

—Sí, creo que lo haré —dijo Constant. Se tendió en una litera. Se hundió en el sueño.

Salo sujetó al Vagabundo del Espacio a su litera. Luego se sujetó a su propio asiento frente a los controles. Puso los tres diales, verificó dos veces cada uno. Apretó un botón rojo brillante.

Se reclinó. No había nada más que hacer. Desde ese momento en adelante todo era automático. En treinta y seis minutos la nave aterrizaría sola cerca del final de una línea de

autobuses en las afueras de Indianápolis, Indiana, U.S.A., la Tierra, Sistema Solar, Vía Láctea.

Serían allí las tres de la mañana.

Además sería invierno.

La nave espacial aterrizó sobre cuatro pulgadas de nieve fresca en un terreno baldío situado al sur de Indianápolis. No había nadie despierto para verla aterrizar.

Malachi Constant salió de la nave espacial.

—Allí está la parada del autobús, viejo soldado —susurró Salo. Había que hablar en voz baja, porque a sólo diez metros de distancia había una casa de dos pisos con una ventana de dormitorio abierta. Salo señaló un banco nevado en la acera—. Tendrá que esperar unos diez minutos —susurró—. El autobús lo llevará al centro de la ciudad. Pídale al conductor que lo deje cerca de un buen hotel.

Constant asintió.

—No se preocupe —murmuró.

—¿Cómo se siente? —murmuró Salo.

—Caliente como una tostada —murmuró Constant.

La queja de alguien a quien vagamente habían molestado en el sueño salió de la ventana abierta.

—Auuu, es alguien —se quejó el hombre—, afo, aua, deyab, ummmm.

—¿Se siente bien, de veras? —susurró Salo.

—Sí. Muy bien —susurró Constant—. Caliente como una tostada.

—Buena suerte —susurró Salo.

—Aquí no decimos eso —susurró Constant.

Salo pestañeó.

—Yo no soy de aquí —susurró. Miró alrededor el mundo perfectamente blanco, sintió los besos húmedos de los copos de nieve, pensó en los ocultos significados de las pálidas luces amarillas de la calle que brillaban en un mundo tan blancamente dormido. —Hermoso —susurró.

—¿No es cierto? —susurró Constant.

—¡A ver si se callan! —gritó amenazadoramente el que quería dormir, al que pudiera amenazar su sueño—. ¿Qué pasa? Oooh.

—Mejor que se vaya —susurró Constant.

—Sí —susurró Salo.

—Adiós —susurró Constant— y gracias.

—No hay de qué, vamos —susurró Salo. Volvió a la nave, cerró la escotilla. La nave se elevó con el sonido de un hombre que sopla sobre el cuello de una botella. Salió entre los remolinos de nieve, desapareció.

—Adiós —dijo.

Los pies de Malachi Constant chirriaron en la nieve mientras caminaba hacia el banco. Sacudió la nieve del banco y se sentó.

—¡Frooo! —gritó el hombre que quería dormir, como si de pronto hubiera entendido todo.

«¡Broo! —gritó porque no le gustaba nada lo que de pronto había comprendido.

«¡Sapfrum! —dijo, expresando con términos seguros lo que iba a hacer.

«¡Fluf! —gritó.

Era de imaginar que los conspiradores habían huido.

Cayó más nieve.

El ómnibus que Malachi Constant esperaba llegó con dos horas de retraso esa mañana, debido a la nieve. Cuando llegó era demasiado tarde. Malachi Constant estaba muerto.

Salo lo había hipnotizado para que imaginara, al morir, que veía a su mejor y único

Librodot

amigo, Stony Stevenson.

Mientras la nieve goteaba sobre Constant, él imaginaba que las nubes se abrían dejando pasar un rayo de sol, un rayo de sol todo para él.

Una nave espacial dorada, tachonada de diamantes, se deslizó por el rayo del sol y aterrizó en la nieve intacta de la calle.

Bajó de ella un hombre rechoncho, pelirrojo, con un gran cigarro. Era joven. Usaba el uniforme de la Infantería Marciana de Asalto, el viejo traje de Unk.

—Hola, Unk —dijo—. Entra.

—¿Que entre? —dijo Constant—. ¿Quién es usted?

—Stony Stevenson, Unk. ¿No me reconoces?

—¿Stony? —dijo Constant—. ¿Eres tú, Stony?

—¿Qué otro puede soportar ese ritmo endemoniado? —dijo Stony. Se rió—. Entra —dijo.

—¿Para ir a dónde? —dijo Constant.

—Al Paraíso —dijo Stony.

—¿Cómo es el Paraíso? —dijo Constant.

—Todo el mundo es feliz para siempre —dijo Stony—, o por lo menos mientras aguante este Universo de mierda. Entra Unk. Beatrice ya está allí, esperándote.

—¿Beatrice? —dijo Unk, entrando en la nave espacial.

Stony cerró las troneras, apretó el botón de marcha.

—¿Vamos... vamos al Paraíso ahora? —dijo Constant—. ¿Voy... estoy yendo al Paraíso?

—No me preguntes por qué, viejo —dijo Stony—, pero hay alguien allí arriba a quien le gustas.

FIN

El llamado de sirena de la espiral de Vonnegut: desde las vistas lunares de Dresden a Tralfamadore

I

Kurt Vonnegut (h.) ha investigado el ámbito de la imaginación apocalíptica más que cualquiera de sus contemporáneos. Hasta la fecha, tres de sus novelas abordan los temas básicos de la ciencia ficción. Su primera novela, *Phyer Piano* (1952), presenta detalladamente y de manera algo convencional la distopía futurista y mecánica de Ilium, Nueva York. *The Sirens of Titán,* (1959), su segunda novela, la más cercana del «centro vital» de la ciencia ficción y tema de este capítulo, trata el impacto filosófico y metafísico que provoca el descubrimiento de que la historia humana en toda su extensión ha servido a los intereses de manipuladores extraños del planeta Tralfamadore. En el futuro indeterminado en que ubica *Cat's Cradle* (1963), otro descubrimiento, el de una sustancia llamada hielo-nieve, congela hasta extinguir la vida en la Tierra. En *Cat's Cradle,* la invención de una nueva forma de consuelo religioso y la llegada de un nuevo mesías, tema dominante en las novelas de Vonnegut y asociado con los aspectos utópicos de la ciencia ficción, está tratado en profundidad. En cambio, en *Mother Night* (1961), la primera de las novelas no futuristas de Vonnegut, es notoria la ausencia de elementos religiosos o mesiánicos; tal vez debido a que esta novela está dedicada más de lleno que cualquiera de las cinco restantes al interés de Vonnegut polarizado en el caos y el horror de la guerra, especialmente de la segunda guerra mundial. En este caso asistimos a la historia desolada y apabullante y al eventual suicidio de Howard W. Campbell, un agente doble norteamericano que vive en Alemania durante la

Librodot

segunda guerra. El Sr. Rosewater y Billy Pilgrim, protagonistas respectivamente de *God Bless You Mr. Rosewater* (1936) y *Slaughterhouse-Five* (1969), sufren durante la segunda guerra mundial experiencias igualmente traumáticas. Siguiendo en gran parte el ejemplo de Kilgore Trout, un escritor de ciencia ficción prolífico, pero sin éxito económico y con aire de Cristo, el Sr. Rosewater logra calmar su remordimiento por haber matado a tres bomberos alemanes durante la guerra, dedicando su vida a la creación de una utopía filantrópica. Billy Pilgrim, tal vez a raíz de sus espantosas experiencias durante el bombardeo de Dresde, tal vez por leer a Trout, quizá porque es cierto, se cree «liberado en el tiempo» merced al ejemplo de sus cautivos en el planeta Tralfamadore; de modo que el relato de su vida es una trayectoria zigzaguente en el tiempo.

Las tres novelas ajenas a la ciencia ficción giran en gran parte en torno de la interacción culpable de pasado y presente; los tres relatos de ciencia ficción proyectan hacia el futuro las mismas fuerzas de mecanización, sin sentido y destrucción. Observar esto es un modo de decir que la obra de Vonnegut presenta una totalidad temporal, es una clave para comprender que la visión de Vonnegut tiene muchos elementos en común con la de los habitantes del planeta Tralfamadore, que ven todo lo temporal dispuesto en el espacio. Desde el punto de vista espacial, no hay duda de que Vonnegut considera a su obra una totalidad, al modo de Faulkner. Lo que parecen ser las mismas ubicaciones, la misma gente y las mismas familias, con algunas discrepancias al parecer deliberadas, entra y sale en su ficción. Tralfamadore y Kilgore Trout son ejemplos de eso. *Slaughterhouse-Five,* en especial, parece un compendio de los motivos de las primeras novelas y la única en que el pasado, el presente y el futuro funcionan concertadamente. *Breakfast of Champions* (1973), una obra decepcionante, parece compuesta con lo que no se adaptaba a *Slaughterhouse-Five,* y sólo sirve para acentuar ese sentimiento de fin. De esto se deduce que las novelas se iluminan directamente una a otra, y que *The Sirens of Titán* proporciona un perímetro exterior o un telón, de foro cósmico sobre el cual se desarrolla la acción de todas las obras de Vonnegut. Por consiguiente, *The Sirens of Titán* tiene una importancia que no se le reconoce, con excepción del mismo Vonnegut, que la llamó su novela favorita[4]. Parece ineludible sacar la conclusión de que *The Sirens of Titán* ha sido subestimada por tratarse de la obra de Vonnegut cuyo carácter de ciencia ficción es más indiscutible. «Cada día se admite más la seriedad de las investigaciones de Vonnegut, que hizo que la gente se diera cuenta de que no era simplemente el escritor de ciencia ficción que parecía en primera instancia», sostiene Tony Tanner, poniendo de manifiesto la suposición miope de la crítica que ha empañado el reconocimiento de que *The Sirens of Titán* es la novela más inteligente de Vonnegut, y tal vez la mejor obra de ciencia ficción de los últimos años[5]. Entiendo que este análisis de la función de la ciencia ficción en general y de *The Sirens of Titán* en particular en el mundo imaginario de Vonnegut supone una enmienda en el enfoque de esa obra.

En la primera de las tres novelas no futuristas, el elemento de ciencia ficción está ausente, excepto en lo que se refiere a mi hipótesis del telón de foro cósmico en *The Sirens of Titán,* pero en las otras dos el interés por los factores de ciencia ficción se va colocando gradualmente en primer plano. En un discurso de ebrio, el Sr. Eliot Rosewater se dirige a un grupo de escritores de ciencia ficción cuya conversación ha interrumpido: «Yo los quiero, hijos de perra»:

Son los únicos a quienes leo. Son los únicos que hablan de los cambios *realmente* terribles que están sucediendo, los únicos lo bastante locos como para saber que la vida es un

[4] «El hijo predilecto de toda madre es aquel a quien dio vida en un parto natural. *Sirens of Titán* es una obra, de ese tipo», según la opinión de Vonnegut citada por Richard Todd en «The Masks of Kurt Vonnegut», *The New York Time Magazine* (24 de enero de 1971), pág. 22.

[5] *Cuy of Words,* pág. 181.

Librodot

viaje espacial, y no un viaje corto, sino que durará miles de millones de años. Son los únicos con tripas suficientes como para encarar realmente el futuro, que advierten *verdaderamente* lo que nos hacen las máquinas, lo que nos hacen las guerras, lo que nos hacen las tremendas equivocaciones, errores, accidentes y catástrofes. Son los únicos lo bastante locos como para angustiarse por el tiempo y las distancias sin límites, por los misterios que no morirán nunca, por el hecho de que justo ahora estamos determinando si el viaje espacial del próximo millar de millones de años se dirige al Cielo o al Infierno[6].

Si éste es el recuento de los temas de ficción de Vonnegut, como parece serlo, la deducción lógica sería aceptar su propio criterio e incluirlo entre los escritores de ciencia ficción que constituyen el auditorio de Rosewater. Pero llegar a esa conclusión, preparada de antemano, es pasar por alto el hecho que, si bien los temas de Rosewater son de ciencia ficción, pueden ser tratados en obras que no lo son: *Mother Night y The Mysterious Stranger,* de Twain, por ejemplo. Temas de esta naturaleza en gran escala constituyen la materia principal de lo que he llamado literatura apocalíptica, de la cual la ciencia ficción es una subdivisión fácilmente identificable. Aunque me propongo analizar el aspecto de ciencia ficción de la obra de Vonnegut, debo destacar que lo considero fundamentalmente un escritor apocalíptico que utiliza un componente considerable de ciencia ficción.

II

En *Slaughterhouse-Five* se pone de manifiesto la relación de este componente con la concepción apocalíptica más amplia de Vonnegut. En esta novela Vonnegut afronta la herida psíquica que tensa el arco de su arte. Durante la segunda guerra mundial, siendo miembro de un batallón de exploradores, fue capturado por los alemanes y obligado a trabajar en una fábrica de Dresde que hacía jarabe de malta para mujeres embarazadas. El 13 de febrero de 1945, dentro de «una alacena de carne fría bajo un matadero», sobrevivió al bombardeo de la ciudad por los aliados, una atrocidad, estratégicamente injustificada, que tuvo como consecuencia «un incendio apocalíptico» y la muerte de 135.000 personas, mortandad que excede considerablemente al número de vidas que se perdieron cuando se arrojó la bomba atómica en Hiroshima[7]. Ninguna analogía terrestre puede expresar con exactitud el efecto que tuvo sobre Vonnegut la ciudad devastada: «Dresde era como ahora la Luna, nada más que minerales»[8]. También para Billy Pilgrim «era como la Luna»: ningún sobreviviente «treparía curva tras curva de la superficie de la Luna».

Es lo que hizo Vonnegut. Aunque actualmente las pantallas de los televisores nos han familiarizado con ese paisaje ceniciento y estéril, lleno de hoyos, la medida en que el silencio de la Luna, el sistema solar, y tal vez toda la galaxia, proclama la ausencia de vida, es una concepción imaginaria que no se puede transmitir por medios electrónicos.

En un artículo sobre la juventud norteamericana, Vonnegut termina diciendo: «Su problema es éste: el próximo holocausto dejará la Tierra inhabitable, y la Luna no es Suiza. Tampoco lo es Marte. Ni Venus.

En todo el resto del sistema solar no hay nada que respirar»[9]. Estas oprimentes implicancias imaginarias son terreno exclusivo de la ciencia ficción.

Paradójicamente, no obstante que el horrendo matadero de Dresde se transformó en una

[6] Los datos entre paréntesis remiten a *God Bless You, Mr Rosewater,* edición de bolsillo de Dell, 1966.

[7] Véase «Introduction» en *Mother Night,* edición de bolsillo de Avon, 1967, pág. VI.

[8] Los datos entre paréntesis referidos a *Slaughlerhouse-Five* remiten a la edición de bolsillo de Delta, 1969.

[9] Véase «Why They Read Hesse», *Horizon,* XII (primavera de 1970), pág. 31.

Librodot

forma de protección y que la analogía de ciencia ficción proporcionó a Vonnegut un medio de concebir su desgarradora experiencia, también le proporcionó la estrategia mental con que hacer frente a la tremenda sensación de culpa que experimentaba como norteamericano de origen alemán que sobrevivió al holocausto desencadenado por sus compatriotas. A menudo se ataca a la ciencia ficción por su falta de interés humano y de complicaciones emocionales. Pero esa aparente debilidad debiera considerarse como una fuerza.

Como en el Apocalipsis de San Juan, el alcance cósmico de la ciencia ficción y la magnitud de los acontecimientos o fenómenos que trata, da lugar a que se retraiga el ser humano individual. En la perspectiva de la ciencia ficción los problemas terrestres se vuelven intrascendentes.

Tal como se le explica a Malachi Constant en *The Sirens of Titán,* el viaje espacial le dará «una oportunidad para ver un planeta nuevo e interesante, y una oportunidad para reflexionar sobre tu planeta nativo desde un punto de vista nuevo y objetivo»[10].

De dos partes sucesivas de *God Bless You, Mr. Rosewater,* se puede inferir que ese pensamiento fue efectivamente, un aspecto importante de la supervivencia de Vonnegut y tal vez una explicación del fuerte acento de ciencia ficción que caracteriza la primera etapa de su obra después de la experiencia de Dresde. En la primera de esas partes, Eliot, mientras viaja en ómnibus, lee *Pan-Gálactic Three-Day Pass,* de Kilgore Trout, una de sus setenta y cinco novelas de ciencia ficción que no han tenido éxito. En la segunda, lee «transpirándole las palmas de las manos, una descripción de las explosiones en Dresde». La yuxtaposición es aquí importante y fundamental para *Slaughterhouse-Five.* Al protagonista «terrestre» de Trout, que es miembro de una expedición «apoyada por alrededor de doscientas galaxias» y que ha llegado al «borde del universo» se le ofrece un pase de tres días «a causa de una muerte allá en su tierra». Después de investigar cuál de sus parientes pudo ser, el «terrestre» recibe esta respuesta: «No se trata de *quién* ha muerto, sino de *qué* ha muerto. «Muchacho, ha muerto la Vía Láctea». Posiblemente el miedo que tenía Billy Pilgrim en *Slaughterhouse-Five* de que la Tierra pudiera poner en peligro al universo es doblemente infundado: cuando un piloto de prueba de Tralfamadore ensaya un nuevo combustible para platos voladores, hace estallar, accidentalmente el Universo; la Tierra no sólo «no tiene nada que ver con ello», sino que «ni siquiera está allí».

Extrapolando del relato de Trout que «el distrito de Rosewater se había ido», Eliot descubre que «no lo echaba de menos». Esta fría perspectiva viene bien como respuesta a la descripción de los incendios de Dresde. Cuando el ómnibus llega a los suburbios de Indianápolis, tiene la alucinación de un gran incendio, pero éste se transforma en una columna de fuego majestuosa y estéticamente hermosa: «... hélices de ascuas rojas giraban en estática armonía en torno de un centro interior blanco. El blanco parecía sagrado». En este caso la perspectiva de la ciencia ficción funciona como una forma de consuelo casi religioso. Después de esta visión «todo se volvió negro para Eliot, tan negro como lo que se esconde más allá del límite del Universo». Se despierta para «verse sentado en el borde liso de una fuente seca», muy semejante a la fuente seca de *The Sirens of Titán,* y oye el canto de un pájaro: «Ru-tiwiit?», igual al del pájaro que canta en *Slaughterhouse-Five* cerca de un vagón «verde y en forma de ataúd». Para Vonnegut la ciencia ficción no sólo proporciona una imagen visual de la muerte, sino que evoca un escenario donde puede producirse la regeneración. Aparte de la vida y la muerte no existen criterios fijos para Vonnegut. La realidad es de una complejidad en última instancia incognoscible. Solamente podemos percibir mentiras, o *foma* para utilizar el término que se introdujo en *Cat's Cradle.* La única distinción práctica es la distinción entre las ficciones que estimulan a las fuerzas de la muerte y las que favorecen a las fuerzas de la vida. Si aplicamos esto a la literatura, las obras realistas, las obras de ciencia ficción y las fantásticas son todas igualmente verdaderas o

[10] Los datos entre paréntesis referido a *The Sirens of Titán* remiten a la edición de bolsillo de Dell, 1959.

Librodot

falsas. Sin embargo, las obras realistas dependen de una cierta confianza en los cánones y en los sistemas mentales rígidos que inhiben la vida. El proceso vida/muerte sugiere que sólo en el caso que un sistema se metamorfosee fácilmente en otro, las concepciones más prácticas tendrán una estructuración libre, fluida. La ciencia ficción, como forma convincente de fantasía, permite esa estructuración abierta, y tal es la razón de su presencia en la obra de Vonnegut. Aplicándolo al Universo en *Cat's Cradle* se establece; una distinción entre un *granfalloon,* o forma de organización «ficticia», como por ejemplo el Partido Comunista, Hijas de la Revolución Americana y naciones, que son formas rígidas, conglomerados sin sentido, y un *karass,* que por tener «una forma dúctil como la de una ameba», es un canon «ficticio» más eficaz, puesto que las relaciones son sutiles y a menudo misteriosas, de manera que se vuelve imposible establecer causas y efectos[11].

Va de suyo que tanto un *granfalloon* como un *karass* son *foma,* pero como la noción de configuración *karass* es menos identificable y no está sujeta al asentimiento colectivo, no se la puede impugnar de *foma* de la manera a menudo catastrófica en que se puede impugnar un *granfalloon.* En consecuencia, las formas *karass,* tales como las religiones personalizadas opuestas a religiones organizadas, proporcionan una forma de consuelo mucho más confiable para afrontar las penurias de la vida y la muerte. En una palabra, la ciencia ficción le sirve a Vonnegut como una forma *karass* plausible.

El empleo que hace Vonnegut de la ciencia ficción como una forma de religión sustituía explicaría por qué hace que Trout tenga un punto de vista escéptico respecto de Cristo en dos de sus novelas. En una de ellas un viajero en el tiempo muy parecido al protagonista de *Béhold, the Man* de Micha el Moorcock, trata de verificar la humanidad de Cristo en oposición a su divinidad. Otro relato de Trout, *The Cospel from Outer Space,* también sintetizado en *Slaughterhouse-Five* previene de la conclusión de «un visitante procedente del espacio exterior, de aspecto muy parecido a un nativo de Tralfamadore», según el cual los Evangelios implican que *«Antes de matar a alguien hay que asegurarse cuidadosamente de que no tenga buenas amistades*», es decir, da carta blanca para linchar a la gente que no está bien vinculada. El Evangelio del espacio exterior que sustituye a éste, corrige ese antidemocrático criterio, transformando a Cristo en un don nadie a quien Dios adopta solamente después de que lo han crucificado, posibilitando así que Dios establezca esta moraleja: «A *partir de este momento, Él castigará terriblemente a quienquiera que atormente a un pobre diablo que no tenga amistadas influyentes*». Este relato de Trout constituye una introducción apropiada para mi análisis de *The Sirens of Titán,* que pone de manifiesto «el Evangelio procedente del espacio exterior» de Vonnegut, y trata de dar una identidad a la asociación *karass* que estructura su universo imaginario.

III

Entre los miembros más fácilmente identificables del *karass* que rodea a los planetas Tierra y Tralfamadore en *The Sirens of Titán* se encuentran tres miembros del grupo adinerado de la Tierra: Winston Niles Rumfoord, su esposa Beatriz y Malachi Constant, el segundo marido de Beatriz; además de Salo, un robot de Tralfamadore. Posiblemente estén también incluidos otros millones de seres, tanto de la Tierra como de Tralfamadore. La naturaleza de un *karass* es tal que no se puede estar seguro de quién lo integra y quién no, quién ocupa en él un puesto central y quién un puesto periférico. En la terminología bokononista de *Cat's Cradle* nos enteramos de que cualquier ente, animado o inanimado, puede ser *wampeter*[12]*,* es decir, puntal de un *karass, y* de que «en un momento dado un *karass*

[11] Los datos entre paréntesis referidos a *Cat's Cradle* remiten a la edición de bolsillo de Delta, 1969.

[12] *Wampum* significa familiarmente «dinero»; *wampeter* sería «el que tiene el dinero». (N. de la T.)

tiene en realidad dos *wampeters,* la importancia de uno de ellos es creciente y la del otro es menguante». En la mayor parte de la novela, Winston Niles Rumfoord parece ocupar un puesto de control, a pesar de que resulta ser el *wampeter* de importancia menguante. En algún momento de un futuro presumiblemente próximo, durante un período que se conoce como «Edad de Pesadilla... entre la segunda guerra mundial y la tercera gran crisis», Rumfoord con su perro Kazak pone accidentalmente (?) en marcha «su nave espacial particular hacia el corazón de un infundíbulo cronosinclástico no registrado en los mapas, que está a dos días de Marte». Esta combadura dimensional da lugar a que Rumfoord y Kazak existan «como fenómenos ondulantes, que laten al parecer en una espiral distorsionada que comienza en el Sol y termina en Betelgoso». Cuando las órbitas de Marte y de la Tierra cruzan esta espiral, cosa que ocurre cada cincuenta y nueve días en el caso de la Tierra y cada ciento once días en el caso de Marte, Rumfoord y Kazak se materializan ellos mismos con mayor edad. Por el mismo motivo se materializan también en Titán, una de las lunas de Saturno, adonde Rumfoord llega gracias a Salo, el robot mensajero abandonado, natural de Tralfamadore, del que utiliza su conocimiento superior.

Con la ayuda de la «voluntad universal de evolucionar» de Salo, una fuente de poder instantáneo, y su estropeado plato volador, que sólo sirve para dar paseos alrededor del sistema solar, pero que funciona como prototipo de modelos más simples, Rumfoord secuestra a centenares de personas de la Tierra para integrarlas al ejército que está constituyendo en Marte. Entre esas personas se encuentran Malachi Constant y Beatriz. Después de perder su identidad de terrestres con fines militares, se los conoce como Unk y Bee, y copulan para engendrar a Chrono —tal como les profetizó Rumfoord, para su mutuo horror, en una de sus materializaciones en la Tierra. En su condición de infundibulado, Rumfoord conoce el pasado, el presente y el futuro. Todas estas maniobras forman parte del plan de Rumfoord para instaurar una nueva religión, «La Iglesia del Dios absolutamente Indiferente», fundada en la creencia de que todo sucede por accidente. Para preparar el terreno, Rumfoord hace que su desesperanzado ejército de Marte, pésimamente equipado —seguramente se trata de la más débil de las «amenazas del espacio» en toda la ciencia ficción— ataque a la Tierra para sufrir una derrota catastrófica. La conversión masiva de los terrestres a la nueva religión de Rumfoord se ve facilitada por el arrepentimiento de la posguerra. Rumfoord ha dispuesto que, durante la guerra, Unk/Malachi y otro secuestrado, Boaz, queden en Mercurio, de manera que Unk pueda ser trasladado de nuevo a la Tierra en un momento culminante como el Caminante del Espacio, y cumplir la función de víctima propiciatoria que representa todo lo malo del antiguo mundo jerárquico. Para consolidar por fin la autoridad de esta nueva religión, Rumfoord hace que Malachi, Beatriz y Chrono suban a un plato volador para iniciar un permanente exilio en Titán. Dada la extraordinaria complejidad del argumenta de esta obra, supongo que muy pocos lectores advierten la relación «real» que existe entre la religión de Rumfoord y la situación de Salo en Titán. Eventualmente nos enteramos de que el plan de Rumfoord aislado es un *granfalloon,* pero, en el contexto de una estructura mucho mayor, se puede considerar que es parte de una formación *karass.* Al comenzar la historia de la Tierra, Salo, a quien se podría describir como una naranja mecánica, recibió de otros seres mecánicos del planeta Tralfamadore, en una galaxia lejana, el encargo de llevar un mensaje secreto de un extremo a otro del Universo. En el camino, las dificultades mecánicas y «la total desintegración de la planta de energía de la nave», obligan a Salo a descender en Titán. El mensaje de Salo en que explica a Tralfamadore su situación tarda «ciento cincuenta mil años terrestres» en llegar, y después de eso los habitantes de Tralfamadore han usado la Tierra como sistema de comunicaciones. Se deduce que la mayor parte de las grandes construcciones arquitectónicas de la Tierra son en realidad mensajes de Tralfamadore. Por ejemplo, mirando a través del telescopio, Salo interpreta Stonehenge como si dijera: *«Pieza de repuesto despachada a toda velocidad».* Cuando Malachi, Beatriz y Chrono llegan por fin a Titán, descubrimos que el fragmento de acero que Chrono recogió en Marte para ponérselo alrededor del cuello como si fuera un amuleto servirá

Librodot

como repuesto de la nave espacial de Salo. Al parecer, todos los hechos importantes de la historia de la Tierra han sido manipulados con fines tralfamadorianos. Salo, que se ha hecho amigo de Rumfoord, no le habla de esto *«porque estaba seguro de que Rumfoord se ofendería, y se volvería contra Salo y los tralfamadorianos*». Este detalle endemoniadamente sutil señala la «verdadera» relación que existe entre la religión de Rumfoord y la situación de Salo. El hecho es que Rumfoord, por ser cronosinclásticamente infundibulado y, por lo tanto, conciente del pasado, presente y futuro, y de todas las cosas, debe en realidad conocer lo que significa Tralfamadore. En una declaración previa formulada antes que un ataque de manchas solares expulse al infundíbulo de Rumfoord del sistema solar, él comunica a Salo que en todo momento supo que Tralfamadore intervenía en los asuntos de la Tierra, y que se considera a sí mismo «una de las principales víctimas de esa influencia». «Tralfamadore, dice Rumfoord amargamente, llegó al sistema solar, me recogió y me usó como un cómodo pelador de papas». Su episodio con el infundíbulo cronosinclástico no fue casual.

Es probable que Rumfoord pergeñara su religión de la causalidad accidental como una forma de compensación o de consuelo para proteger a los hombres del triste conocimiento de que lo que dirige los asuntos humanos es en realidad un proyecto con objetivos propios, un proyecto que hace muy poco por fortalecer el sentimiento de dignidad del hombre. En una obra que por lo general pone en duda las relaciones de causa-efecto, ésta es una de las relaciones que pueden considerarse casi seguras. Ahora, el problema es determinar por qué Vonnegut no estableció esa relación de manera directa, y la dejó en cambio librada a la capacidad de inferencia del lector. La respuesta se encuentra en el breve prólogo que brinda un marco confuso a la novela. De modo bastante apropiado, *The Sirens of Titán* está contado por un narrador «omnisciente» pero no identificado, ubicado en algún momento de un futuro lejano, mucho después de los acontecimientos que describe. Este narrador vive en una época de renacimiento religioso. En lugar de lanzar exploraciones fútiles al espacio exterior para saber «quién tuvo realmente a su cargo la creación y qué sucedía con toda la creación», el hombre mira ahora hacia dentro, hacia su propia alma. Pareciera que se ha impuesto una variante refinada de la religión de Rumfoord. El proyecto de Rumfoord ha tenido por lo menos tanto éxito como el que esperaba tener. En vista de la pretensión del narrador de que la investigación del exterior dio como resultado «una pesadilla interminable y sin sentido», por cierto es curioso y ligeramente contradictorio que introduzca como «un relato verídico» un informe que demuestra que Tralfamadore es el factor que controla la historia de la Tierra. Esta lógica algo esquizoide es la consecuencia evidente de la resistencia del narrador a aceptar —y aquí se puede presumir que representa a sus contemporáneos— que la salvación espiritual que ha alcanzado el hombre se puede atribuir directamente a los descubrimientos concernientes a Tralfamadore que hizo Rumfoord. Por consiguiente, podemos inferir que la fe espiritual del narrador ha dado lugar a un punto de vista ciego en virtud del cual, tal vez subconscientemente, omite el párrafo en que exponen directamente los motivos que tuvo Rumfoord para instaurar su nueva religión. El paralelo es, por supuesto, la declaración que subrayó poco antes, que es señal de que Salo ha omitido su conocimiento de la presencia de Rumfoord en aras de su mutua amistad y confianza. Puesto que todo lo que conocemos es mentira y lo que pueda haber de verdad no se puede distinguir de las mentiras, y como la mayoría de las mentiras que aceptamos son tan desagradables, tan incómodas y destructoras, hay que alentar las mentiras que colaboren con la felicidad y la conformidad, como la de Salo o la del narrador. Vonnegut es un propogandista de las virtudes de la esquizofrenia.

De manera que es un rasgo de sensatez del narrador el tomar el mito del control de Tralfamadore como «un relato verídico» de equivocación, como el de Beatriz Rumfoord al concluir su vida en Titán, escribiendo un libro titulado *El verdadero objetivo de la vida en el sistema solar.* «Era una refutación del concepto de Rumfoord de que el objetivo de la vida humana en el sistema solar fuera encontrar a un mensajero otra vez en su camino desde Tralfamadore». Sin embargo, considera apropiado terminar diciendo que «posiblemente, lo peor que le pueda pasar a cualquiera... sea que nadie lo utilice para nada». Es muy probable

Librodot

que los tralfamadorianos no sean los contralores últimos, sino que funcionen como una analogía metafórica de los verdaderos controles. Si el nombre Tralfamadore es una contracción coherente de Trafalgar y comodoro, hay que advertir que comodoro sólo es el jefe de un club de yates o de botes, no es el máximo rango naval. Tal vez el «accidente» que obligó a Salo a descender en Titán, como el accidente de Rumfoord, sean, en realidad, parte del plan de alguien. La idea central de Vonnegut en *The Sirens of Titan* es que un auténtico contralor cósmico debe regir el tiempo, se trate de Dios, o de un escritor como el narrador omnisciente no identificado o Beatriz Rumfoord.

IV

La metáfora más clara de la concepción de Vonnegut de las ruedas dentro de las ruedas, los argumentos dentro de otros argumentos, es la misma estructura del Universo, en la cual cada movimiento forma parte de un movimiento más amplio. Las lunas giran alrededor de los planetas, los planetas alrededor de los soles; los soles participan del movimiento giratorio de las galaxias y de los cielos en torno de un probable «punto fijo» del universo, en tanto el universo mismo tal vez esté contenido en una órbita más amplia, totalmente inconcebible, sujeta a la gravedad de otros universos. El movimiento más externo que podemos constatar es el de las galaxias, por eso Tralfamadore, que representa esa fuerza en movimiento, está ubicado en una galaxia muy lejos de nuestra Vía Láctea, la Pequeña Nube Magallánica. En *Cat's Cradle* se establece que los miembros de un *karass* giran alrededor de su *wampeter* «en el caos majestuoso de una nebulosa espiral». Como todo movimiento orbital forma parte de un movimiento mayor, el camino que traza todo cuerpo celeste es en realidad una espiral. Vonnegut afirma sobre Titán lo siguiente:

> Saturno describe un círculo alrededor del Sol.
> Lo hace cada veintinueve años y medio terrestres.
> Titán describe un círculo alrededor de Saturno.
> Por consiguiente, Titán describe una espiral alrededor del Sol.

Saturno con sus «nueve lunas» se puede considerar como un microcosmos de nuestro sistema solar con sus nueve planetas. Podemos inferir analogías ulteriores y el hecho de que el movimiento de Titán representa el movimiento del Universo. La información de que los infundíbulos cronosinclásticos de Rumfoord y Kazak existen a modo de una onda en espiral, y que esa espiral y la de Titán son exactamente coincidentes, en consecuencia de lo cual «el hombre con su perro» se materializan constantemente en Titán, es un modo de decir que Rumfoord y Kazak están unidos simpáticamente al movimiento del Universo.

Se diría que todas las espirales de la obra —muchas de ellas se pueden considerar aspectos de una imagen «de control» (una frase fortuita)— simbolizan el movimiento universal y ya que la espiral DNA es realmente importante, de la vida misma. Por ejemplo, el amuleto de Chrono, por falta del cual la nave de Salo no puede moverse eficientemente, forma parte de «una faja de acero en espiral, el tipo de faja que se usaba para mantener cerrados los paquetes de lanzallamas», que utiliza el ejército «marciano» de Rumfoord. Su relación con un poder destructivo nace del rasguño que deja en la pierna del gerente de la fábrica. En represalia, el gerente la patea, y la corta en pedazos de diez centímetros. Chrono se pone uno de esos pedazos en el bolsillo. Si suponemos que el curso de los movimientos de los cuerpos celestes encierra significados y objetivos últimos, este incidente que concierne a una espiral no es particularmente optimista; y, dejando de lado la perversidad de Chrono, se diría que tiene poco que ver con la buena suerte. Desgraciadamente, lo que ocurre con las espirales es que pueden significar cualquier cosa, tanto buena como mala. ¿Qué hacer con la voz modulada de Rumfoord y con el «Toodleoo» de los platos voladores que se consideran espirales auriculares? Como símbolo de un significado universal, las espirales son

Librodot

indeterminadas. Pero hay cuatro posibilidades básicas.

Sea plano, cónico o en forma de túnel —es decir, lineal, circular o de otra forma— el movimiento en espiral implica un avance muy indirecto. Los métodos extraordinariamente indirectos y complicados a los que recurre Rumfoord para instaurar su religión y que utilizan los tralfamadorianos para rescatar a Salo son análogos a una forma de avance en espiral. En efecto, toda la estrategia técnica de la obra descansa sobre cuantas clases de cualidades indirectas se pueden concebir; es preciso recordar que las formaciones *karass* favorecen las conexiones indirectas y sutiles. Al viajar desde la Tierra a Mercurio, de nuevo hacia la Tierra, y después a Titán, Malachi describe una espiral especialmente errática. Dado este carácter indirecto, no es de extrañar que sea tan atrayente la tentación del progreso lineal. Malachi Constant, cuyo nombre significa Mensajero de la Fe, «anhelaba sólo una cosa, un solo mensaje lo bastante digno e importante como para merecer que se lo llevara humildemente de un punto a otro». Al parecer los tralfamadorianos también favorecen la dirección lineal al ordenar a Salo que llevara su «mensaje bajo sobre lacrado desde un borde del Universo al otro». El hecho de que el mensaje resulte ser simplemente un punto, que en inglés significa fin o nada y en el lenguaje de Tralfamadore significa *«Saludos»* y por lo tanto concuerde con la sugerencia de que el nombre Salo es el resultado de una contracción de «say helio» «[diga hola]», parece subrayar la idea de que el movimiento lineal es un fin deseable en sí mismo[13].

Las otras tres posibilidades dependen de que el movimiento en espiral se interprete como creador, como destructivo, o como ambas cosas a la vez. Desde un punto de vista metafórico, los remolinos y los torbellinos podrían considerarse como espirales integradoras, y por consiguiente creativas, que se dirigen a la unidad. Unk Constant, cuando observa por el alma de su fusil, ve el cielo: «Podía haberse quedado mirando durante horas la espiral inmaculada del rifle, soñando con la comarca dichosa cuya verja redonda veía del otro lado del alma. El color rosa de la uña de su pulgar manchado de aceite en el otro lado del caño, en ese extremo lejano hacía que pareciese verdaderamente un paraíso rosado». Beatriz, que se va convirtiendo cada vez más en la Beatriz simbólica de Dante, aparece relacionada con la espiral integradora cuando saluda a Constant «desde lo alto de la escalera de caracol»: «Llevaba un vestido blanco, cuyos pliegues formaban una espiral en sentido inverso al de las agujas del reloj, que armonizaba con la escalera blanca. El vuelo del vestido caía en cascada, de manera que Beatriz parecía parte de la arquitectura de la mansión». Al pie de la escalera, Constant, «tan abajo en la composición, tan perdido en los detalles arquitectónicos que era casi invisible» también queda momentáneamente atrapado en el diseño armonioso de Beatriz. Pero, al final de la entrevista, Constant «sintió que la escalera en espiral giraba ahora hacia abajo y no hacia arriba. Constant se transformó en el punto más bajo en el remolino del destino». Al parecer, debemos inferir que la asociación se considera destructora o, al menos, que el poder destructor es lo que predomina.

El vestido de Beatriz que cae en cascada y el remolino de Constant señalan una relación entre las espirales integradoras, vitales, unificantes, y el agua, particularmente la fuente que ocupa un lugar prominente en la finca de Rumfoord. Constant llega allí por un camino en espiral: «Los recodos del camino eran muchos, y poca la visibilidad», que se bifurca en la fuente: «La fuente era maravillosamente creadora. Cuencos de piedra configuraban un cono de diámetro decreciente. Los cuencos eran collares en una columna cilíndrica de doce metros de alto». La disposición de los cuencos, aunque no forma precisamente una espiral, sugiere la estructura de un sistema dentro de otro propio del Universo, y tal vez corresponda recordar la equiparación que se establece en *God Bless You, Mr. Rosewater,* y que ya señalé, entre el borde del Universo y el borde de una fuente. Cuando Unk, en Mercurio, experimenta breves momentos de recuperación de su identidad anterior, se iguala la imagen de una fuente «enteramente seca» a la imagen de una espiral: «Unk se volvió a imaginar a las tres hermosas muchachas que le habían hecho señas cuando bajó el alma aceitada de su fusil Mauser»; siendo las muchachas las tres sirenas del cuadro que Rumfoord entrega a Constant para

[13] La sugerencia acerca del nombre de Salo se encuentra en *City of Words,* pág. 185.

Librodot

convencerlo de las delicias de Titán.

En vez de dar vueltas alrededor de la fuente, que está seca, Constant trepa «hasta la punta para ver de dónde había venido y hacia dónde iba». Constant está dando señales de su deseo de integrar el pasado y el futuro, por un sentimiento de totalidad. El hecho de que la fuente tenga agua cuando mucho después, Constant vuelve a la Tierra para convertirse en el Caminante del Espacio que se sacrifica, sugiere que su deseo de coherencia, en cierto sentido, se ha cumplido. En efecto, en su regreso impera la humedad; cuando llega está lloviendo. Los bomberos, que como ministros de una revelación estéril anuncian con la sirena de las bombas de incendio —la única sirena auténtica en toda la óbrala llegada del Caminante del Espacio, dirigen una de sus mangueras al cielo para formar «una poco segura fuente temblorosa». Los bomberos y las bombas de incendio son siempre elementos fuertemente positivos en la obra de Vonnegut, especialmente en *God Bless You, Mr. Rosewater,* tal vez como reacción contra el holocausto de Dresde. El narrador se refiere a la lluviosa bienvenida como a «un accidente encantador. Nadie lo había previsto. Pero era perfecto que todos se olvidaran de sí mismos en un festival de mojadura universal». El agua es muy abundante en Titán, con sus «tres mares», «un racimo de noventa y tres estanques y lagos, que eran el comienzo de un cuarto mar» y «tres grandes ríos», que, a diferencia de los mares y de los estanques, son caprichosamente turbulentos, de modo que sugieren las fuerzas de la creación. Cuando Constant, empapado, anticipa su segunda subida, esta vez a lo alto de la escalera que lo conduce a la nave que lo llevará a Titán, hace un gesto sin sentido: «restregó su pulgar izquierdo y su dedo índice en un movimiento cuidadosamente giratorio».

El sentido de una espiral, que puede ser creativo o destructivo, o quizá las espirales entendidas como creadoras y destructoras simultáneamente, evocan los giros de Yeats que se interpenetran. Una espiral se puede interpretar como destructora cuando «no conserva su centro», según el verso de Yeats, cuando las fuerzas centrífugas predominan sobre las centrípetas, o en términos de la dinámica del universo de Poe cuando se produce lo contrario. Por cierto que todas las espirales de *The Sirens of Titán* tienen esa propensión, aunque una de ellas parece más siniestramente destructora que cualquiera de las demás. Los veinte quioscos instalados por los concesionarios en la parte exterior de la pared de la finca de Rumfoord para concretar las materializaciones «estaban bajo el techo continuo de un cobertizo».

Cinco minutos antes de las materializaciones, los propietarios tienen que cerrar los postigos:

El efecto del encierro dentro de las barracas se producía al convertir la hilera de las concesiones en un túnel ensombrecido.

El aislamiento de los concesionarios dentro del túnel tenía una dimensión fantasmal, porque el túnel encerraba solamente a los sobrevivientes de Marte. Rumfoord insistió en eso....

Es cierto que esta imagen de espiral está algo disimulada, pero la comparación con el túnel en forma de embudo y el caño del fusil vuelve por lo menos plausible la identificación del motivo de espiral. Difícilmente puede ser casual que esta descripción, que sugiere la melancolía del potencial destructor de la espiral, concierna a los marcianos, puesto que Marte es la principal fuente de las destructivas formaciones *granfalloon* en esta novela. El mismo Rumfoord aparece como víctima de esas fuerzas al final de la novela. Primero, una explosión del Sol hace que el infundíbulo de Kazak se separe del de Rumfoord. Se nos advierte que «un universo concebido con clemencia hubiera mantenido juntos al hombre y a su perro». Al poco tiempo, Rumfoord abandona también el sistema solar: «el siseante ramal de electricidad aumentó junto a su dedo formando una espiral alrededor de Rumfoord. Rumfoord la consideró con un desprecio triste. 'Pienso que tal vez sea eso' dijo de la espiral». Como Rumfoord ha estado hablando del repuesto de la nave de Salo y del mensaje secreto de Salo, «eso» en la tranquila afirmación de Rumfoord se puede referir a alguna de esas dos cosas o

Librodot

ambas a la vez, salvo por el hecho de que el término de referencia sea la espiral. Desde luego que tiene como efecto asociar el mensaje, el repuesto y la espiral, como un modo de destacar la importancia totalizadora del motivo de espiral en esta obra.

Las mismas posibilidades y los significados ambivalentes que se le pueden atribuir a la espiral —el principio de falta de dirección, la estructura integrada o desintegrada, el funcionamiento alternativo o simultáneo— determinan toda la temática y el desarrollo de imágenes de *The Sirens of Titán,* para sugerir la llegada de nuevos mundos filosóficos y el aislamiento de los anteriores. Una vez más se establece la analogía con la experiencia norteamericana: «En la Tierra, la actitud respecto de la exploración espacial se parecía mucho a la actitud europea respecto de la exploración del Atlántico antes de que Cristóbal Colón emprendiera su viaje». Pero el temido cataclismo se reduce a una lluvia suave como la que «cayó en un cementerio campesino del Nuevo Mundo» en Barnstable, Cape Cod, para saludar el retorno del Caminante del Espacio.

V

La obra es un laberinto bizantino de interconexiones entrecruzadas, algunas sutiles e indirectas, otras obvias o burdas, algunas integradoras y otras desintegradoras, esto es, algunas parecen tener significado y otras no. Todo depende de si consideramos a un complejo de imágenes en particular como parte de una espiral centrífuga o centrípeta. Aunque creo que las imágenes que he reunido en un todo hasta aquí son parte de una intención conciente de Vonnegut, no estoy tan seguro de que eso se pueda aplicar a muchas de las interrelaciones que son literalmente espirales que voy a tratar. En cierta medida, esta «sinceridad» es una consecuencia de la técnica creadora de Vonnegut. Me arriesgaría a sugerir que, al elaborar un argumento, Vonnegut deja una buena parte de él librado a procesos de asociación libre, con lo cual posibilita que cierta cantidad de material anecdótico sea sugerido por la frase, la imagen e incluso la palabra precedente. Evidentemente, dentro de un contexto temático que opone control a accidente, difícilmente esté fuera de lugar la existencia de elaboraciones antojadizas.

Tanto en términos de estructura temática como de estructura de imágenes, la novela plantea la pregunta: «¿Es un problema accidental o calculado?», y de esa manera el tema principal, por ejemplo, quién está manipulando a quién, y quién o qué es lo que controla se vuelve parte de la estrategia técnica de Vonnegut. Aparte del problema de la espiral, que es un motivo central de la obra, aunque muy ambivalente y contradictorio, se estimula sistemáticamente la búsqueda por parte del lector de un plan, imagen, analogía, o posición filosófica «que controle» para después ponerlo en duda. En un producto artístico, lo mismo que en un experimento científico, la validez del significado depende de un entorno controlado. Vonnegut brinda una experiencia de lectura, donde el grado de control es cuestionable o aparentemente variable, de modo que la búsqueda de significado se trunca o se vuelve conjetural, en el mejor de los casos.

Hay otro rasgo del estilo de Vonnegut que favorece esta situación. Me refiero al empleo en parte autoconsciente y llamativo de imágenes que Goldsmith en su estudio pone de relieve con mucho acierto, y que considera, erróneamente a mi juicio, como un elemento negativo. Tomando como ejemplo descripciones de personajes, Goldsmith se lamenta de que las imágenes de Vonnegut, aunque llamativas, «tienden a llamar la atención sobre sí mismas y a existir independientemente de la caracterización fundamental en lugar de enriquecerla»[14]. Como ejemplo, cita la descripción de Billy Pilgrim en *Slaughterhouse-Five,* subrayando los símiles que comparan su pecho y hombros con «una caja de fósforos de cocina», y el conjunto de su apariencia con «un flamenco sucio». Me parece muy apropiado que esas comparaciones tengan un vínculo muy débil con un tema particular para facilitar su vinculación a otros temas, y para constituir por lo tanto configuraciones alternadas.

[14] Véase *Kurt Vonnegut: Fantasist of Vire and Ice* (Bowling Green, Ohio, 1972), pág. 40.

Librodot

La superficie de una novela de Vonnegut se transforma con eso en un mosaico caleidoscópico o en un rompecabezas que permite posibilidades múltiples en la ubicación de cada pieza. Como condición previa para lograr esa flexibilidad, Vonnegut intenta mover de su lugar las piezas que puedan formar moldes fijos en la cabeza de sus lectores. La conclusión de Goldsmith, según la cual las imágenes «nunca se expanden en ideas fantásticas ni se utilizan en ningún molde temático» y de que «Vonnegut parece no conocer el *Leitmotiv,* o mejor dicho, opta por no usarlo», dejando de lado la impresión de absurdo, obedece a una concepción estrecha y convencional de la función de las imágenes, que es inexacta aun en sus propios términos si se acepta mi análisis del motivo de la espiral[15]. Se podría decir lo mismo a propósito del conjunto del estilo de Vonnegut, atractivamente sencillo, casi infantil, en su ausencia de fraseología calificativa, subordinada o causal. En términos técnicos, el estilo de Vonnegut es *paratáctico:* se caracteriza por la sucesión de oraciones directas que no implican distinciones jerárquicas. El efecto que produce es minimizar las conexiones inmediatas y magnificar las posibilidades de conexiones más distantes; las conexiones distantes son las más operativas en *The Sirens of Titán.*

A favor de mi argumento se pueden aplicar a la estrategia artística de Vonnegut dos intrincados tableros de control especificados en la novela. Los vehículos espaciales manejados por las tropas marcianas de Rumfoord eran controlados por «pilotos totalmente automáticos» instalados en tierra por técnicos:

Los únicos controles accesibles a la tripulación eran dos botones de presión ubicados en el centro de la cabina; uno de ellos tenía el rótulo *on* y el otro el rótulo *off.* El botón que decía *on* era el que iniciaba el viaje desde Marte. El otro botón no conectaba con nada. Estaba instalado a instancias de los expertos en salud mental de Marte, que aseguraban que los seres humanos son siempre más felices con una maquinaria cuyo funcionamiento creen que pueden detener.

Esto se parece al sistema de órdenes dentro del ejército. Quienes controlan no son oficiales de rango sino soldados rasos como el negro Boaz, equipados con cajas de control que emiten órdenes e imponen sanciones por medio de antenas de radio instaladas en la cabeza de los otros soldados. Boaz queda, como es natural, muy desconcertado cuando descubre que los botones de su caja de control, lo mismo que los botones *off* de las naves espaciales marcianas, no conectan después de que Unk vacía el mecanismo. El tablero de instrumentos de la nave de Salo presenta un problema diferente, y es «mucho más complejo que el de las naves marcianas»:

El tablero de instrumentos de Salo mostraba a Constant doscientas setenta y tres perillas, llaves y botones, cada uno de los cuales tenía una inscripción o calibración tralfamadoriana. Los controles distaban de ser el deleite de un jugador de juegos bruscos en un Universo donde una billonésima parte importa a la inutilidad por cada decillón de partes de terciopelo negro.

Lo que quiero dejar sentado es que, al interpretar los modelos temáticos y de imágenes de *The Sirens of Titán,* el crítico extrae conclusiones obvias, en cuyo caso está apretando botones que están desconectados, o bien se encuentra enredado en un sistema tan complejo que es imposible sacar conclusiones de él, que es lo que sucede con el tablero de Salo. En el próximo intento de relacionar brevemente los elementos más notoriamente desconectados, sería conveniente que se tuviera presente el elemento que acabo de analizar.

El resumen sumario que di del argumento de la obra es una base necesaria, porque solamente en una segunda lectura, cuando el lector ya está en posesión de la línea de acción principal, se evidencian muchas de las sutilezas que ahora deseo subrayar. Por ejemplo, se puede considerar por qué, dada la escala de control, la ciudad de Newport está ubicada en un

[15] *Ibid.,* pág. 41.

Librodot

sistema de referencia inusualmente amplio, que abarca «Rhode Island, los Estados Unidos de América del Norte, la Tierra, el Sistema Solar, la Vía Láctea». La primera escena está llena de imágenes de control. La muchedumbre que espera junto a los muros de la finca de Rumfoord una materialización que no verá es una entidad extraordinariamente manipulable. La policía controla a la muchedumbre, difundiendo el rumor de que la materialización se ha producido ya fuera de los muros dos cuadras más allá, y motivando con ello un movimiento masivo en dirección a la zona señalada. «En la cola había una mujer que pesaba ciento treinta y seis kilos». Llevaba a una niña llamada Wanda June «de la mano, y la hacía caminar a tirones, como una bola en la punta de un goma». La imagen de control y su posición «al final de la cola», combinadas con la información de que va a aparecer un hombre *con su perro,* evoca la idea de la cola que el perro menea. Si recordamos el título del libro, el peso de la mujer la define como un Titán femenino. La misma pared alta y lisa, que protege los misterios del interior de la vista del público, simboliza el sentido subyacente de una fuente de control desconocida. La bola, que aparece presentada como un símil, se puede relacionar con muchos otros objetos esféricos en la novela: «el nudo duro como una pelota, llamado *puño de mono*», que describe la estructura familiar de la clase de Rumfoord, la sugerencia de que Rumfoord es un loco, la tristeza de Constant porque su padre nunca le tiró una pelota, el juego del béisbol alemán, que Rumfoord introduce en Marte, y los pies de Salo que se pueden inflar «hasta llegar al tamaño de pelotas de béisbol». Otros ejemplos incluyen la «bala de cañón», que puede sustituir a la cara de Beatriz, y la cabeza de Constant «pesada como una bala de cañón»; los representantes avanzados de la humanidad se lanzan al espacio «como piedras»; Boaz se imagina su «lecho de muerte de piedra» en las cuevas de Mercurio; el encuentro final aunque ilusorio de Constant con el amigo a quien ha estrangulado, *Stony* Stevenson (Stony significa «de piedra»); la importante «piedra azul» en Marte bajo la cual Unk ha escondido su carta; y la otra «piedra turquesa» detrás de la cual Unk vigila a su hijo; los ojos de Boaz como «diamantes» que se pueden relacionar con los armonios de mercurio «en forma de diamantes». ¿Alguno de esos objetos circulares es el primer motor? ¿Cuál?

La bola imaginaria de la mujer corpulenta está en la punta de una goma imaginaria. Esta goma es un instrumento de manipulación, lo mismo que las variadas cuerdas (¿de la cuna de un gato?), riendas (las riendas de caballo que tiene Beatriz en su retrato de muchacha), traillas (la que contiene a Kazak), cadenas (el esqueleto del perro de la finca de Rumfoord lleva un collar unido mediante una cadena a la pared, y los cuencos de la fuente descriptos como «collares», alambres, y sogas que aparecen en toda la novela. La sugerencia del títere en la cuerda cede ante la sensación de la realidad mortuoria de tal circunstancia y por fin a la noción de suspensión como forma de conservación, como medio de huir de las infortunadas consecuencias del tiempo. La materialización que está esperando la muchedumbre al comenzar la novela está vinculada a una «muerte en la horca moderna, civilizada». Al final de la novela, Constant insiste en ir a Indianápolis, escenario de un ahorcamiento verdadero, porque es «el primer lugar de los Estados Unidos de América en que ahorcaron a un blanco por haber asesinado a un indio». Cuando se termina la guerra con Marte, a los marcianos se los cuelga de los postes de las lámparas. Poco después, adherentes a la religión de Rumfoord cuelgan simbólicamente muñecos que representan a Malachi. El capítulo titulado «Aplausos en la casa de alambre» podría inducir al lector atento a creer que se trata del lugar donde se encuentran los alambres, las poleas y los distintos mecanismos de control. Resulta que el título se debe a la manera confusa en que el presidente de Estados Unidos pronuncia las palabras «sillas en depósito[16]» en el transcurso de un episodio protagonizado por un fabricante que sobreestimó la demanda de sillas. Por otra parte, se supone que el moblaje flotante, fantástico, de la oficina de Constant —suspendido por medio de magnetismo, no de alambres— se venderá «como el pan». Sin embargo, en Titán esos muebles resultan ser poco

[16] El título del capítulo es «Cheers in the Wirehouse»; es la pronunciación incorrecta de «Chairs in the Warehouse». (N. de la T.)

Librodot

prácticos.

El «tablado» que construyó Rumfoord para la ceremonia del retorno del Caminante del Espacio y que se puede relacionar con el motivo de la horca, puesto que está concebido para facilitar el acto de sacrificio de Constant, depende de un sistema de control invisible, lo mismo que los muebles flotantes:

El sistema no estaba suspendido magnéticamente, aunque parecía un milagro de levitación. El milagro aparente era el resultado de un modo hábil de pintar. La base estaba pintada de negro, y las superestructuras de dorado vivo.

Este «sistema dorado» permite a Rumfoord poner cierta distancia entre él, el titiritero y Bea, Chrono y el Caminante del Espacio, «una distancia a la que azares rococó y variadamente simbólicos» hacían tortuosa. Se desprende de esta descripción que todo el sistema se interpreta como una analogía de la metodología artística de Vonnegut en esta novela, sobre todo dado el plan de Rumfoord de poner en escena «un rápido vuelco» porque el auditorio ama los contrastes dramáticos. La novela está llena de esas «originalidades rápidas», porque al público encantan los contrastes dramáticos. La novela está llena de estas rarezas rápidas, al tiempo en que el lector se va enterando gradualmente de toda clase de relaciones insospechadas: el descubrimiento de que el hombre que Unk estranguló en Marte era su mejor amigo; el descubrimiento de Unk y del lector de que es el mismo Unk quien escribió la carta informativa oculta bajo la piedra azul. Sólo funcionan los sistemas de relaciones más improbables. Por ejemplo, el padre de Constant, al utilizar la Biblia como un método provechoso de inversión, es la única persona que descubre el valor verdadero del libro, Rumfoord destaca la importancia de las relaciones adecuadas —en el ámbito familiar— cuando al anticipar la importancia de Chrono le dice a Constant: «Tú puedes reproducirte y yo no»; importancia que comparte con su clase, que depende de «matrimonios fundados cínicamente en el tipo de hijos que pueden generar». La novela establece todo tipo de conexiones y controles que se pueden o no aplicar. Como parte de la definición de un infundíbulo cronosinclástico, al niño que no sabe qué es un embudo, lo mandan a *«ver a Mami para que te muestre uno*». ¿Debemos intuir alguna relación genuina entre un infundíbulo y la vagina de mami?

El infundíbulo-embudo se puede relacionar genuinamente con el túnel por donde cae Alicia en *Alicia en el País de las Maravillas.* A la finca de Rumfoord se entra por «una puerta baja, como la de Alicia en el País de las Maravillas». El gato de Cheshire, de Lewis Carroll «desapareció lentamente, comenzando por la punta de la cola y terminando por la sonrisa burlona, que continuó unos momentos después que el resto se había esfumado»; del mismo modo, casi en los mismos términos, Rumfoord «desapareció lentamente, comenzando por la punta de los dedos y terminando por su sonrisa burlona. La sonrisa continuó unos momentos después que el resto se había esfumado»[17]. Evidentemente este paralelo con una fantasía familiar es adecuado en el contexto de una novela que pide al lector que entienda la realidad simplemente como una forma inusualmente plausible de fantasía, y se lo debiera relacionar con otros detalles que sirven para confundir la condición de la realidad. Nos enteramos, por ejemplo, de que Constant toma drogas: «Lo que podía sorprender y entretener más a Constant eran las alucinaciones, generalmente provocadas por drogas». Tiene la alucinación de una fuente donde cae agua en lugar de la fuente seca, y hasta que descubre lo contrario, considera «su aventura en Newport como una alucinación más inducida por drogas —como una sesión más de mescalina— novedosa, entretenida y sin consecuencias». Es probable que los cigarrillos «Niebla de Luna», manufacturados por una compañía que compró Malachi Constant, tengan marihuana, y por lo tanto corresponda asociarlos con el cuadro de Rumfoord

[17] Agradezco a una de mis alumnas, Karen Wood, que señaló la exactitud de este paralelo. Véase Lewis Carroll, *The Annolated Alice,* compilación de Martin Gardner, Penguin Books (Londres, 1960), pág. 90.

Librodot

donde se encuentran las sirenas de Titán, arrasadoramente deseables, pero ilusorias. Los narcóticos requeridos como parte de la Técnica de Respiración Schliemann, de Marte, combinadas con la obstrucción de los oídos y la nariz y la boca cerrada que destruye «todo vínculo con el aire y la niebla» —para citar un poema de Bea sobre el tema— señalan el carácter mortuorio de las fantasías provocadas por los «Niebla de Luna». Sin embargo, cuando a Constant le llega el momento de morir, Salo dispone una visión apocalíptica: «una nave espacial dorada incrustada de diamantes bajó rozando ligeramente el haz de luz del Sol, y aterrizó en la nieve impecable de la calle». Sale el pétreo Stevenson para dar su aprobación a la particular fantasía del azar que permitió a Constant entender su vida: «Alguien allá arriba te quiere». ¿Qué mejor consuelo que la idea de que un operador divino actúa a nuestro favor?

VI

Todos estos dispersos detalles temáticos y de imágenes imparten la sensación de una totalidad interrelacionada, pero las estructuras mitológicas fortalecen más que ninguna otra fantasía la sensación de un universo, coherente. Por lo tanto, tienen una plausibilidad única. El escenario de galaxias de este relato permite a Vonnegut presentar los cuerpos celestes sin omitir su relación con la unidad mitológica y el sistema de control que los antiguos vieron escrito en el cielo de la noche. De acuerdo con la mitología clásica, las primeras formas de creación fueron gigantes, o Titanes, entre los cuales Chrono, o Saturno en latín, era el más importante. (Chrono o Kronos significa tiempo y es de especial importancia porque señala la dimensión extratemporal de la mitología misma.) De esto se deduce que la elección que hizo Vonnegut de Saturno, de su satélite Titán y del nombre Chrono no es casual.

Tampoco es casual que la espiral de Rumfoord se extienda entre el Sol de Betelgoso. Betelgoso significa «hombro del gigante» (específicamente de Orion) y, por lo tanto, se puede relacionar con la concepción antropomórfica del Universo como una forma gigantesca. El piso del salón de entrada de la mansión de Rumfoord «era un mosaico que mostraba los signos del zodíaco alrededor de un sol dorado».

Al situarse de pie en el Sol, Rumfoord revela solamente su lugar en el sistema de cosas. La idea mitológica negativa de Marte como dios de la guerra está consistentemente elaborada en la narración de Vonnegut. El Marte de Vonnegut representa la imagen final de control orientada hacia pautas de rigidez mortuoria; los soldados condicionados marchan al son programado de pequeños tambores militares que retumban en sus cráneos. Los comandos marcianos, con sus discos metálicos de identificación como los que se ponen en collares de perros, eran «expertos en matar centinelas con lazos de cuerda de piano»; esto está patéticamente vinculado con el desaliño de algunos soldados que «omiten vueltas al atarse los cordones de sus polainas» y con un guardián borracho que *«ni siquiera sabe atarse los cordones de sus zapatos de manera que le queden atados»*. Mucho después del episodio marciano, nos enteramos de que Febe, la ciudad más importante de Marte, tiene el nombre de una luna de Saturno. Siempre tenernos la misma sensación de fragmentos que van encontrando su sitio.

Frente a las pautas mecánicas destructoras de Marte se encuentran las pautas creadoras fluidas de Mercurio. Mitológicamente hablando, Mercurio es el mensajero de los dioses, ese tipo de mensajero que hubiera querido ser Constant. El mensaje que finalmente entrega Constant: «un objetivo en la vida humana, independientemente de quién lo controle, es amar a quien se encuentre cerca para ser amado», es el que recibe en Mercurio. Pero, mientras está en Mercurio, Boaz armoniza más que Unk con la canción de Mercurio, y aunque no está en medio de los lugares de diversión nocturna de Hollywood, como quería originalmente, encuentra la plenitud que él asociaba con esos lugares. Mercurio canta a causa de la tensión entre el costado brillante y caliente del planeta, que mira siempre al sol, y el otro costado, que es un bosque negro y helado. En otras palabras, en Mercurio los opuestos armonizan. Como en el planeta no hay atmósfera, la única forma de vida en él son las criaturas planas, en forma

Librodot

de barrilete, que se llaman Armonios y perciben el canto por el tacto más que por el oído; con sus cuatro ventosas de succión se prenden a las paredes de las cuevas de Mercurio. Se alimentan con el canto de sirena de Mercurio, y les gusta disponerse en agradables formaciones «de diamantes de color amarillo junquillo y de vivido color de aguamarina. El amarillo viene de las paredes desnudas de la cueva. El aguamarina es el color de las paredes que se filtra a través de los cuerpos de las criaturas». Pareciera que la bandera «azul y dorada» de la nueva religión de Rumfoord armoniza con los colores de la luz en Mercurio. En Titán, Constant sustituye su gastado equipo amarillo de Caminante del Espacio por «una vieja bata de baño de lana azul», probablemente en un acto más de fidelidad al mensaje de Mercurio. Los Armonios se acercan, sobre todo para gozar de las buenas vibraciones que emanan directamente del latido del pulso de Boaz («se prenden» a su brazo en dos sentidos) e indirectamente de los conciertos de música grabada que organiza. Cuando Unk descubre que pueden abandonar las cuevas dando vuelta su nave, Boaz prefiere quedarse «prendido» a Mercurio, sobre todo después de leer uno de los mensajes que emiten los Armonios «cada catorce días terrestres»: «BOAZ, NO TE VAYAS... TE QUEREMOS, BOAZ». Lo que Boaz no sabe es que esos mensajes son emitidos por Rumfoord, que se materializa en Mercurio con intervalos de catorce días. La visión que tiene Unk de los carceleros, «los dueños de la creación», que viven en la superficie cristalina de Mercurio, es por lo menos correcta a medias. Unk deja a Boaz pasando las páginas de una tira cómica de *Tweety and Sylvester,* después de advertir como «los músculos de la espalda de Boaz se deslizaban uno sobre otro en movimientos suaves, que se contraponían a los movimientos rápidos de los dedos que daban vuelta las páginas». Este mensaje de recíprocas y fluidas pautas de empatía y amor es el que se lleva consigo. La oposición se da entre pautas dignificadas de amor (finalmente Constant ama a Beatriz) y pautas destructoras de odio o control. Ni siquiera las sirenas de Titán tampoco son totalmente falaces. La realidad de las sirenas, mitad mujeres y mitad pájaros, se puede relacionar con los pájaros azules de Titán que Chronos intentaba emular. Desde un punto de vista mitológico, el lugar adecuado para esta interpretación sería Venus más que Mercurio, excepto en lo que se refiere a la relación que señalé entre Mercurio y Constant como mensajeros. Sin embargo, se establece una relación entre Mercurio y Venus a través de la receta de *El libro de Cocina Galáctico de Beatriz Rumfoord:* «Para preparar un tentempié rápido y delicioso, pruebe Armonios jóvenes enrollados y rellenos con requesón venusiano».

Es preciso contraponer la coherente estructura mitológica al movimiento errático del motivo de la espiral en función de las distintas dimensiones temporales que están implícitas. El concepto newtoniano de un universo que funciona como un reloj conserva una dosis considerable de vitalidad metafórica; tengo la esperanza de haber trasmitido en parte la manera en que en *The Sirens of Titán* las circunvoluciones del argumento están conectadas entre sí, bella e intrincadamente, como las piezas de un reloj. Las espirales interdependientes del Universo nos dicen con toda seguridad algo: la hora. Es importante advertir que en el primer capítulo Malachi Constant se presenta muy orientado según las horas con el tiempo. La señora Rumfoord le pide que sea puntual, y él lo es. Cuando se pone el sol, Constant pasa por la puerta de Alicia-en-el-país-de-las Maravillas abierta «en la pared oeste», y controla la hora en su reloj de energía solar. Dicho de otro modo, el tiempo y sus movimientos aparecen correlacionados con los movimientos de los cielos. Pero el tiempo terrestre, lineal y exacto, no es constante. En realidad, no es aplicable a cualquier otro lugar del Universo. Y Vonnegut pone mucho cuidado en especificar las diferencias de duración de las horas, los días, los meses y los años en los casos de Marte, Mercurio y Titán. Por ejemplo, en tres años terrestres «Mercurio ha llevado a Unk y a Boaz veinte veces y media alrededor del Sol». Un espacio diferente supone un sentido diferente del tiempo. Cuando Unk está en Marte pasan nueve años terrestres, tres o más cuando está en Mercurio, y un número indeterminado de años cuando está en Titán como Constant; en cada disyunción temporal nos encontramos con un Constant diferente, algo envejecido. Se magnifica el efecto del tiempo, en tanto se minimiza o se pone

Librodot

en duda la medida terrestre del tiempo. Rumfoord se queja de «haber sido atrapado en la monótona maquinaria de relojería del sistema solar»

Como toda idea de control debe invocar el principio de causa y efecto, que sólo es posible en una concepción lineal del tiempo, la comprensión de que la naturaleza del tiempo es relativa se dirige de alguna manera a socavar la mayor parte de las concepciones de control. Esta es la paradoja que representa Rumfoord. Parece ser, alternativamente, controlado y controlador, pero no existe en un tiempo lineal. Bajo la forma de ciencia ficción, enfrentamos el misterio religioso fundamental del destino o la predeterminación —dada la omnisciencia de Dios— y el libre albedrío. Uno puede elegir como fuente de consuelo, de acuerdo con las circunstancias, o bien que el hombre tiene libertad de elección o bien que un episodio infortunado es voluntad de Dios. Esta es la contradicción, mejor dicho, la paradoja, que se halla en el corazón de la obra de Vonnegut, y que él acepta como el *wampeter* dual que rige el sistema de *foma* que configura su organización *karass.* Por otra parte, los sistemas *granfalloon* se caracterizan por su hostilidad al dualismo paradójico.

La noción religiosa de tiempo y eternidad se convierte para Vonnesut en tiempo exacto y tiempo infundibular. Ese contraste se establece en el primer capítulo, que se titula: «Entre Tímido y Timbuktu», según la calificación del sutil volumen de poemas que publicó Beatriz: «El título proviene del hecho de que en los diccionarios muy pequeños todas las palabras que hay entre tímido y Timbuktu se refieren al tiempo». La frase que aquí nos importa es «en los diccionarios muy pequeños», porque implica los límites de nuestra percepción. Posiblemente haya que considerar a una *Enciclopedia Infantil de maravillas u cosas para hacer,* —donde se define al infundíbulo cronosinclástico como un modo más amplio de medir el tiempo—, como un diccionario más grande. Según la Enciclopedia, «esos lugares se encuentran donde toda clase de verdades encajan unas en otras tan bien como las piezas del reloj de sol de tu papá». Se podría decir lo mismo de los aspectos contradictorios de las ficciones de Vonnegut; y es válido también respecto al modo en que el amuleto de Chronos se ajusta y funciona como un repuesto de la nave de Salo: «El amuleto se acomodó a tolerancias reducidas y a las separaciones circundantes de un modo que hubiera encantado a un relojero suizo». El repuesto tiene forma de espiral e incluso se lo podría considerar como el muelle real de un reloj. En todos los episodios, el motivo de la espiral, además de los significados que extraje, está asociado con el tiempo. Está la «espiral en sentido inverso al de las agujas del reloj» del vestido blanco de Beatriz, ya señalada, y los cabellos negros e hirsutos de Chrono que «crecían en un remolino de sentido contrario al de las agujas del reloj». Rumfoord compara su propia perspectiva temporal con la forma de «una montaña rusa». Hasta el enigma del hombre que «come fechas del calendario y bebe agua de los resortes del colchón»[18] para sobrevivir en una habitación cerrada que no tiene otros objetos sirve para relacionar el tiempo con el motivo de la espiral. También Ransom K. Fern en el epígrafe del libro relaciona el tiempo con los movimientos de los astros: «Cada hora que pasa lleva al sistema solar veintisiete mil kilómetros más cerca del Archipiélago Globular M13 de Hércules, y todavía hay desubicados que insisten en que el progreso no existe». Si Fern se hubiera detenido a considerar la forma de amplia espiral de este «progreso» habría usado en su lugar el término «movimiento», que está menos cargado de optimismo.

La primera vez que encontramos a Chrono en Marte es uno de «cincuenta y dos niños», uno por cada semana del año terrestre. Ya señalé la relación mitológica que existe entre Chrono, Saturno y el tiempo, interpretación que acentúa la relación aún más obvia con el infundíbulo cronosinclástico. Se diría que su supervivencia en la novela tiene algo que ver con su capacidad de existir simultáneamente en un tiempo terrestre y en un tiempo infundibular. Al acompañar a los pájaros azules, Chrono, lo mismo que su contraparte mitológica —representada algunas veces con cuatro alas, dos desplegadas en el tiempo, y las otras dos en

[18] «Dates» es en inglés tanto fechas como dátiles y tanto espiral como fuente son en ese idioma «spring».

Librodot

reposo en la eternidad— revela su interés por volar. Cuando Salo se suicida después de descubrir la naturaleza del mensaje que ha llevado, Chrono rescata ecuánimemente su amuleto de entre los restos dispersos de Salo:

Chrono creía que tarde o temprano las fuerzas mágicas del Universo volverían a reunirse. Siempre lo hacen.

Los pedazos de Salo se vuelven a unir de un modo ambiguo, a menos que saquemos la conclusión de que el movimiento en espiral del tiempo, después de dejar atrás las cosas, las vuelve a unir. El verdadero agente del cambio, el verdadero manipulador, es el tiempo, o quienquiera lo controle. Chrono imita a Saturno con sus anillos y sus lunas, y «pasa horas moviendo los elementos del sistema».

El hombre puede moverse en el espacio y buscar ubicaciones deseables, pero, en cambio, no puede hacer lo mismo con el tiempo. Probablemente el secreto resida en espacializar el tiempo, en verlo todo a la vez, como Dios, en ver todas las verdades posibles, como hace Rumfoord en su condición infundibular, y después elegir.

El artista creador, sobre todo el escritor, tiene la facultad de hacerlo.

Desde el punto de vista de Vonnegut, el escritor tiene el deber de elegir lugares del tiempo pintorescos, aun corriendo el riesgo de caer en el sentimentalismo, para entrar en disonancia o en contradicción con una forma de paradoja mística.

Por consiguiente, la contradicción de la que parece ser culpable el narrador omnisciente de *The Sirens of Titán* en el prólogo debiera interpretarse simplemente como una paradoja fecunda. Al distanciar en el tiempo a su narrador de los acontecimientos que narra, Vonnegut lo coloca en un punto en que puede controlar el argumento, porque —lo mismo que Rumfoord— conoce su forma total. El lector se encuentra en una posición parecida cuando lee la obra por segunda vez, y más aún cuando es conciente de la multiplicidad de configuraciones temáticas y de imágenes, que reflejan en términos espaciales la comprensión omnitemporal de que todas las cosas son verdaderas porque todas las cosas son una. Al manipular nuestra realidad con el fin de construir mensajes de consuelo para un miembro de su desamparada especie, los tralfamadorianos son los mejores escritores de Vonnegut. Sin embargo, no existe ninguna evidencia de que gocen de la libertad de elección propia de la conciencia espacializada del tiempo que debiera tener el escritor. Salo sostiene que existe en el tiempo terrestre, y podemos inferir que todos los tralfamadorianos son como él, puesto que cuando dominan las máquinas, los seres que las construyeron participan de buen grado en su propia extinción. Sin embargo, el Tralfamadore de *Slaughterhouse-Five* contradice esta información. En esta obra los tralfamadorianos no son robots, y perciben el tiempo de manera parecida a la de Rumfoord. Desde su punto de vista, estamos eternamente suspendidos como «bichos atrapados en el ámbar de este momento». ¿Sorprendimos al narrador selectivo de *The Sirens of Titán* en otra contradicción reveladora, que sería un nuevo síntoma del miedo a ser envuelto en la trama de otro, o estamos ante una nueva paradoja mística o temporal? Lo cierto es que tanto el tercer ojo de Salo como el único ojo heterotópico (está ubicado en una mano) de los tralfamadorianos «con formas de desatrancapilas», en *Slaughterhouse-Five* anuncian un conocimiento místico.

A pesar de que el concepto del tiempo de los tralfamadorianos lo mismo que la mayoría de las concepciones de Dios, parecería negar el libre albedrío, proporciona una forma eficaz de consuelo en períodos de angustia, y un pensamiento último propio de ciencia ficción para hacer frente a un episodio como la destrucción de Dresde. Billy Pilgrim explica esta visión apocalíptica de la realidad:

Lo más importante que aprendí en Tralfamadore fue que cuando una persona muere, muere sólo *aparentemente.* Sigue viviendo en el pasado, de modo que es muy tonto que la gente llore en su entierro. Todos los momentos del pasado, presente y futuro han existido

Librodot

siempre y seguirán existiendo. Los tralfamadorianos pueden ver todos los momentos, como nosotros podemos ver un trecho de las Montañas Rocosas.

Al concebir la vida como una cuestión de altibajos, con mucha sensatez eligen concentrarse en los altos. Su visión evidencia incidentalmente el movimiento en espiral de los cielos surcados de estrellas, que parecen «llenos de tallarines luminosos enrarecidos».

No debe sorprender que los escritores de esta especie cuyas obras giran en torno al autor produzcan libros en forma de telegramas, muy a la manera de Vonnegut, «dispuestos en pequeños grupos de símbolos separados por estrellas»:

Cada grupo de símbolos es un mensaje breve y urgente que describe una escena, una situación. Los tralfamadorianos los leen simultáneamente, no uno después de otro. Entre los mensajes no existe ninguna relación particular, excepto que los autores los han elegido cuidadosamente, de manera que, cuando se los percibe de una vez, producen una imagen de vida que es hermosa, sorprendente y profunda. No hay comienzo, ni medio, ni fin, no hay suspenso, no hay moraleja, *no hay causas ni efectos* (el subrayado es mío). Lo que amamos en nuestros libros es la intensidad de muchos momentos maravillosos que se perciben simultáneamente.

Aquí hay muchas paradojas. En Vonnegut las imágenes fijas o de rigidez —los cadáveres de Dresde o las víctimas del *hielo-nieve*— significan muerte y destrucción. Pero el control estético descansa en gran parte en el principio rígido del determinismo. Vonnegut destaca como creadoras la fijeza estética o la de no temporalidad de las palabras en una página o en las estatuas que Salo esculpe en Titán, como por ejemplo las de las sirenas. Con el fin de evitar ser manipulado, Constant dice: «Me voy a congelar», de modo que quien quiera utilizarlo «estará mucho más cómodo si trata de conseguir una explosión de ira de una de estas estatuas». Sucede que una de esas estatuas «tuvo una impresionante erección». Establezco estos matices sutiles en vista de la oposición demasiado fácil que hizo uno de los críticos de Vonnegut entre fuerzas positivas que fluyen y fuerzas negativas que vuelven rígida la realidad[19].

En el contexto total del argumento que presenté hay un episodio de *The Sirens of Titán* que parece estar especialmente cargado de significación. Tiene lugar en el Museo de Skip, la habitación en forma de chimenea que está debajo de la escalera de caracol. La habitación fue el refugio predilecto de Rumfoord cuando era niño, cuando lo llamaban Skip. Este nombre que parece de perro se presta a ser asociado con Kazak, el lebrel del espacio sospechosamente improcedente. Entre los restos mortales guardados en el Museo se encuentra «el largo colmillo en espiral de un narval, al que Skip llamaba jugando *Cuerno de Unicornio*». Imaginativamente se puede asociar a esta espiral con la *Ballena,* una gran nave espacial propiedad de Constant, que en determinado momento lleva a Constant a adoptar el seudónimo de Jonás Rowley cuando descubre que la *Ballena* puede ser el medio de trasladarlo a un destino no menos tentador que el de Jonás. Pero la Ballena da lugar también a esa imagen más fecunda que Buckminster Fuller hizo tan familiar: «La imagen que tiene el evangelista Bobby Dentón de la Tierra como la nave espacial de Dios». El nombre creador que Skip le puso al colmillo de narval señala la capacidad de supervivencia de las fantasías. El museo mismo es una de esas fantasías. Representa el intento de congelar el tiempo para ordenar la realidad.

Poco tiempo después del episodio en que Constant se hace pasar por Jonás Rowley y después de la visita de Constant a la finca de Rumfoord «enmascarado tras de anteojos negros y barba postiza», un hombre joven y con barba auténtica, que se llama Martín Koradubian (las iniciales se parecen a las de Malachi Constant) se identifica como el extranjero barbudo a quien Rumfoord invitó a su finca para presenciar una materialización.

[19] Véase *City of Words,* pág. 196.

Librodot

«Era un reparador de relojes solares (el subrayado es mío) de Boston, y un embustero encantador». Vende el relato de su visita a Rumfoord y su conversación con él a un semanario que Rumfoord lee «sentado en el Museo de Skip debajo de la escalera de caracol», Lee «con delicia y admiración». Se supone que Rumfoord le ha hablado a Koradubian del «año Diez Millones, en que tendrá lugar una limpieza de la casa pavorosa»: «Se arrastrarán a los vaciaderos para quemarlos todos los archivos referidos al período que media entre la muerte de Cristo y el año Un Millón D.C. Koradubian dice que se haría eso porque los museos y archivos ocuparían lugar que necesitarían los seres vivientes hasta fuera de la tierra». Lo mismo sucederá con el Museo de Skip.

Los libros de historia resumirán ese período en blanco llamándolo «período de readaptación». Muy entretenido, Rumfoord advierte que el año Diez Millones es «un momento oportuno para desenterrar cápsulas de tiempo». Koradubian, escritor y reparador de relojes en su única aparición, representa al narrador omnisciente de la novela, a Beatriz que es autora de *«El verdadero objetivo de la vida en el sistema solar*» y a Vonnegut, todos los cuales ejemplifican la capacidad del escritor de readaptar una realidad «histórica» constrictiva a las líneas de la ciencia ficción, realizando ajustes temporales.

VII

Tengo la esperanza de que el análisis que acabo de hacer sirva para repasar los temas de que me he ocupado a lo largo de esta investigación y, al mismo tiempo para poner de relieve determinados puntos. Ante todo, se diría que hay obras de ciencia ficción que resisten al más estricto escrutinio crítico y le hacen honor. Sin embargo, quisiera subrayar que, el elaborar un continuo genérico que permita hablar al mismo tiempo tanto de la «obra espacial» de E. E. «Doctor» Smith como del *Paraíso perdido* de Milton, me limito a establecer un campo de posibilidades dentro de una forma definida con el objeto de señalar los criterios pertinentes. En los análisis del *Paraíso perdido,* la cuestión del carácter plano de los personajes de Milton no parece conllevar la carga de reprobación que suele conllevar, en cambio, cuando se trata la misma cuestión a propósito de los personajes de las obras de ciencia ficción. Vonnegut es un tipo de escritor que ejemplifica particularmente bien los aspectos satíricos, filosóficos, y visionarios de la imaginación apocalíptica, en la gama que va desde la utopía hasta la distopía, y tanto en sus aspectos de ciencia ficción como en la gran literatura, Vonnegut se puede comparar con otro escritor norteamericano, Mark Twain. La cualidad de norteamericano es importante. Aunque de todos los escritores apocalípticos se puede decir que habitan un Estados Unidos mental, la tradición central está adherida al suelo norteamericano.

El «mundo nuevo» de Vonnegut es de naturaleza fundamentalmente visionaria o religiosa, y éste es el aspecto de su obra que quiero subrayar. A causa de las distinciones que establecí entre las diferentes facetas de la imaginación apocalíptica, la visión religiosa, asociada tradicionalmente a lo apocalíptico, a menudo ha cedido su puesto a otros aspectos. En la medida en que esas distinciones —que hacen exclusivamente a cuestiones de grado y de matiz— desaparecen, se puede concebir la imaginación apocalíptica como una totalidad con un centro religioso móvil o fluctuante. La ecuación entre «el cielo en la tierra» utópico y el visionario «los cielos allá arriba» es sólo el ejemplo más directo de la ecuación entre los mundos nuevos y la realidad visionaria. Comunicar la apreciación de todo mundo nuevo, y esto es lo común en términos de un sentimiento de «unidad» opuesto al sentimiento de desintegración asociado con el mundo antiguo, implica la pertinencia de una realidad visionaria. Al mismo tiempo, las formulaciones filosóficas, si no son de naturaleza directamente teológica, se pueden considerar como sustitutos, compensación o integraciones de la secularización de un sistema de creencias religioso. El elemento religioso, desplazado, enmascarado, secularizado o en relación antagónica, sigue siendo una característica constante para la identificación de la imaginación apocalíptica.

Librodot

FIN

Librodot